



UNIVERSIDAD
CATOLICA DE
TEMUCO

Facultad de Ciencias Sociales

CUHSO

CULTURA - HOMBRE - SOCIEDAD



IMAGEN 1 / JULIO JARA WERTH / Serie Santiago Centro / Registro análogo / Lugar Paseo Ahumada, Santiago-Chile / 2002.



UNIVERSIDAD
CATOLICA DE
TEMUCO

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y JURÍDICAS

CUIISO

CULTURA - HOMBRE - SOCIEDAD

19
2010
ISSN 0716-1557

La Revista Cultura-Hombre-Sociedad es editada por la Facultad de Ciencias Sociales y Jurídicas de la Universidad Católica de Temuco. Publica artículos en el campo de las Ciencias Sociales Básicas y Aplicadas, en especial, en aquellas que son las líneas programáticas de la Facultad como son, Relaciones Interétnicas, Derechos Humanos, Desarrollo Social y Cultural, Disciplina e Interdisciplina y Marginalidad Urbana.

Actualmente la revista CUHSO es una publicación bianual y está indexada en Latindex (Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas de América Latina, El Caribe, España y Portugal).

Representante legal

Alberto Vásquez Tapia
Rector

Director Revista CUHSO

Dr. Ricardo Salas Astrain

Coordinador Académico de este volumen

Marcelo Berho

Consejo Editorial

Florencia Mallon,
Universidad de Wisconsin-Madison, EE.UU.

Cristian Parker,
Instituto IDEA-USACH, Chile.

Eduardo Sevilla Guzmán,
Universidad de Córdoba, España.

Maya Pérez Ruiz, UAM-I, México.

Roberto Garretón Merino, Chile.

Lilian Sanhueza, Escuela de Trabajo Social, Universidad Católica de Temuco.

Ricardo Grinspun, Universidad de York, Canadá.

Sergio Toro, Escuela de Sociología y Ciencias Políticas, Universidad Católica de Temuco.

Tim Clark, Universidad de York, Canadá.

Álvaro Bello, Escuela de Antropología, Universidad Católica de Temuco.

Raúl Fonet-Betancourt,
Instituto Missio, Alemania.

El material de esta revista es de dominio público y puede ser reproducido siempre y cuando se mencione la fuente y la Facultad de Ciencias Sociales y Jurídicas.

Facultad de Ciencias Sociales y Jurídicas
Universidad Católica de Temuco
Casilla 15-D

Email: cuhso@uctemuco.cl

Fono-Fax: 56- 045- 205233

Temuco, Región de La Araucanía, Chile.

Cultura-Hombre-Sociedad
Revista CUHSO ISSN: 0716-1557
Volumen 19 N° 1 2010
300 ejemplares

Concepto de portada: Renzo Vaccaro, Escuela de Artes, Universidad Católica de Temuco

Diseño de portada: Rodrigo Gallardo Zaldueño, Escuela de Artes, Universidad Católica de Temuco

Impresión: Alfabetas Artes Gráficas

La Revista Cultura-Hombre-Sociedad, CUHSO, cuenta con la asesoría y financiamiento de la Dirección General de Investigación y Postgrado en el marco de la estrategia de apoyo institucional a las publicaciones científicas UC Temuco - 2010.

ÍNDICE

EDITORIAL	5
EDITORIAL COMMENTARY	7
ARTÍCULOS	
El aislamiento social como supuesto articulador de las teorías sobre la exclusión y el sinhogarismo: críticas y aportes etnográficos. SANTIAGO BACHILLER	9
Dos relatos, un análisis y un excursio sobre identidades y la relación con la ciudad entre los “moradores de la calle” en Temuco, Chile. MARCELO BERHO CASTILLO	23
De estigmas e injurias: cuando las prácticas discriminatorias se hacen presentes de forma cotidiana en la vida de las <i>personas en situación de calle</i> . MARIANA BIAGGIO	37
Personas que viven en la calle: un problema político en construcción. Ciudad de Buenos Aires, 2007-2009 MARTÍN BOY	53
Las personas sin hogar en Rosario. Consideraciones sobre los usos del espacio público urbano. MARIEL BUFARINI	67
Documentación e identidad en los márgenes. Un acercamiento etnográfico al proceso de identificación y documentación de la comunidad vagabunda en Temuco. CESAR GONZÁLEZ MORIS	75
Representaciones, modelos de acción institucional y transformación sobre el sujeto sin hogar. El caso del “Programa de atención a personas en situación de calle” en Temuco. HÉCTOR MUÑOZ CANTOS	85
Resignificación socioespacial y construcción de subjetividad. Personas sin hogar en la Ciudad de Buenos Aires. GRISELDA PALLERES	95
Vivencias y significados: percepciones de personas en situación de calle sobre sus diferentes momentos vitales. PAULA C. ROSA	105

RECENSIONES

Braving the street. The anthropology of homelessness. Glasser, Irene y Bridgman, Rae
SANTIAGO BACHILLER 115

En pampa y la vía. Crotos, linyeras y otros trashumantes. Baigorria, Osvaldo
LEONARDO PIÑA CABRERA 117

INFORMACIÓN PARA LOS AUTORES 119

EDITORIAL

Presentamos el primer número del año 2010 de la Revista CUHSO de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Católica de Temuco a la comunidad universitaria internacional, nacional y regional. Estamos gratamente sorprendidos por la muy buena respuesta que ha tenido la convocatoria de este número especial coordinado por el profesor Marcelo Berho, de la Escuela de Antropología de nuestra universidad. Todos los aportes recibidos de estudiosos, especialistas y académicos de distintas universidades chilenas y argentinas muestran la importancia del vasto campo de la antropología de las personas que viven en condiciones de marginalidad urbana extrema. Tal como se infiere del comentario analítico inicial, “Antropología social del sinhogarismo en América Latina: comentarios desde el sur de Europa”, de Pedro José Cabrera Cabrera, del Depto. de Sociología y Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales de la Universidad Pontificia Comillas de Madrid, y que introduce al presente volumen, los artículos aquí reunidos representan un gran esfuerzo internacional de las ciencias sociales por avanzar en el conocimiento antropológico de los procesos y situaciones sociales y culturales asociados a las personas que viven en la calle, principalmente en los dos países latinoamericanos que han sido objetos de análisis etnográficos y antropológicos que desglosamos aquí:

El primer artículo “El aislamiento social como supuesto articulador de las teorías sobre la exclusión y el sinhogarismo: críticas y aportes etnográficos”, de Santiago Bachiller, discute el supuesto del aislamiento social en tanto eje articulador de las teorías sobre la exclusión social en general y los modelos de explicación y análisis de quienes se ven forzados a residir en la vía pública, argumentando que las perspectivas centradas en el aislamiento social únicamente toman las metodologías cuantitativas como referencia.

En el trabajo de Marcelo Berho, “Dos

relatos, un análisis y un excursus sobre las identidades y la relación con la ciudad entre los “moradores de la calle” en Temuco”, su autor describe dos casos de personas que viven en la calle en la ciudad de Temuco, en el centro sur de Chile. A partir de una perspectiva etnográfica indaga en algunos de sus modos de acción e interacción en la ciudad, mostrando la lógica de sus actos y la forma en que éstos forman parte de complejos y fragmentados procesos de configuración identitaria.

El artículo titulado “De estigmas e injurias: cuando las prácticas discriminatorias se hacen presentes de forma cotidiana en la vida de las personas en situación de calle”, de Mariana Biaggio, estudia particularmente los diversos programas sociales destinados a la atención de la “emergencia habitacional” en la ciudad de Buenos Aires, en la que aparece un nuevo sujeto “merecedor” de estas políticas: las personas en situación de calle.

El siguiente artículo de Martín Boy, “Personas que viven en la calle: un problema político en construcción. Ciudad de Buenos Aires, 2007-2009”, da cuenta de las transformaciones que se producen en la ciudad de Buenos Aires y postula que la cristalización de estas manifestaciones de la pobreza son el resultado de la consolidación de una nueva cuestión social atravesada por la exclusión social y la vulnerabilidad.

El trabajo “Las personas sin hogar en Rosario. Consideraciones sobre los usos del espacio público urbano”, de Mariel Bufarini, analiza los usos del espacio público urbano que realizan las personas sin hogar, los conflictos que sus prácticas cotidianas generan y las disputas de sentido sobre el uso “legítimo” del espacio público en la ciudad de Rosario (Santa Fe, Argentina).

En el artículo de César González Moris “Documentación e identidad en los márgenes, un acercamiento etnográfico al proceso de

identificación y documentación de la comunidad vagabunda en Temuco” se expone una síntesis de una investigación antropológica de carácter etnográfica, realizada en el marco de su participación como colaborador en un proyecto del Registro Civil e Identificación denominado “Identificando a personas con discapacidad social”.

Por su parte el artículo de Héctor Muñoz, titulado “Representaciones, modelos de acción institucional y transformación sobre el sujeto sin hogar. El caso del “Programa de atención a personas en situación de calle” en Temuco”, reflexiona acerca del tratamiento y abordaje de la pobreza extrema por parte de la institucionalidad local en la ciudad de Temuco, Chile, a partir de un acercamiento antropológico iniciado durante el año 2004 al participar dentro del “Programa de atención a personas en situación de calle” de la Municipalidad de Temuco y la “Red de apoyo a la persona en situación de calle”, que aglutina a diversas organizaciones civiles en torno al programa mencionado.

El trabajo “Resignificación socioespacial y construcción de subjetividad. Personas sin hogar en la Ciudad de Buenos Aires”, de Griselda Palleres, estudia el vivir en la calle utilizando los espacios públicos de niños, jóvenes y familias que se encuentran en “situación de calle”. El artículo muestra que, aunque se trata de un problema multidimensional en franco aumento, y pese a que es considerada la forma más extrema y más visible de exclusión social, las conceptualizaciones que se producen alrededor de las personas sin hogar no tienen en cuenta los aspectos sustanciales de la realidad que a diario enfrentan sus intervinientes.

El artículo de Paula C. Rosa “Vivencias y significados: Percepciones de personas en situación de calle sobre sus diferentes momentos vitales” se centra en las percepciones y

vivencias de personas en situación de calle en torno a tres ejes de análisis en la Gran Ciudad de Buenos Aires: su realidad pasada, presente y futura. Estas interpretaciones fueron obtenidas a partir del trabajo con grupos focales. Los participantes de dichos grupos eran personas que pasaban sus noches en hogares de tránsito y paradores nocturnos del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

En síntesis, en todos los casos se trata de elaboraciones hechas principalmente desde el marco de la antropología social que dialoga efectivamente con los acercamientos sociológicos y de las políticas públicas, que tienen en común la preocupación por conocer desde dentro las formas de vida de las personas que viven en la calle. Más allá de las diferencias de enfoque, acento o matiz, todos los artículos buscan ofrecer cuadros más o menos objetivos de las condiciones de vida físicas, materiales y relacionales de miles de compatriotas de nuestras ciudades en América del Sur. Asimismo, todos ellos relativizan los marcos de entendimiento y juicio de sentido común a partir de los cuales se organizan las relaciones y significados hacia estos grupos, tornando familiar lo que nos parece extraño, aun cuando esto extraño sea muchas veces próximo. Por último, al proveer nuevos horizontes de comprensión, basados en el conocimiento de primera mano (etnográfico - empírico), los artículos tienen implicaciones intelectuales, éticas y políticas ineludibles. Estas pueden canalizarse en los siguientes términos: dado que la alteridad interna es una realidad que convive con nosotros, tenemos entonces que aprender a convivir con ella; asimismo, si queremos aminorar la desigualdad de nuestras sociedades latinoamericanas es necesario que despejemos nuestros prejuicios y ampliemos los umbrales de tolerancia y reconocimiento de estos otros, cercanos y lejanos. La “antropología social del sinhogarismo” puede contribuir, pues, en este esfuerzo de comprensión de las ciencias sociales críticas y aplicadas.

Dr. Ricardo Salas Astrain
Director

EDITORIAL COMMENTARY

We are pleased to present to the international, national and regional university community the first number for the year 2010 of the CUHSO Review of the Faculty of Social Sciences of UC Temuco. We have been pleasantly surprised by the excellent response which has greeted this special number coordinated by Professor Marcelo Berho of the School of Anthropology of our university. All the contributions received from researchers, specialists and academics of various Chilean and Argentinean universities demonstrate the importance of the vast field of anthropology presented by persons who live in conditions of extreme urban marginalisation. As may be inferred from the initial analytic comment, “The Social Anthropology of Homelessness in Latin America: comments from southern Europe” by Pedro José Cabrera Cabrera of the Dept. of Sociology and Social Work of the Faculty of Human and Social Sciences of the Universidad Pontificia Comillas de Madrid, which introduces the present volume, the articles brought together between these covers represent a major international effort of the social sciences to advance in anthropological knowledge of the social and cultural processes and situations associated with people who live in the street, principally in the two Latin American countries which have been the subject of the ethnographic and anthropological analyses which we enumerate here:

The first article “Social isolation as a supposed articulator of theories on exclusion and homelessness: ethnographic critiques and contributions” by *Santiago Bachiller* discusses the assumption of social isolation as an axis of articulation of theories on social exclusion in general, and the explanatory and analytical models of those who find themselves obliged to live in the streets, arguing that perspectives which concentrate solely on social isolation take quantitative methodologies as their reference.

In the work of *Marcelo Berho C.*, “Two

tales, an analysis and an excursus on identities and the relationship with the city among “Street-dwellers” in Temuco”, the author describes two cases of people who live in the street in the city of Temuco, in central southern Chile. Starting from an ethnographic perspective he investigates some of their modes of action and interaction in the city, showing the logic of their acts and the way in which these form part of complex and fragmented processes of identity configuration.

The article entitled “Of stigmas and insults: when discriminatory practices become part of the daily life of street-people” by *Mariana Biaggio* studies in particular the various social programmes aimed at addressing the “accommodation emergency” in the city of Buenos Aires, with the appearance of a new subject “deserving” of these policies: *street-dwellers*.

The following article by *Martin Boy*, “People who live in the street: a political problem in the making. City of Buenos Aires, 2007-2009” tells of the transformations produced in the city of Buenos Aires and postulates that the crystallization of these manifestations of poverty are the result of the consolidation of a new social issue shot through with social exclusion and vulnerability.

The work “Homeless persons in Rosario. Considerations on the uses of urban public space” by *Mariel Bufarini* analyses the uses made of urban public space by homeless people, the conflicts that their daily practices generate and disputes over the meaning of the “legitimate” use of public space in the city of Rosario (Santa Fe, Argentina).

The article “Documentation and Identity on the Margins, an Ethnographic approach to the Process of Identification and Documentation of the Homeless Community in

Temuco” by *César González Moris*, presents a summary of a work of anthropological research of an ethnographic nature, carried out in the framework of the author’s participation as a collaborating student in a project of the Civil and Identification Registry called “*Identifying persons with social incapacity*”.

Meanwhile the article by *Héctor Muñoz*, entitled “Representations, models of institutional action and transformation on the homeless individual. The case of the ‘Programme for the care of Street-people in Temuco’” reflects on the treatment and approach of extreme poverty by local institutionality in the city of Temuco, Chile, from an anthropological approach initiated during 2004 when the author took part in the ‘Programme for the care of Street-people in Temuco’ run by the District of Temuco and the ‘Support network for street people’ which unites various civil organizations around the same programme.

The work “Sociospatial re-signification and the construction of subjectivity. Homeless persons in the city of Buenos Aires”, by *Griselda Palleres*, studies life on the street using public spaces, as experienced by children, youths and families who are “on the street”. The article shows that, although this is a multi-dimensional problem which is clearly on the rise, and despite the fact that it is considered the most extreme and the most visible form of social exclusion, the conceptualizations arising around homeless people do not take into account the substantial aspects of the daily experience faced by people in this state.

The article by *Paula C. Rosa*, “Experiences and meanings: Perceptions of street-people on different moments in their lives”, concentrates on the perceptions and

experiences of street-people along three axes of analysis in the Greater City of Buenos Aires: their past, present and future reality. These interpretations were obtained from work with focal groups. The participants in these groups were people who spent their nights in temporary homes and overnight lodgings provided by the city government of Buenos Aires.

In summary, all these cases are works developed principally from the framework of social anthropology in effective dialogue with sociological and public policy approaches, which betray a common concern to discover from within the ways of life of people who live in the streets. Beyond the differences of focus, accent or emphasis, all the articles seek to offer a more or less objective picture of the physical, material and relational conditions of life for thousands of our compatriots in South American cities. Likewise, they all relativise the frameworks of understanding and judgement of common sense from which relations and significates towards these groups are organised, making us familiar with what we find alien - even if this “alien” is often very close to us. Finally, in providing new horizons of comprehension based on first hand knowledge (ethnographic - empirical), the articles have inescapable intellectual, ethical and political implications. These may be channelled in the following terms: given that internal “otherness” is a reality which co-exists with us, we must learn to co-exist with it; likewise, if we want to reduce the inequality in our Latin American societies, we must clear away our prejudices and broaden our thresholds of tolerance and recognition of these others, far and near. The “social anthropology of homelessness” may thus contribute to this effort of comprehension of the critical and applied social sciences.

Dr. Ricardo Salas Astrain
Director

ARTÍCULOS

El aislamiento social como supuesto articulador de las teorías sobre la exclusión y el sinhogarismo: críticas y aportes etnográficos

Social isolation as an assumed articulator of theories on exclusion and homelessness: ethnographic contributions and critiques

Santiago Bachiller¹

Aceptación: 15 septiembre 2009

Aprobación: 2 mayo 2010

RESUMEN

El objetivo del artículo es discutir con el supuesto del aislamiento social en tanto eje articulador de las teorías sobre la exclusión social en general, y de los modelos de análisis sobre quienes se ven forzados a residir en la vía pública en particular. En segunda instancia, se argumenta que las perspectivas centradas en el aislamiento social en buena medida son consecuencia de una opción metodológica: la mayoría de los estudios sobre la exclusión de las personas sin hogar únicamente tomaron a las metodológicas cuantitativas de investigación como referencia. Finalmente, se destacan los posibles aportes del enfoque etnográfico al estudio de los procesos de exclusión que afectan a las personas sin hogar.

Palabras Clave: Exclusión social, aislamiento social, personas sin hogar, etnografía.

ABSTRACT

The aim of this paper is to discuss the assumption of social isolation as the main issue articulating theories of social exclusion, and in particular the models of analysis of subjects forced to live in public spaces. I argue that perspectives centered on social isolation are the consequence of a methodological option: most studies on exclusion of homeless people are restricted to a quantitative methodological approach. Finally, I assess the expected contribution of ethnographic methods to the study of the processes of exclusion affecting homeless people.

Key words: Social exclusion, social isolation, homeless, ethnography.

¹ Profesor Titular de la Universidad Nacional Patagonia Austral, Doctor en Antropología Social por la Universidad Autónoma de Madrid, Investigador Asistente del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONICET). santiago.bachiller@gmail.com

Estados Unidos es el país que ha generado la mayor parte de las investigaciones existentes sobre las personas que se ven forzadas a residir en la vía pública. Por otra parte, las teorías sobre la exclusión social surgieron en Francia y, en el presente europeo, se han constituido en la forma dominante de nombrar, interpretar e intervenir sobre los procesos de vulnerabilidad social. A pesar de provenir de tradiciones sociológicas diferentes, ambos modelos de análisis coinciden en un punto: han puesto un fuerte énfasis en las imágenes que ligan al excluido en general, y al *homeless*² en particular, con el aislamiento social. Así, a partir de nociones como la “desafiliación”, la situación de los excluidos es representada en términos de desconexión, de distancia respecto de las instituciones sociales dominantes.

El principal objetivo del presente artículo es discutir con el supuesto que articula a dichos modelos teóricos en torno al aislamiento social. Para entender en qué consisten los procesos de exclusión social asociados con el denominado “sinhogarismo”³, no solo debemos analizar los quiebres, las rupturas que alejan a ciertos grupos o individuos del conjunto social, sino también la cotidianidad en el ámbito de exclusión, la socialización en un entorno marcado por la precariedad. Priorizar los procesos de reafiliación supone indagar los modos en que las personas recomponen su subsistencia material y sus vínculos sociales en un contexto de exclusión residencial, tal como ocurre con quienes se ven forzados a residir en la vía pública.

A su vez, este trabajo conlleva dos objetivos complementarios. En primer lugar, pretende demostrar que las perspectivas centradas en el aislamiento social en buena medida son consecuencia de opciones metodológicas. Las perspectivas articuladas en torno al supuesto del aislamiento social guardan relación con un hecho: prácticamente la totalidad de los estudios sobre el sinhogarismo se han basado en metodologías cuantitativas. Por consi-

guiente, el segundo objetivo complementario implica explicitar los límites inherentes a las metodologías cuantitativas en lo que refiere al estudio del sinhogarismo, así como los posibles aportes del enfoque etnográfico.

Por último, cabe aclarar que el artículo es producto de un trabajo de campo etnográfico realizado durante más de tres años con personas que residen en las calles de Madrid, España.

1. El aislamiento como supuesto estructurador en la sociología del sinhogarismo y de las teorías sobre la exclusión social

En Estados Unidos es donde se ha producido la mayor cantidad de investigaciones sobre el sinhogarismo. En estos estudios, el aislamiento social de los *homeless* ha sido una de las perspectivas dominantes. Ya en una fecha tan remota como 1936, Suntherland y Locke (en Snow y Anderson, 1993: 172) describían a los habitantes de los *Skid Rows*⁴ como “personas sin techo y poco amistosas, aisladas de todo contacto social de naturaleza íntima y personal”. Las décadas pasaron, pero las definiciones fueron reproduciendo el mismo tono: Dunham (1953, en ibidem) se refería a los *homeless* como individuos “incompletamente socializados”; Pitman y Gordon (1958, en ibidem) utilizaron la expresión “infrasocializados”; mientras que Levinson (1963, en ibidem) planteó la cuestión en términos de sujetos “fundamentalmente separados de la vida social”. Al preguntarse por la relación entre anomia y estructura social, Merton (1968) caracterizó a “los mendigos” como individuos retraídos. Según este sociólogo, son los continuos fracasos los que llevan a estas personas a renunciar a los principios y las formas legítimas de inserción social, a convertirse en seres asociales. Las bases teóricas estaban sentadas: a mediados de los sesenta Howard Bahr comenzó sus estudios sobre el *Skid Row* de Nueva York; a partir de entonces, desafiliación y sinhogarismo son términos que se retroalimentan. Bahr describe al sinhogaris-

² En el artículo los términos “personas sin hogar”, “sin hogar” u *homeless* son tomados como sinónimos.

³ “Sinhogarismo” supone una traducción literal del término *homelessness*, frecuentemente utilizado en el inglés. Considerando que la mayor producción académica sobre el tema se ha generado en Estados Unidos, los especialistas de la materia de habla castellana han incorporado dicho término como propio.

⁴ Los *Skid Rows* consistían en áreas urbanas relegadas donde, a principios y mediados del siglo XX, residían los sin techo de Estados Unidos en los momentos que se afincaban en una ciudad determinada.

mo como una “condición de separación de la sociedad caracterizada por la ausencia o atenuación de los lazos de afiliación que conectan a las personas con las redes de interconexión estructurales” (1973: 17). En definitiva, una de las formas más tradicionales de entender al *sinhogarismo* pasa por definirlo como la forma más radical de desconexión y aislamiento social (Blumberg, 1975).

Así, en los inicios de la reflexión sociológica sobre estos grupos sociales los factores destacados se focalizaron en el nomadismo, la movilidad de una región a otra, y en la ausencia de una familia —la falta de un vínculo afectivo que transforme a la vivienda en hogar—; es decir, hasta la década de 1980 la falta de lazos sociales fue el aspecto predominante en la literatura sobre el tema. Debido a los procesos de desinstitucionalización psiquiátrica, gentrificación o a las políticas de ajuste fiscal de los 80, la variable residencial pasó a dominar la escena y fue entonces cuando se produjo la mayor producción teórica sobre la materia (Shlay y Rossi, 1992). A pesar de ello, el supuesto del aislamiento social continúa presente en la mayoría de los estudios contemporáneos⁵.

Por otra parte, siguiendo un modelo teórico diferente, las teorías sobre la exclusión social coinciden en destacar el aislamiento social como eje de análisis. Estas teorías responden a un contexto histórico concreto: se originaron en Francia en la década de 1980, y se propagaron por Europa y América en los 90. A mediados de los 80 el desempleo se extendió de forma dramática por toda Francia, afectando a sectores sociales que hasta entonces se consideraban amparados por “la sociedad salarial”, resguardados por el Estado de

Bienestar y por las protecciones propias del mundo laboral (Castel, 1997)⁶. Los teóricos franceses de estas perspectivas explican los procesos de exclusión social en términos de “desintegración social” o “desocialización” (Paugam, 2007), de “desinserción” (Gaulejac y Taboada-Leonetti, 1994), o de “desligadura” (Autès, 2004). A pesar de que cada uno de estos intelectuales pone el énfasis en puntos de vista diferentes —Paugam se centra en las instituciones, Gaulejac y Taboada-Leonetti en los individuos, etc.— todos coinciden en señalar que la exclusión no se limita al incremento del desempleo de largo plazo, sino que abarca la inestabilidad de los vínculos sociales. Robert Castel (1997) es sin duda el principal exponente de estas teorías. El énfasis de Castel pasa por el desmoronamiento de la sociedad salarial que caracterizó a las décadas marcadas por el accionar de los Estados de bienestar en Francia⁷. Sin embargo, el análisis de Castel no se distancia demasiado de los argumentos hasta ahora considerados. Castel concibe a la exclusión a partir de dos variables que se complementan: un vector que permite la integración del sujeto gracias al trabajo, y un eje que pasa por la inscripción en redes familiares y de sociabilidad. Estos enlaces califican tres zonas de cohesión o de densidad de las relaciones sociales: integración, vulnerabilidad y exclusión. La primera supone una conexión exitosa con el mundo del empleo y con los lazos familiares. En la franja de vulnerabilidad comienzan las turbulencias, pues se caracteriza por la precariedad laboral y por una fragilidad en los soportes relacionales. La exclusión, en tanto sinónimo de desafiliación, es el espacio social donde se mueven los individuos desprovistos de recursos económicos, soportes relacionales y de protección social. El excluido o desafiliado es el individuo desligado de

⁵ En la década de 1970 surgió una perspectiva basada en la observación participante que se dedicó a discutir con los sujetos que identificaban al *sinhogarismo* como sinónimo de aislamiento social (Rooney, 1976; Rubington, 1968; Spradley, 1970). El aporte más sustancial que realizó la antropología social a las investigaciones sobre el *sinhogarismo* consistió en reflexionar sobre la vida diaria en la calle, en caracterizar las tácticas de adaptación que desarrollan los sin hogar, y en demostrar cómo dichas tácticas se asocian con la conformación de redes sociales (Rosenhtal, 1994; Liebow, 1993; Snow y Anderson, 1993). Este artículo se reconoce como deudor de tales enfoques.

⁶ El origen de las teorías sobre la exclusión social guarda relación con un contexto histórico marcado por la crisis del petróleo de los años 1970, el cual hizo tambalear el modelo de desarrollo y producción dominante. Así, el discurso sobre la exclusión se organiza en torno a un quiebre en la historia reciente europea: el desempleo y la precariedad laboral en el marco de la reestructuración productiva, el proceso de globalización económica y el consiguiente retroceso de los Estados sociales. Para profundizar en estos temas, consultar en Abrahamson (1997) o en Silver (1994).

⁷ En tal sentido, a pesar de que Castel (1997) y Bahr (1973) coinciden en utilizar la noción de desafiliación, en Castel dicha noción adquiere un tinte más sociológico, se liga a procesos históricos ligados a la transformación de la sociedad salarial; por el contrario, en la obra de Bahr la desafiliación responde a una explicación más psicológica, donde la situación de calle se encuentra más ligada a la personalidad y/o responsabilidad del sujeto que padece los procesos de exclusión.

las redes básicas de sociabilidad y distanciado del mercado formal de trabajo.

De tal modo, estas teorías se organizan sobre la base de un supuesto: la exclusión sería consecuencia de una ruptura que distancia a determinados sujetos en primer lugar del mercado formal, y luego de los lazos sociales primarios. La exclusión sería equivalente a la desconexión social, a un desarraigo territorial. Dichas teorías remiten a la escuela sociológica de Emile Durkheim; su trasfondo es la relación tensa entre sociedad e individuo, la preocupación por la anomia y el quiebre de la cohesión social. La exclusión supera la dimensión económica y política para centrarse en la disolución del tejido social, considera que la pobreza urbana va de la mano del aislamiento social. Desde tal perspectiva, se sostiene que la reestructuración del mercado de trabajo, conjuntamente con el proceso de urbanización y modernización, ha conducido a la individualización, a una atomización que conlleva una fuerte amenaza en lo que respecta a los lazos tradicionales de solidaridad social.

En definitiva, es significativo como tradiciones sociológicas diferentes, como es el caso de las teorías sobre la exclusión social francesas y los modelos teóricos sobre el sinhogarismo generados en Estados Unidos, coinciden en tomar al aislamiento social como eje articulador. El próximo apartado supone una crítica al supuesto que identifica a las personas sin hogar con el aislamiento social, como si se tratase de individuos solitarios que deambulan a la deriva por las calles urbanas.

2. Crítica a las representaciones sociales del sinhogarismo como sinónimo de aislamiento social

Al iniciar un apartado dedicado a lidiar con los supuestos que ligan al sinhogarismo como sinónimo del aislamiento social, probablemente el primer punto a destacar consista en la importancia otorgada a las rupturas.

Los quiebres, las crisis, son los elementos indispensables que estructuran las teorías sobre la exclusión social. Ruptura que distancia al sujeto del mercado formal de empleo, de los vínculos de parentesco. La sociología sobre las personas sin hogar desarrollada en

Estados Unidos procede de modo similar: el *homeless* es representado como un ser desconectado del trabajo, que rompió el vínculo con sus afectos, distanciado de las instituciones básicas sociales. Así, la metáfora de “la caída en desgracia” es la imagen que funda las narrativas sobre la exclusión social (Autès, 2004; Paugam, 2007). La “caída”, graficada en el caso de los sin hogar como la noche en que por primera vez se pernocta en la calle o en algún recurso social para dichos grupos sociales, se constituye como el elemento disruptor que permite delimitar dos fragmentos temporales claramente distinguibles: el pasado, o la situación previa en tanto período de “normalidad”, y el presente-futuro, entendidos como la etapa instaurada a partir del salto al vacío. Por consiguiente, una primer crítica a estas perspectivas centradas en el aislamiento reside en la noción misma de ruptura, en la centralidad que adquiere para dichas teorías.

En primer lugar, no siempre la situación de calle es explicada por los sin hogar en términos de un quiebre negativo y abrupto de la cotidianidad. Para más de un *homeless*, resulta imposible distinguir una fecha, un punto que señale el origen de sus desgracias. Por el contrario, esta gente alude a una temporalidad marcada por las crisis recurrentes, refiere a un largo proceso con múltiples matices, donde carece de sentido recordar la primera vez que se pernoctó en la vía pública. Este es el caso de Héctor, un informante clave que desde su más temprana adolescencia alterna temporadas en la calle con otras durmiendo en una pensión, en la casa de algún familiar o amigo, en un centro de acogida, etc.

Del mismo modo, al indagar sobre el proceso de desafiliación, a veces resulta inadecuado plantear la discusión en términos del quiebre de las sociabilidades como consecuencia de la situación de calle. Tal lógica presupone un proceso de vida “normalizada” que se ve interrumpido por una situación extraordinaria, implica organizar el discurso en torno al comienzo de estadía en la vía pública entendido como un eje profundamente disruptor. Lo cierto es que no siempre es válida dicha suposición, menos aún en el caso de quienes tienen alrededor de 60 años y crecieron en una España repleta de penurias. Desde que tienen uso de razón, estas personas apelaron a la vía pública como espa-

cio de sociabilidad cotidiana, como entorno donde lograr la subsistencia diaria y entablar amistades; la calle ha sido un ámbito de socialización primordial a lo largo de toda la vida de estos individuos. En definitiva, la noción de ruptura o quiebre dificulta las posibilidades de distinción entre aquello que Fitoussi y Rosanvallon (1997) identificaron como “desigualdades tradicionales” —la pobreza histórica, la cual supone un lastre que se trasmite y hereda de generación en generación y las “desigualdades dinámicas”—, protagonizadas por los “nuevos pobres”, por quienes sufren un proceso de exclusión reciente ligado con alguna crisis estructural y/o personal. Las visiones organizadas en torno al supuesto del aislamiento social, de la desafiliación como consecuencia de una ruptura que distancia a los sujetos de las dinámicas sociales hegemónicas, tienen valor teórico para analizar los procesos de conformación de la denominada “nueva pobreza”; no obstante, ¿hasta qué punto el supuesto serían relevantes para estudiar los procesos de precariedad social denominadas como “desigualdades tradicionales”?

En segunda instancia, el supuesto del aislamiento en general, y la noción de desafiliación en particular, han tenido tanto éxito que orientaron los estudios sobre los procesos de desventajas sociales hacia las rupturas, silenciando los procesos de reafiliación que se generan en el contexto de exclusión. El énfasis en el aislamiento impide indagar en las redes que se generan en el contexto de exclusión, en las relaciones sociales que permiten la subsistencia material cotidiana en un entorno marcado por las penurias. En buena medida ello es así, pues las visiones centradas en el aislamiento poseen un límite intrínseco: parten de una perspectiva institucional de las relaciones comunitarias, focalizan su atención en las organizaciones sociales más clásicas. De tal modo, es significativo que Howard Bahr (1973), principal exponente de las perspectivas desafilatorias en los estudios sobre los *homeless*, se preocupe por comparar el nivel de afiliación de las personas sin hogar con otros grupos poblacionales. Los parámetros que le permiten realizar tales mediciones consisten en el grado de contacto que el sujeto tiene en un período de tiempo

dado con instituciones puntuales: la familia, el mercado de trabajo, asociaciones recreativas, sindicatos, etc. Preocupados por la conexión que los *homeless* sostienen con las instituciones tradicionales, este tipo de enfoques olvidan las potenciales alternativas de reafiliación que se generan en el contexto de exclusión. Preguntándose por la desconexión, no se registraron las formas en que los sin hogar reconstituyen sus lazos sociales ni las dimensiones geográficas en que se desarrollan tales vínculos (Rowe y Wolch, 1990).

Un primer ejemplo al respecto: hemos visto cómo la noción de desafiliación define a la exclusión como un punto de inflexión disruptivo, por el cual los lazos primarios se descomponen hasta desaparecer. Al tomar a la situación de los *homeless* como eje de análisis, nos vemos forzados a relativizar los enfoques que identifican a la exclusión con el aislamiento social. En primer lugar, si bien es cierto que residir en la vía pública suele ser sinónimo de disolución de muchos vínculos, no todos los *homeless* se encuentran tan desconectados de sus redes familiares como suele afirmarse desde los modelos de la desafiliación. Por el contrario, las modalidades de sinhogarismo y los niveles de apoyo oscilan de acuerdo a variables como el tamaño de la red familiar. Cuantos más parientes se posee, más probabilidades habrá de obtener algún tipo de ayuda, el género o el punto del ciclo vital en el que se encuentra la persona sin hogar y su familia; a la hora de expulsar a un miembro del hogar, por lo general las familias son más tolerantes con las mujeres o con los niños que con un hombre adulto (Rosenthal 1994; Cabrera Cabrera 1998). Asimismo, que haya gente que se desligó de su familia no significa que la desafiliación sea definitiva. Rosenthal (1994) sostiene que entre los *homeless* que perdieron el contacto con sus parientes, la mayoría de las veces la ruptura se dio como consecuencia de la situación de calle y no como factor causal. Así, la desesperación y el desenganche son reacciones periódicas -no constantes- frente a la situación de calle; de hecho, los vínculos primarios suelen recomponerse cuando la persona sin hogar supera el período de calle (ibídem)⁸. En síntesis, no todos los vínculos

⁸ Rosenthal (1994) sostiene que el principal motivo que lleva a la disolución de los lazos familiares se asocia con el estigma. A su vez, dedica un espacio fundamental a la capacidad de reciprocidad -de intercambiar ayudas, ya sea monetarias o de otro tipo- como un factor explicativo de la distancia que separa a determinadas personas sin hogar de su grupo familiar.

con los familiares y las viejas amistades han desaparecido; en todo caso, deberían ser caracterizados por su fragilidad, como lazos tenues (Snow y Anderson, 1993; Liebow, 1993). Las perspectivas sobre la desconexión toman a la afiliación como una variable discreta, dejando dos posibilidades: el contacto o el aislamiento. Por el contrario, la afiliación debe ser entendida como una variable multidimensional y continua (La Gory *et al.* 1991). Entre la afiliación y la desafilación existe una amplia gama de posibilidades que deben ser tenidas en cuenta.

La cuestión laboral constituye el segundo ejemplo a mencionar, pues los enfoques que priorizan el aislamiento social se encuentran estrechamente ligados con las definiciones oficiales sobre el trabajo. Solemos pensar que el trabajo equivale a un intercambio reglamentado, a un empleo remunerado donde el salario, el tiempo y el lugar se estipulan de antemano a partir de un contrato legal (Castells y Portes, 1990; Martínez Veiga, 1989)⁹. Dichas visiones restringidas de qué es un empleo, limitadas al mercado formal de trabajo, impiden destacar un aspecto vital en las situaciones de exclusión: los procesos de reafiliación, las tácticas materiales de subsistencia y adaptación. Por el contrario, si tomamos una definición más amplia del trabajo e incluimos las diversas modalidades de economía informal, la imagen de los excluidos como seres aislados comienza a tambalear. El trabajo de campo etnográfico con personas sin hogar nos lleva a afirmar que actividades como la búsqueda de materiales en la basura o la venta ambulante en la vía pública, permiten la subsistencia diaria de estos grupos en un contexto marcado por las adversidades. En resumidas cuentas, la distancia con el mercado formal de empleo no equivale a una distancia con el trabajo en sí mismo.

A su vez, los procesos de reafiliación, propios de las situaciones de exclusión, de-

penden de la conformación de redes sociales y del arraigo territorial. Retomando el ejemplo anterior, y contradiciendo los enfoques que privilegian el aislamiento social, afirmamos que las prácticas de economía informal se articulan en un espacio concreto, se organizan en torno a las redes que los *homeless* han establecido con los comerciantes o vecinos que residen en el barrio donde se han instalado. Es en el espacio de interacción cotidiana barrial que logran conformar lo que ellos denominan como “mi clientela”, constituida por personas que todos los días atraviesan dicho espacio y que están dispuestos a comprar lo que el *homeless* ofrece, o simplemente a ayudarlo económicamente. Así, la presencia constante en un terreno genera lazos regulares que a su vez implican recursos materiales y morales (Girola, 1996). En definitiva, estaríamos faltando a la verdad si considerásemos a dichos *homeless* como personas “altamente atomizadas y desconectados respecto de las estructuras sociales. Muchas personas sin hogar están asociadas de modo activo con redes, más allá de que tales redes posean una estructura diferente a las que se afilian los individuos domiciliados” (Snow y Anderson 1993: 318).

No obstante, las perspectivas centradas en el aislamiento no responden únicamente a un enfoque institucional de los procesos de precariedad social. Tomando como referencia el caso español, en el próximo apartado veremos que las imágenes de ruptura y aislamiento en buena medida también son consecuencia de un hecho: la mayoría de los estudios sobre el *sinhogarismo* se han basado en metodologías cuantitativas.

3. Metodologías de investigación y estudios sobre el *sinhogarismo*: aportes etnográficos

A la hora de caracterizar la información con la que se cuenta sobre el *sinhogarismo* en España, el primer punto a resaltar es

⁹ Desde las críticas de género se ha denunciado que estas definiciones restringidas silencian diversas formas de explotación, el empleo doméstico ha sido el ejemplo más citado al respecto. Cientos de actividades productivas no se ajustan a la acepción ortodoxa de empleo remunerado; así, la economía formal no logra captar la realidad social que cae fuera del sistema de mercado formador de precios (Castells y Portes, 1990). Estas actividades surgen como consecuencia de la incapacidad del Estado y del mercado por generar empleo o por incorporar a las mismas en las cadenas de producción legalmente reconocidas, la “incapacidad” también puede ser interpretada como una ambición desmedida por obtener ganancias, ahorrándose el pago de los correspondientes aportes sociales. En todo caso, queda claro que las versiones oficiales y acotadas de lo que es un empleo, con su consiguiente persecución, fomentan la marginalidad de quienes recurren a la economía informal como último medio de subsistencia (Martínez Veiga, 1989).

que prácticamente la totalidad de los estudios realizados han sido organizados en torno a encuestas. En segundo lugar, y a excepción de las recientes experiencias de recuentos a nivel de calle llevadas a cabo en Madrid y Barcelona, la información estadística se ha centrado en los empleados que trabajan o en las personas sin hogar que son usuarios de los recursos sociales destinados a los *homeless*¹⁰. Tales estudios poseen una serie de límites inherentes a las metodologías cuantitativas adoptadas. Los límites que nos interesa destacar son aquellos que refuerzan las imágenes de aislamiento social; no obstante, buscando resaltar cómo el enfoque etnográfico podría contribuir a profundizar los conocimientos sobre quienes se ven forzados a residir en la vía pública, en el apartado se tendrán en cuenta otro tipo de obstáculos relacionados con las metodologías cuantitativas y los estudios sobre el *sinhogarismo*.

Uno de los ejes básicos de toda encuesta a personas sin hogar consiste en averiguar si el *homeless* tiene amigos, si frecuenta a sus familiares, etc.; una vez más, el supuesto del aislamiento social subyace detrás de tales preguntas. Recordemos nuevamente que, en España, la información sobre quienes se ven forzados a pernoctar en la vía pública ha sido obtenida a partir de encuestas a los usuarios de los servicios sociales para *homeless*. En tal sentido, y siguiendo a Rosenthal (1994) y a Girola (1996), el primer elemento a destacar es que la apariencia de desolación en parte puede ser consecuencia de un artificio metodológico. Es decir, los albergues suelen ser espacios sociales donde los individuos se encuentran más aislados y son menos propensos a formar grupos en comparación a lo que ocurre en la calle. Así, las imágenes de aislamiento se refuerzan en las encuestas realizadas a los usuarios de los albergues, mientras que se diluyen cuando se llevan a cabo en la vía pública. En segunda instancia, cuando en una encuesta se pregunta a un *homeless* si posee amigos, si cuenta con apoyo, por lo general contestará negativamente. Esta respuesta

dice más sobre cómo las personas se sienten, sobre la soledad como un elemento subjetivo, que sobre los contactos diarios. Por el contrario, a partir de la observación participante en la calle hemos constatado que si en la misma encuesta se preguntase específicamente por el dueño del bar donde el sujeto desayuna cada mañana, por el empleado que atiende el quiosco contiguo al sitio donde pernocta, por la vecina que todos los días pasea a su perro por la plaza donde reside, entonces la persona sin hogar reconocerá que los mismos son una fuente de apoyo. Gracias al trabajo etnográfico es posible detectar una serie de vínculos que, si bien pueden ser tenues, resultan vitales para el proceso de reafiliación en el contexto de exclusión.

Pero los límites inherentes a las encuestas o las distintas modalidades de entrevistas realizadas a *homeless* se expresan en dimensiones que exceden el plano del aislamiento social. En primer término, tengamos presente que en todo trabajo de campo nos enfrentamos con la dificultad de establecer y ganarnos la confianza de una red de informantes. Estos obstáculos son aún mayores cuando se trabaja con personas sin hogar. La desconfianza es un elemento muy difundido entre quienes residen en la vía pública. El recelo se propaga hasta afectar incluso las relaciones con los compañeros de calle; en tal sentido, un código característico entre los *homeless* es aquel que pregona no preguntar por la vida del otro, evitar la curiosidad sobre el pasado o la intimidad de la persona. Dicho código afecta las posibilidades de obtener información fidedigna. Esta situación se potencia cuando, como sucede en la mayoría de los estudios dedicados al *sinhogarismo*, los datos surgen de una encuesta donde el encuestador apenas conoce al *sin hogar*.

Además, es preciso entender que la mayoría de los *homeless* poseen una vasta experiencia de interrogatorios. Entre otros motivos, muchas personas sin hogar rechazan el contacto con los servicios sociales como

¹⁰ En cuanto a los recuentos a nivel de calle, nos referimos específicamente al Primer y Segundo Recuento Censal Nocturno de Personas sin Hogar realizados en las calles de Madrid en diciembre de 2006 y febrero de 2008, respectivamente, así como al Primer Censo Nocturno del mismo tenor llevado a cabo en Barcelona en noviembre de 2008. Asimismo, en España la investigación sobre el *sinhogarismo* es bastante reciente, por lo cual dicho país no cuenta con demasiada información al respecto. A pesar de ello, existen informes realizados por entidades como el Samur Social, o de fundaciones dedicadas a trabajar con estos colectivos, tales como San Martín de Porres, Arrels, Rais, etc. Entre los estudios académicos, destaca la labor de Pedro Cabrera (1998), Manuel Muñoz (*et al.*, 2003) y María Sánchez Morales (1999).

consecuencia de haber sido interpelados por más de un “funcionario de lo social”. Si los *homeless* se muestran reacios a dar información personal, en parte se debe a que están hartos de repetir su “historia triste”. Periodistas, psicólogos, trabajadores y educadores sociales han hurgado en las heridas formulando las preguntas más incómodas, las que más duele responder. Pero la negativa a dar información personal en una entrevista remite a otros motivos. Lo que muchos sin hogar buscan en las calles madrileñas es el anonimato, la invisibilidad. La lógica que persiguen consiste principalmente en evitar ser reconocidos por sus familiares. De tal modo, las entrevistas implican el temor y la vergüenza de que algún familiar o amigo se entere de su situación de calle, suponen reiterar una vez más la narración de sus fracasos personales.

Por otra parte, las grabadoras o las cámaras fotográficas simbolizan la posibilidad de ser etiquetados como un “sin techo”. La persona es mucho más que un sin hogar, y para esta gente el término “entrevista” remite a un imaginario basado en la reproducción de estigmas, motivo por el cual es frecuente que adquieran una actitud defensiva cuando les sugieren la posibilidad de ser encuestado o entrevistado. A su vez, para quienes residen en las calles madrileñas, el término “entrevista” se encuentra estrechamente asociado con el mundo periodístico. Han sido numerosas las ocasiones en las que un periodista se aproximó a un *homeless* intentando retratarlo. ¿Cómo ganarse la vida viviendo en la calle? Hay que ser capaz de reconocer y aprovechar las ocasiones que se presentan; dejarse fotografiar en tanto exponente de la miseria humana, o relatar su “propia historia triste”, es uno de los pocos recursos con los que esta gente cuenta para obtener unas monedas. Debido a que su historia triste pasa a ser valorada como una mercancía a vender, ante la sugerencia de realizar una entrevista fue común obtener por respuesta la siguiente frase: “Los periodistas me han dado veinte duros”.

Sus esfuerzos por obtener un rédito económico a cambio de la narración de la propia historia de vida solo se materializan en el marco de la entrevista o la encuesta, lo cual da cuenta de obstáculos difíciles de sortear a partir de dichas técnicas de investigación. En primer lugar, el entrenamiento previo en la esfera de los servicios sociales les permite lograr un relato sintético, resumir en los tiempos requeridos por los medios de comunicación todas las tragedias que tuvieron a lo largo de sus vidas¹¹. Y si no las tuvieron, es cuestión de inventarlas, pues es una narración dramática lo que les están solicitando. En tal sentido, para quienes poseen una vasta experiencia relatando la historia personal de sus fracasos continuos como moneda de cambio, el mundo de la entrevista y de la encuesta representa un campo propicio para dar rienda suelta a la imaginación. En segundo término, las encuestas y entrevistas pueden suponer otro límite, el de los discursos estereotipados. La palabra “entrevista” activa un imaginario de respuestas estructuradas dramáticamente. La pregunta apunta a cuestiones como los usos de determinados espacios pero el entrevistado, para sorpresa del investigador, puede reencauzar su respuesta hacia los problemas en la infancia, las peleas en el núcleo familiar o lo que supuso perder el empleo.

Consecuentemente, en mi investigación con personas sin hogar, la observación participante representó la técnica de mayor provecho. La observación participante parte de la base que la conducta debe considerarse en su contexto, durante periodos largos de tiempo, en un marco de referencia lo más global posible, y no solo desde el punto de vista del investigador, sino también de los sujetos y grupos sobre los cuales se centra la investigación (Hammersley y Atkinson, 1994). En tal sentido, el primer concepto a destacar es el de contexto. La noción de contexto implica destacar la dimensión expresiva del comportamiento, los mensajes que transmiten las personas —no siempre de forma voluntaria— a través de sus

¹¹ Saber narrar la propia historia triste pasa a ser una táctica de subsistencia. De ello depende, entre otras cuestiones, su ingreso y permanencia en un albergue, conseguir vestimenta en un ropero, dinero en el caso de quienes se dedican a la mendicidad, etc. Castel coincide con tal diagnóstico: “quien no puede pagar de otro modo tiene que pagar continuamente con su persona, y este es un ejercicio agotador. El mecanismo se advierte en los procedimientos de contractualización del ingreso mínimo de inserción: el solicitante solo puede aportar el relato de su vida, con sus fracasos y carencias, y se escruta ese material pobre para perfilar una perspectiva de rehabilitación, a fin de construir un proyecto, definir un contrato de inserción. Los fragmentos de una biografía quebrada constituyen la única moneda de cambio para acceder a un derecho” (1997: 477).

ropas o gestos. Se trata de cuestiones que no logran ser captadas a partir de una encuesta, y que superan el sentido de la vista e implican a otros órganos sensoriales. En un trabajo de campo con gente que se ve forzada a vivir en la vía pública, el olfato aporta datos significativos. El olor de quien lleva días utilizando un pantalón sucio de orín o excremento suele ser un indicio de un alto nivel de autoabandono, e incluso puede generar el desprecio y aislamiento por parte de los demás *homeless*. Pero al referirnos a la experiencia corporal no aludimos únicamente a las sensaciones que el entorno deja en el etnógrafo, sino también a cómo los espacios de exclusión se graban en los cuerpos y embotan los sentidos de los sin hogar. Como sostiene Wacquant: “El agente social es ante todo un ser de carne, nervios y sentidos, un ser que sufre (...) la sociología debe intentar recoger y restituir esta dimensión carnal de la existencia” (2006: 15).

A su vez, la etnografía equivale a privilegiar una “perspectiva en acción” (Snow y Anderson, 1993). Es decir, los patrones centrados en cómo las personas viven en la calle surgen en sus escenarios naturales y a medida que transcurren las actividades de interés. A modo de ejemplo, los datos más significativos sobre la mendicidad no los obtuve inquiriendo sobre el tema en una entrevista, sino observando y preguntando en el momento que el sujeto ejercía dicha actividad. Mucha información relevante surgió cuando permanecía callado, escuchando las conversaciones entre quienes compartían un cartón de vino. En otras ocasiones, el elemento participativo se imponía sobre la observación; así me ocurrió, por ejemplo, las veces que acompañé a un informante a recoger chatarra y terminé ayudándolo a cargar peso o a separar material de los contenedores.

En España, ningún estudio sobre el sinhogarismo ha tomado a la vía pública como eje de análisis. ¿Cómo analizar este fenómeno social sin indagar qué ocurre en el espacio donde las personas sin hogar pasan la mayor parte de sus vidas? En este punto ampliamos la crítica a los estudios sobre la exclusión so-

cial que se circunscriben a las metodologías cuantitativas, abogando por la necesidad de contextualizar a las encuestas realizadas en los albergues a los usuarios de dichos recursos sociales a partir de la observación participante. A nivel discursivo, debemos considerar que “los relatos no son simples representaciones del mundo; ellos son parte del mundo que describen y, por lo tanto, son formados por el contexto en el que ellos mismos ocurren” (Hammersley y Atkinson, 1994: 122). Al no poseer un contexto como información de trasfondo, las encuestas no siempre distinguen entre las narrativas como información —los datos sobre los fenómenos— y como perspectiva; la opinión del sujeto, cómo pretende posicionarse con su discurso. Por otra parte, las formas en que los individuos se relacionan entre sí, los códigos de calle y las particularidades que nos permiten hablar de forma genérica de “las personas sin hogar”, no pueden ser recreadas con toda su complejidad mediante una encuesta o una entrevista. La subjetividad y sociabilidad de los *homeless* se conforma a partir de la experiencia y la interacción diaria en el entorno de calle. ¿Cómo analizar dichos procesos limitándonos a una encuesta? Más aún: debido a que la mayoría de los albergues solo abren sus puertas durante la noche, los usuarios de tales servicios también se ven obligados a deambular por las calles madrileñas durante el día. Así, al adoptar una metodología centrada en las encuestas a los usuarios de los recursos, la mayoría de los estudios no han tenido suficientemente en cuenta los escenarios en los cuales tienen lugar las actividades de las personas sin hogar, o han observado a dichos comportamientos en una gama muy reducida de contextos (Koegel, 1998). Por último, estos enfoques poseen otro límite: centenares de *homeless* evitan los servicios sociales, por lo cual, si no son contactados en la calle, no serán tenidos en cuenta¹².

A diferencia de las metodologías cuantitativas, la observación participante permite comparar lo que las personas dicen que hacen de lo que realmente hacen (Gúber, 2004). Cuando trabajamos con poblaciones estigmatizadas, debemos ser particularmente preca-

¹² Según datos oficiales, el 45,6% de las personas sin hogar se aloja al margen de la red asistencial (INE, 2005). Además, las investigaciones centradas en los albergues sobredimensionarán la presencia de determinados grupos de *homeless* —es el caso de las mujeres— e infravalorarán a otros segmentos más reacios a relacionarse con tales servicios, por ejemplo los jóvenes (Burt, 1996).

vidos y considerar a los relatos como el resultado de un frágil equilibrio entre los procesos de revelación y de ocultamiento (Taylor y Bogdan, 1987)¹³. No se trata de que los *homeless* no sean capaces de reflexionar sobre su propia conducta, sino de analizar la distancia entre el discurso y lo observado. Por un lado, todo individuo dice y hace cosas diferentes en distintas situaciones. Pero además, en ciertas ocasiones no es sencillo discernir si lo que sostienen es cierto o falso; si es falso, más complicado aún es comprender si se trata de una mentira o de una percepción particular de la realidad. En todo caso, el dato relevante no pasa por establecer la verdad, sino por la perspectiva de los actores, es decir, cómo el sujeto prioriza una imagen de sí mismo a partir de su relato (Goffman, 2001). De tal modo, la etnografía es una herramienta útil para realizar una serie de “controles cruzados”. La triangulación supone la principal forma de validación de los datos, implica “la comparación de la información referente a un mismo fenómeno pero obtenida en diferentes fases del trabajo de campo, en distintos puntos de los ciclos temporales existentes en aquel lugar o comparando relatos de los diversos participantes” (Hammersley y Atkinson, 1994: 249).

Otro potencial de la etnografía consiste en destacar el punto de vista nativo, en lidiar contra el monopolio discursivo del investigador (Gúber, 2004). “Si lo que las personas dicen y hacen depende de su modo de interpretar la realidad, nuestro intento de explicación de la conducta humana debe incluir, y aun destacar, el significado que tiene la vida social para las personas en cuestión” (Koegel, 1998: 40). Recuperar el punto de vista de los sujetos nos permite comprender que muchas de las conductas que suelen ser denostadas como “psicopatológicas”, poseen una racionalidad subyacente e incluso pueden representar tácticas adaptativas frente a la situación de calle. Puedo mencionar a Mercedes como ejemplo. Esta mujer recorre la ciudad en pleno verano vestida con dos remeras, dos pantalones, un suéter y una campera. A simple vista, más de una persona dictaminaría que su

modo de vestir indica un problema de salud mental. Mercedes me explicó que sufre el calor del verano como cualquier otro madrileño. Lo que la diferencia de los demás ciudadanos es que ella no tiene dónde dejar su ropa; si la esconde en algún sitio de la vía pública, teme que se la terminen robando. Además, vestirse de tal modo supone una forma de defenderse, pues si intentasen violarla mientras duerme en la calle, tendrían que quitarle dos pantalones en vez de uno. En definitiva, preguntarse por la racionalidad de los actos de las personas sin hogar supone desentrañar cómo la calle condiciona las posibilidades de acción.

Un elemento fundamental de la etnografía consiste en la dimensión temporal. Al respecto, Hammersley y Atkinson recuerdan que “las actitudes y actividades en el campo suelen variar a lo largo del tiempo de forma significativa para la teoría social” (1994: 62). La perspectiva diacrónica, inherente al trabajo de campo antropológico, permite analizar los procesos de ajustes psicológicos, ver cómo varían las relaciones interpersonales en función del paso del tiempo (Snow y Anderson, 1993). Claro que, para analizar tales transformaciones, resulta indispensable una observación prolongada y persistente en los mismos espacios y con la misma gente. En primer lugar, la temporalidad afecta la forma en que los discursos se ven condicionados en función de la presencia del investigador. Así, y tal como ocurre en todo proyecto etnográfico, inicié la investigación con una serie de hipótesis que fueron modificándose de acuerdo a lo observado en el campo. Dicha situación no se debió simplemente a una “acumulación de conocimiento”. Por el contrario, las hipótesis debieron ser revisadas a medida que el transcurso temporal reflejaba la inestabilidad que caracteriza la vida de estas personas. En el caso de los *homeless*, las observaciones y conclusiones que establecemos varían enormemente en función de la época del año —en invierno se multiplican los recursos de asistencia, las navidades son particularmente fructíferas para quienes viven de la mendicidad, etc.—, las estaciones climáticas —la lluvia o el frío condicionan las prácticas habituales—,

¹³ Okely se refiere en los siguientes términos al potencial de la observación participante respecto de las entrevistas en las investigaciones con grupos estigmatizados: “la experiencia que los gitanos tienen de las preguntas frecuentemente viene dada por sus contactos con foráneos que les ofenden, les persiguen o les intentan convencer de algo. Los gitanos miden las necesidades del cuestionador y dan la respuesta adecuada, dejándolo con la ignorancia intacta (...). Es más productivo deambular por los alrededores que alterarles en plan inquisitorial (en Hammersley y Atkinson, 1994: 124-5).

el día de la semana –el domingo es el día más provechoso para quienes piden en las iglesias, ciertos recursos sociales solo abren sus puertas determinadas jornadas, etc- o del horario –la utilización del espacio público varía enormemente entre el día y la noche—. Los datos obtenidos a partir de encuestas o entrevistas estructuradas poco pueden decirnos sobre el proceso de adaptación forzada de los sin hogar frente a la naturaleza cambiante de la vía pública, sobre los ciclos que condicionan al sinhogarismo.

4. Conclusión

Con un origen marcado por la tradición sociológica francesa, las teorías sobre la exclusión social se han constituido en la forma predominante de analizar los procesos de desventajas sociales en Europa. Dichas teorías se articulan en torno al concepto de desafiliación, el cual supone ligar a la exclusión con el quiebre que distancia a determinados sujetos del mercado formal de empleo y de las sociabilidades primarias. Paralelamente, es en Estados Unidos donde se ha generado la mayor cantidad de estudios sobre la situación de quienes se ven forzados a residir en la vía pública. Pese a provenir de un contexto académico diferente al francés, los modelos de análisis del sinhogarismo generados en Norteamérica coinciden en un punto con las teorías sobre la exclusión social: ambos toman al aislamiento social como un eje vertebral. A partir de un estudio etnográfico llevado a cabo con personas sin hogar en la capital de España, el artículo tuvo por objetivo discutir con el supuesto del aislamiento social.

En tal sentido, se sostuvo que los enfoques desafiliatorios orientan los refletores hacia las imágenes de aislamiento y desarraigo, y ello es así como resultado de ciertas decisiones metodológicas. Tomando a la información sobre personas sin hogar disponible en España como ejemplo de análisis, constatamos que los datos son eminentemente estadísticos, han sido generados a partir de encuestas que miden el nivel de contacto que los *homeless* tienen con las instituciones más clásicas: la familia, el trabajo, las asociaciones recreativas, etc. Es decir, las tesis desafiliatorias guardan relación con una visión institucionalista de los fenómenos sociales, así

como con el predominio absoluto de las metodologías cuantitativas. Estos enfoques poseen enormes dificultades a la hora de detectar las diversas formas de afiliación presentes en el contexto de exclusión; han puesto un énfasis tan desmedido en las rupturas, que son incapaces de abordar los procesos de reafiliación. Si la situación de exclusión es producto de una serie de quiebres que distancian a los sujetos de instituciones básicas como son el trabajo o la familiar –cuestión que no siempre es así–, lo cierto es que las personas sin hogar afrontan los problemas cotidianos a partir de la recomposición de sus lazos sociales. Más aún: la subsistencia de la mayoría de los *homeless* se asocia con la economía informal, la cual se arraiga a un territorio en concreto y depende de las redes sociales que el individuo es capaz de tejer en el barrio donde se ha instalado. En definitiva, para las personas sin hogar, y especialmente para aquellos que se niegan a entrar en contacto con los servicios sociales, las redes sociales son el principal recurso de subsistencia y adaptación material y emotiva frente a un ambiente dominado por las penurias. Pero dicha situación no suele ser reconocida por quienes se guían por el supuesto del aislamiento social, y esta situación tiene sus consecuencias epistemológicas y políticas.

Epistemológicas porque nos conduce a interpretar los procesos de desventajas sociales en términos de individuos aislados, cuando en la calle constantemente se forman grupos de *homeless*, cuando estas personas se vinculan con vecinos y comerciantes del barrio. Las visiones dicotómicas que nos presentan un panorama de “incluidos” o “excluidos” simplifican en exceso una realidad social que, por el contrario, se caracteriza por una enorme gama de matices; existen múltiples formas de estar “incluidos” o “excluidos”. Sin embargo, al considerar los procesos de reafiliación comenzamos a comprender que la exclusión social se asocia con los modos de inserción social. La imagen de la persona sin hogar como un sujeto fragmentado, como un átomo social, es falsa; el *homeless* establece conexiones a partir de una serie de redes barriales. No obstante, ¿con quiénes y cómo se relaciona?, ¿cómo caracterizar dicha conexión?, ¿cuál es la naturaleza de dicho vínculo?, ¿hasta qué punto la conexión satisface sus necesidades y deseos materiales y emotivos?, ¿cómo se expresa el poder en el

vínculo que el *homeless* establece con los vecinos del barrio? Asimismo, la exclusión no se liga únicamente con la distancia respecto de las instituciones básicas de la sociedad, sino también con la socialización diaria de los sujetos en un entorno repleto de desventajas; socialización cotidiana que brinda indicios fundamentales para desentrañar cómo se re- fuerza el círculo que encierra al sujeto en la situación de exclusión residencial.

Las consecuencias políticas se asocian con las modalidades de intervención propias de las perspectivas centradas en el supuesto del aislamiento social. En España, la asociación de la exclusión con la ruptura de los lazos sociales caló tan hondo, que incluso terminó imponiéndose en la lógica de atención de los recursos sociales. No casualmente las respuestas políticas propias de un paradigma como es el de la exclusión se estructuran en torno a los denominados “Programas de Reinserción”, donde la idea subyacente es la de reinserir en el tejido social a individuos “problemáticos” que supuestamente se han desenganchado de las dinámicas sociales. A la hora de afrontar un problema como el *homeless*, estos programas no pretenden transformar estructuras sociales como el mercado de trabajo o de la vivienda, sino “resocializar” a individuos “solitarios y asociales”, “intervenir” sobre la sociabilidad del sujeto. Paradójicamente, si cientos de *homeless* no se aproximan a los recursos sociales en buena medida es consecuencia de su capacidad de afrontar la subsistencia a partir de las redes que han estructurado en los barrios. A su vez, en España en general, y en Madrid en particular, los servicios sociales para *homeless* están diseñados para enfrentarse a individuos aislados, no así a grupos de personas sin hogar que acampan en determinados puntos de la ciudad. Lo que tales programas no logran comprender es que sus posibilidades de afrontar con éxito un “proyecto de reinserción” se verán condicionadas por la sociabilidad y la economía informal que los *homeless* han establecido en los territorios donde residen.

Por último, en el artículo se han analizado los posibles aportes de la antropología a los estudios sobre el *homeless*. Centrándonos en la etnografía en tanto metodología de análisis, se ha puesto de manifiesto cómo las

técnicas cualitativas de investigación pueden brindar información especialmente pertinente para el estudio de los procesos de adaptación y conformación de grupos en el contexto de calle. Uno de los motivos que llevaron a que la mayoría de los estudios sobre el *homeless* centren su atención en el sujeto aislado, consiste en la dificultad por captar la existencia y peso de las redes sociales en la vida de las personas sin hogar a partir de una metodología cuantitativa. Incluso cuando los estudios de corte cuantitativo son capaces de detectar la existencia de redes, no logran considerar cómo fluctúan las mismas, cuáles son los códigos a partir de los cuales se rigen los grupos de “excluidos”, si se respetan dichos códigos o si existen castigos en caso de ser violados, etc. Los procesos de conformación de subjetividades se producen bajo el amparo de dichas redes; son las sociabilidades que allí se establecen, enmarcadas por el contexto de calle, las que moldean las formas de representar la realidad y las conductas de las personas sin hogar. No obstante, vale la pena resaltar que el *homeless* es un fenómeno complejo, por lo cual no puede ser abordado exclusivamente desde un enfoque antropológico. Las políticas de intervención social destinadas al colectivo, al igual que las investigaciones, deberían promover los enfoques transdisciplinarios. Precisamos de más y mejores datos, y la única forma de subsanar tales carencias consiste en complementar las metodologías cuantitativas con las cualitativas.

Bibliografía

- ABRAHAMSON, P. (1997), “Exclusión social en Europa: ¿vino viejo en odres nuevos?”. En MORENO, L. (Comp.), *Unión Europea y Estado de Bienestar*. Consejo de Investigaciones Científicas (CSIC). Madrid.
- AUTÉS, M. (2004), “Tres formas de desligadura”. En KÄRSZ, S. (Coord.), *La exclusión: bordeando sus fronteras. Definiciones y matices*. Gedisa. Barcelona.
- BAHR, H. (1973), *Skid Row: An introduction to disaffiliation*. Oxford University Press. New York.
- BLUMBERG, L. (1975), “Review Author: Skid Row: An Introduction to Disaffiliation”. En *Social Forces* 53:525-526.

- BURT, M. R. (1996), *Practical methods for counting the homeless: a manual for state and local jurisdictions*. The Urban Institute, Washington D. C.
- CABRERA CABRERA, P. J. (1998), *Huéspedes del aire. Sociología de las personas sin hogar en Madrid*. Universidad Pontificia Comillas, Madrid.
- CASTEL, R. (1997), *La metamorfosis de la cuestión social*. Paidós, Buenos Aires.
- CASTELLS, M. y PORTES, A. (1990), "El mundo sumergido: los orígenes, la dinámica y los efectos de la economía informal". En PORTES, A. *La economía informal en los países desarrollados y menos avanzados*. Planeta, Buenos Aires.
- FITOUSSI, J. P. y ROSANVALLON, P. (1997), *La nueva era de las desigualdades*. Manantial, Buenos Aires.
- GAULEJAC, V. y TABOADA LÉONETTI, I. (1994), *La lutte des places. Insertion et désinsertion*. Ed. Hommes et Perspectives, Marseille.
- GIROLA, C. (1996), "Rencontrer des personnes sans abri. Une anthropologie réflexive". En *Politix* 34:87-98.
- GOFFMAN, E. (2001), *Estigma: la identidad deteriorada*. Amorrortu, Buenos Aires.
- GÚBER, R. (2004), *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Paidós, Buenos Aires.
- HAMMERSLEY, M. y ATKINSON, P. (1994), *Etnografía. Métodos de investigación*. Paidós, Barcelona.
- INE (2005), *Encuesta Sobre Personas sin hogar*. Instituto Nacional de Estadística, Madrid.
- KOEGEL, P. (1998), "La perspectiva antropológica como enfoque diferente de los enfermos sin hogar". En *Intervención Psicosocial* 7:27-46.
- LA GORY, M. J. R. FERRIS y FITZPATRICK, K. (1991), "Homelessness and affiliation". En *Sociological Quarterly* 32:201-218.
- LIEBOW, E. (1993), *Tell them who I am. The lives of homeless women*. Penguin Books, New York.
- MARTÍNEZ VEIGA, U. (1989), *El otro desempleo. La economía Sumergida*. Anthropos, Barcelona.
- MUÑOZ, M. C. VÁZQUEZ y J. J. VÁZQUEZ (2003), *Los límites de la Exclusión. Estudio sobre los factores económicos, psicosociales y de salud que afectan a las personas sin hogar en Madrid*. Ediciones Témpera y Caja Madrid, Madrid.
- PAUGAM, S. (2007), *Las formas elementales de la pobreza*. Alianza, Madrid.
- ROONEY, J. (1976), "Friendship and disaffiliation among the Skid Row Population". En *Journal of Gerontology* 31:82-88.
- ROSENTHAL, R. (1994), *Homeless in Paradise. A map of the terrain*. Temple University Press, Philadelphia.
- ROWE, S. y J. WOLCH (1990), "Social Networks in Time and Space: Homeless Women in Skid Row, Los Angeles". En *Annals of the Association of American Geographers* 80:184-204.
- RUBINGTON, E. (1968), "The Bottle Gang". En *Quarterly Journal of Studies on Alcohol* 29:43-55.
- SÁNCHEZ MORALES, M. R. (1999), "Las personas sin hogar en España". En TEZANOS, J. F. (Dir.), *Tendencias de desigualdad y exclusión social*. Sistema, Madrid.
- SHLAY, A. B. y ROSSI, P. H. (1992), "Social Science Research and Contemporary Studies of Homelessness". En *Annual Review of Sociology* 18:29-60.
- SILVER, H. (1994), "Exclusión social y solidaridad social: Tres paradigmas". En *Revista Internacional del Trabajo* 133:607-662.
- SNOW, D. y ANDERSON, L. (1993), *Down on their luck. A study of homeless street people*. University of California Press, Los Angeles.
- SPRADLEY, J. P. (1970), *You owe yourself a drunk. An ethnography of urban nomads*. Waveland Press, Illinois.
- TAYLOR, S. D. y BOGDAN, R. (1996), *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Paidós, Barcelona.
- WACQUANT, L. (2006), *Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Siglo XXI, Buenos Aires.

Dos relatos, un análisis y un excursus sobre las identidades y la relación con la ciudad entre los “moradores de la calle” en Temuco, Chile¹

Two tales, an analysis and an excursus on identities and the relationship with the city among “street-dwellers” in Temuco, Chile

Marcelo Berho C.²

Aceptación: 15 diciembre 2009

Aprobación: 25 abril 2010

RESUMEN

El autor describe dos casos de personas que viven en la calle en la ciudad de Temuco, en el centro sur de Chile. A partir de una perspectiva etnográfica indaga en algunos de sus modos de acción e interacción en la ciudad, mostrando la lógica de sus actos y la forma en que éstos hacen parte de complejos y fragmentados procesos de configuración identitaria. Asimismo, el autor desarrolla un análisis que estimula el extrañamiento y cuestiona algunos supuestos y conceptos socialmente dados por garantizados respecto de la relación entre los “moradores de la calle” y la ciudad. En este marco, defiende la tesis según la cual la sobrevivencia es un proceso totalizador que trasciende la esfera biológica para articular un estilo de vida en la que el yo y la ciudad son objetos resignificados en función de una serie de experiencias límite a través de las cuales podemos aprender más de nuestro propio mundo.

Palabras clave: *Moradores de la calle, identidad, trayectorias.*

ABSTRACT

The author describes two cases of homeless in Temuco city, in the south-center of Chile. From an ethnographic perspective, he investigates some of their ways of action and interaction in the city, showing the logic of their acts and the way in which they become a part of complex and fragmentary identity configuration processes. Likewise, the author develops an analysis that stimulates the strangement and questions some assumptions and some concepts socially taken for granted about the relationship between the homeless (street dwellers) and the city. It is within this framework that he defends the thesis according to which the survival is a totalizing process which transcends the biological sphere, in order to articulate a way of life in which the “oneself” and the city are re-signified objects in relation to of some limit experiences, through which we can learn more from our own world.

Key words: *Homeless, street dweller, identity, trajectory.*

¹ Este texto ha sido elaborado en base al material etnográfico acumulado a partir de una investigación de campo antropológica en torno a las personas que viven en la calle, realizada en la ciudad de Temuco, Chile, en diferentes momentos desde fines de 1997 a 2005. En la mayor parte de estos acercamientos he contado con el apoyo de la Universidad Católica de Temuco y de entidades públicas de la región y la comuna.

² Antropólogo, Docente Universidad Católica de Temuco. Actualmente es doctorando del programa de Doctorado en Ciencias Sociales de la UNGS - IDES, Buenos Aires, Argentina. mberho@uct.cl

Primer relato. “Ejercitar el don de las extremidades para estar a nivel”

La primera vez que me acerqué a C fue una tarde otoñal de 1998, de esas de comienzos de la estación que aún ceden un poco de espacio a los rayos del sol. C estaba en la benicnera de Caupolicán y calle Imperial, en la ciudad de Temuco. Llevaba consigo un enorme equipaje de desechos que, como más tarde me diría, había recogido “en la ciudad”. Ya lo había visto en un par de oportunidades, pero no había encontrado pretexto para abordarlo. Ahora tampoco tenía pretexto, pero mi voluntad fue más fuerte. Me había llamado mucho la atención su estética. Su estilo abigarrado, caracterizado por llevar trajes hechos por él mismo en los que sobresalían nudos y amarras de las que pendían objetos cada vez más increíbles. De un poco más de cincuenta años, C era un hombre pequeño y delgado. Tanto su cara y cabeza como sus manos y pies tenían ya sedimentado el paso de varias temporadas de vida a la intemperie en el centro-sur de Chile. Me diría que venía de Talca y que habría llegado caminando a Temuco en 1993. Tuve la sensación de estar hablando con un hombre que no había sostenido relaciones sociales desde hacía mucho tiempo. Observé su pasividad y quietud y la humildad que emanaban de su presencia, haciéndolo aparecer como una figura para nada indiferente a los ojos de cualquier transeúnte, no pudiendo captar menos que el interés apasionado de un etnógrafo dispuesto a ver al hombre detrás de la rareza. Porque para cualquiera que lo veía, C era raro, muy raro, un *freak* según los adolescentes de ahora. En ese tiempo C se había ganado el apelativo de “Señor Basura”, “Capitán Inmundo”. Para otras personas que por casualidad se cruzaban con él —como el portero de un colegio, un zapatero y un cuidador de autos—, aparecía como “enfermito” y “loco”. Pero ¿era realmente así?

En ese primer encuentro nos presentamos. Hablamos un poco de quién era cada uno y qué hacíamos. Su voz era suave y un poco entrecortada. Sus ojos jamás miraron los míos. Movía su cabeza de un lado a otro, como esquivándose. Sus palabras salían de su boca sin

premura. Yo apenas lo podía escuchar. Cada vez que, por lo mismo, intentaba acercarme un poco más a él, se echaba un paso más atrás, de tal manera que durante toda la conversación mantuvimos siempre una distancia más o menos fija. Si bien no olía a alcohol, su presencia entera expelía hedor. Observé que el cargamento que llevaba consigo era literalmente de desperdicios. Y que, según él mismo, eran “materiales de la ciudad”. Hubo aspectos de él mismo que no pude oír a causa del bajo volumen de su voz y del ruido de los autos y camiones que atravesaban la avenida a esa hora. Me sentí un poco incómodo por preguntarle cosas, por mi actitud inquisitiva. Traté de no presionarlo. Dentro de todo lo que dijo, le entendí claramente que él vivía cerca de donde estábamos. Me quedé tranquilo porque supuse que podría volver a verlo si venía a esperarlo. Y así fue. En adelante seguí encontrándome con él en diferentes puntos de un área más o menos amplia que abarcaba parte del sector sur-oeste, la Avenida Caupolicán (Panamericana Sur) y algunas calles del centro de la ciudad.

Nunca pude saber si C podía dormir bien en su “aposento”, como llamaba al lugar en que, justo en los límites de la ciudad y la comuna, dormía y acumulaba desechos³, pero lo cierto era que despertaba cada día muy temprano y que cada día solía hacer diferentes cosas que llenaban su tiempo y parecían darle razón a su vida. La mañana generalmente la ocupaba para “hacer ejercicios”, literalmente. En un par de oportunidades lo acompañé mientras levantaba y trasladaba grandes rocas usadas en la contención de las aguas del río Cautín en invierno. En su “aposento” podía tener reservas de comida que encontraba en los tanques de basura. El agua la sacaba del río que tenía a metros, “aguas de vida”, decía cada vez que bebía un sorbo o hablaba de ellas. Cuando levantaba rocas o trasladaba “materiales” de desecho, decía que eso era “ejercitar, hacer ejercicio” y “desarrollar el don de las extremidades”. Se refería así a estar activo, a hacer cosas, a “no decaer”, es decir, a estar en movimiento y sentirse vivo. Pero, ¿qué cosas hacía realmente C? Era el tipo de preguntas que, desde mis primeros encuentros con él, me hacía. Y, para saberlo, no

³ Se trataba de un costado inferior del puente Cautín, en la salida sur de Temuco. Este espacio había sido totalmente intervenido por C a través de la incorporación y yuxtaposición de objetos de desechos reutilizados por él con fines de sobrevivencia —entendida esta como una experiencia humana compleja que abarca facetas materiales, simbólicas y subjetivas—.

quedaba más que ir en su búsqueda y quedarse con él todo el tiempo posible.

Tras levantar pesas, C se iba a caminar. Una de las mañanas que estuve con él, lo acompañé por “las poblaciones” del sector Las Quilas, Amanecer y el sector de la Universidad de La Frontera. Atravesamos lentamente calles y avenidas y nos detuvimos en algunos puntos que antes ya habían captado mi atención. Primero, en una esquina de calle, al borde de una antigua avenida rota —para variar— por reparaciones, en cuya muralla figuraba una pequeña pintura hecha con tiza de color cuyo contenido era un retrato desprovisto de rasgos específicos, un rostro sin ningún trazo. C me dijo que la había hecho él. Por entonces, yo ya había advertido la forma como C se simbolizaba a sí mismo diciendo que para él lo más importante era “desarrollar el don del lenguaje” y “el don de las extremidades”. Igualmente, resultaba muy interesante y revelador que, entre otras designaciones, se definiera a sí mismo como “artista”, “sastre” e “inventor”. Esa vez me conmovió mucho saber que había sido él quien había dejado esa inscripción. Me satisfizo también el hecho de que entonces pudiera establecer con seguridad que otros dibujos similares que había visto en otros puntos del área hubiesen sido igualmente obra de él. Ahí nos quedamos un rato, casi absortos con la luz del sol. C absorbía la energía del sol; parecía dormido, o ensimismado, como tantas veces lo había visto y lo seguiría viendo.

Seguimos caminando, hasta llegar a la rotonda de Caupolicán, donde nos volvimos a detener. Allí había una pequeña feria de frutas y verduras, un colegio de adultos, una capilla, un supermercado; mucho flujo humano y de transportes. A unos metros del lugar en que nos detuvimos —que igualmente tenía un rostro dibujado con tiza, esta vez con una pipa en la boca (y que me hizo recordar la disposición artística de C)— había un tanque de basura rebosante de restos orgánicos dejados por los locatarios de la pequeña vega. C inició su incursión un poco tímidamente —infiero que a causa de mi presencia—. Mas, pronto no pudo seguir con su excavación, decidió introducirse al tanque, para lo cual me pidió ayuda. Una vez dentro de este, escarbó, hurgó y separó minuciosamente lo que se llevaría consigo. Encontró manzanas y naranjas un poco pasadas,

hojas de lechuga y repollo, papas viejas y uno que otro “material” para sus “inventos”: una pequeña botella de vidrio, un poco de hilo de nailon, una revista, un trozo de madera que más tarde usaría para hacer un tallado que en otra oportunidad me obsequiaría. Tras esto volvimos al muro en que estaba la pintura. Nos sentamos en el suelo cubierto de hojas; no había pasto. Le pregunté a C si venía habitualmente allí. Me respondió afirmativamente, agregando que “había estado cortando el pastizal”, lo que ofrecía una respuesta al hecho de que allí, en lugar de pasto, solo hubieran hojas. De inmediato sostuvo: “tengo pensado cortar un poco el pastizal de la ciudad... en eso estoy pensando porque está un poco largo... algo que haga en las calles, ya que me falta un poco de dinero (por entonces —y después— no tenía ¡ni una chaucha!)... de alguna forma no hay que decaer, hay que mostrar un poquito el pensar... ya limpié un poco allí en la ciudad la otra noche...” ¿Dónde? —le pregunté—. “De la bomba [de bencina] pa’rrriba, un poco allí limpié, saqué unos pastizales, pero después me voy a tirar más adentro pa’ sacar todo eso... el otro año limpié bastante, saqué escombros y todo eso, dejé un poco limpio... a veces me demoro meses o años, pero estoy presente en todo eso” (C, octubre de 2000). Estos “escombros” eran los restos que progresivamente había ido acumulando en su “patio”, un lugar inmediatamente contiguo al “aposento”, en el que tenía atiborrado de “materiales” (de desecho) recogidos en la ciudad y que, en mis primeras visitas, me había provocado náuseas debido al intenso hedor que de ahí emanaba y que, poco a poco, fui aprendiendo a “leer”, y por cierto a soportar. Después de nuestra conversación, C siguió solo hacia el centro de la ciudad, donde probablemente se dedicó a hacer una “limpieza”.

“La primera vez que llegaba a la ciudad estaba tan necesitado y encontraba alimento bueno, sellado... Dije: ‘Voy a limpiar todo esto, algo de pastizal y saber lo que voy a recoger ahí’... y ahí tenía una pequeña respuesta, todo eso me quedó, y hasta la hora, porque dije yo: ‘yo tengo algo en el suelo o en mis manos, un privilegio del Señor’... Pensaba ‘yo soy como mis padres y todos, aprendí muchas cosas y todo eso me va a informar, si pescar algo y me va a corresponder’, dije yo, y de esa forma empecé a arreglar un poco el pastizal, las calles,

todo eso y hasta la hora” (C, octubre de 2000). Como “limpiador” C se dedicaba no solo a arrancar el pasto, sino que también a recoger y llevar consigo escombros, neumáticos, fierros, envases de vidrio, latas, plásticos, ropa y diversos materiales virtualmente reciclables. Un par de veces incluso lo vi recoger animales muertos que después enterraba. Él decía que por más ínfima que fuese una criatura, en ella había vida, por lo que, al igual que los hombres, se merecía una sepultura digna. Posteriormente, observé a C atravesar Avenida Caupolicán desde la biblioteca pública hasta la salida sur de Temuco, llevando consigo, trotando, un perro muerto amarrado a su espalda. Parecía uno más de los accesorios que portaba consigo (además de un cuchillo cartonero, una cadena de fierro al cuello y pulseras de acero amarradas en muñecas y tobillos). El perro era pequeño, llevaba el cuello torcido y de su boca corría un delgado hilo de sangre. Lo seguí todo el trayecto hasta su “aposento” donde le pregunté por el animal. Dijo: “este es un animalito que atropellaron y yo recogí para enterrar. Como este es territorio indígena, no puede quedar ahí tendido en la calle”. No supe exactamente a qué se refirió C con esto último, pero no me cupo duda que el hecho de haber recogido el perro muerto y llevarlo consigo para sepultarlo tenía que ver con la visión “espiritualista” desarrollada por él como un mecanismo que le facilita la existencia” (Notas de campo, abril de 2001).

Los “materiales” los recogía tanto para “limpiar la ciudad” como para usarlos él mismo y, en ningún caso, para venderlos, como hacían otras personas que por entonces también frecuentaba. Este hecho, sumado a que C no mendigaba ni tampoco contaba con ningún tipo de apoyo material de nadie, revelaba que él no usaba dinero. Y, en efecto, una vez que le quise dar plata me dijo que mejor le comprara algo, ya que a él le sería más difícil entrar a un negocio. Esa vez “conversamos del dinero y su posición era que él no lo necesitaba puesto que todo lo que requería para vivir lo encontraba “en la ciudad”. Le pregunté cómo podía hacer eso y si realmente confiaba que la ciudad podía proveerle siempre de lo necesario. Con un tono muy optimista se volvió hacia mí y dijo: “digamos que yo soy un poco prehistórico, como los prehistóricos, pero bien... pienso yo que lo más importante es el don de las extremidades, el don del lenguaje, saber orar, hacer oraciones,

componer cantares, no decaer... y si todo eso me acontece yo digo ‘estoy bien’, entonces el hombre para qué quiere riquezas”. Agregó que “en la Biblia el Señor dice: “Deja oro o plata y sígueme”, así es que no solo del pan vive el hombre” (C, marzo de 1999).

Mientras mantuve el contacto con C aumentó entre nosotros la confianza. Él sonreía cada vez que me veía llegar y paulatinamente se ponía más conversador y animado. Sin darme cuenta, él me aceptaba cada vez más cerca suyo, a la vez que yo comprendía mejor lo que me decía. Disfrutaba escuchándolo hablar de cuestiones existenciales, las que por cierto se fueron transformando en un tema prioritario en nuestras conversaciones. La vida la entendía como un proceso en el que el pasado requiere ser olvidado y en el que el futuro-presente debe ser imperiosamente proyectado en base a las pautas que él mismo ha creado. Salirse de este proyecto implica “caer en decadencia”, “desviarse”, “entrar en desvío” o dejar de “estar a nivel”. De ser así, el propio sujeto y su (precaria) integridad terminarían disolviéndose en el caos de la nada, el sinsentido, el absurdo, la decadencia radical.

Para “no desviarse” o entrar al estado de decadencia, C realizaba oraciones o sostenía una comunicación espiritual con Dios o “el Señor”, como él prefería llamarle a lo absoluto. En esta actividad C empleaba una parte importante de su tiempo, ya fuese que estuviera detenido o descansando, o bien se encontrara caminando o “limpiando”. Si bien nunca escuché a C decir una oración, sí pude registrar el uso que él hacía de los símbolos religiosos y los contextos en los que los inscribía. “Yo empecé a orar del 93 pa’cá... me sentía tan mal y confuso. Oré, oré, oré día y noche y ahora me siento otro, digamos con otro semblante, pobre de bolsillo, pero eso no es todo puh... yo tenía en el cielo mucha riqueza y eso no era todo, no ve que en el libro de la Biblia dice el Señor: ‘deja oro o plata o madre o padre y sígueme’ y ‘del comer o del pan no vive la persona’ dice, sino ‘de toda palabra’, dice el Señor, y eso es una verdad que habla los misterios de la Biblia, las oraciones espirituales y por eso me siento otro yo ahora” (C, octubre de 2000).

Los “cantares” eran composiciones melódicas de un tono verdaderamente extemporá-

neo que evocaba un pretérito y un sitio remoto —contrastando absolutamente con los repertorios musicales de los otros hombres sin hogar que hasta entonces conocía—. En 1998 y 2000 conté con la aprobación de C para registrar algunos de sus “cantares”. Estos eran melodías articuladas en una lengua sin referente cuyos tonos y sonoridad —entre gitano y juglar medieval— tendían, desde la primera vez que los escuché, a erizarme los pelos. C ligaba directamente estos “cantares” con el libro bíblico del “Cantar de los cantares”. La primera vez que registré un “cantar” de C, le pregunté cómo era cada día para él y cómo se veía él en la sociedad. Me dijo: “comparto con mi presencia, veo las calles y todo eso y veo lo que recojo ahí a veces, materiales y veo lugares y digo que también tuve relaciones... y ahora que tengo que estar solo... el Señor es una respuesta y solo a Él pido oraciones, siempre, así que cuando me voy a acostar hago oraciones y todo eso, así que no puedo estar sin oraciones... El Señor anda con señales... quizá son señales de Él, igual que nazca un chanco, un pequeño animalito, distintos fenómenos, una planta o cualquier cosa, son señales del Señor, digamos... esa es la verdad, para que sea construida en oración, siempre fiel a Él porque vino a mí... la era fue muerte, digamos, así que todo eso dejó en oraciones, en la Biblia, los Apóstoles, los Santos, todo eso acontece... Ud. ve que hay millares de iglesias católicas, y yo me doy cuenta...” (C, octubre de 1998).

Una vez que reunidos y seleccionados diversos “materiales”, C se hallaba en condiciones de “hacer un invento”. Al definirse a sí mismo como “sastre”, “artista” (de hecho su nombre lo tomó de un actor de cine) e “inventor”, C me enseñaba que la dimensión física presente en el “atleta” o en alguien que “desarrolla el don de las extremidades” no es la única que puede asegurar la vitalidad de su ser, sino que también debe considerarse lo que él entendía como el “don del lenguaje”

como vehículo y lugar donde cohabitan el pensamiento y la espiritualidad. La necesidad de tener que crear y, por tanto, no permanecer inmóvil está asociada, de nuevo, con la idea de que, de no ser así, la persona se disolvería. C sentenció una vez que “si no hiciera un invento, yo creo que no podría seguir, decaería, yo creo que la atmósfera me olvidaría”. Algunos de sus “inventos” consistían en hacer bolsas de género y otros artefactos (hechos a su vez de otros artefactos). Asimismo, su ropa era mayoritariamente confeccionada por él. En una fotografía de 1998, C lleva una especie de coraza armada con diferentes fragmentos de géneros, bolsas de plástico, alambres y vegetales secos; sus pantalones son de franela envueltos en bolsas de agroquímicos. Lleva un zapato de un tipo y otro de otro y en uno de ellos se asoman los dedos del pie. En otras oportunidades ha llevado adheridas a su ropa diferentes creaciones: un pequeño cráneo de gato que llevó atado por algún tiempo a su pecho con alambre, o el disco de la cadena de una bicicleta como parte de su coraza. El perro que había llevado atado a sus espaldas era visto por él como otro de sus “talismanes”. El “transistor de imágenes” o la botellita con arena que colgó a su pecho, así como las “pulseras” y “ropajes”, servían todos a un fin tanto preventivo como terapéutico ligado a la búsqueda y mantenimiento del bienestar y la continuidad vital.

Segundo relato. “Vivo ahí, duermo allá”

P era en 1998 un gracioso hombre de 60 años oriundo de Quillota, “pero ponle tú que no soy de ni un lado” —se apresuraría a agregar en uno de nuestros primeros encuentros—, que llegó a Temuco “sin saber cómo” a comienzos del mismo año. Lo conocí en la feria Pinto⁴, en el barrio antiguo de Temuco. Yo andaba haciendo uno de mis recorridos habituales. Era mediodía y ya venía de haber conversado con un par de “torrantitos”⁵, ambos

⁴ Este es un espacio tradicional de comercio de productos agropecuarios al que concurren diferentes actores sociales, chilenos y mapuche, campesinos, comerciantes y compradores provenientes de sectores y localidades rurales aledaños y de la propia ciudad. Hay en él un terminal de buses rurales, la estación de ferrocarriles, supermercados, tiendas comerciales, mayoristas y minoristas, ferreterías, tiendas de ropa usada, bazar —conocido como “feria de las pulgas”—, cantinas y restaurantes. En fin, uno de los escenarios que el etnógrafo de las formas marginales del Temuco de hoy (y de ayer) está obligado a tener que reconocer.

⁵ El “*torrante*” o “*atorrante*” constituye una categoría nativa con la cual se designa a los “moradores de la calle” que presentan un estado de deterioro físico-psíquico y exclusión social. El *torrante* sin hogar encarna una identidad social y corporal desacreditada —aunque no plenamente privada de la posibilidad de su restauración—, basada en la frustración y

finados hoy en día. Cuando lo vi por primera vez, estaba de pie en un paradero de colectivos de Barros Arana. Me llamó la atención que estuviera murmurando y que llevara una bolsa con un cuaderno. Lo observé durante un par de minutos desde el otro lado de la calle. Hasta ese momento no tenía todavía más indicios sobre su posible condición. De pronto comenzó a registrar el basurero del paradero. Esa acción estimuló mi deseo de cruzar a hablar con él. Cuando me acerqué a su lado, P tenía sus dedos untados con yogur. Hablamos un poco mientras seguía untando sus dedos en el yogur y llevándolos hasta su boca. Le hice algunas de las típicas preguntas que solía hacerles a las personas con las que buscaba entablar relación, cómo se llamaba, de dónde era, por qué estaba ahí, etc. Muchas de sus respuestas eran contradictorias, decía una cosa y luego agregaba otra de índole muy diferente, o afirmaba y a la vez negaba lo que decía. Hablaba muy rápido, como si por mucho tiempo hubiera mantenido asfixiadas las palabras y estas quisieran salir de una vez por todas de su boca sin más dilación. De todas las cosas que dijo en esa oportunidad no capté sino unas pocas: que tenía hambre, que no sabía dónde le podían dar comida, que dormía en cualquier parte y que en su cuaderno tenía escrito algo así como “el código de espina”. (Con estos antecedentes supe que estaba ante uno de los “elegidos” para continuar mi trabajo.) Contando con su aprobación, en esa oportunidad lo llevé a un lugar en que le dieron almuerzo (y al que posteriormente seguiría asistiendo). Una vez allí, debió pasar por la entrevista de la asistente social y en seguida hacer una fila junto a otros “peregrinos”⁶. Dentro del comedor observé que P era del grupo de los que tenía “buenos modales”, como algunos allí decían. (Este hecho se contraponía a la conducta de tomar con los dedos un yogurt encontrado en un basurero.) Se referían así no solo a los modales en la mesa sino, en general, a una actitud modelada por la educación cívica. “No

porque estemos en la calle vamos a ser mal educados o a andar como los animales”, era una conciencia entre algunos hombres que conocí... Como sea, comió en silencio, no habló con nadie y se repitió el plato. Cuando nos fuimos de allí, caminamos bastante. Partimos de la feria y llegamos a 18 de Septiembre, en plena Avenida Alemania. En el trayecto él se fue inspeccionando los basureros. Ese hecho me provocó risa y a la vez vergüenza: precisamente, dos formas como experimentamos y simbolizamos la presencia en la ciudad de gente como P. Sin preguntarle qué hacía, advertí que andaba en busca de revistas. Recogió una revista publicitaria de modas y otra “Muy interesante” manchada con café. Le pregunté si esas revistas tenían algo que ver con el cuaderno que llevaba guardado entre sus ropas. No me respondió nada.

Al otro día P era uno de los primeros en la fila para obtener almuerzo en el “comedor comunitario”. Me sorprendió, pues, a juzgar por el día anterior, no esperaba encontrarlo ahí. Igualmente me causó gracia que llevara atado un palo a la cintura. Nos saludamos y hablamos brevemente. En el almuerzo volvió a ser amable y agradeció que le dejaran repetir. Parecía no escuchar a sus pares, algunos de los cuales se habían insultado y vociferado mientras hacían la fila de espera. Le pregunté qué había hecho después de nuestro encuentro y me dijo que se había ido a descansar. No supe dónde exactamente, pero señaló un sitio lleno de escolares. Intuí que debía tratarse de algún lugar cercano a algún establecimiento educacional, de manera que, si dormía allí, ya tenía una idea de dónde ir a buscarlo en otra oportunidad⁷.

Cuando conseguí que P hablara de su cuaderno y del “código de espina”, me explicó que, escribiendo una frase, y abajo poniendo el código correspondiente —que solo él conocía para cada caso—, él podría saber quién era

la resignación frente a “quedar afuera”, la obstinación y el autoabandono a conductas socialmente reprochables, siendo la principal de ellas, en el caso de los “*torrantes*” de Temuco, la de beber alcohol en exceso. En la etnografía de las carreras marginales de personas sin hogar (Berho, 2000), advertí la incidencia de este aspecto en la emergencia y/o modificación de otros atributos y actitudes psicosociales.

⁶ Categoría nativa usada por los agentes institucionales del Hogar de Cristo para referirse a la población de “moradores de la calle” que habitualmente atienden. Este término ha sido reemplazado en la actualidad por el de “tío”.

⁷ La experiencia del trabajo de campo hasta ese momento me había enseñado que la mejor manera de establecer los lugares de pernoctación de las personas era buscándolos al amanecer o a medianoche. Asimismo, había corroborado que el mejor momento para hablar con algunos de ellos, sobre todo con los “*torrantes*”, era en la mañana, especialmente si de por medio había un café y un sándwich.

yo y mi acompañante. Era de noche. Estábamos en los “puestos” (locales) de la feria. Más allá de nosotros pasaba un grupo de jóvenes “voluntarios de calle” —de los primeros que se formaba en Temuco—. Hacía un poco de frío, pero el ambiente parecía grato y seguro. P no paraba de hablar: de una camioneta doble cabina azul, de un joven, de una señora... Tras escribir algo en un papel que pidió, sin usar su cuaderno, puso sus dedos en aquel, lo tocó y murmuró... luego dijo que yo era “Efraín” y que mi acompañante era “Francisco”, agregando que yo tenía que estudiar arquitectura. De este mismo modo afirmó haber alcanzado conocimiento de su enfermedad —más precisamente del “mal” que le hicieron—. Así pudo saber y darse cuenta que él tenía los órganos cambiados. “Cómo es eso?” —le pregunté—. “Así es puh, tengo el pulmón de uno, el hígado de otro y así... Eso, advirtió, quiere decir que no estoy completo todavía...” (Notas de campo, mayo de 1998).

Con el tiempo, y tras verlo evocar el “código” cada tanto, comprendí que para él cualquier acción que emprendiese podía depender de los “códigos de espina”, una especie de oráculo para prepararse ante cualquier eventualidad o situación vital e incluso llegar a saber el nombre de alguien o el estado de su propia salud o la de otro. Más allá de la certeza o demostrabilidad de sus enunciados y de que hablara sin parar y sin saber si me escuchaba o no, aprendí a reconocer algunos temas recurrentes en su discurrir lingüístico. Persistía en hablar sobre situaciones antes vividas, sobre épocas en que él trabajaba en una planta, en la fábrica o en la industria, cuando vivía en Quillota. Recordaba gente, nombres de calles y lugares; situaciones, escenas, cuadros vívidos traídos al presente a través de un recuerdo retorcido —“unos hombres me vinieron a buscar en una camioneta, Chevrolet doble cabina... de ahí me llevaron, me sacaron de la fábrica... de ahí yo anduve con unos jóvenes que me preguntaban si tenía el papelito...”—; experiencias homosexuales; viajes a Valparaíso, a San Felipe, a San Pedro y a otros lugares; la llegada de su enfermedad y la naturaleza de la misma —“empecé a ver amarillo”, “lo mío es un mal que me hicieron. Por la mente me dijeron que mi casa está embrujá y que todos tienen que irse de ahí”—; la jubilación que le hicieron —“Pinochet me dio

la jubilación”— y que en la actualidad [primer semestre de 1998] no cobra, los documentos que él no firmó y los que sí firmó; [...] engaños y [...] tergiversaciones (¡no se de qué diablos!); los términos en que se efectuaron unas posesiones efectivas; [...] [Asimismo,] parece estar profundamente obsesionado con tarjetas de crédito, cuentas bancarias, números de series y de cuentas, códigos de barra, firmas y rúbricas, sellos y timbres de documentos y papeles (Berho, 1998b: 50-51). En otro momento (1999) escucharía hablar con igual o más vehemencia a P sobre antenas, radares y transistores. Por entonces, como se dice vulgarmente, hablaba con locura de algunos temas y contratemas.

En menos de un año viviendo en las calles de Temuco, el aspecto de P cambió notablemente. Sus barbas y cabellos crecieron visiblemente en un lapso de seis meses. Su tez y su textura han cambiado. En ese intertanto se ha vuelto más moreno y enjuto. Sus manos se curtieron del polvo de la ciudad y de todo lo que pasa por ellas. Por entonces, se sometió a P a una entrevista psiquiátrica a partir de la cual se estableció un primer diagnóstico que, junto con otros elementos sociales y técnicos, posteriormente ayudarían a que P saliera de la calle... En la ocasión estuvo encendido, se hizo el simpático y gracioso, aunque en general creo no fue muy colaborativo con la “doctora”. De todos modos, a nosotros nos brindó nuevas versiones de situaciones, momentos y procesos que había vivido y que seguían siendo actualizados por él cada vez que volvía a hablar de ellos. Se refirió a una situación con los carabineros de Quillota, al parecer durante los años de Frei, la enfermedad que sufre, la vez que lo llevaron en ambulancia a Putaendo. Opinó sobre momentos históricos vívidos, nombró a los presidentes de Chile que han gobernado el país aproximadamente durante los últimos treinta años; relató por qué llegó a Temuco.

Para dar una idea vívida de su estilo, transcribo su voz: “Por represalia, por represalia, porque resulta parece que este caballero se le olvidó allá, porque yo había perdido... se me había hecho tira el papel de la jubilación... entonces yo fui para allá y me dio alojamiento y todo... faltaba que me die-ra mujer nomás... pero entonces yo sabía por

la mente que el joven mayor parece que iba por ahí y los otros lolos iban después y hacían el amor... entonces fui para allá y estábamos en el comedor y estábamos conversando los dos solos, estábamos ahí en el comedor y entonces yo le dije a él cómo tenía que decir porque no sé si sabía, porque le dije 'oye'... le conversé que... por ejemplo si yo quería que él me haga el amor a mí yo no tengo que decirle a él. Eso le dije a ese niño, entonces se entusiasmó y me dijo "bueno"... pero resulta que eso es feo, ese caballero, padre o madre, llevan para allá a uno como allegado y no es mujer, puh, no es mujer..." (Entrevista psiquiátrica a P, junio de 1998). Esa misma vez admitió que antes oía voces y que en el presente a veces también le pasa. Afirmó que era feliz como estaba, "vivo por ahí, duermo por allá". Por entonces, si bien era consciente de no tener dinero, no lo era mucho respecto de la situación de carecer de otros medios de subsistencia. La "doctora" corroboró lo que el sentido común había nombrado desde el principio con la palabra "locura". Dos días antes de la realización de esta entrevista P había comenzado a dormir en Los Traperos, uno de los dos refugios que entonces había para soportar el frío y la lluvia del invierno local⁸.

Pasado un año, P solo iba de repente a comer al Hogar de Cristo y prefería dormir en los "puestos" de la feria Pinto antes que ir a Los Traperos. Parecía sentirse bien. Se relacionaba con los "feriantes" (dueños de los puestos comerciales de la feria). Trabajaba para tres de ellos guardando la mercadería y lo hacía bastante bien. La gente le daba fruta, pescado o dinero y le convidaban agua cuando pedía. Al igual que C, seguía siendo un NN (o indocumentado). A veces no olía nada bien. Su textura física se mantenía, no había bajado de peso, como era el caso de otras personas en igual situación. Seguía siendo bueno para caminar. En todo ese tiempo me lo había encontrado en muchas partes: en la Avenida Alemania, en Caupolicán, en la Plaza de Armas —donde varias veces lo encontré hablando solo a las ocho de la mañana—, en la Plaza

Lautaro, en el centro. Si no estaba sentado, hablando solo, lo veía raudamente surcando calles, murmurando y deteniéndose a veces a escribir algo. Seguía siendo abstemio. Y todavía "transmitía" sobre cuentas bancarias, códigos de barra, códigos de identificación, cédulas de identidad, y un sinfín de elementos de la cultura moderna en los que parecían haberse quedado suspendidos algunos episodios de su historia más o menos cercana. Símbolos que remitían a no presencias, a problemas irrevocables sin solución, a fracturas y huecos biográficos. Como por entonces en realidad ya no valía la pena que le preguntara algo porque él hablaba y hablaba, prácticamente sin escuchar, decidí que cada vez que me encontrara con él simplemente lo dejaría hablar⁹.

Como mi casa quedaba en el trayecto que él hacía cuando iba a dormir a Los Traperos, y ya había cierta confianza entre nosotros, un día se apareció por allí tocando el timbre. Esa tarde P calzaba unas botitas vaqueras color cobrizo, puntiagudas y con taco. Los pantalones los llevaba medio arremangados hasta los tobillos, de manera que dejaban ver el largo de las botas. Encima de la parka llevaba una capa de una tela semiimpermeable que había atado a su cuello. Llevaba puesto el gorro de la parka. Sus barbas largas le daban un efecto casi mágico, como si de pronto fuese a sacar una bola de cristal o un conejo de sus ropas. Llevaba además una bolsa con pescados que le habían dado en la feria. Esa vez, mientras compartimos una taza de té y pan, P acompañaba todo lo que decía con un gesto tan divertido y decididor con el momento que vivía. Cada vez que emitía frases llevaba hasta su boca alguna de sus manos poniéndola de tal forma que simulaba ser un altavoz. A su juicio, esa conducta respondía a que el volumen de su voz había bajado y requería por tanto ser amplificado. Desde entonces nunca más se supo de su cuaderno. Simplemente lo había perdido y ni siquiera lo recordaba. El contenido de ese cuaderno eran ilimitadas series de letras y números que ocupaban todo el espacio; también había textos, especies de

⁸ No es casualidad que la única hospedería que por entonces había en Temuco, Los Traperos de Emaús, recibiera y siga recibiendo más población que la que puede dar abasto durante los meses de invierno, desde junio a agosto.

⁹ Siguiendo este principio no solo me fue bien con P, sino con la mayoría de las personas que viven en la calle que he conocido en Temuco. Queda pendiente aún el análisis del silencio y la escucha en la construcción del contexto etnográfico y su relación con otras dimensiones configuradoras (como la temporalidad, la violencia y el trauma), en la etnografía de la marginalidad extrema.

poemas, antipoemas, pensamientos, antipensamientos. En una de las pocas oportunidades que tuve de ver su cuaderno rescaté frases como: “La banca se me rompió”, “La casa está embrujada / Yo estoy en el cielo / y no vuelvo nunca más”.

En 1999 había en Temuco tres hogares para personas sin hogar. De uno de ellos P terminaría siendo uno de sus residentes más queridos. Allí comenzó a experimentar evidentes cambios. Fue objeto de atenciones especiales por parte de sus encargados, quienes hicieron de él una especie de emblema de lucha, persistencia y compromiso. Ellos lo llevaron al médico y P inició un tratamiento psiquiátrico. En el hogar fue amado por su pasividad y docilidad, la que en su momento atribuimos a la medicalización a la que fue sometido por su desequilibrio. En efecto, tras un par de meses en el hogar, P dejó de “delirar”, dejó de hablar solo y de levantarse a medianoche a caminar —como había ocurrido a su llegada—. “Era terrible como andaba aquí en la noche, quería irse, teníamos que sujetarlo entre los dos. Se levantaba como sonámbulo y decía groserías, no hallábamos qué hacer con él cuando lo trajimos” —me contó una vez la encargada del lugar—. Pienso que fue neutralizado con los “remedios”, si no, no hubiese perdido el ánimo para levantarse, llegando a pasar una buena parte del tiempo acostado. La primera vez que lo fui a visitar no me reconoció, a pesar de que parecía hacer un enorme esfuerzo abriendo sus grandes ojos celestes para mirarme. Su cara estaba inflada y sus poros exudaban las toxinas del Tonaril, el Haldol y otros ungüentos de la farmacéutica con que se medica a los enfermos de esquizofrenia en los hospitales chilenos. Leía un poco la Biblia y participaba en los cultos que se hacían en el *living* del hogar, pero no tenía su espíritu puesto en nada de eso, al menos no como antes. Con el tiempo se iría restableciendo y podría hacerse cargo de algunas pequeñas tareas y deberes al interior del establecimiento: barrer, picar y acarrear leña, hacer algunas compras, cuidar los hijos de los encargados, entre otras. Trascurrido un tiempo, sus cuidadores se transformaron en sus “apoderados” legales. De esta manera, como exige la ley de discapacidad en Chile, pudieron hacerse oficialmente cargo de él y de su pensión como “discapacitado psíquico”. Desde el 2003 que no lo he visto. Supe que

seguía con los pastores en Padre Las Casas, en un hogar de ancianos.

La identidad marginal extrema en la ciudad

Los relatos que introducen este texto contienen algunos elementos que ayudan, por un lado, a retratar a las personas que viven en la calle desde un punto de vista antropológico explicitado (Berho, 2003b; Berho, 2005); y por otro lado, a abrir el diálogo con los no-marginales y coparticipar en la producción y disputa simbólica de concepciones y prácticas concretas sobre los “moradores de la calle” en tanto categoría social límite. Al verlo así, la etnografía se transforma en un esfuerzo intelectual de doble salida. Al explorar, penetrar y transitar por las diferentes densidades de la vida social y la cultura local (y nacional) en que tienen lugar las experiencias de los “moradores de la calle”, el etnógrafo no solo desarrolla la misión cognoscitiva que tradicionalmente se le ha encomendado en el ámbito de la disciplina, sino que también se ve inmerso en tramas socioculturales en las cuales deberá desempeñar un papel diferente que paulatinamente irá aprendiendo a desplegar, sin desperfilarse de la trayectoria intelectual que precede a su trabajo y en el que la posibilidad de participar del diálogo social, político y cultural de la sociedad dominante se torna un desafío ético e intelectualmente ineludible. Así, lo que sigue constituye un relevo interpretativo orientado a destilar algunas cuestiones en torno a dos aspectos significativos: el proceso de configuración de la identidad de las personas sin hogar en relación con el espacio de la ciudad y algunas de las representaciones sociales dominantes en torno a aquellas.

En cada uno de los relatos se puede reconocer la existencia de una lógica de la ubicuidad relativa a la forma de habitar y simbolizar el espacio. Nuestra hipótesis es que tanto los desplazamientos como las prácticas que en ellos se despliegan, así como los motivos y concepciones que subyacen a los mismos son la expresión de identidades particulares, hijas de un proceso de desacoplamiento socio-relacional y de una construcción de las inscripciones subjetivas e intersubjetivas que solo se da a través de una serie de fases analíticamente discernibles. ¿En qué consiste este proceso? ¿Cuáles son los momentos más rele-

vantes que lo caracterizan? ¿De qué modo la ciudad se hace parte de este proceso y este a su vez de la ciudad? La etnografía de las trayectorias marginales aporta el material básico para visualizar los hitos y delinear el proceso en su totalidad (Berho, 2006).

Gran parte de la adaptación que requiere operar la persona concierne al modo como resolver las necesidades básicas. Una vez sin hogar, la persona debe enfrentar cada día la cuestión de la alimentación y la bebida, la protección, el abrigo, el descanso y la seguridad. Es más, debe decidir qué hará si no quiere morir. La persona descubre lo imperioso que es que la necesidad sea cubierta. Descubre también que para que así sea debe modular su conducta al entorno de “la calle”. Esta comienza poco a poco a convertirse en un territorio para vivir de donde es posible extraer (casi) todo lo necesario para sobrevivir. La situación de C es muy indicativa de esto, al punto de configurar una preferencia por hacer de la calle su hogar. Algunas personas, como P o C, parecieran resignarse plácidamente a vivir sin hogar, mientras que otras experimentan sendas crisis emocionales que solo alivian momentáneamente embriagándose, fantaseando o alienándose. Otros sienten deseos de morir o de acabar con la vida que llevan. Pueden ser muy críticos hacia la sociedad o ni siquiera sentir sus entrelazamientos. Durante esta fase las personas experimentan la discriminación social ligadas al cambio de su apariencia y conducta. Es lógico pensar que todas estas experiencias surtan profundos efectos sobre la configuración de la identidad social y subjetiva o que, más bien, este proceso esté íntimamente conectado con la adaptación que debe experimentar la persona en un sentido total, prácticamente ontológico. Sin poder determinar aún claramente como todo esto ocurre, podemos afirmar que lo que está en juego es la consistencia relacional y el sentido de la vida.

Como podemos inferir de los relatos cada trayectoria se va haciendo de diferentes materiales vitales y en ella están implicados actores, contextos y experiencias diversos en cuanto a formas y contenidos. En otra oportunidad (Berho, 2000), noté que la mayoría

de la población había llegado a la calle debido a alguna crisis vital o a hechos biográficos de honda repercusión psíquica, experiencias en todos los casos más o menos intolerables: enfermedad, muerte de seres queridos, separación conyugal, quiebre económico. Las vivencias y sentimientos que acompañan este proceso parecieran ser correlativos con el nivel de estructuración del respectivo perfil identitario entre las personas. En este marco, las acciones de C y P adquieren consistencia propia¹⁰. La adquisición de un estilo de vida marginal implica básicamente el desarrollo de estrategias de sobrevivencia —entre las cuales las económicas solo constituyen un tipo más— y la resignificación de la calle, las experiencias de desvinculación y el sí mismo. “Durante la fase [que denominé] de desvinculación la persona experimenta una sensación de vulneración de su integridad que lo lleva a desarrollar una serie de estrategias de autoprotección sin las cuales el mundo inseguro de la calle sería prácticamente imposible de ser vivido y menos llegar a convertirse en un territorio existencial. Así, durante la fase de vulneración de la integridad la persona experimenta las consecuencias directas de su proceso de desvinculación del mundo de la vida social (familia, amistad, trabajo tradicional), así como de los sistemas sociales (asistencia social, salud, protección social): reproche y rechazo social, desprotección y exposición a las violencias urbanas de todo tipo (de los pares más jóvenes o más fuertes, de los sistemas de control social, de las pandillas juveniles, incluso de los perros)” (Berho y Samaniego, 2005: 109). Las estrategias económicas, en tanto, se caracterizan —como vemos en el relato de C y en parte en el de P— por desafiar los cánones ligados al mérito y la iniciativa productiva del capitalismo liberal. Más aún, C enseña que es posible vivir fuera del capitalismo: en verdad, con lo que este desecha.

En relación con la resignificación de la calle como territorio existencial, observamos que esta es una afirmación que hacen, en general, quienes ven en la calle un contexto que, a pesar de su violencia, acoge a los más desposeídos. “La calle es mi madre” —me señaló una vez E, un “torrante” hoy finado—. La

¹⁰ Me aventuraría a señalar que si la persona ha soportado las fases de ruptura inicial y la de consecuente desmembramiento o desafiación socioafectiva y socioeconómica advertida por otros especialistas (Cabrera, 1998; Castel, 1999), entonces la persona está dispuesta a la adquisición de un estilo de vida marginal.

calle, en este sentido y a pesar de todo lo que podemos imaginar los que no vivimos en ella, es resignificada como contexto de estabilidad, como un territorio que tiene su propio recorrido: con una partida, una estancia, planicies, pliegues y un final. La seguridad que prodiga la madre, la calle también la puede dar. Como C sabía y como P tuvo que aprenderlo: es cosa de saber dónde buscar, a quién recurrir, a qué horas producir los desplazamientos, cuándo y cómo entrar en escena y cuándo y cómo retirarse. Esto solo cobra real significado entre quienes han alcanzado un conocimiento de la vida en la calle, es decir, tras haber vivido a la sombra de esta, cobijándose en su seno del frío y la lluvia, comiendo de su comida, bebiendo de sus líquidos. Con el tiempo pareciera diluirse la sensación de inseguridad que la calle produce en los iniciados, lo que no quiere decir que la calle no sea insegura. Por esto es que coincidimos con Robert Desjarlais, quien considera la calle como “un dominio sociogeográfico que modela una forma de vida específica y ciertos marcos de entendimiento” (Desjarlais, 1997: 120; traducción libre).

Este marco sociogeográfico no solo es el suelo donde pisan habitualmente los “moradores de la calle”, sino que es también el lugar de la copresencia de y la cohabitación con otros individuos (transeúntes, consumidores, ciudadanos, pobladores). En este marco, la calle es simbolizada de dos maneras: 1) como si se tratara de un territorio prístino que se debe descubrir y nombrar y en el cual cada cual se sustrae más o menos de su historia pasada para mimetizarse en el cemento, los sitios eriazos, las construcciones abandonadas, los lugares liminales y los no lugares. 2) Como un territorio cuyas riquezas han sido ya extraídas y que, por efecto del tiempo, vuelve a alcanzar el estatus de potencia benevolente, por lo que requiere ser redescubierto y vuelto a nombrar. Estas dos formas pueden confluír entre sí y son las que explican el entendimiento que hacen de la calle quienes la habitan. De este modo, coexisten nociones de la calle como contexto existencial, es decir, a la vez como espacio en que deviene la vida y la muerte y como fuente de consistencia o borramiento vital en el que es posible registrar relaciones más o menos estandarizadas, contingentes y azarosas de benevolencia, indiferencia, silencio, abuso y violencia. La calle

era para C un espacio de apropiación creativa en la que se podía encontrar, más allá de toda su riqueza y desigualdad, lo necesario para vivir y dotarse de una identidad idiosincrásica. Un sitio en el que dejar inscrito su paso efímero, marcado por el ritmo de la conversación interior. Para P, en tanto, la calle era ese escenario en el que bullían fragmentos de una cultura indescifrable, de la cual él parecía irse desprendiendo cada vez más, no para retirarse a vivir en la soledad sino para distanciarse de su semántica, sus lugares comunes y su atosigante serialidad y replicabilidad. Las estrategias de sobrevivencia trascienden aquí las necesidades biológicas: el yo es a fin de cuentas lo que mayormente deberá proteger quien hizo de la calle su hogar. Nuestro análisis sugiere que, entre otras prácticas, la locura, el silencio, el ocultamiento, la evasión física o mediante sustancias, constituyen mecanismos que permiten asegurar la vida en estas condiciones y, en este sentido, pueden entenderse como prácticas de sobrevivencia.

Se podría pensar que los casos elegidos no son para nada típicos y que, con ellos, el etnógrafo no estaría ofreciendo sino cuadros efectistas y subjetivos del mundo de la marginalidad extrema, en lugar de descripciones detalladas de totalidades. Es perfectamente posible que así ocurra si el etnógrafo no ha tomado antes una posición. Personalmente diría que los casos fueron elegidos en tanto casos extremos de “sin-hogarismo” en tanto una forma de experiencia límite. En estos casos, además, se apreciarían diferencias en los modos de habitar y simbolizar la ciudad y a través de ellos, asimismo, sería posible revisar y repensar algunas opiniones y nociones comunes dentro de la cultura dominante.

Saber dónde ir a dormir, dónde pedir dinero, encontrar abrigo o refugio, comida gratuita o por poca plata, son conocimientos pragmáticos que sugieren que los “moradores de la calle” no son individuos más o menos fantasmales que divagan por la ciudad delirando o sin ningún rumbo fijo, como podríamos aducir del caso de P. Porque precisamente P buscaba donde pernoctar o conseguir ropa, comida y agua es que su mundo, por más delirante que pueda parecer a través de su verborrea y expresión escrita, no era completamente ajeno a algún tipo de orden, a

alguna distribución de la actividad cotidiana en tiempos, en desplazamientos espaciales, a algún sistema de digresiones discursivas socialmente concebido como desequilibrio, el contramundo frente al mundo. En el caso de C, se desarrolla una apropiación del espacio urbano que es coherente con las concepciones subjetivas en torno a la función social auto-asignada del marginal en la ciudad. Su mundo depende de una construcción simbólica sustentada en creencias y concepciones en la que parece existir una armonía entre las máximas de vida religiosa y los actos concretos. Se trata de una vivencia límite que da origen a una forma de sobrevivencia creativa en la que se condensa la actividad simbólica y que obliga a relativizar nuestros conceptos de lo deseable así como de lo puro-impuro, lo limpio-sucio, el trabajo-la improductividad.

La libertad es otro atributo adscrito a las personas que viven en la calle. Esta opinión es recurrente incluso entre los etnógrafos, pero es muy común encontrarla en ciertas representaciones idealizantes que ven en el “vagabundo” a una figura totalmente desarraigada y sin ataduras relacionales, así como profundamente ajeno a las pesadas estructuras materiales que gobiernan la vida social, política y económica de la sociedad moderna. La investigación empírica de este aspecto nos muestra más bien que tal desconexión absoluta es poco probable, aunque hay excepciones. El caso de C es un extremo y una paradoja, por cuanto para vivir él necesita lo que otros desechan. Su relación con la sociedad está mediada por su relación con los desechos urbanos. Así, él se relaciona con lo que la sociedad arroja, asumiendo el compromiso de recoger y “limpiar” la ciudad. La resonancia semiótica del delirio, en tanto, también puede interpretarse como una forma de liberarse de los formatos hegemónicos del discurso, o como parte de una infrapolítica inconsciente para el propio agente. De cualquier forma, ¿qué libertad puede haber allí donde hay ausencia de reciprocidad o

posibilidad alguna de comunicación intersubjetiva? Las principales ataduras que en estos casos pueden existir parecen ser finalmente de orden lingüístico. Todo lo que se dice busca hacer comprensibles estados y procesos del mundo, de la subjetividad y los otros, por más inverosímiles, erráticos e incoherentes que nos parezcan esos discursos. Por último, suele asociarse la libertad con la movilidad geográfica, con el nomadismo. Ni C ni P nos sirven de mucho para demostrar esta asunción¹¹. En todo caso, la diversidad del mundo de las personas que viven en la calle ofrece esta posibilidad a través de la categoría de los “caminantes”¹². De este modo, podría decir que las experiencias límite de los “moradores de la calle” pueden desplegarse en movimiento —como entre los “caminantes”— y, de allí, dar lugar a la sensación de libertad que ese estado podría suscitar; o bien que pueden estar ancladas a un único lugar en el cual queda inscripto el anonimato y la desafiliación relativa de cada uno. Así, si mantenemos la idea de homologar “vagabundos” con “caminantes”, tendríamos que señalar que a estos se han sumado hoy día otros, más arraigados o sedentarios.

Breve excursión de la etnografía de los “moradores de la calle” en Temuco

Cuando a fines de 1997 inicié el “estudio sustantivo del estilo de vida de una clase marginal de personas” como las que acaban de ser presentadas (y muchas otras), intuía que se me impondría “una tarea tan densa como cuando uno debe enfrentarse a una cultura extraña” (Berho, 1998a: 38). Una década después veo ese objeto de estudio como parte de un campo de relaciones y significaciones humanas complejo en el que las experiencias personales de “vagabundos”, “caminantes”, “torrantes”, “profesionales” y “alucinatorios”¹³ se encuentran indisolublemente ligadas a los procesos sociales y subjetivos que acompañan y condicionan material y simbólicamente las suertes individuales. En este marco, la et-

¹¹ Probablemente pudo valer al comienzo de las “carreras” de cada uno, cuando ambos vivían en otras regiones y en el trayecto a Temuco tuvieron conductas nómades. Mas este hecho no establece por sí mismo la especificidad identitaria de cada uno.

¹² El *caminante* constituye una endocategoría presente especialmente entre personas que viven en la calle, jóvenes —menores de 40 años—, cuya principal característica consiste en la movilidad geográfica que los identifica. Comparten con los “*torrantes*” la adicción al alcohol y el desarrollo de prácticas como la mendicidad (o “*macheteo*”) y el uso de los espacios asistenciales.

¹³ Categorías etnográficas levantadas y reconstruidas permanentemente por el autor desde 1998.

nografía de las personas viviendo en la calle implica el extrañamiento cognoscitivo frente a la propia sociedad y cultura del etnógrafo, reafirmando la tesis de que su estudio impone la densidad simbólica de la acción humana de la misma manera que lo puede constituir la experiencia de enfrentarse a una cultura extraña¹⁴. Afirmar que “no todas las personas de la calle son iguales” me resulta hoy en día una obviedad; los “voluntarios de calle” saben mejor que nadie que es así. El problema es construir conceptualizaciones antropológicas de los fenómenos. Es decir, conceptualizaciones que, desencapsuladas de los marcos cognoscitivos y sociales particulares, contribuyan a la ampliación del entendimiento de la acción y el discurso humano¹⁵. De allí que considere que la etnografía es más que un instrumento metodológico para registrar y exponer textualmente la realidad social y desarrolle la idea de la etnografía como el enfoque teórico metodológico más importante de la antropología sociocultural. Lo que nos permite saber qué investigar y cómo hacerlo y también lo que podemos escribir y cómo escribirlo. Es también una actitud frente a los hechos, a las ideas teóricas y los métodos ortodoxos. Una posición frente al sentido común y el marco de valores del cual todos, sin excepción, arrancamos para hacer nuestras investigaciones: la que me lleva a hablar de “moradores de la calle” en lugar de “vagabundos”; la que me exhorta a hacerle más caso a los hechos y en ese marco a hablar de “marginalidades” en vez de marginalidad a secas y la que me conduce a pensar, sin duda, en los “vagabundos”, los desahuciados de la sociedad, los ancianos abandonados, los “torrantes”, los “discapacitados” pobres, en una palabra los excluidos de la sociedad nacional, como representantes de una categoría límite dentro de lo que pareciera ser un proceso alterno y contrario al “desarrollo” y al progreso social.

Porque esto es lo que enseña la etnografía de las personas que viven en la calle y su mundo y esto es a lo que el etnógrafo está llamado a descubrir detrás de las observaciones y las vivencias compartidas en el campo con los “otros”: los contrastes, las irregularidades, las asimetrías, hiatos y antinomias de una sociedad que se autocomprende como moderna, pero en la que el individualismo abstracto y la igualdad jurídica son solo anhelos que ennegrecen el futuro sin poder fundar aún relaciones menos desequilibradas. Así, el conocimiento etnográfico no solo se funda en la relación de campo con “otros”, sino que lo hace en función de las diferencias y contrastes que el observador es capaz de visualizar y hacer inteligibles respecto de su propio mundo material, cognoscitivo y simbólico¹⁶.

Bibliografía

BERHO, M. (1998a), “Esbozo para una etnografía del vagabundo”. En CUHSO, 4 (1): 38-43.

BERHO, M. (1998b) “Condición sociocultural del vagabundo adulto en Temuco, con fines de reinserción social”. Centro de Estudios Socioculturales - UCT, CORFOSAM, Temuco.

BERHO, M. (2000), “Una carrera hacia los bordes de la sociedad”. En CUHSO, 5 (1): 45-56.

BERHO, M. (2002), “Identificando personas con discapacidad social. Informe de una experiencia de funcionarios del Servicio de Registro Civil e Identificación de Temuco”. Dirección Regional de Registro Civil e Identificación, CES - UCT, Temuco, Chile.

BERHO, M. (2003a), “Perfiles socioculturales de personas sin hogar. Informe de sistematización”, Programa de Apoyo a Personas Abandonadas en la Calle, DIDECO-Municipalidad de Temuco, Centro de Estudios Socioculturales, Universidad Católica de Temuco.

¹⁴ La etnografía del mundo de la vida de las personas que viven en la calle me condujo a la etnografía del marco de interacciones cotidianas de la persona y sus inscripciones simbólicas y colectivas y, de allí, al campo —si se quiere— más opaco de la sociedad y la cultura de los no marginales, sus relaciones y significados hacia los “moradores de la calle”. Comienzo a ver la marginalidad como una cualidad relativa, como un proceso, en el que también se pueden visualizar tipos, tendencias o patrones de variadas índoles coexistiendo. Esta coexistencia fue analizada inicialmente (en Berho 2003b, op. cit.) respecto del modo como tres tipos institucionales diferentes conciben a las personas e interactúan con ellas.

¹⁵ Creo que aún no hemos podido construir y ofrecer explicaciones generales que, sin perder de vista la peculiaridad del objeto, avancen hacia una mayor comprensión del mismo y colaboren en el desarrollo de procesos de comunicación intra e intercultural en el mundo contemporáneo.

¹⁶ Iniciamos una exploración consciente de este principio el 2004, a propósito de lo que podemos denominar *dialéctica “modelos - antimodelos” de persona*. Los resultados preliminares de ese análisis se encuentran en Berho y Samaniego (2005a), op. cit.

BERHO, M. (2003b), "Personas sin hogar en Temuco. Enfoque antropológico aplicado". En Nicolás Richard (ed.), *Movimiento de campo en torno a cuatro fronteras de la antropología chilena*, ICAPI, Guatemala.

BERHO, M. (2005), "Antropología de la marginalidad extrema. Una propuesta local". En *ANTHROPOS* N° 207: 43-53.

BERHO, M. Y SAMANIEGO, M. (2005a), "El reverso de la identidad pública: modelos de persona en la sociedad y cultura contemporánea". En *Actas del Primer Congreso Latinoamericano de Antropología*, Rosario, julio de 2005.

BERHO, M. Y SAMANIEGO, M. (2005b), "Estudio multidimensional sobre la marginalidad extrema en la ciudad de Temuco". Informe final, Proyecto DIUCT 2003-1-01, Universidad Católica de Temuco.

BERHO, M. (2006), "Identidad marginal entre personas sin hogar de la ciudad de Temuco, Chile". Manuscrito inédito.

CABRERA, P. (1998), *Huéspedes del aire. Sociología de las personas sin hogar en Madrid*. Pontificia Universidad de Comillas. Madrid.

CASTEL, R. (1999), *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Paidós, Buenos Aires.

DESJARLAIS, R. (1997), *Shelter blues. Sanity and selfhood among the homeless*. University of Pennsylvania Press, Philadelphia.

De estigmas e injurias: cuando las prácticas discriminatorias se hacen presentes de forma cotidiana en la vida de las *personas en situación de calle*

Of stigmas and insults: when discriminatory practices become part of the daily life of *Street-people*

Mariana Biaggio¹

Aceptación: 21 agosto 2009

Aprobación: 4 abril 2010

RESUMEN

A partir de 1997 el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (GCBA) comenzó a implementar diversos programas sociales destinados a la atención de la “emergencia habitacional” en la Ciudad de Buenos Aires, interpellando a un nuevo sujeto “merecedor” de estas políticas: las personas en situación de calle. Estos programas se encuentran hoy agrupados en la Dirección General de Atención Inmediata (DGDAI) del Ministerio de Desarrollo Social del GCBA. Se trata de una política que se enmarca en un proceso que profundiza la focalización, puesto que su objeto de intervención son los más pobres entre los pobres. El derecho a la asistencia, en este sentido, deriva de las condiciones de exclusión. Estos grupos “vulnerables” a partir de su condición de pobreza extrema —certificada con un “diagnóstico social” de “persona en situación de calle”— pueden pasar a integrar la población a la que está dirigida la política asistencial de la DGDAI.

Teniendo en cuenta este marco, nos proponemos realizar un análisis etnográfico acerca de las formas en que la discriminación y la exclusión se hacen presentes en la vida cotidiana de las personas que para utilizar estos programas sociales deben dar cuenta de una posición de exclusión, de la cual deriva el derecho a la asistencia. Nos interesa identificar y analizar las prácticas discriminatorias a las que están expuestos los “beneficiarios” de los programas destinados a atender la “emergencia habitacional” en la Ciudad de Buenos Aires.

Palabras clave: Prácticas discriminatorias, estigmas, injurias, personas en situación de calle.

ABSTRACT

From 1997, the Government of the Autonomous City of Buenos Aires (GCBA) began to implement different social programs to assist the “housing emergency” in the city of Buenos Aires by questioning the new subject “worthy” of these policies: people in a street situation. Today, these programs are grouped in the General Direction of Immediate Attention (DGAI) belonging to the GCBA’s Social Development Department. This policy is kept within the boundaries of a process that gets inside focalization, as its object of intervention are the poorest among the poorest. The right to assistance, in this sense, derives from the conditions of exclusion. These “vulnerable” groups due to their extreme poverty —certified by a “social diagnosis” of “person in street situation”— can start to be part of the population to which the DGAI assistance policy is directed.

Taking this framework into account, we intend to make an ethnographic analysis of the ways in which discrimination and exclusion are present in the daily lives of those people who in order to make use of these social programs have to account for an exclusion position, which derives from the right to assistance. We are interested in identifying and analyzing the discriminatory practices to which the “beneficiaries” of programs meant to assist the “housing emergency” in the City of Buenos Aires are exposed.

Key words: Discriminatory practices, stigmas, insults, street people.

¹ Doctoranda en Ciencias Sociales, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Becaria Conicet. marianabiaggio@yahoo.com.ar

Introducción

En el año 1997, en su primer trabajo estadístico vinculado a los *sin techo*, el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (GCBA) contabilizó 1.085 personas en *situación de calle*. El último conteo ocular realizado en el 2009 informó un total de 1.950 personas. Sin embargo, en contraste con las cifras oficiales, Proyecto 7² estima que son 4.000 las personas en esa situación, a diferencia de Médicos del Mundo, que incluyendo en sus estadísticas a inquilinos de hoteles/pensión y ocupantes de inmuebles, estima que son 10.000 las personas cercanas a la calle en la Ciudad de Buenos Aires. Al momento, éstas son las únicas cifras con las que contamos. Desconocemos la forma en que las ONG produjeron aquellos datos, pero en el caso del GCBA —a partir de nuestra participación en dos conteos oculares (2004 y 2005)— podemos afirmar que esas cifras no son del todo confiables.

De todas formas, esas alarmantes cifras nada nos dicen acerca de cómo viven las personas que cotidianamente enfrentan al hambre, la salud y el descanso como problemas que necesitan resolver: ¿cómo logra vestirse, asearse y comer quien no tiene salario?, ¿de dónde provienen los mínimos ingresos monetarios que obtienen? Preguntas que despiertan la curiosidad de muchas personas (en términos de nuestros entrevistados) *del otro lado de la calle*. Sin embargo, a partir de nuestro trabajo de campo, pudimos compartir diferentes momentos con los residentes de un parador del GCBA (institución donde pueden dormir, bañarse y comer) y participamos de los ensayos de un coro de ensambles vocales conformado por personas albergadas en hogares y paradores del GCBA. Allí, fuimos testigos de sus preocupaciones, las que se vinculan con el maltrato, la discriminación y el prejuicio presentes en las relaciones interpersonales. Maltrato, discriminación y prejuicio que se constituyen en objeto de molestia y dolor, pero también en causas de bromas que fortalecen el humor. Si por un lado fuimos testigos del dolor que genera la discriminación presente en las relaciones personales, por otro, también atendimos a la forma en que algunas de esas relaciones

permiten la construcción de bromas, así como también la resolución de las necesidades llamadas “básicas” por los estudios de pobreza. Nos preguntamos entonces ¿cómo podríamos caracterizar a las relaciones que día a día construyen las *personas en situación de calle*?

Esta pregunta nos guiará en el presente trabajo, en el que nos proponemos realizar un análisis etnográfico acerca de las formas en que la discriminación y la exclusión se hacen presentes en la vida cotidiana de las personas que están en calle y que son albergadas por el GCBA. El estigma y la injuria serán temas centrales a analizar porque forman parte de las relaciones discriminatorias construidas por y hacia las *personas en situación de calle*, colaborando en la profundización de procesos estigmatizantes.

En primer lugar reseñaremos la forma en que este tema comenzó a hacerse visible. Luego describiremos el inicio de la intervención del Estado en este problema, a partir de la despenalización del vagabundeo, detallando los planes sociales a los que pueden acceder las personas que están en calle. La creación de estos planes amplió los recursos que ya proveían distintas instituciones de la Iglesia dependientes de Caritas y de la red SIPAM (Sistema Interparroquial de Ayuda Mutua), los que conforman distintos puntos de los *circuitos* recorridos por las personas. Haremos referencia a las dificultades con las que se encuentran quienes quieren ingresar a estas instituciones, momento en que deben necesariamente relacionarse con otro para poder hacer uso de los recursos incluidos en los planes y programas, por los que así podrían pasar a ser reconocidos como *asistidos o beneficiarios*.

Este será el contexto que permitirá dar a conocer algunos aspectos que conforman la cotidianeidad en la cual las *personas en situación de calle* construyen relaciones con sus pares, con profesionales y administrativos del Ministerio de Desarrollo Social del GCBA y con el resto de la sociedad. Y será este el punto principal en el que nos detendremos, siendo el objetivo de este trabajo describir y analizar, desde el punto de vista de nuestros

² “Proyecto 7. Gente en situación de calle” es una Asociación Civil conformada por un conjunto de personas que han padecido la situación de calle, por otras que aún siguen padeciéndola, por profesionales y por estudiantes, quienes se proponen incidir en políticas que propicien una mejor calidad de vida y dignificación de los ciudadanos/as en calle.

entrevistados, las diversas formas que adquieren aquellas relaciones, atravesadas por el estigma, la injuria y la discriminación.

El presente, es un avance del análisis de las observaciones efectuadas y de las entrevistas tomadas hasta el momento, en el marco de la realización del trabajo de campo para mi tesis doctoral. En ese sentido, constituye un análisis preliminar. Las observaciones y las entrevistas fueron realizadas en el parador Bepo Ghezzi del GCBA y en el Centro Cultural Plaza Defensa, espacio donde se realizaban los ensayos del coro conformado por residentes de hogares y paradores. De este modo, las conclusiones a las que podamos arribar, de ninguna manera podrían ser generalizables a las personas que habitan en las calles de la ciudad, siendo solamente representativas de los puntos de vista de nuestros entrevistados: personas albergadas en hogares y paradores nocturnos del GCBA, clasificadas como “*personas en situación de calle*”. Destacaremos en *italicas* los términos nativos y agregaremos a ellos las comillas cuando se trate de una cita textual.

El inicio de un proceso de visibilización de las personas en situación de calle.

En el año 1997, por primera vez, la problemática del “sinhogarismo” ingresó en la agenda pública del GCBA como problema social a atender, y para ello la primera acción emprendida fue la medición de este problema, su cuantificación. El trabajo estadístico relativo a la cuantificación de la problemática de las *personas en situación de calle* consistió y consiste actualmente en un *conteo ocular* que se desarrolla una vez por año. Se trata de *operativos* en los cuales durante una noche profesionales del Ministerio de Desarrollo Social del GCBA (de aquí en adelante *Desarrollo Social*, como suelen referirse a este ministerio nuestros entrevistados) se dedican a contar personas en calle, en base a lo que logran ver durante la noche y desde móviles con los que recorren la ciudad. La metodología consiste en dividir a los profesionales en 20 equipos. Cada

uno tiene a su cargo un recorrido o *circuito*³. Los 20 *circuitos* abarcan todo el ámbito geográfico de la ciudad. Los profesionales deben “detectar” *personas en situación de calle*, y su diferenciación por sexo y edad, a partir de la apariencia física. En un documento donde el GCBA presenta los resultados del cuarto conteo (2002)⁴ explicita, en sus consideraciones metodológicas, las “dificultades en la demarcación del universo, ya que se trata de personas en situación de transitoriedad geográfica y temporal”. Por ello, el documento recomienda tener en cuenta

“los distintos circuitos de mayor frecuencia y lugares de ‘refugio’ de las personas sin techo. Las distintas plazas, avenidas, calles laterales, paseos comerciales, hospitales, bocas de subte, parques de la ciudad, iglesias y parroquias con comedores, como así también los ámbitos céntricos, donde espontáneamente se reúnen las personas sin techo, debido a la disponibilidad de recursos de subsistencia que brindan los numerosos negocios e instituciones que allí funcionan (dádivas, alimentos, changas, el cuidado de vehículos y procesamiento de residuos)”.

Más adelante, explica la forma en que deberá recabarse la información, detallando la experiencia del año 2002:

“Modalidad de recolección de datos: La recolección de la información se realizó en forma visual en la modalidad de conteo, sin establecer contacto con la población. Se utilizó una planilla que recababa los siguientes datos:

- *Lugar de detección*
- *Sexo*
- *Grupo etario aproximado*
- *Forma de agrupamiento (personas solas o presuntamente integradas en familias)*
- *Tipo y cantidad de pertenencias*
- *Estado de la indumentaria y del aseo personal”.*

³ El término *circuito* también es utilizado por los *beneficiarios*, pero con un sentido diferente. A él nos referiremos en el apartado siguiente.

⁴ Ese documento, realizado por el Programa Buenos Aires Presente, fue entregado a los profesionales que participamos del conteo del año 2004. Allí se detallan los antecedentes del 4º conteo (año 2002), sus resultados y las consideraciones metodológicas.

En estas citas puede apreciarse el grado de subjetividad de los resultados de estos conteos y su reconocimiento por parte del organismo que los lleva adelante. En los conteos de los que participé (2004 y 2005), no agregaron a las cifras obtenidas por ese medio a las personas que en la noche del conteo estaban alojadas en hogares y en paradores de la ciudad, lo que disminuye de una manera considerable sus resultados⁵.

Coincide la incorporación de este tema en la agenda de gobierno con el aumento en los niveles de desempleo, subempleo, el consecuente incremento de la pobreza y la indigencia durante la década de los 90 y también con el fallecimiento, a fines de marzo del año 1997, de una persona *sin techo* en las calles de la ciudad, noticia que tomó importante relevancia pública a través de los medios masivos de comunicación (Boy, 2007). Por su parte, los edictos policiales⁶ que penaban la mendicidad y el vagabundeo, habían sido suspendidos en 1996 a partir de la convención constituyente que daría lugar, en el año 1998, a la creación del Código Contravencional de la Ciudad, o Código de Convivencia Urbana. El vagabundeo, entonces, no solo había dejado de ser considerado delito, sino que se tornaba en un problema “merecedor” de asistencia social pública.

Por su parte, P. Malanca y M. S. Repetto, ex coordinadoras del BAP⁷, señalan en un trabajo del año 2003, que el fenómeno se hizo visiblemente masivo y notable en las calles de la ciudad de Buenos Aires en el año 1996. La magnitud del problema y las cifras “producen un impacto permanente sobre el imaginario popular del vecino de la ciudad quien, hasta la aparición de este fenómeno, no estaba acostumbrado a toparse con la escena más dramática de la pobreza en la punta de su pie y a la vera de su vista. La pobreza

estaba socializada en los bolsones de pobreza consensuados: la villa, pero no a la vista de todos” (Repetto y Malanca, 2003. El destacado es mío).

Es decir, que la magnitud del problema —el incremento de las personas en calle— vinculado con el hecho de que el mismo se hubiera hecho visible —ya no circunscripta ciertas áreas urbanas— fueron factores que intervinieron a la hora de que el gobierno definiera “tomar manos en el asunto”. De hecho, uno de los primeros programas creados, el BAP, recibía en su mayoría llamados de *vecinos* (como llaman las ex coordinadoras del BAP y la actual gestión del gobierno porteño a las personas que no están *en situación de calle*) preocupados o con interés en presentar quejas por los *sin techo* cercanos a sus domicilios. En los primeros meses del año 2002 solo el 20% de las llamadas que recibió aquel programa se correspondieron a demanda de tipo espontánea (Repetto y Malanca, 2003). Eran entonces los *vecinos*, y no las personas en calle, quienes parecían urgidos de que el GCBA hiciera algo por estas personas.

El hecho de que el problema se hiciera visible, la ruptura con el acuerdo tácito de que la pobreza tenía “su lugar” en las villas o en los llamados “bolsones de pobreza”, las quejas de los *vecinos* de la ciudad, el fallecimiento de una persona en la calle que conmovió públicamente y se transformó en noticia trascendente, fueron diversas miradas de un mismo problema que necesariamente requería que el gobierno interviniera.

El GCBA decide “intervenir”: creación de los programas, ampliación de los circuitos

Luego del relevamiento estadístico y de la despenalización del vagabundeo, en el año 1997 el GCBA creó por medio del decre-

⁵ Considerando solamente a los dos paradores nocturnos del GCBA para hombres adultos, a las cifras obtenidas deberían agregarse aproximadamente 220 personas.

⁶ El decreto 17.189/56, firmado por el presidente Aramburu, ratificado por la Ley 14.467, reguló la convivencia de los porteños durante más de 40 años por medio de los edictos policiales. Los edictos fueron normas polémicas porque al detener, interrogar o penar (con multas o arrestos) no actuaba la Justicia sino la Policía Federal.

⁷ Buenos Aires Presente es un programa del GCBA que acerca alimentos, abrigo, y brinda asistencia sanitaria y psicológica a las personas que viven en la calle o que atraviesan una situación de “riesgo social”, por medio de equipos integrados por profesionales que se desplazan en unidades móviles por la ciudad, trasladando la prestación al lugar donde es requerida. Funciona también como un articulador de gestión, ya que la gente atendida por el BAP es derivada a distintos servicios y programas. Extraído de la página del GCBA: http://www.buenosaires.gov.ar/areas/des_social/bap/?menu_id=151. Recuperado en mayo 2008.

to 607/997 el primer programa: “Programa para las Personas sin Techo”. Hoy en día sigue funcionando, teniendo a su disposición varios hogares (espacios de albergue) donde las personas pueden dormir, asearse y cenar. Dos años más tarde, en 1999, por medio del decreto 2.018 el gobierno creó el BAP, que cuenta con móviles donde los profesionales se desplazan para atender la emergencia en la calle y disponía también de una central telefónica (que es hoy un programa independiente, llamado 108). Los dos primeros paradores fueron creados en el 2003, los que albergan por una noche a tantas personas como capacidad tengan las instituciones⁸, a diferencia de los hogares en los cuales las vacantes (en vez de ser de duración diaria) tienen una duración de varios meses o años. A los paradores las personas pueden acceder tantas veces como lo requieran, en forma inmediata, y cada vez su vacante durará solo por la noche en la que se presenta. En cambio a los hogares las personas ingresan con derivaciones y luego de una entrevista de admisión. Allí tienen reservada su vacante durante meses o años, pero, una vez expulsados o “egresados” es muy difícil que puedan reingresar. En el 2006 el GCBA creó la línea 108, tomando a su cargo la función de recepción telefónica que hasta entonces tenía el BAP. Es una línea telefónica de emergencia social desde donde se derivan las situaciones planteadas hacia el programa pertinente, en su mayoría el BAP. Y ese mismo año el programa que ofrece un subsidio habitacional amplió su cobertura dejando de asistir exclusivamente a familias, e incorporando también a “personas solas en situación de calle” (artículo 4 decreto 690/06).

Como podemos ver, a partir del año 1997 fueron variados los decretos que crearon diversos programas que se incluyen actualmente en los *circuitos* que marcan la cotidianidad de las personas en calle. Los programas estuvieron inicialmente destinados a los “*sin*

techo”, pero a partir del 2003 encontramos las primeras referencias a las “*personas en situación de calle*”. En el Documento 28 del Centro de Documentación en Políticas Sociales del GCBA (2003) encontramos alternadamente la referencia a ambas nominaciones. En el 2006 el GCBA hace a un lado la anterior referencia al “*sin techo*” y define a las “familias o personas solas en situación de calle, entendiendo por tal a aquellas que se encuentran en inminente situación de desamparo habitacional, o se hallen transitoriamente sin vivienda o refugio por causa de desalojo u otras causas” (Art. 4 decreto 690/06).

En nuestro inicio de trabajo de campo, en el año 2004, esta última nominación era utilizada por los profesionales y directivos y no por los *beneficiarios*. Sin embargo, a partir de 2006 comenzamos a encontrar su uso incluso por parte de algunas de las personas así clasificadas, quienes utilizan actualmente ese término para referirse a sí mismas o para bautizar a la organización colectiva a la que pertenecen, como la del *Movimiento Independiente de Personas en Situación de Calle*⁹. Las *personas en situación de calle* pasaron a ser un actor en proceso de visibilización y reconocimiento como sujeto merecedor de asistencia pública. Este proceso muestra una contrastante diferencia con el observado en el caso de otros actores que permanecen invisibilizados, como el de personas que habitan en hoteles-pensión, inquilinatos, villas miserias e inmuebles ocupados, quienes no cuentan con ingresos suficientes ni garantías que les permitan acceder al mercado formal de vivienda¹⁰. Para estas categorías de población no existe una denominación particular ni datos certeros o estadísticas oficiales confiables. La falta de números precisos es ejemplo de una lógica selectiva de intervención/no intervención del Estado a través de políticas activas o de su omisión (Rodríguez, 2006: 66). Es así como estos actores permanecen invisibilizados, y ejemplo de ello es que el ingreso de estas

⁸ El parador Retiro tiene capacidad para 200 personas por noche y el Bepo Ghezzi de 70.

⁹ Movimiento Independiente de Personas en Situación de Calle: nace y se nutre de personas que sufren la inestabilidad de la vivienda, abarcando a personas que viven en las calles, alojadas en albergues parroquiales o del Estado, quienes viven en asentamientos, villas, inmuebles ocupados o prestados. Se caracteriza por ser un movimiento independiente que incluye en su hacer política, el ser “facilitadores de trámites” en *Desarrollo Social*, asesorando de manera informal a las personas que allí concurren. Llevan adelante diferentes emprendimientos productivos que proponen salidas laborales a personas desempleadas.

¹⁰ Para más información acerca de este tema ver Natalia Verón (2008), “Sin garantía: Trayectorias sociales y disputas por el espacio urbano. El caso de los Inquilinos Precarios en la Ciudad de Buenos Aires”. Presentado en el IX CAAS, Universidad Nacional de Misiones, Argentina.

personas en algunos de los programas habitacionales de corte transitorio del GCBA, es bajo la denominación de “*persona en situación de calle*”.

Mientras el GCBA actualmente ofrece hogares, paradores, subsidios habitacionales, atención en calle y un *ticket* social, la Iglesia continúa prestando servicios de comedores, merenderos, roperos y también hogares. Por su parte, organizaciones de la sociedad civil como Arte sin Techo o Fundais, ofrecen talleres, a veces con un subsidio como contraprestación, y Hecho en Bs As y Periódico Diagonal dan la posibilidad de la venta de una revista en calle a cambio de una retribución. Todas ellas, salidas que permiten el *rebusque* y cierto ingreso monetario que no alcanza para la salida de la calle.

El circuito como círculo vicioso

Con estos recursos existentes en la ciudad, las *personas en situación de calle* organizan su cotidianeidad con una rutina que incluye la asistencia a espacios donde poder dormir, comer, vestirse, asearse y participar (en algunos casos) de talleres recreativos o de capacitación. A esta cotidianeidad se refieren con el término de *circuito*¹¹ o *círculo vicioso*, porque imponiendo horarios según el funcionamiento de los programas de vital importancia para ellos, no deja lugar a la creación de proyectos personales, construyendo y reproduciendo la vida de la calle sin brindar alternativas a ella. El *circuito* solo facilitaría, en estos términos, la permanencia en calle. “*Hay muchos que pasan de un comedor al otro y así están todo el día... buscando dónde está la mejor comida del día*”. Maximiliano vivió un año en la calle, durante seis meses concurrió a uno de los paradores del GCBA y a finales de 2005 estaba alquilando un departamento en la Ciudad de Buenos Aires y trabajando en un hospital. Me contó acerca de su experiencia en el parador, que “*salía con ga-*

nas de buscar otra cosa, pero terminaba en el círculo vicioso (...) salía, tomaba algo y volvía para hacer la fila (para ingresar al parador) a las dos de la tarde”.

El ingreso a los programas mencionados requieren de cierta formalidad burocrática, que varía de caso en caso, pero que suele incluir entrevistas de admisión, presentación de papeles que justifiquen el discurso y la “historia” contada en la entrevista, certificados médicos en algunos casos, y por supuesto la infaltable constancia de *persona en situación de calle*¹². Cada una de estas instancias presupone tiempo y dedicación para la obtención de estos certificados y de las entrevistas necesarias. Algunos de los programas, como el que ofrece un subsidio habitacional, son difíciles de conseguir por la exigencia en la documentación a presentar, que no se corresponde con la realidad que enfrentan día a día las personas en calle¹³.

En todos los casos son largas las colas que deben hacer en *Desarrollo Social*, las que incluso pueden comenzar la noche anterior a la entrega de números. El malestar que genera el hacer pública otra vez la desgraciada parte de su historia, es agravado ante la posibilidad de incluir también maltrato del personal y quizás un nuevo rechazo.

A su vez, la organización de los programas suele modificarse, los días de entrega de los *tickets* pueden variar, las fechas del cobro del subsidio habitacional pueden suspenderse sin previo aviso y sin entrega de algún papel en el que el gobierno se comprometa a pagar. Esto último puede traducirse en que el encargado del hotel, ante la falta de pago, desaloje a la persona y/o cierre con candado la habitación. Modificaciones organizativas que impactan en aspectos trascendentales de la vida de las personas. Las opciones que se presentan ante la pérdida de la habitación varían, abarcando la posibilidad de recibir ayuda de algún amigo o

¹¹ El término *circuito* no solo es utilizado por los *beneficiarios*, sino también por los empleados de *Desarrollo Social*. Por ejemplo en la Ficha de Admisión que completan los profesionales de los paradores pueden observarse varios ítems: el tercero se denomina “Situación de Calle” y consta de tres áreas a completar tituladas “Reseña”, “Círculo” y “Hogares/Instituciones”.

¹² El diagnóstico de *persona en situación de calle* lo realizan en su mayoría los trabajadores sociales. Debe estar presente en las *derivaciones*, pues es el requisito que habilita y permite el ingreso de la persona a la institución o programa a donde está dirigida la *derivación*.

¹³ Entre otros requisitos, para la obtención del subsidio habitacional el GCBA exige dos años de antigüedad comprobables de residencia en la Ciudad de Buenos Aires. Para una persona que duerme en la guardia de un hospital, una plaza o refugio, es muy difícil obtener un documento que compruebe la residencia en la ciudad y mucho menos la antigüedad exigida.

familiar (en caso de que lo hubiera y en caso de que quien necesita ayuda pudiera aceptarla), volver a la calle, o acudir a un parador (en donde si bien el ingreso es inmediato, en el día y sin trámite previo, exige ciertos requisitos, algunos explicitados en “las condiciones de admisión y permanencia”, como por ejemplo no estar bajo el efecto de alguna sustancia ilícita o el alcohol). En este último caso, si acudiera a un parador, cabe entre las opciones que los representantes gubernamentales recuerden que el solicitante había sido subsidiado, motivo que justificaría la denegación de su ingreso. La sospecha de un posible uso indebido del dinero obtenido por un subsidio habitacional (que exige utilizarlo solamente en el alquiler de una vivienda), en la práctica puede ser suficiente para rechazar el ingreso al parador (aunque no esté escrito en su reglamento).

El trabajo que presupone la obtención de las entrevistas en *Desarrollo Social*, la búsqueda de los papeles y certificados que deben solicitarse en otras instituciones, sumado a los posibles cambios en la organización y reglamentos de los programas, es sentido como una falta de respeto, una instancia tediosa difícil de soportar. Emiliano relata de la siguiente manera su experiencia con el subsidio habitacional: “*después que conseguí el trabajo ya el subsidio no me servía, perdía más en los días de trámites... días que no trabajaba. A parte me forreaban, un día acá, que cobrás la semana que viene, que al final, después pagaban dos meses juntos, pero para averiguar tenía que ir, no te informaban por teléfono*”, y decidió renunciar al subsidio y cubrir los gastos de alquiler con su salario, aunque fuera muy poco el resto de dinero que le quedara para los gastos del mes.

Las instancias que tal vez podrían interpretarse en tanto propias de una organización burocrática, son vividas como instancias de maltrato dirigidas a ellos particularmente, entendiéndolas como relaciones basadas en la discriminación. Los motivos que convocan a las personas a pasar por ellas provienen de la búsqueda de recursos que permitan la resolución o la atención de necesidades básicas,

lo que torna difícil el poder elegir no pasar por ellas, y explica, al menos parcialmente, su enojo y malestar.

El intento por no ingresar a ese *círculo* ha sido experimentado por algunos de nuestros entrevistados, quienes probaron “*salir por propia cuenta*”, esquivando la ayuda de otro, pero con poco éxito. “*Si querés quedarte afuera del círculo igual es difícil... hablamos de comer, de dormir*”. Aceptar una changa puede traducirse en dejar de comer ese día en un comedor y ganarse la posibilidad de seleccionar la comida del día, elegida, distinta a la comida que se repite todos los días en los comedores. Pero nada más, la changa no ofrece otra cosa. Y sostener un trabajo de tiempo completo, lo que permitiría ir más allá del *rebusque* que otorga la changa, puede ser incompatible con el sostenimiento del parador debido a los horarios en los que deben hacer la fila para poder ingresar a esas instituciones. El supuesto tiempo libre que podrían dedicar a la búsqueda o al sostén del trabajo, se traduce con la organización de estos servicios en la búsqueda del mejor comedor y/o del ingreso a un hogar más conveniente (sea por su ubicación, el clima del hogar, y/o el tiempo que dure la vacante)¹⁴. Para circular por la ciudad el dinero es necesario, las idas a *Desarrollo Social* en búsqueda de los *tickets* sociales o de un subsidio se tornan forzosas. Allí también pueden conseguir los remedios que necesiten, o los anteojos recetados. Algunos de nuestros entrevistados consiguieron un trabajo de medio tiempo que les permitió compatibilizar su actividad con algunos recursos del *círculo* y con la estadía en un hogar o un parador, pero el empleo no les permitió salir de la calle, y luego de unos meses lo perdieron.

Es en este contexto en el que viven las *personas en situación de calle*. A continuación, identificaremos en primer lugar los estigmas asociados a las personas en calle y la forma en que estos no solamente son reproducidos en las relaciones entabladas entre *los de afuera de la calle* y las personas en calle, sino también entre el mismo grupo clasificado como *persona en situación de calle*. En segun-

¹⁴ Por su parte, y desde otro punto de vista, los profesionales y directivos que trabajan en hogares permanentes (a donde no es necesario hacer una fila para ingresar dado que la vacante es reservada por varios meses o años), afirman que las personas que allí concurren tampoco buscan trabajo en su tiempo libre, que se *acostumbraron* a la vida en el hogar y se *instalaban* allí, recorriendo el mismo *círculo* que los *usuarios* de paradores.

do lugar, analizaremos particularmente otras prácticas discriminatorias, vinculadas con la nacionalidad.

De estigmas e injurias

Nuestros entrevistados al hablar acerca de la mirada que *los de afuera de la calle* tendrían acerca de ellos, manifestaron mucha molestia por sentirse comparados con vagabundos o linyeras; comparación que no solo los colocaría a todos *en una misma bolsa*, sino que hablaría de ellos como personas “de un valor humano inferior” (Eliás y Scotson, 2000). En sus palabras: “*Para ellos somos la lacra de la sociedad*”. La idea de vagabundo, y su par linyera, está asociada, según nuestros entrevistados, a la mendicidad, a la falta de limpieza, a la drogadicción, el alcoholismo, la delincuencia y la locura. Todos ellos atributos profundamente desacreditadores, o estigmas: rasgos que se imponen por la fuerza a nuestra atención y que nos llevan a alejarnos de las personas que los portan, anulando el llamado que podrían hacer los restantes atributos (Goffman, 2003:15). Encontramos en estos atributos estigmatizantes, un rasgo en común, pues todos se vinculan con la falta de cumplimiento de normas, convenciones sociales y leyes, que conllevan cierto peligro y alertarían a las personas *del otro lado de la calle* que podrían tomar cierto cuidado. El *cargar* con estos estigmas traería como consecuencia el padecimiento de prácticas discriminatorias que residen en la negación del derecho a ser diferente y además en colocar la diversidad dentro de escalas sociales jerarquizadas que se estructuran sobre lo legítimo/ilegítimo, bueno/malo, igualdad/desigualdad (Margulis, 1999:45). Estas prácticas colaboran a quebrantar la solidaridad entre el grupo incluido en la misma clasificación y condicionado a llevar adelante una vida que no se caracteriza por tener precisamente las mejores condiciones.

Los relatos que escuché, hablan del malestar que les genera ver a las demás personas cruzarse de vereda ante su presencia, o caras

de desagrado o desprecio al pasar cerca de ellos. Marta, una señora que luego de estar tres días en la calle ingresó a un hogar del GCBA, me contó: “*es muy pesada la mochila que cargamos los que estamos en situación de calle, yo estuve tres días en la calle con mis hijos y mi nieto, y no sabés cómo sentís las miradas y el prejuicio de la gente*”. Un concurrente a un parador me dijo sin titubeos: “*la sociedad nos mira con asco*”. La mirada estigmatizante no es un plus que viene a sumarse a la realidad de marginación que sufren, sino un elemento que constituye esa realidad produciendo la desmoralización de las personas (Auyero, 2001).

Particularmente la noción de vagabundo actúa como una injuria al asignarle a las personas una determinada posición social. “La injuria, es un acto del lenguaje —o una serie repetida de actos— por el cual se asigna a su destinatario un lugar determinado en el mundo... La injuria me dice lo que soy en la misma medida que me hace ser lo que soy” (Eribon, 2001: 31). Y de esta forma no solo moldea las relaciones con los demás, sino que perfila la personalidad, la subjetividad, el ser mismo del individuo (ídem).

Marta también se refirió a la campaña de “Jugá Limpio” impulsada por la actual gestión del GCBA (Macri). En el marco de un proceso de encarecimiento del suelo urbano y de segregación socioespacial de las personas (Di Virgilio y Rodríguez, 2007), producido en un contexto político en el cual bajo el eufemismo de “recuperación de espacios públicos”, el GCBA expulsa con violencia a las personas en calle¹⁵ Marta significó a la campaña como un prejuicio hacia ellos, sintiéndose culpabilizada y responsabilizada de ensuciar la ciudad. Sostuvo que los perjudica, “*porque la gente cree que es la gente en situación de calle la que ensucia, pero no somos nosotros, todos hacemos la calle, desde el que fuma y tira el cigarrillo. O los cartoneros, ellos no están en situación de calle, y cuando juntan la basura, está bien, reciclan, pero dejan todo hecho una mugre, es un desastre*”. En respuesta a esta situación, y junto con sus compañeros del merendero al

¹⁵ Por medio del Decreto 1232/08 el GCBA creó la Unidad de Control del Espacio Público (UCEP), que “oficia en la práctica como una patota que desaloja por la fuerza a indigentes que viven en parques, plazas y edificios de la Capital Federal” (Página 12, 8/3/09). En la oficina de Seguridad Urbana de la Defensoría del Pueblo hay cinco actuaciones de casos donde constan agresiones del 2008 (5946, 5955, 6179, 7187 y 7267) y este año se agregó una sexta, sumada a una denuncia penal contra el Jefe de Gobierno, M. Macri, por parte de la diputada Liliana Parada. Más adelante ampliaremos este tema.

que asiste, están armando una página web donde plasmar lo que piensan y poder responder a este prejuicio. La consigna va a ser algo así como “todos somos la calle”, indicando que todos usamos las calles de la ciudad y al hacerlo las ensuciamos. Su objetivo es evitar que la culpa sea depositada en la gente que está en la calle. En este sentido, Elías menciona que los grupos establecidos se enorgullecen de ser más limpios y agrega que “el sentimiento difundido de que el contacto con miembros de los grupos *outsiders* contamina, observado en los grupos establecidos, se refiere a la contaminación por la anomia y por la suciedad, mezcladas en una sola y misma cosa” (2000: 29).

El aseo del lugar en donde “paran” así como las marcas corporales (como la ropa, el corte de cabello) pueden llegar a ser aspectos de sumo cuidado por las personas que están en calle, intentando no ser reconocidos por los demás como vagabundos. Al hacerlo, pueden disimular su condición injuriantes y pasar al resto de la sociedad, evitando las miradas dolorosas. Sin embargo, el saber que “*cargan*”, como describió Marta, con esa condición injuriantes sigue presente, porque “la nominación produce una toma de conciencia de uno mismo como ‘otro’ que los demás transforman en objeto” (Eribon, 2001:30). Lo que se agrava aún más si consideramos que quienes injuriantes, están posicionados en un lugar de poder con el que pueden herir y avergonzar.

Sin necesidad de que haya alguien mirando, siendo testigo de la situación, la vergüenza se hace presente. Luis me contó que la primera vez que metió la mano en la basura buscando algo, lo hizo en una calle oscura y solitaria. Sin embargo, se apuró por hacerlo rápido y salir del lugar. Es que las ideas relativas a lo que está bien, lo que está mal o lo que es vergonzoso son compartidas por todos nosotros, los que formamos parte de la misma sociedad. Luis no necesitaba de una mirada externa que le indicara que era un ‘otro’ dife-

rente al buscar algo en la basura. Esa mirada ya estaba dentro suyo, era él mismo el que reconocía su lugar como lugar vergonzante. Así lo explicaría un concurrente a uno de los paradores del GCBA: “*Yo sé cómo me ve la gente, si yo también estuve del otro lado de la calle y miraba de la misma forma, o incluso ni los miraba... que no sé qué es peor...*”. La socialización realizada *del otro lado de la calle* otorga los elementos para interpretar el “lado de la calle”, al cual quizás no se habían imaginado que irían algún día. Pero a la inversa, hay quienes sostienen que “*Muchas veces nosotros somos invisibles*” o “*la gente pasa y ni te ve... es como que no existimos*”.

Vagabundos, crotos, linyeras, pordio- seros, son términos injuriantes para los *beneficiarios* del GCBA. El término crotos surgió a principios de siglo XX, a partir de una ley cuyo proyecto fue presentado alrededor de 1920 por el gobernador de la Provincia de Buenos Aires, José Camilo Crotto. A partir de ella, los vagabundos pudieron viajar en los trenes de carga ya no en forma clandestina, sino libre y gratuitamente. Hay entonces un lenguaje, que al menos desde 1920 los precede a los hoy llamados “*personas en situación de calle*”. El mundo de injurias, según Eribon (2001), existe antes que ellos y se apodera de ellos antes incluso de que puedan saber lo que son; porque el ser social de los individuos guarda relación con la posibilidad de ser el objeto de la palabra del otro, incluso antes de que sea expresada efectivamente. “No se existe porque se es reconocido, sino porque se es reconocible” (Butler, 1997. Citado por Eribon, 2001:85).

Los signos reconocibles, marcadores físicos y culturales, son atendidos en tantos puntos de identificación que podrían asociarse a los vagabundos. De ahí el empeño en no tenerlos y en reafirmarse a sí mismos en la diferencia -traducida en desigualdad- con sus compañeros de albergues¹⁶. Así, construyen su identidad por oposición, distanciándose de

¹⁶ Los signos reconocibles pueden ser una parte fundamental de las prácticas alternativas generadoras de ingresos (Bourgois, 2003). Alberto, un señor de 82 años, contaba con un único ingreso proveniente de una pensión asistencial, ingreso que él incrementaba pidiendo dinero en la calle. Se sentaba en lo que él denominaba *su parada* y explotaba estos signos exteriores de los que otros se molestaban. Para él, mantenerse limpio, tener su cabello prolijo y vestir ropa en buen estado, obstaculizaba la forma en la que lograba tener un plus de dinero. A la inversa, para otras prácticas alternativas generadoras de ingresos, los signos reconocibles pueden ser obstaculizadores, como en el caso de la venta ambulante, de quien contrae matrimonio con algún/a inmigrante que requiere la nacionalidad, los llamados “*arbolitos*” o quien trabaja en el mercado “*trucho*” de duplicación o construcción de documentos nacionales de identidad. En estos casos, encuentran conveniente que la apariencia física los aleje (al menos imaginariamente) de la calle.

sus compañeros de desgracia, a quienes califican de linyeras. *“Croto es el que quiere. Escuchame, si tenés piojos te los sacás, si ves el bicho caminando. No se los sacan porque no quieren”*, me dijo una persona que asistía a un parador, explicando por qué él no era croto y otros sí. A su vez, justificaba que a esas personas (los crotos) no se las debería dejar ingresar a los paradores porque podrían *contagiarlos*.

De esta forma, las personas en calle no solo se sienten posicionadas en un lugar estigmatizante frente a la sociedad en general, sino que además reproducen los estigmas al aplicarlos a otros en su misma situación intentando diferenciarse del colectivo al que no sienten pertenecer. Eduardo lo explica diciendo que *“La gente de la calle está muy mezclada, hay gente que se quedó sin trabajo, que quedó sin casa, y que va al hogar por equis problema, por ejemplo porque se separó de la mujer y se quedó sin nada. Pero está la otra parte, delictiva, la parte criminal, de drogas, la parte de delincuencia que se mezcla con esta gente. Gente con poco pedigrí, por decir así. Entonces hay un choque de culturas. Esto lo pude ver en todos los hogares, públicos y privados, y también en los paradores”*.

Las prácticas de diferenciación pueden llegar hasta el punto de sostener un discurso como si estuvieran *del otro lado de la calle*. Ingresando a un parador del GCBA, en épocas de elecciones de la ciudad, un *beneficiario* me comentó *“Yo voy a votar a Macri, ojalá que gane y cierre todos estos lugares de mierda”*. En ese mismo lugar, me enteré que habían asesinado a un señor que asistía al parador. Al conversar acerca de ello con un concurrente del mismo establecimiento, me dijo: *“Uno menos, ojalá que los maten a todos”*. Y es que la frase que escuché reiteradamente, *“Yo no soy como estos, yo no quiero estar acá”* o *“Yo sí quiero trabajar”* es tan firmemente sentida por cada uno al punto de su convencimiento. Y en cada una de estas frases podemos entrever no solo una diferenciación, una estrategia de desplazamiento del estigma (Goffman, 1963), sino la reproducción de los estigmas mismos y los discursos discriminatorios que anulan la humanidad de quienes podrían ser sus compañeros. En otros términos, pero con una sonrisa irónica, Ricardo me explicó su forma de ver

las cosas: *“yo no discrimino a nadie, los odio a todos por igual”*. Y aunque las prácticas solidarias también están presentes entre ellos, como sostiene P. Levi “todo esto está lejos del cuadro que suele imaginarse de los oprimidos que se unen, si no para resistir, cuando menos para sobrellevar algo” (1987:156).

La nacionalidad construida como estigma

Si bien el estigma funciona como una injuria moldeando no solo la personalidad y la subjetividad, sino también las relaciones al interior del grupo clasificado como *persona en situación de calle*, las prácticas de diferenciación que observamos al interior del grupo pueden ser dejadas a un lado cuando un grupo, construido como “otro”, aparece como posible responsable del desempleo y la situación de calle.

La falta de trabajo o la dificultad para conseguir la inclusión en un plan social, son explicadas por nuestros entrevistados aludiendo a la responsabilidad de los *“bolivianos que se regalan y trabajan por poca plata”*, que *“le sacan el trabajo a un argentino”*, o a la irresponsabilidad del GCBA que otorga los escasos planes sociales a peruanos y bolivianos, sin privilegiar la atención de los *compatriotas*. Argentinos *versus* inmigrantes pareciera ser la fórmula vinculada a la experiencia del desempleo y a la dificultad de conseguir la inclusión en algún plan social. “Los grupos de inmigrantes están convirtiéndose crecientemente en chivos expiatorios de la frustración que la marginación produce” (Auyero, 2001:88). Pero precisemos que no todos los inmigrantes son catalogados de la misma forma. Podemos inferir de los relatos de nuestros entrevistados, diferentes categorías de “extranjería”: particularmente, como veremos en la experiencia analizada, son los peruanos y bolivianos los chivos expiatorios.

En un taller dictado en octubre de en el año 2008 en un parador del GCBA, 15 personas discutían junto con representantes de Proyecto 7 la dificultad de vivir en la calle. *“Habría que ir a Desarrollo Social y pedir que levanten la mano los argentinos, a ver cuántos hay”*, fue lo que dijo un participante, luego de que otro reflexionara acerca del subsidio habitacional: *“Pero el subsidio, ayudan más a los extranje-*

ros que a los propios argentinos... a un bolita, un peruano les dan subsidios. ¡Y es más! ¡Al toque! Pero a uno que realmente lo necesita, a un argentino... Primero están los bolitas y los peruanos y después los que están acá. Que vayan a su país a pedir subsidio". Ante el rechazo sufrido por esta persona, sin posibilidad de acceder al subsidio, su reflexión apuntaba a otros, también discriminados y posicionados en un lugar desposeído. Sucede una situación similar a la que Wacquant señala en la *cité* francesa, donde "los residentes suelen insistir que solo están allí 'por accidente' y se quejan del despido de recursos públicos asignados a quienes, 'al contrario de ellos', no necesitan una genuina asistencia" (2001:143).

Sin embargo, esta experiencia también nos introduce en otro aspecto que es justo señalar. Proyecto 7 es uno de los ejemplos que demuestra que las personas en calle también pueden agruparse y movilizarse en búsqueda de mejores condiciones de vida. Es una asociación civil que nuclea a personas que están y que estuvieron en la calle. El taller mencionado en el párrafo anterior fue organizado por integrantes de Proyecto 7 y por profesionales del parador Bepo Ghezzi del GCBA, gobierno ante el cual Proyecto 7 se enfrenta por medio de movilizaciones, huelgas de hambre y a donde ha presentado proyectos de ley que apuntan a dignificar las condiciones de vida de las *personas en situación de calle*. En ese taller, Proyecto 7 presentó un documental de su autoría y convocó a los *beneficiarios* a sumarse a su proyecto y formar parte del grupo.

En otro espacio grupal, Ricardo retomó las diferencias según nacionalidad. Para él "*los que vivimos y somos de acá tendríamos que tener derecho. Por qué privilegian a los extranjeros?*" Según Ricardo, "*ningún bolita o peruano está en la calle como nosotros... ellos ocupan casas o edificios, o se van a las villas, entonces ¿por qué tienen tantos subsidios y beneficios? El Estado los privilegia y no nos tiene en cuenta a nosotros*".

Si bien la otredad es una condición común a partir de la cual el "nosotros" se diferencia y logra la construcción de la identidad social; la distancia social y simbólica que nos separa de "otro" puede ser mayor o menor y variar en su carga afectiva y valorativa (Mar-

gulis, 1999:44). En los casos reseñados, la distancia social, de clase, no necesariamente es amplia; pero la distancia simbólica, así como la carga afectiva y valorativa es profunda y traduce la diferencia en desigualdad. Constituye otra estrategia de distinción, en la cual el colectivo de "vagabundos" del cual se distinguen, fue dejado a un lado para diferenciarse en tanto un "nosotros" de un "otro" delimitado por la nacionalidad, que no viviría en la calle, sino en villas o edificios ocupados. Como si solo pudieran ganar en valor, devaluando a quienes tienen cerca y con quienes se relacionan. La diferencia de nacionalidad no explica lo sucedido en el grupo. Fue la necesidad de posicionarse en un lugar de poder diferencial ante los otros y considerarse "mejores" que ellos, lo que impulsó ese discurso. Encontraron en el "ser argentino" un recurso que los dotó de un plus de poder frente a otros estigmatizados de quienes intentaron diferenciarse.

Un proyecto de "integración": el coro de ensambles vocales

En el 2008, las empleadas que conforman el Área de Revinculación Sociocultural y Laboral (dos terapeutas ocupacionales y una estudiante de música) recibieron una nueva directiva: conformar un coro de ensambles vocales integrado por *beneficiarios* de hogares y paradores del GCBA. Durante el mes de agosto realizaron la convocatoria a través de los hogares y paradores del GCBA. A los beneficiarios que asistieran al 75% de los ensayos, les otorgarían una beca, en concepto de viáticos y remuneración, de 245 pesos mensuales, durante el tiempo que llevara conformar el coro. Una vez terminada esta etapa inicial, recibirían indumentaria profesional artística y una salida laboral, que consistiría en la asistencia a las presentaciones del coro. Hasta que estuvieran asignadas las becas, una camioneta del BAP estaría a disposición para llevar y traer a las personas al Centro Cultural Plaza Defensa, donde se realizarían la actividad.

Un mes después, en septiembre, comenzaron los ensayos coordinados por tres profesores de canto, cantantes de ópera del Teatro Colón, y en dos oportunidades asistió también el director del coro, que también era el director del coro del Teatro Colón.

La propuesta fue inicialmente muy bien recibida por los participantes, algunos interesados con la actividad, otros con la posibilidad de obtener una beca y una salida laboral, otros con ambas cosas. Pero ya en el primer mes comenzaron algunas dificultades. Recordemos que la falta de cumplimiento de programas del gobierno es sentida por los *“beneficiarios”* como una práctica discriminatoria. El incumplimiento de la entrega de recursos en tiempo y forma, renueva sensaciones de rechazo, de negación, de frustración que se suma a anteriores expectativas no cumplidas, y a la odiada incertidumbre que acrecienta a la ya conocida incertidumbre sobre cómo podrán *rebuscárselas* al día siguiente.

En esta experiencia, las dificultades fueron varias: la camioneta del BAP no cumplió con lo previsto y llegar al Centro Cultural fue muy difícil para algunos. El cobro de la beca no fue al término del primer mes como esperaban. Algunos participantes al llegar a los paradores luego de haber ensayado, se encontraron con que ya estaban cubiertos los cupos de las instituciones y algunas noches se quedaron en la calle, situación que en las primeras semanas se revirtió y los paradores comenzaron a reservar las vacantes para quienes asistieran al coro.

Durante una entrevista, Jorge me leyó el volante que describía los beneficios que recibirían por la participación en el proyecto, lo llevaba guardado como un documento. Ya habían pasado dos meses de la conformación del coro y todavía no habían cobrado. *“Mirá, qué dice acá, yo cumplí con mi parte pero ellos no... Al final somos los boludos. Ellos sacan votos, muestran lo que hacen y nadie piensa en nosotros. No le importamos a nadie”*. Pasados ya tres meses de asistencia al coro, Juan (como todo el grupo) todavía no había cobrado: *“Estoy cansado de ilusionarme que hay una salida, otra vez pensé que acá la iba a encontrar, y me vuelvo a encontrar con lo mismo. Porque cuando vos llegás a un punto y decís ‘cómo salgo?’ y creés que la encontrás pero no, y otra vez, pero no... ¿después cómo seguís?”*.

El proyecto duró cuatro meses (septiembre a diciembre de 2008). Cerca de 40 personas participaron. Para asistir y ante la ausencia de la camioneta del BAP, cada uno resolvió como pudo la forma de viajar, utilizando un pase de transporte para personas con discapacidad *“trucho”*, pagando el boleto, caminando o en bicicleta. A pesar de los problemas organizativos y la falta de cumplimiento en lo que el gobierno había prometido, Tulio, como otros también, decidió seguir asistiendo hasta el final. Estaba muy contento con la actividad, en sus palabras: *“la parte técnica es muy buena, los profesores son encantadores. Me siento muy bien en ese lugar”*. Por su parte, la madre de Jorge había sido cantante del Colón. Era muy poco lo que él sabía de ella. Encontró entonces la oportunidad de descubrir si alguna huella de su madre había quedado en él. Tocando su garganta me dijo *“A ver si acá hay algo de ella.”* Habló de su madre con el director, quien le prometió buscar en los archivos si tenían alguna fotografía de su madre cantando.

En esa actividad, también evitaban hacer la fila para ingresar a los paradores¹⁷. Los ensayos del coro eran martes y jueves de 17 a 19. Quienes asistieron tuvieron esos días la cama reservada en su lugar de alojamiento. Matías lo expresó así: *“En realidad yo prefiero venir acá antes que estar en la fila. En la fila no me aguanto a la gente, te soy sincero, se quejan todo el tiempo. No tengo ganas de escuchar los problemas de los demás.”* Tulio me dijo que si yo prestaba atención, iba a darme cuenta de que en el centro cultural donde ensayaban la gente estaba hablando de música, de los profesores que eran muy divertidos, de cómo estaban progresando o de qué podrían hacer, del debut del coro o practicando canciones. En contraste diferencia, en la fila del parador la gente solía quejarse y hablar de sus problemas, quizás buscando a alguien que tuviera alguna respuesta o idea acerca de cómo resolverlos. En el coro la gente no se quejaba tanto. Si discutían las dificultades de la camioneta que no los pasaba a buscar, los viáticos que no les pagaban y algún que otro tema difícil del parador, pero la pasaban bien.

¹⁷ Como en los paradores la vacante es diaria, todos los días ingresa un máximo determinado de personas que varía según la cantidad de vacantes que tengan (70 en el parador Bepo, 150 en el Retiro y 35 en el Villafior). Para asegurar su ingreso, las personas hacen una fila desde varias horas antes de la apertura institucional.

Esperaban el “debut artístico” del coro pero fue suspendido. Y el último ensayo del año los encontró con las puertas cerradas. El centro cultural donde se realizaban los ensayos no tenía la indicación de reservar el lugar para ellos. Todos quedaron del lado de afuera, junto con los profesores de canto que sin información acerca del aspecto organizativo, no podían hacer más que exteriorizar su indignación: *“Para mí esto es una falta de respeto, es inaudito que no venga nadie a poner la cara, una falta de respeto a mi trabajo, a mi tiempo, pero para ellos... para ellos esto es humillante”*. Además, ninguno sabía qué sucedería el próximo año, estando en ese momento a mediados de diciembre. Nuevamente la incertidumbre tan nombrada se hizo presente. Luis ese día estaba alcoholizado, tenía su cara hinchada y colorada y se tambaleaba al andar. Yo sabía que tenía problemas de alcoholismo, pero estaba sorprendida de lo bien que habría estado manejando ese problema, porque si bien podría haber tomado en esos tres meses, a ningún ensayo había concurrido alcoholizado. Antes de que me fuera me dijo *“No ves Marianita, esto grabalo, anotalo (y hacía un gesto de mano como escribiendo en el aire), que quede, viste como nos usan? No valemos nada, por eso, a quién le importa, juegan con nosotros”*.

Esta es una de las manifestaciones en que *Desarrollo Social* se vincula con las personas, quienes recibieron un recordatorio no muy metafórico de su lugar de excluidos. Pero los vínculos entablados entre los profesores de canto y sus alumnos, también nos muestran otra de las caras de esas manifestaciones. *“Vos tenés que dedicarte a cantar y dejarte de pedir plata. Tenés una voz excepcional, tenés que dejarte de joder, ir a los bares, a los restaurantes y cantar para la gente”* le dijo a Luis uno de los profesores, como en un fuerte reto amoroso donde había expectativa de que podía porque era bueno cantando, y también una disputa contra el saber de que con la voz no alcanza, que no es suficiente. Luis (que estaba alcoholizado) lo escuchaba con la cabeza gacha e inclinada un poco a su derecha, mirando hacia arriba con ojos entreabiertos como espiando. Parecía un padre retando a su hijo querido. La sensación de ternura que me inspiró esa escena me duró poco porque Ricardo, que estaba parado a mi lado, me dijo algo

así como *“pero si este a los bares a lo sumo solo puede cantarle al mozo ‘jotra ronda!’”*. En mi registro de campo de ese último día, el 16/12/08, escribí *“Creo que la risa nos acerca a la salud, y en ese mundo el humor ácido ayuda a reírse, a descargar tensiones o al menos a sobrellevar situaciones difíciles”*.

Por su parte, Ricardo, que tenía una pelota de fútbol que había encontrado ese mismo día, agregó riendo: *“qué cagada, ahora no voy a poder hacer el paro activo que tenía pensado. Iba a quedarme acá afuera jugando a la pelota, porque no nos pagan, pero ahora ¿cómo me quejo? No me dejan manifestarme”*. Tanto él como Emiliano estaban elaborando el fin de una de sus bromas. Ya no iban a poder seguir firmando en la planilla de asistencia nombres falsos como Johny Tolengo, Elvio Lento, Elsa Tiro o Armando Bardo. La encargada de pasar la asistencia y construir las estadísticas se había enojado bastante con ellos, cuando después de varias semanas de encontrarse con disparidades de nombres que no se correspondían con los inscriptos, se dio cuenta de que “El violento” o “El sátiro” eran los nombres (demasiado raros) que le estaban generando los problemas. Los responsables, al darse cuenta de que habían sido descubiertos, se acercaron a las organizadoras de la actividad (empleadas de *Desarrollo Social*) quienes mostraban en sus expresiones que estaban bastante enojadas. *“Pero decime si no te reís-te cuando pasabas la lista”* le dijo Emiliano a quien se encargaba de la asistencia. *“Con Johny Tolengo te tenés que haber dado cuenta.”* De alguna manera se hicieron cargo de la broma intentando distender a las organizadoras y entre risas terminó el episodio.

Acerca de la segregación espacial

Las prácticas discriminatorias también pueden manifestarse de otras formas a las aludidas hasta ahora. La ubicación que el GCBA ha seleccionado para construir las instituciones de albergue coincide en que sean zonas periféricas, dividiendo a la ciudad en espacios para unos y otros, y afectando los itinerarios cotidianos. En el caso de los paradores, uno se ubica en la zona de Retiro, en el ingreso de la villa del mismo nombre, oculto entonces para los “porteños”. El otro, está al lado de otra villa, llamada Zabaleta, que se une con

la de Barracas y Lugano, esta vez al sur de la ciudad, en el barrio de Parque Patricios. A esa zona de la ciudad, las personas cuentan que no solían ir hasta que armaron el parador, porque no hay comedores, merenderos, u otras instituciones que los convocaran, así como tampoco hay circulación de gente, hay muy poca actividad comercial y es de difícil acceso, “*En ese barrio no había nada*”. Pareciera ser en este sentido, y así como describe Wacquant al *hipergetto*, ya no “un reservorio de trabajadores industriales disponibles, sino un mero lugar de desecho para las numerosas categorías de las cuales la sociedad circundante no hace uso político o económico alguno” (2001:110).

Así como el gobierno ha creado espacios para personas en calle en los límites de la ciudad, colaborando en procesos de desplazamiento indirecto¹⁸ (Herzer, 2008) de parte de la población, también se dispuso en este último año a “limpiar” la ciudad, lo que hablaría ya de un desplazamiento directo (ídem). “Desintrusar” es la forma en que llaman, desde el GCBA, a los operativos de “limpieza” en los que sacan, a veces echan con violencia, a los “intrusos” de los espacios públicos. Es una nueva forma en que el Estado interviene sobre unas vidas que se vuelven *nuda vida*, “es decir, vidas sometidas al arbitrio de una instancia superior que puede determinar el sentido de sus existencias o, más grave aún, de sus muertes” (Forster, 2001:90). “Recuperar” los espacios de la ciudad ha sido uno de los objetivos del Ministerio de Ambiente y Espacio Público del GCBA. En el año 2008 llevaron a cabo 382 operativos y lograron que de 160 espacios públicos “intrusados” quedaran 65; además casi cien plazas donde vivía parte de las 700 personas en calle han sido “limpiadas” (Diario *Perfil*, 30/11/08). En ese mismo diario explican que “se trata de una ‘fuerza para tareas especiales’ con una agenda bien clara para ‘limpiar de intrusos los lugares públicos, en nombre de la ley’, tal como reconocen con soltura ellos mismos”. Algunos de esos operativos han incluido situaciones de violencia en los cuales las pertenencias de las personas fueron tiradas a camiones de basura y ellos agredidos

física y moralmente. A la violencia policial se suma ahora la violencia de esta nueva fuerza para tareas especiales que ha creado la Unidad de Control del Espacio Público (UCEP) por medio del decreto 1232/8. Apelando a la ley y en nombre de ella, el Estado reprime. Con lo cual, la violencia continúa aún después de esos operativos, cuando no encuentran institución donde radicar la denuncia y/o donde ser escuchados, atendidos y reconocidos como víctimas “legítimas”. Sin embargo, a los dos meses de la creación de esa fuerza, tres denuncias habían sido radicadas en la Defensoría del Pueblo de la Ciudad de Buenos Aires, y para marzo de este año ya eran seis, a las que se suma una denuncia penal contra el Jefe de Gobierno (Página 12, 8/3/09). Podemos encontrar en estas situaciones de violencia una de las manifestaciones en las cuales la vida humana se incluye en el orden jurídico bajo la forma de exclusión (Forster, 2001).

Ambas formas (sea por medio del desplazamiento a partir de la oferta de servicios que cubran necesidades básicas, como por medio de sacar violentamente a alguien de su “*parada*”) constituyen prácticas de segregación espacial. Las *personas en situación de calle*, sean bolivianas, peruanas o provincianas, pero en todo caso no *vecinas* de la ciudad, son así extranjerizadas y construidas como los “intrusos”. Este discurso dominante se filtra en el entramado simbólico de la sociedad y se transforma en un sentido común que no se restringe al punto de vista oficial.

Palabras finales

La imagen de una ciudad dual y fracturada es fructífera para describir los efectos que genera la polarización económica en la geografía y ecología urbanas (Wacquant, 2001). Nuevas desigualdades se generaron con la eliminación de miles de puestos de trabajo y la retirada del Estado en su función de *welfare*, incrementando su función punitiva y represiva en los últimos años. Particularmente en este trabajo nos propusimos reseñar un caso particular de pobreza urbana que refiere a la desigualdad extrema, en el que las lla-

¹⁸ Si bien la definición que Herzer aporta a la idea de desplazamiento hace referencia a “gente que es forzada a dejar sus viviendas” (2008:27), es instrumental su uso en esta oportunidad, aunque nuestro caso se refiera a gente sin vivienda, dado que las personas en calle consideran al barrio por el que transitan como su lugar de pertenencia. La instauración de albergues en barrios no transitados por ellos, los obliga en forma indirecta a desplazarse hacia ellos.

muchas necesidades básicas se transforman en un problema a ser resuelto. Como vimos, son diversas las formas en que las *personas en situación de calle* enfrentan su día a día, construyendo una rutina que supone la asistencia a instituciones donde poder resolver algunas de estas necesidades. En estas instituciones las personas en calle deberán relacionarse con la persona a cargo del ingreso, y en algunos casos demostrar el vínculo pasado con otros profesionales que —por medio de certificados, firmas y sellos en hojas membretadas— dejarán constancia de la veracidad del discurso que lo constituye en “merecedor” del servicio, en un demandante “legítimo”. Recordemos también los contactos que algunos de nuestros entrevistados tuvieron con *Desarrollo Social*, en el intento de hacer valer algunos de sus derechos. Es decir, que la resolución de algunas necesidades implica, necesariamente, el vincularse con otro; y ese vínculo entablado, atravesado por el estigma y la injuria, conforma la vida en la calle. Por su parte, las personas responden a esta situación, vinculándose con los estigmas asociados a la categoría de vagabundo también de variadas formas. El estigma, actuando como una injuria, fue un tema central no solamente porque forma parte de las relaciones discriminatorias construidas por las personas en calle, sino porque es un elemento que las constituye, colaborando en la profundización de procesos discriminatorios.

En la experiencia analizada encontramos a los miembros de un grupo *outsider*, sintiéndose estigmatizado por los miembros de otro, no por sus cualidades individuales como personas, sino por la pertenencia de ellas a un grupo colectivamente considerado diferente e inferior. De la misma manera, el grupo estigmatizado se posicionó como establecido frente a otro, inmigrante, operando entonces un mecanismo similar de diferenciación y discriminación. A su vez, entre el grupo *outsider* observamos estrategias de diferenciación entre ellos para evitar sentirse parte del colectivo (vagabundo) al cual no sienten ni quieren pertenecer.

Pero además, como señalamos en la introducción, si bien el objetivo de este trabajo ha sido reseñar las maneras en que las prácticas discriminatorias se hacen presentes en la vida cotidiana de las personas que están en ca-

lle y que son albergadas por el GCBA, también debemos mencionar que pudimos observar prácticas solidarias, de cooperación y estrategias de resistencia y de lucha. Hubo quienes pudieron reírse en situaciones difíciles, fuimos testigos de bromas entre *beneficiarios* y empleados de *Desarrollo Social*, quienes también demostraron poder relacionarse de manera respetuosa y cálida (recordemos al profesor de canto conversando con Luis, o la encargada de la asistencia aceptando una broma que entorpeció su trabajo durante semanas). A su vez, en *Desarrollo Social*, y a pesar de la organización de esta institución, las personas en calle logran la resolución de algunas de sus necesidades, imperiosas de atender. El proyecto de conformación de un coro fue muy bien recibido por sus integrantes y sus ensayos fueron fuente de goce disfrute, mientras duraron. Por otra parte, proyectos de ley, movilizaciones, huelgas de hambre, “frazadazos”, denuncias penales, amparos judiciales y creación de documentales donde dar a conocer y hacer visible el problema de las personas en calle, son algunas de las acciones que en la lucha por la inclusión y mejores condiciones de vida vienen realizando *personas en situación de calle* organizadas en movimientos y por las ONG.

Bibliografía

- AUYERO, J. (2001). *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*. Ed. Manantial. Buenos Aires.
- BOURGOIS, P. (2003). *In search of respect. Selling crack in El Barrio*. Cambridge University Press. Nueva York.
- ELIAS, N. y SCOTSON, J. (2000). *Os Estabelecidos e os Outsiders. Sociologia das relações de poder a partir de uma pequena comunidade*. Jorge Zahar, editor. Río de Janeiro.
- DI VIRGILIO, M. M. y RODRÍGUEZ, M. C. (2007). *Políticas del hábitat, desigualdad y procesos de segregación socioespacial en el Área Metropolitana de Buenos Aires*. AEU-IIGG / FSOC-UBA.
- ERIBON, D. (2001). *Reflexiones sobre la cuestión gay*. Ed. Anagrama. Barcelona.
- FORSTER, R. (2001). “La política como barbarie: una lectura del *homo sacer* de Giorgio Agamben”. En *Revista Sociedad*. Facultad de Ciencias Sociales. UBA. Nº 19.

GOFFMAN, E. (1963). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.

_____ (2003). *ESTIGMA. La identidad deteriorada*. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.

HERZER, H. (2008). *Con el corazón mirando al sur. Transformaciones en el sur de la ciudad de Buenos Aires*. Ed. Espacio. Buenos Aires.

LEVI, P. (2003). *Si esto es un hombre*. Muchnik Editores. Barcelona.

MARGULIS, M. (1999). "La racialización de las relaciones de clase". En Margulis, Urresti y otros (1999): *La segregación negada. Cultura y discriminación social*. Ed. Biblos. Buenos Aires.

PENNA, M. 1992. 'O que faz ser nordestito'. *Identidades sociais, interesses e o 'escandalo'*. Erundina. Cortez Editora. São Paulo.

REPETTO, M. S. y MALANCA, P. (2003) *Personas en situación de calle en la Ciudad de Buenos Aires: el abordaje desde un programa social de emergencias*. Mimeo. Buenos Aires.

RODRÍGUEZ, M. C. (2006). "Tiempo de caracoles... Autogestión, políticas del hábitat y transformación social". Tesis Doctoral en Ciencias Sociales. UBA.

WACQUANT, L. (2001). *Parias urbanos marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Ed. Manantial. Buenos Aires.

Otros documentos

DECRETO 1232/8. *Boletín Oficial de la Ciudad de Buenos Aires* N° 3045. 29/10/2008.

DECRETO 690/006. *Boletín Oficial de la Ciudad de Buenos Aires* N° 2463. 21/06/2006.

DECRETO N° 2.018. *Boletín Oficial de la Ciudad de Buenos Aires* N° 803; 22/10/1999.

DECRETO N° 607/997. *Boletín Oficial de la Ciudad de Buenos Aires* N° 213; 06/06/1997.

DIARIO PERFIL 30/11/2008.

DIARIO PÁGINA 12, 08/03/2009

Personas que viven en la calle: un problema político en construcción. Ciudad de Buenos Aires, 2007-2009

People who live in the street: a political problem in the making. City of Buenos Aires, 2007-2009

Martín Boy¹

Aceptación: 23 agosto 2009

Aprobación: 26 abril 2010

RESUMEN

En este artículo se da cuenta de las transformaciones que se producen en la ciudad de Buenos Aires y la cristalización de ciertas manifestaciones de la pobreza que son resultado de la consolidación de una nueva cuestión social atravesada por la exclusión social y la vulnerabilidad. En este contexto, el incremento detectado de personas que viven en la calle en 1997 impulsa un conjunto de políticas sociales que convierten a esta problemática en un tema de interés político. De esta forma, es necesario dar cuenta de qué manera y bajo qué modalidades esta temática es incorporada en la agenda de la ciudad de Buenos Aires y cuáles son los aspectos que han quedado por fuera del diagnóstico inicial. Finalmente, a lo largo de este trabajo se señalan cuáles son los debates conceptuales que se están produciendo al interior de algunos de los programas del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires que tienen como población beneficiaria a los denominados Sin Techo.

Palabras clave: *Personas en situación de calle, políticas sociales, situación habitacional.*

ABSTRACT

In this paper, there is an analysis of the transformation of the city of Buenos Aires and of the crystallization of certain poverty aspects, which are the result of the new social question characterized by social exclusion and vulnerability. In this context, the increase in the people that live on the streets in 1997 encouraged a set of social policies that transformed this issue into one of political interest. In consequence, it is necessary to consider in which way and under which forms this subject matter is added to the city's agenda and which are the aspects that have been left aside in the initial diagnosis. Finally, throughout this paper there is a specification of the conceptual debates this issue produced in the treatment of the social programmes implemented by the Government of the City of Buenos Aires that have the Sin Techo population as beneficiaries.

Key words: *People living on the streets, social policy, homeless.*

¹ Becario Doctoral de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Especialista en Planificación y Gestión de Políticas Sociales. Docente en la materia Sociología Urbana en la carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. mgboy_99@yahoo.com

Introducción

La década de los años noventa ha dejado huellas en la ciudad de Buenos Aires y en la vida cotidiana de sus habitantes. Procesos vinculados con las transformaciones estructurales han dejado profundos cambios en el tejido social. En este sentido, la retirada del pleno (o casi) empleo, el avance del mercado por sobre lo social, la aparición de la desocupación permanente y el incremento de la pobreza y la indigencia tienen como consecuencia directa el cambio del paisaje urbano de Buenos Aires.

En este artículo será de interés dar cuenta de cómo la exclusión social, la vulnerabilidad y en particular la situación de las personas que viven en la calle son incorporadas en la agenda política porteña, sin perder de vista las transformaciones estructurales antes mencionadas.

La creación de políticas públicas en el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires destinadas a atender a las personas que viven en la calle presentó especificidades que son interesantes de destacar: se creó un aparato conceptual para dar cuenta de esta situación, se comenzó a elaborar estadística que permita realizar un seguimiento de la población en situación de calle y se diseñaron novedosos abordajes del problema habitacional desde el escenario político.

Algunas preguntas que guiarán este trabajo serán: ¿qué sucedía en la ciudad de Buenos Aires en 1997 que motivó la creación del primer programa para personas que viven en la calle?; ¿cómo fue diagnosticada la problemática de este grupo y qué formas de atención se diseñaron?; ¿la estadística elaborada permite dar cuenta de dimensiones que los programas sociales no tienen en cuenta?

Este artículo parte del trabajo de campo realizado en la ciudad de Buenos Aires en el marco de la investigación doctoral que llevo adelante. Las principales fuentes utilizadas son los documentos que dan origen a los programas sociales (decretos e informes de gestión), estadística elaborada por diferentes organismos del gobierno porteño y los testimonios de los principales funcionarios del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires que se

encuentran al frente de los programas y que fueron entrevistados durante el período 2007-2009.

Transformaciones en la ciudad de Buenos Aires

La década de los años noventa en la Argentina está directamente relacionada con la profundización de políticas de corte neoliberal que implicaron fuertes transformaciones del paisaje urbano porteño y de la vida cotidiana de sus habitantes. La flexibilización laboral, la desindustrialización y la segregación residencial son algunos de los rasgos protagonistas de una nueva ciudad que se caracteriza por la dualización social y el surgimiento de nuevos actores que representan a los grupos sociales postergados: los movimientos de desocupados, cartoneros y personas viviendo en las calles como principales exponentes.

La nueva cuestión social en la ciudad de Buenos Aires se encuentra atravesada por la pobreza y la vulnerabilidad a partir de la no tenencia de una vivienda propia y la falta de un empleo formal con sus respectivos reaseguros (Merklen 2000). En este contexto, la retirada de ciertas instituciones que en la Argentina a lo largo del siglo XX cohesionaban a la sociedad como por ejemplo el pleno empleo y la escuela pública asociada al ascenso social tienen como una de sus principales consecuencias que los sectores populares comiencen a elaborar estrategias propias a partir de “instituciones sustitutas”: el barrio y la familia (Merklen, 2000). En este sentido, el retraimiento de lo público implicó que los marginados comiencen a depender cada vez más de ellos mismos.

Si las redes barriales y familiares comienzan a ser claves para elaborar estrategias de supervivencia económica, ¿qué sucede con quienes quedan desempleados y no cuentan con este capital social?

Como se mencionó anteriormente, el paisaje urbano se modificó y la presencia constante de la pobreza en la ciudad tuvo repercusiones en el escenario político. En este contexto, la situación de las personas que viven en la calle comienza a ser problematizada desde las políticas públicas del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Pero de qué forma se

incorpora esta temática en la agenda política de la ciudad; ¿cómo es definida y delimitada la población que será asistida por los programas sociales que se crearán desde 1997 en adelante?; ¿esta población fue conceptualizada a partir de una carencia habitacional, de un problema de empleo o como manifestación de una emergencia social transitoria o permanente?; ¿cuáles son las características principales y cuáles son las innovaciones que presentan los programas que se crean?

La construcción del término Sin Techo ante un cambio de perfil de la población

En diversos países de Latinoamérica el término para referirse a las personas que viven en las calles es distinto y tienen diferentes connotaciones²: *Sem Teto* en Brasil (Ferreira, 2006), *población callejera* en México (Pérez García, 2008), *personas en situación de calle* en Chile (Habitar la calle, 2005:11), *habitante de la calle* en Colombia (Moreno, 2003). La pregunta que surge es: ¿cómo fue definida esta población en la Argentina y qué implicaciones se derivan?

En la ciudad de Buenos Aires el concepto que se implementó a partir de 1997 con la creación del primer programa social para quienes viven en la calle fue Sin Techo. Este concepto se encuentra vigente en la actualidad, aunque ya con fuertes críticas desde la academia y desde los propios funcionarios de los programas que conviven permanentemente con los alcances y, sobre todo, con las limitaciones de este concepto.

En Argentina el término escogido para nombrar a las personas viviendo en las calles desde el escenario político fue difiriendo a lo largo del tiempo. Según las fuentes consultadas, en las primeras décadas del siglo XX la población que vivía en la calle estaba conformada por trabajadores rurales que migraban a través de los trenes de carga de acuerdo a las temporadas de cosecha. Se los identificaba

como vagabundos, locos y/o anarquistas, en un contexto generalizado de ascenso social. En 1920, se los comenzó a denominar “crotos” cuando el legislador José Camilo Crotto presentó un proyecto de ley en la Provincia de Buenos Aires para que pudieran viajar gratuitamente en los ferrocarriles (Biaggio, 2006)³ y, de esa forma, arriben a los campos.

Por un lado, con el desmantelamiento de la red ferroviaria, la incorporación de tecnología en el sector agropecuario a partir de la década del setenta y la consiguiente disminución de demanda de mano de obra; y, por el otro, con el incremento del desempleo, la pobreza y la indigencia, el perfil de las personas que viven en las calles fue modificándose cualitativa y cuantitativamente en los últimos quince años del siglo XX. En términos cualitativos, las personas que viven en la calle ya no responden al perfil de los trabajadores golondrinas, sino que provienen de diferentes grupos sociales que se vieron desplazados en un contexto de descenso social. Según Biaggio (2006), en la actualidad la población que vive en la calle presenta una gran diversidad: algunos llegan a esta situación a partir de desalojos; otros a partir de no poder costear las rentas de casillas⁴ o de cuartos de hotel; otros son cartoneros, desempleados, pacientes psiquiátricos externados que no tienen dónde y con quién vivir, personas adictas a drogas, ex reclusos y jóvenes que vivieron su infancia en hospicios, entre otros perfiles. Por otro lado, las personas que viven en las calles de la ciudad de Buenos Aires en su mayoría provienen de otras provincias del interior de Argentina e incluso de países limítrofes (más adelante, consultar Gráfico N° 4), es decir, que la migración es una variable a tener en cuenta a la hora de caracterizar a esta población.

Los cambios cualitativos que se produjeron en el perfil de la población que vive en las calles de la ciudad de Buenos Aires en un contexto de empobrecimiento y de descenso social, y su incremento cuantitativo trajó con-

² Para más información, consultar BOY, M. (2008). “Las políticas públicas y sus definiciones sobre quienes viven en la calle: sus alcances y sus límites. El caso de la ciudad de Buenos Aires, 1997-2007”. Ponencia presentada en el 1er Congreso Iberoamericano de Teoría del Habitar. Iberoamérica una forma de habitar. Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Diseño. Universidad Nacional de San Juan, 6 al 9 de mayo.

³ BIAGGIO, M. (2006), “*Linyera, ser o no ser: normas, códigos y estrategias de supervivencia de los hombres de la calle*”; ponencia presentada en el VIII Congreso de Antropología Social en la Universidad Nacional de Salta.

⁴ Se entiende por casilla a las viviendas que están construidas con cartón o latón.

sigo la creación de nuevos conceptos que tuvo el propósito de atender a este nuevo perfil de personas. En este sentido, el concepto de “croto” ya no parecía reflejar las características de este grupo que ya no estaba conformado por trabajadores rurales golondrinas sino por los marginados del sistema productivo.

Con la creación del programa Sin Techo en 1997 en el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires se instala con fuerza el concepto Sin Techo, definido como

“toda persona adulta que se encuentre pernoctando en espacios públicos o privados, sin contar con una infraestructura que permita ser caracterizada como vivienda precaria. Esta última supone contar con paredes y techos que otorguen privacidad, albergar pertenencias y generar una situación relativamente estable. También quien se resguarda con cartones o maderas en un bajo puente o autopista. No se considera en situación de calle a una persona que habita en una villa de emergencia u ocupa una casa tomada. Tampoco quien construye una habitación precaria, aislada, en un baldío” (Ferreira, 2001:18).

Como se puede observar, la definición de “Sin Techo” estará delimitada por la relación del individuo con lo habitacional. La persona Sin Techo queda definida a partir de la carencia total de una vivienda o una infraestructura parecida a una vivienda. De esta manera, quien pernocta en la calle se diferenciará de otros grupos marginados como por ejemplo los habitantes de “villas miseria” o de “nuevos asentamientos urbanos” ya que no cuentan ni siquiera con casillas de madera o chapa armadas alrededor de las vías de los trenes. Así es como los programas lograron definir y distinguir a sus propios beneficiarios de otros grupos empobrecidos que viven en la ciudad.

Siguiendo la definición creada desde los programas, se esperaría que la atención de esta problemática esté a cargo de organismos que tengan una trayectoria en temas habitacionales. Sin embargo, si bien la ciudad cuenta con instituciones dedicadas a las problemáticas de vivienda, la cuestión de los Sin Techo fue abordada desde el Ministerio de Desarrollo

Social del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires y no desde el Instituto de la Vivienda, por ejemplo. Es decir, que no ha sido incorporado en la agenda política de la ciudad de Buenos Aires como un problema habitacional, sino como un problema social que debía ser asistido pero que, paradójicamente, da nacimiento a nuevas prestaciones que pueden ser pensadas como “novedades habitacionales”. Este último punto será retomado más adelante.

Los Sin Techo y la incorporación de la problemática en la agenda política porteña

Como se mencionó anteriormente, la incorporación en la agenda política de la situación de las personas que viven en las calles fue a través de la perspectiva de la asistencia social y no desde políticas de vivienda, tal como la definición de Sin Techo parecería indicar. La perspectiva de la asistencia social determinará el perfil de políticas que comenzaron a crearse en la ciudad de Buenos Aires a partir de 1997.

Las políticas para Sin Techo básicamente son cuatro y las características principales son las siguientes:

Programa Sin Techo

El Programa Sin Techo se crea en 1997 a partir de los cambios cualitativos en el perfil de esta población antes reseñados y del incremento que se observaba de personas viviendo en la calle en un contexto de aumento del desempleo, de la pobreza y de la indignancia. Este programa surge con el objetivo de lograr

“la rehabilitación/reinserción de aquellas personas que viven en la calle y que pueden ser categorizadas como “leves” e “incipientes”, personas que no han roto todavía sus vínculos familiares y/o comunitarios, aunque a veces hayan perdido iniciativa y esperanza de resolver sus problemas. En relación a los “crónicos graves”, cuya reinserción social se hace muy difícil, el objetivo a lograr sería la detención del proceso de deterioro” (Informe preliminar, 1997).

Para lograr la anhelada rehabilitación de las personas y/o su reinserción social, desde los

programas sociales se tiende a trabajar con las personas Sin Techo que pueden ser resocializables principalmente a partir de su relación con el mercado laboral y con la recuperación de las redes familiares. El equipo profesional formado por psicólogos y trabajadores sociales es el que diagnostica la situación y las posibilidades de reinserción en cada caso.

La infraestructura del Programa Sin Techo está basada en un recurso: los hogares de tránsito. En estos hogares las personas (hombres y mujeres, en forma separada) son albergadas por períodos de tiempo de alrededor de seis meses como máximo con posibilidad de ser trasladadas/os a otro hogar en caso de que siga necesitando albergarse en este tipo de dispositivos como parte del proceso encaminado hacia la reinserción social de la persona.

Buenos Aires Presente (BAP)

El programa Buenos Aires Presente se crea en 1999 luego de un fuerte corte de luz de varios días en la zona sur de la ciudad de Buenos Aires que dejó al descubierto que el Gobierno de Buenos Aires no contaba con programas para atender las emergencias de alcance masivo. Esta situación legitimó la creación del BAP que tiene como finalidad

“reforzar los dispositivos de primer nivel de atención social, de la Secretaría de Promoción Social a través de la creación de dos componentes complementarios y asociados a los servicios y programas existentes” (Decreto N° 2018, 1999).

Los dos componentes que se mencionan en el decreto citado son el Servicio Social de Atención Telefónica (SAT)⁵ y la Unidad Móvil de Atención Social (UMAS). El SAT implicó la creación de una línea 0800 a través de la cual los vecinos o los propios Sin Techo podían comunicarse gratuitamente con el programa para “denunciar” un caso de emergencia social, propio o ajeno. La línea telefónica funcionaría las 24 hrs, los siete días de la semana y la consigna era que toda demanda tenía que tener una respuesta, a partir del trabajo de los diez operadores y los cinco profesionales a cargo del servicio.

La UMAS consistió en la creación de una flota de vehículos para facilitar el traslado de los funcionarios al lugar de donde partió el llamado telefónico y la realización de recorridos permanentes para estar en contacto con los Sin Techo, acercándoles información sobre las prestaciones y sobre sus derechos, contención profesional, y la provisión de elementos de primera necesidad tales como alimentos, vestimenta y abrigo.

Además de incorporar el servicio de vehículos y el centro de llamadas telefónicas, desde el BAP se realizó la primera experiencia piloto de un parador en el barrio de Palermo. Con la creciente creación de dispositivos de este tipo desde el año 2003, en 2006 se crea una instancia de coordinación que será descrita a continuación.

Coordinación de Paradores

En el año 2006 se crea la Coordinación de Paradores a partir de la firma de un decreto respondiendo a la necesidad de crear una instancia de dirección, control y coordinación de los distintos paradores y, de esta forma, darle más impulso a estos dispositivos.

La ciudad fue incrementando la cantidad de paradores estatales, especificándose de acuerdo a las necesidades concretas de la población en situación de calle. En este sentido, en el año 2006 se crea el primer parador para mujeres, con o sin niños, denominado parador Azucena Villaflor, en homenaje a una de las fundadoras de la Asociación de Madres de Plaza de Mayo, sumándose al parador Retiro, al parador Bepo Ghezzi y al Centro de Noche Costanera. Estos últimos tres paradores solo reciben a hombres.

La diferencia entre un parador y un hogar de tránsito es que el primero no reserva vacantes o plazas sino que se cubre por demanda espontánea. Esto implica que las personas deben de llegar en un horario para ubicarse en una fila e ingresar si la capacidad del parador lo permite. En el parador las personas solo pueden pernoctar y no es considerado un espacio para trabajar la reinserción en el mercado de trabajo ni para recomponer

⁵ Como se verá en el punto 3.3, el centro de llamadas telefónicas luego se transforma en un programa independiente del BAP. El programa Buenos Aires Presente sí conservará la flota de vehículos para asistir a las personas en la misma calle.

los lazos familiares, como sí lo es el hogar. En este sentido, según los relatos de los funcionarios entrevistados, los paradores se constituyeron como la primera instancia de atención de la emergencia, como un primer “colchón” de contención social. Si bien la resocialización es tarea de los hogares de tránsito y es abordada a partir de los talleres de capacitación laboral, en las entrevistas realizadas los funcionarios distinguen otra línea de trabajo para la inserción social en los paradores. En este sentido, las expectativas de logros son de menor escala y la inserción social es interpretada por la posibilidad de tomar una ducha, alimentarse y acceder a un espacio donde se pueda iniciar una relación con un equipo profesional. Teniendo en cuenta la visión de los funcionarios, los paradores también estarían trabajando la inserción social de las personas en situación de calle, pero a partir de una expectativa mucho menor que en los hogares.

Línea de Emergencia Social 108

En enero del año 2006 se crea por decreto la Línea de Emergencia Social 108 que reemplaza a la línea 0800 antes mencionada, la cual era uno de los dos componentes pilares del BAP. La iniciativa de cambiar el 0800 por el 108, según otra de las funcionarias entrevistadas, respondía, por un lado, a “momentos políticos” y a la mayor facilidad que implica recordar el número, en contraposición a la cantidad de dígitos que tiene una línea 0800 y, por el otro, a restringir el alcance territorial a la ciudad de Buenos Aires. De esta forma, se produce un pasaje de responsabilidades y funciones del programa BAP a la Línea 108.

El objetivo de esta línea, según la funcionaria entrevistada, es dar una respuesta a la demanda social dentro de la ciudad:

“ese era el objetivo: informar, derivar, y contener, ya que tenemos profesionales también atendiendo en la línea... O sea, entra la demanda social, se articula con el BAP que va a la calle con las camionetas. Puede llamar un beneficiario directo o indirecto, como por ejemplo un vecino, y ahí se articula con los diferentes profesionales. Luego, los profesionales del BAP evalúan la situación y ahí se deriva a la persona a diferentes lugares: a paradores

o a hogares” (entrevista realizada a la por entonces Coordinadora del programa).

Así es como la Línea 108 trabaja en forma coordinada con el programa BAP. Se reciben demandas telefónicas de vecinos o de Sin Techo que son comunicadas al BAP y este último se acerca con su flota de vehículos al lugar para atender la necesidad planteada.

Hogares y paradores: ¿una nueva forma de abordar el problema habitacional?

Si bien la definición de Sin Techo remite a una relación entre el individuo y lo habitacional, la atención a este grupo desde 1997 estuvo a cargo de los organismos abocados históricamente a la asistencia social. Sin embargo, puede afirmarse que desde estos programas se ofrecen prestaciones que dan cuenta de un nuevo tipo de soluciones habitacionales diferenciadas de lo que se implementó históricamente en Argentina. A lo largo del tiempo, las políticas vinculadas a la vivienda asumieron diferentes modalidades, algunas de ellas vinculadas al acceso a la propiedad mediante subsidios para la autoconstrucción, la entrega de casas terminadas, los loteos económicos y el otorgamiento de créditos de gran alcance en la población. La aparición de los hogares de tránsito y de los paradores representa una nueva forma de concebir y atender la cuestión habitacional.

Ambas instancias de hospedaje, los “hogares” y los “paradores”, a pesar de sus diferencias, pueden pensarse como un nuevo tipo de prestaciones tendientes a compensar el problema habitacional y cuentan con características novedosas en relación a las políticas habitacionales tradicionales: son temporarias, ya que tanto los hogares como los paradores son por tiempo limitado (en los paradores la estadía se renueva diariamente; en los hogares, los períodos son de hasta seis meses); son instancias de hospedaje colectivo, es decir que se comparten los espacios con otros beneficiarios; y son ámbitos que cuentan con la presencia permanente de equipos profesionales conformados por psicólogos y trabajadores sociales, quienes deben aprovechar la situación para derivar a las personas a otros organismos públicos que puedan atender los problemas específicos de cada caso. Una de

las derivaciones más frecuentes es a la oficina de entrega de subsidios habitacionales, en la cual el gobierno de la ciudad otorga partidas de dinero a grupos familiares que prefieren vivir en hoteles. Esta prestación, al igual que los paradores y los hogares, también es por un tiempo determinado, es decir, que no se extiende a largo plazo; la diferencia es que los hoteles sí con espacios de albergue individualizados, esto es, no colectiva, y que los beneficiarios de los subsidios deben sortear entrevistas con los equipos profesionales que gestionan los recursos.

Por lo dicho anteriormente, el surgimiento de los hogares y los paradores pueden ser pensados como una nueva forma de asistir los problemas habitacionales de la población. Por otro lado, parece paradójico que la definición del concepto Sin Techo esté claramente teñida por el aspecto habitacional y que, sin embargo, los organismos públicos abocados a atender a los Sin Techo no sean los que ya cuentan con una trayectoria de trabajo en problemas habitacionales, sino más bien en la asistencia social de los problemas urgentes.

A continuación se dará cuenta de qué formas ciertas categorías creadas para pensar a las personas que viven en las calles entran en crisis a partir de la experiencia acumulada desde 1997 por los funcionarios que trabajan en los distintos programas sociales.

Debates en torno a la atención de las personas Sin Techo

El trabajo realizado por los funcionarios en forma diaria desde 1997 y la generación de un mayor conocimiento de las características de la población que vive en la calle puso bajo cuestionamiento ciertas categorías como *Sin Techo* y *cronicidad*.

El debate existente en los programas apunta a proponer el término “personas en situación de calle” como el más indicado para referirse a las personas que viven en la vía pública. Las primeras preguntas que surgen son: ¿qué diferencias existen entre el concepto “Sin Techo” y “personas en situación de calle”?; ¿cuáles son las razones de este cambio?;

¿qué connotaciones tiene el nuevo término que el concepto Sin Techo no refleja?

Si bien aún no existe un consenso teórico acerca del uso de los conceptos más apropiados dentro de los programas, la funcionaria encargada de la coordinación del Parador Bepo Ghezzi confirmó durante el trabajo de campo realizado en 2008 que *Sin Techo* es un concepto que está en debate.

“Mirá, no hay una definición acordada acá por el equipo (de trabajo)... Por lo general nuestro término es situación de calle, porque nos parece mucho más amplio por lo que puede englobar. Porque la situación de calle no implica el no Techo, o solo lo habitacional. Digo, los casos que te fui comentando puede tener un techo, hay otras cuestiones que entran en juego para que el tipo esté acá (en el parador). En principio nos parece que situación de calle incluye más la heterogeneidad, la cosa causal de lo que implica estar en calle, que no necesariamente se relaciona con la carencia habitacional”⁶.

En el testimonio de la funcionaria entrevistada se plantea que la definición de Sin Techo antes mencionada remite solo a una característica de la persona que vive en la calle. Según la entrevistada, reducir el concepto a una carencia habitacional termina dando poca cuenta de la complejidad real de las situaciones que vive la población que está atravesando esta realidad. En este sentido, la fractura de las redes familiares/afectivas, la entrada a las adicciones, el deterioro físico y psíquico y el vínculo con el mundo laboral son otras variables que deberían ser tenidas en cuenta a la hora de pensar la situación de calle. De esta forma, la intención final de la utilización del término “persona en situación de calle” hace referencia a la complejidad del problema por el que atraviesa este grupo y a dimensiones que los programas deben dar cuenta en su trabajo cotidiano con esta población, aún no plasmadas en el desarrollo de conceptos teóricos elaborados por los propios programas del GCBA.

Siguiendo con el relato de la funcionaria, el término Sin Techo intenta homogenei-

⁶ Entrevista realizada a la coordinadora del Parador Bepo Ghezzi, en septiembre de 2008.

zar a partir de la variable habitacional y en el trabajo cotidiano desde los programas se hace presente continuamente la heterogeneidad de la población que vive en la calle:

“Obviamente que al ser una población heterogénea, hay una diferencia de edad, de clase, de causa y consecuencia de por qué está en calle, del tiempo que lleva en calle, de conocimiento del sistema (de redes institucionales) y todo lo que se te puede ocurrir... Pero no pueden reconocer que están en calle como el otro y vienen con esto de que el otro es un delincuente... (Para nosotros) hoy está igual que el otro”⁷.

En este fragmento la coordinadora del parador Bepo Ghezzi hace referencia por un lado a la diversidad de historias y trayectorias presentes en las personas en situación de calle, pero también a la imposibilidad de reconocerse entre sí por parte de los propios beneficiarios. En este sentido, continuamente, existe un intento de diferenciación entre las personas en situación de calle y de mostrarse a sí mismos como diferentes al imaginario social que existe en torno a este grupo, el cual los vincula con la mendicidad, la pereza, la suciedad, la delincuencia, entre otros posibles estereotipos. La nueva concepción “persona en situación de calle” pretende dar cuenta de esta diversidad sin perder de vista que existe una situación que unifica a las historias, al menos en el presente, y que debe ser atendida.

Finalmente, la nueva concepción que está siendo debatida va unida a la revisión de ciertas categorías que nacieron con la creación en 1997 del programa Sin Techo. En este sentido, términos como “cronicidad” comienzan a ponerse en tela de juicio.

La categoría cronicidad representó en el año 1997 la división de la población que vive en la calle en dos grandes grupos: los casos irrecuperables y los casos resociabilizables. Un caso es diagnosticado como crónico, es decir como irrecuperable, cuando la persona se encuentra viviendo en la calle hace dos años o más. De esta forma, el tiempo transcurrido en la vía pública fue demarcado como un factor determinante a la hora de pensar el tipo

de tratamiento que recibiría el caso. La experiencia de trabajo con esta población después de doce años (1997-2009) arrojó que la complejidad es mayor y, de esta forma, también entra en debate qué se entiende por cronicidad más allá de la variable “tiempo”, que antes pretendía explicarlo todo.

Los funcionarios consultados durante el trabajo de campo intentaron abrir el debate acerca de los alcances y límites de la categoría cronicidad y enriquecer el concepto para poder abordar de una forma más aproximada a la población beneficiaria. Los funcionarios entrevistados coincidieron en que existía la necesidad de complejizar el análisis de la problemática y que ellos observaban que había otros perfiles dentro de la población de calle. En este sentido, ellos interpretan que sí existe el caso crónico, el cual es imposible de ser reinsertado en la sociedad por el avanzado proceso de deterioro psicofísico y la ruptura de vínculos sociales/laborales. Pero, a su vez, el mismo equipo de profesionales intenta dar cuenta de un nuevo perfil de personas en situación de calle: los crónicos del sistema. Este nuevo concepto estaría dando cuenta de las personas que concurren a un parador y que no son autoválidos, es decir, que han perdido la autonomía para poder construir su propio destino y necesitan la red de recursos institucionales para poder reproducir su orden cotidiano. De esta forma, esta nueva interpretación de la realidad social implica dar cuenta de un nuevo perfil de crónicos, que se encontraría en un punto intermedio entre aquellos casos crónicos que ni siquiera aceptan la asistencia por parte de los programas sociales del GCBA y los resociabilizables que comúnmente se encuentran en los hogares, espacios en los cuales se intenta la reinserción de las personas en el mercado laboral y en las redes familiares (sí es que las hay).

Por lo desarrollado anteriormente, tanto la categoría Sin Techo como cronicidad son debatidas fuertemente porque terminan invisibilizando otros aspectos de la problemática. A su vez, la estadística elaborada por el mismo gobierno da cuenta de esas otras variables que no se han tenido en cuenta a la hora de conceptualizar a la población beneficiaria.

⁷ Entrevista realizada a la coordinadora del Parador Bepo Ghezzi, en septiembre de 2008.

Personas que viven en la calle: una problemática más allá de lo habitacional

El Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (GCBA) a partir de 1997 comenzó a elaborar información estadística que da cuenta de distintas dimensiones que permiten reconstruir el perfil de la población en situación de calle.

Como se mencionó anteriormente, la definición de las personas beneficiarias desde los programas del GCBA remite a la relación entre el individuo y la vivienda. Sin embargo, la estadística elaborada por el mismo gobierno refleja otras dimensiones sociodemográficas que describen en una forma más integral la problemática de las personas que viven en la calle. A continuación se mostrarán solo algunas de las dimensiones que visibilizan otras aristas de un mismo problema y que deberían ser tenidas en cuenta desde la gestión pública.

Evolución de la cantidad de personas viviendo en las calles de la ciudad de Buenos Aires

La primera pregunta que surge cuando se intenta describir las características de la población que vive en las calles es cuántas personas se encuentran en esta situación. Desde el año 1997 el GCBA realiza casi en forma anual conteos en toda la ciudad. Si bien estos conteos tienen sus alcances y limitaciones, es importante rescatar que se realizan desde un principio bajo la misma modalidad con lo cual es posible la comparabilidad y reconstruir la evolución de la cantidad de personas viviendo en las calles de la ciudad de Buenos Aires a lo largo del tiempo.

Si bien no se conocen con exactitud las causas del incremento o de la baja de la cantidad de personas en situación de calle de un año a otro, pueden plantearse hipótesis explicativas. En 1997 en la ciudad de Buenos Aires se registraron 1.085 personas (ver Gráfico N°1), lo cual en aquel momento resultó una cifra alarmante. En los dos conteos siguientes, 1998 y 2000, la tendencia fue a la baja y podría explicarse a partir del incremento de las prestaciones del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, es decir, de las camas disponibles en los albergues estatales⁸. En el año 2002 y 2004 las cifras trepan nuevamente y puede adjudicarse a la gran crisis 2001-2002 que vivió la Argentina con incrementos en las cifras de desempleo, subempleo, pobreza e indigencia. Luego, en el 2006 se registra una fuerte baja que puede adjudicarse a la recuperación de la industria de la construcción, del sector servicios⁹ y de la economía en general. Finalmente, a partir de 2007 se registra el incremento más vertiginoso de personas en situación de calle y podría adjudicarse a dos razones principales: por un lado, los efectos de la crisis internacional y el nuevo aumento del desempleo¹⁰; por otro, la implementación desde el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires de una fuerte política de desalojos y de represión en la vía pública mediante la Unidad de Control del Espacio Público (UCEP) tras la perspectiva de la limpieza social y del cuidado del ornamento de la urbe a partir de 2008. Si esto fuera así, el gobierno de la ciudad, presidido por Mauricio Macri, estaría generando más Sin Techo mediante los desalojos, convirtiéndolos en flanco de políticas represivas. Cualquiera sea el caso, lo cierto es que en mayo de 2009 se registró la mayor cantidad de personas viviendo en las calles desde 1997 en la ciudad de Buenos Aires: 1.950 personas.

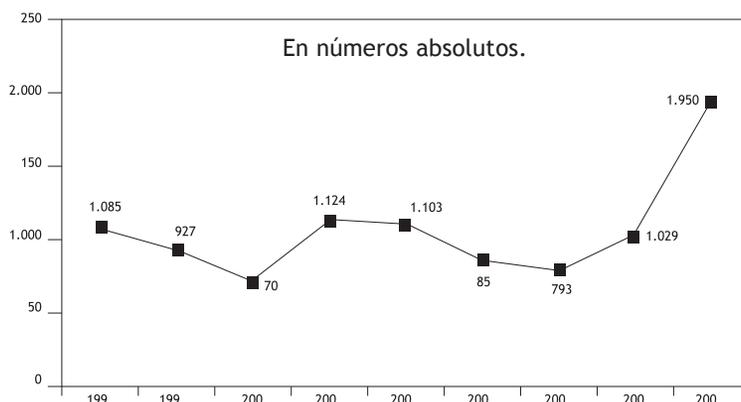
⁸ Cabe aclarar que las únicas personas contabilizadas en la noche de los conteos son las personas adultas que se encuentran literalmente en la calle. De esta forma, quienes se encuentran albergados en hogares o en paradores, no son contabilizados. Tampoco los menores de edad que no se encuentren acompañados por adultos.

⁹ La industria de la construcción y el sector de servicios informales tales como plomería, electricidad, trabajos de albañilería, entre otros, son las dos principales ramas de actividad que proporcionan trabajos a los sectores más pobres, en general en la informalidad, precariedad y con bajos ingresos.

¹⁰ Según el Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC), la tasa de desempleo en la Argentina aumenta con la crisis internacional pero no en forma desmedida. De esta forma, en el momento en que se realizó el último conteo de Sin Techo (abril de 2009), la tasa de desocupación en la Argentina era de 8.4% y en la ciudad de Buenos Aires de 6.6%. Para más información, en el tercer trimestre de 2009 se registró un 9.1% de desocupación en la Argentina, confirmando el aumento sostenido desde el cuarto trimestre de 2008, cuando se había registrado que la tasa de desocupación ascendía al 7.3%.

Gráfico N° 1

Cantidad de personas que viven en las calles de la ciudad de Buenos Aires, según año de conteo 1997-2009



Fuente: Instituto Nacional de Capacitación (INCA). Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

El género y la edad de las personas que viven en las calles

Otro de los interrogantes frecuentes es cómo está conformada la población que vive en la calle, teniendo en cuenta la cantidad de hombres y la cantidad de mujeres que componen este grupo. El conteo realizado en 2007 en la ciudad de Buenos Aires arrojó que el 73% de las personas en situación de calle eran hombres y que el 12% eran mujeres. Pero como el conteo se realiza a la noche y muchas veces desde los vehículos no puede observarse el género de las personas debido a que están cubiertas por frazadas, en el 15% de los casos no supo distinguirse si eran hombres o mujeres. Si se calcula nuevamente el porcentaje dejando de lado ese 15% y tomando como referencia un nuevo N total, los cálculos indican que el 86% serían varones y el 14% serían mujeres. De esta forma, la tasa de masculinidad en la población que vive en las calles es sumamente marcada. Cabe mencionar que situaciones similares han sido registradas en otras ciudades latinoamericanas como Belo Horizonte (Ferreira, Frederico Poley Martins, 2006), Santiago de Chile (Habitando la calle. Catastro Nacional de Personas en Situación de Calle, 2005) y el Distrito Federal en México (Censo de personas en situación de calle de la Ciudad de México “Tú también cuentas”, 2008-2009).

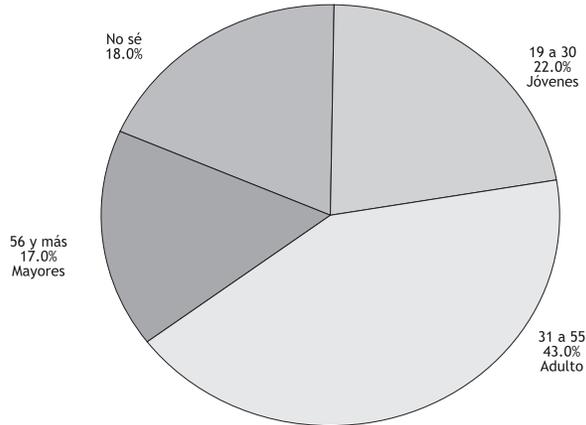
La mayoría tan marcada de hombres viviendo en las calles podría explicarse a partir de variables culturales y políticas. En este sentido, diversos estudios con perspectiva de género (Fuller, 2001)¹¹ enfatizan en la existencia de mandatos socioculturales a los cuales los varones deben responder y algunos de ellos están vinculados con la gestión de soluciones ante los problemas sin recurrir a la ayuda de otros. En este contexto, la mayor apertura de las mujeres para tejer redes sociales podría explicar esta diferencia tan marcada en todas las ciudades relevadas hasta el momento. Por otro lado, los Estados en general tienden a tener una mayor cobertura de programas sociales de contención para las mujeres, sobre todo si son madres y pobres. En este sentido, la mayor presencia de políticas sociales para ellas y ciertos aspectos culturales podrían explicar por qué la gran mayoría de las personas que viven en la calle son hombres.

En cuanto a la composición etaria en la ciudad de Buenos Aires puede decirse que la mayor cantidad de personas en situación de calle son adultos intermedios, es decir, que no son ni jóvenes ni de la tercera edad. En este sentido, el rango de edad con más casos fue de 31 a 55 años, con el 43% (ver Gráfico N° 2). Estos datos deberían ser tenidos en cuenta a la hora de diseñar e implementar políticas públicas.

¹¹ FULLER, N. (2001), “Cambios y continuidades en la identidad masculina. Varones de Lima, Cuzco e Iquitos”. En *La Salud como derecho ciudadano. Memoria del VI Congreso Latinoamericano de Ciencias Sociales y Salud*. Perú. 10-13 de junio.

Gráfico N° 2

Población en situación de calle según edad en la ciudad de Buenos Aires, 2007.



Fuente: Instituto Nacional de Capacitación (INCA). Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

Personas en situación de calle y migraciones

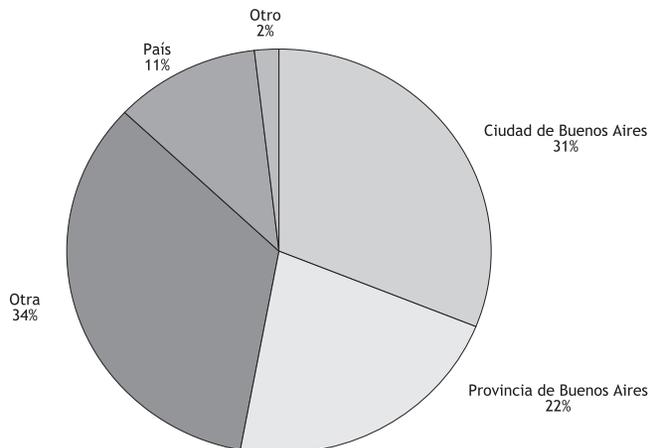
Las personas que viven en las calles de la ciudad de Buenos Aires en su mayoría provienen de otras provincias e, incluso, de países limítrofes. Según una encuesta realizada en 2008 (Subsecretaría de Fortalecimiento Familiar y Comunitario, 2008) solo el 31% de las personas en situación de calle es oriundo de la ciudad de Buenos Aires. La mayoría de los encuestados proviene de provincias del interior del país (34%), sin contar a la provincia de Buenos Aires. El 22% proviene de la provincia

de Buenos Aires, el 11% de países limítrofes y el 2% de países no limítrofes con Argentina (ver Gráfico N° 3). Por lo tanto, puede afirmarse que los procesos migratorios son una variable muy presente en la población que vive en la calle.

Los procesos migratorios deberían de tenerse en cuenta desde la gestión pública elaborando programas que atiendan a los migrantes y que intenten facilitar la integración de esta población en redes formales y firmes con todos los beneficios que ellas proveen.

Gráfico N° 3

Personas en situación de calle según lugar de origen. Ciudad de Buenos Aires, 2008.



Fuente: Subsecretaría de Fortalecimiento Familiar y Comunitario (2008).

Personas en situación de calle y barrios de pernocte

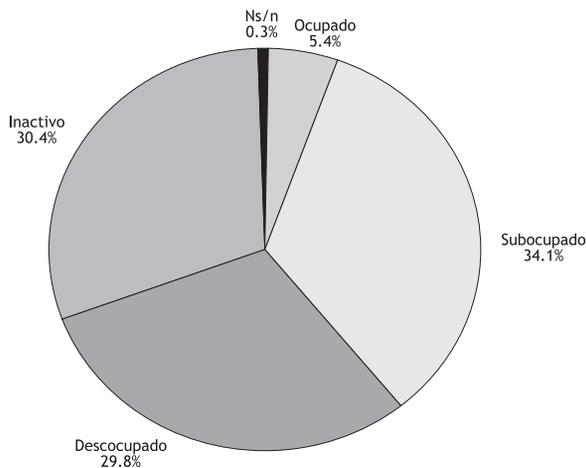
En la ciudad de Buenos Aires, en el año 2007 los resultados del conteo del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires son contundentes: la mayor concentración de personas Sin Techo se registró, según el ex director del Sistema de Atención Inmediata de la Ciudad, en el área central de la ciudad, conocida como el microcentro, y en los barrios de Montserrat, Congreso, Once y San Cristóbal (Página 12, 06/11/2007), todos ellos próximos al centro. Otros barrios que presentan un alto número de personas viviendo en las calles son Palermo y Recoleta, caracterizados por ser habitados por sectores de poder adquisitivo medio-alto y alto, por ser concurridos por turistas y por concentrar grandes zonas comerciales. Distinta es la suerte en los sectores residenciales apartados del centro y de las grandes zonas comerciales como por ejemplo La Paternal y Villa Devoto en donde no se registra presencia de personas viviendo en la vía pública. De esta forma, la distribución geográfica de las personas que viven en la calle parece estar

determinada por la abundancia o escasez de recursos de subsistencia, por “los circuitos del rebusque¹²” (Página 12, 06/11/2007).

Las personas en situación de calle y su relación con el mundo del trabajo

Puede afirmarse que en la ciudad de Buenos Aires las personas en situación de calle conviven con el desempleo más fuertemente que el resto de la población: el 29.8% de las personas que viven en la vía pública dijo encontrarse desocupado, mientras que el desempleo en el resto de la población de la ciudad no alcanzó en todo el 2008 el 7%. De todas formas, si bien el desempleo en la población que vive en la calle es alto, un aspecto que debe resaltarse es que la mayoría de las personas en esta situación se encuentra activa, es decir, desarrolla una actividad que le proporciona dinero. En este sentido, en la ciudad de Buenos Aires el 39.5% de los encuestados desarrolla actividades que proporcionan ingresos (Ver Gráfico N° 4) estando ocupados a tiempo completo o subocupados¹³. Finalmente, el 30.4% se encuentra inactivo¹⁴.

Gráfico N° 4
Personas en situación de calle según situación ocupacional. Ciudad de Buenos Aires, 2008.



Fuente: Subsecretaría de Fortalecimiento Familiar y Comunitario (2008).

¹² El término “rebusque” remite a la posibilidad que tienen las personas de encontrar estrategias de supervivencia a partir de los pocos recursos con los que se cuentan.

¹³ Los subocupados son las personas que trabajan menos de 35 horas semanales y desean trabajar más.

¹⁴ La persona inactiva es quien no trabaja, no desea trabajar y no se encuentra buscando un empleo

A modo de conclusión: ¿“Sin Techo” es un concepto apropiado?

Ante la vista de los transeúntes, lo primero que resalta de las personas que viven en la calle es que justamente no poseen una vivienda y esta percepción parece ser la que predominó cuando desde el gobierno se decidió a utilizar el término Sin Techo, el cual tiene como consecuencia la invisibilización de otros aspectos presentes en la población adulta que vive en las calles.

La estadística elaborada por el gobierno porteño da cuenta de otros aspectos centrales de esta población que debería ser tenida en cuenta a la hora de diseñar e implementar políticas sociales. En este sentido, es importante destacar que la gran mayoría de las personas que viven en la calle son migrantes internos, es decir, que provienen de diferentes regiones de Argentina, que se encuentran en una edad en la cual pueden trabajar y que en la mayoría de los casos realizan una actividad que les proporciona ingresos. Estos atributos no aparecen en la conceptualización construida para concebir a esta población ni son suficientemente problematizadas en el momento en que se implementan los programas sociales existentes. Así las cosas, la construcción del concepto Sin Techo determinó que las personas adultas viviendo en la calle estén relacionadas solamente con lo habitacional y las prestaciones que se crearon tendieron a cubrir esta necesidad a partir de los hogares de tránsito y de los paradores. Sin embargo, a pesar de que las cifras dan cuenta de que la mayoría de la población trabaja, ciertos organismos abocados a este tipo de temáticas, como el Ministerio de Trabajo, no se han dado por aludidos ni fueron parte del diseño e implementación de los programas sociales que se crearon. En este sentido, por ejemplo, no se contempló diagramar políticas directas de generación de empleos formales para las personas que viven en la calle con la idea de reinsertar a este grupo en el mercado de trabajo. Por otro lado, tampoco se tuvo en cuenta la posibilidad de implementar políticas de distribución de ingresos para complementar las bajas entradas de dinero que proporcionan las actividades que las personas en situación de calle realizan: venta ambulante, trabajos esporádicos vinculados a la construcción, limpieza de vidrios de coches, entre otros posibles.

Finalmente, puede afirmarse que la relación individuo-vivienda presente en el concepto “Sin Techo” tuvo un peso fuerte a la hora de decidir el tipo de prestaciones que se crearían en el marco del gobierno porteño. En este sentido, los hogares y los paradores surgen como nuevas formas de abordar el problema habitacional, las cuales presentan características particulares: son colectivas, son temporarias y son concebidas como espacios en los que las personas pueden ser reinsertadas socialmente con la ayuda de equipos profesionales.

Cabe preguntarse qué sucederá en caso de que el debate existente al interior de los programas derribe el concepto de “Sin Techo” y de “cronicidad”. En caso de que la población beneficiaria sea redefinida como “persona en situación de calle” surgen nuevos interrogantes: ¿podrán incluirse las otras variables visibilizadas por la información estadística? ¿con esta reconceptualización de la población beneficiaria se redefiniría la modalidad de atención a las personas que viven en la calle o se trataría simplemente de una simple corrección política y teórica sin repercusiones reales en la implementación de los programas sociales actuales?

Por los interrogantes planteadas, puede afirmarse que la situación de las personas que viven en la calle ya se encuentra instalada en la agenda de la ciudad, pero que aún es un problema político en construcción.

Bibliografía

CENSO DE PERSONAS EN SITUACIÓN DE CALLE DE LA CIUDAD DE MÉXICO “TÚ TAMBIÉN CUENTAS”, 2008-2009 (2009). Documento elaborado por el Instituto de Asistencia e Integración Social (IASIS); Secretaría de Desarrollo Social y Gobierno del Distrito Federal.

DECRETO N° 607/997; *Boletín Oficial de la Ciudad de Buenos Aires*, N° 213; 06/06/1997.

DECRETO N° 2.018; *Boletín Oficial de la Ciudad de Buenos Aires*; N° 803; 22/10/1999.

FERREIRA, F. (2006), “População em situação de rua, vidas privadas em espaços públicos: o caso de Belo Horizonte 1998-2005”. En João Antonio de Paula & *et al.* (Comps.), *Anais do XII Seminário sobre a Economia Mineira*; Minas Gerais.

HABITANDO LA CALLE. CATASTRO NACIONAL DE PERSONAS EN SITUACIÓN DE CALLE, 2005 (2005); Santiago de Chile, Ministerio de Planificación, Gobierno de Chile. Disponible en: <http://www.fundacionpobreza.cl/Biblioteca/Archivos/Bajar.asp?Carpeta=POBREZA&Archivo=Habitando%20la%20calle.pdf>

INFORME PRELIMINAR AL DECRETO N° 607/997 (1997), titulado “Programa para las personas solas o familias sin techo”. Mimeo.

MERKLEN, D. (2000), “La lógica del cazador. Notas sobre sociabilidad y cultura en los asentamientos del GBA hacia fines de los 90”. En M. Svampa (Comp.), *Desde Abajo. La transformación de las identidades sociales*. Editorial Biblos, Buenos Aires.

MORENO, E. (2003), “Desempeño ocupacional: dimensiones en los ciudadanos y ciudadanas habitantes de la calle”. En *Umbral Científico* 002, Bogotá.

PÁGINA 12 (06/11/2007), “En Buenos Aires hay más de mil adultos en situación de calle”, Disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/ultimas/20-94205-2007-11-06.html>

PÉREZ GARCÍA, J. (2008), “Derechos de las poblaciones callejeras. Capítulo 31 del diagnóstico de Derechos Humanos del Distrito Federal”. Rodríguez G. y Caracol A.C. (Comps.), *Diagnóstico de Derechos Humanos del Distrito Federal*. Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal México.

SUBSECRETARÍA DE FORTALECIMIENTO FAMILIAR Y COMUNITARIO (2008). “Encuesta a Personas sin hogar alojadas en Hogares de Tránsito y Paradores Nocturnos”. Subsecretaría de Fortalecimiento Familiar y Comunitario de la Dirección General de Atención Inmediata del Ministerio de Desarrollo Social del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

Las personas sin hogar en Rosario. Consideraciones sobre los usos del espacio público urbano

Homeless persons in Rosario. Considerations on the uses of urban public space

Lic. Mariel Bufarini¹

Aceptación: 15 diciembre 2009

Aprobación: 15 mayo 2010

RESUMEN

Desde 1998 la ciudad de Rosario (Santa Fe, Argentina) es objeto de políticas ininterrumpidas de planificación estratégica del territorio. De acuerdo a los diagnósticos de los diversos planes implementados hasta el momento, se ha logrado consolidar “una identidad de ciudad con inclusión”. Ahora bien, las desigualdades sociales entre sectores de la población permiten, en principio, poner en cuestión esta característica. En relación a ello es que en el siguiente artículo analizamos los usos del espacio público urbano que realizan las personas sin hogar, los conflictos que sus prácticas cotidianas generan y las disputas de sentido sobre el uso “legítimo” del espacio público. Nuestro interés reside en reflexionar sobre una problemática que genera tensiones en el marco del proyecto de ciudad que se está implementando.

Palabras clave: Ciudad, usos del espacio público urbano, personas sin hogar.

ABSTRACT

The city of Rosario (Santa Fe, Argentina) is, since 1998, subject to continuous strategic town planning policies. According to the diagnoses of the various schemes implemented so far, it has been established the idea of “a city identity with inclusion”. However, social inequalities between different sectors of the population allows, in principle, to question this idea. This article discusses then, regarding the problem mentioned above the homeless’ uses of urban public space, the conflicts generated from their everyday practices and the disputes over the meaning of a “legitimate” use of public space. Our interest lies in reflecting on a matter that creates tensions within the town planning project implemented nowadays.

Key words: City, uses urban public space, homeless.

¹ Licenciada en Antropología. Doctoranda en Humanidades y Artes, Mención Antropología, Universidad Nacional de Rosario, Centro de Estudios Antropológicos en Contextos Urbanos, Universidad de Buenos Aires (UBA) y Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), mbufarini@gmail.com

Introducción

En el siguiente artículo se aborda una de las dimensiones constitutivas de la problemática de las personas sin hogar, precisamente se analizan los usos del espacio público urbano que realizan dichas personas cotidianamente en la ciudad de Rosario (Santa Fe, Argentina)².

En las últimas décadas se incrementó la presencia de personas viviendo en los espacios públicos acompañadas a las diversas transformaciones políticas, sociales y económicas que afectaron la cotidianeidad de la ciudad. Esta problemática genera tensiones y disputas en el marco del proyecto de ciudad que se está implementando. Si bien las personas sin hogar no son las únicas que ponen en cuestión la imagen de *ciudad inclusiva* —que desde la ejecución de planes estratégicos intenta consolidar el municipio—, en esta comunicación nos limitamos a presentar nuestras consideraciones respecto a sujetos que viven en las calles del centro de la ciudad, en un territorio emblemático de la misma y que, con su presencia, destacan los contrastes de la desigualdad social en la “ciudad para todos”.

El artículo está ordenado en dos partes, en primer lugar y a los fines de contextualizar las transformaciones urbanas, describiremos brevemente aspectos generales de los planes oficiales vinculados a la consolidación de la región metropolitana, a la definición de Rosario como ciudad inclusiva y a la construcción de la imagen de ciudad. En segundo lugar, analizaremos los usos del espacio que establecen las personas que viven en la calle en su cotidianeidad, los conflictos que esto genera y las disputas de sentido sobre el uso “adecuado” del espacio público.

Finalmente, presentaremos las conclusiones provisorias a las que arribamos.

Desde el punto de vista teórico metodológico trabajamos desde un enfoque socioantropológico cuyo propósito es relacionar distintas dimensiones que constituyen la problemática y analizar los procesos que se generan en sus interdependencias y relaciones históricas contextuales (Achilli, 2005). Dicho enfoque permite vincular las dimensiones constitutivas de la problemática e iluminar proceso que la trascienden.

Las herramientas metodológicas empleadas fueron principalmente observaciones en el espacio público —con el objeto de registrar las prácticas cotidianas de las personas sin hogar, y las interacciones con quienes denominamos “usuarios frecuentes”, estos son: transeúntes, trabajadores y vecinos de la zona—, como así también entrevistas abiertas y semiestructuradas a los mencionados sujetos.

La planificación estratégica en Rosario

Desde el inicio de la gestión socialista³, Rosario es objeto de políticas ininterrumpidas de planificación estratégica del territorio⁴, las cuales tienen como fin consolidar a la ciudad entre las más competitivas del país, y posicionarla como centro de atracción para la inversión en la región del Mercosur.

Partiendo de la iniciativa del municipio⁵, en 1995 comienzan los estudios para impulsar un plan estratégico siguiendo las experiencias de otras ciudades europeas. Luego de una etapa de diagnóstico —en la que se identifican transformaciones políticas, sociales y económicas que golpearon fuertemente a la región— se presenta en 1998 el plan definitivo denominado Plan Estratégico Rosario (PER). Para enfrentar la situación crítica se proponen alternativas sustentadas en las fortalezas de la ciudad y la región aprovechando oportunidades para convertirla en moderna, creativa, competitiva e integrada en el Mercosur y en

² Este trabajo es producto de la investigación en curso “Usos del espacio urbano público y políticas sociales. Análisis de la vida cotidiana de las personas sin hogar”.

³ Desde 1995 la ciudad tiene intendentes pertenecientes al Partido Socialista: Hermes Binner 1995-1999, 1999-2003, continuando con la gestión de Miguel Lifschitz 2003-2007; 2007-2011.

⁴ Entre los planes presentados podemos citar: Plan Estratégico Rosario (PER), 1998; Plan Especial para el Área central, 1999; Plan Urbano Rosario, 2004; Plan Urbano Rosario 2007-2017(PUR), 2008; Acuerdos Estratégicos Metropolitanos, 2004; Rosario Metropolitana 2008 - Diagnóstico, 2008.

⁵ El proyecto tiene como base la participación de la sociedad en general, para ello fueron convocados representantes de instituciones públicas y privadas, expertos, técnicos y “ciudadanos comunes”. Este es precisamente uno de los aspectos destacados del municipio que “hacen” a la identidad de Rosario: la ciudad participativa y democrática.

el mundo. Con la formulación de este plan se pone en marcha la descentralización político-administrativa del municipio dividiendo la ciudad en seis distritos⁶ y se da inicio al fortalecimiento del área o región metropolitana. A su vez, se instala la necesidad de construir una imagen de ciudad “democrática, participativa, solidaria y equitativa”, que se presente mediante una marca.

Reconociendo la crisis en la economía regional iniciada a mediados de los setenta y acompañada por la consecuente “crisis social” —traducida en una “imagen negativa” dentro y fuera de la región—, se considera que Rosario se encuentra en un punto de inflexión que le permite erigirse en “puerta y puerto del Mercosur” (PER, 1998: 10). De modo que se propone ampliar la esfera de acción del municipio sumando a las tradicionales funciones la del diseño e implementación de estrategias de desarrollo local que generen ventajas competitivas territoriales y de fortalecimiento de lazos solidarios en la comunidad local y regional.

En tal sentido se promovió el apoyo a emprendimientos industriales, comerciales e inmobiliarios, lo cual incluyó re-localizaciones de “asentamientos irregulares” que “entorpecían” el proyecto de ciudad⁸. A su vez, la descentralización político-administrativa del municipio resultó fundamental en relación a las relocalizaciones, ya que fueron llevadas a cabo bajo la nueva organización distrital que impuso una nueva geografía territorial a la ciudad. En simultáneo, se llevaron a cabo operaciones urbanísticas —producto de la acción conjunta de los sectores públicos y privados— en determinados espacios de la ciudad con el fin de recualificarlos.

A diez años de la constitución del PER se formula un nuevo plan para la próxima década: PERM+10⁹, en su diagnóstico se destacan las fortalezas de la ciudad, entre las que se menciona la acción contra la pobreza, la alta calidad y diversidad de oferta educativa,

la excelencia de su sistema de salud, el alto nivel de producciones culturales, la oferta turística, como así también la profundización de la democracia participativa. A partir de ello, se sostiene que Rosario “ha podido construir una identidad de ciudad con inclusión, donde la heterogeneidad y el respeto por las diferencias constituyen uno de sus rasgos distintivos” (Rosario Metropolitana-Diagnóstico, 2008: 4).

Se destaca, además, el incremento de la inversión en la redefinición del espacio urbano, marcando tendencia en torno a la construcción de una “marca de ciudad”, es decir, de una figura emblemática para proyectar al exterior como señal de virtud. Transformar el nombre de la ciudad en “una denominación que dispare de inmediato una serie de asociaciones, imágenes y hasta sensaciones que construyan identidad” (*op. cit.*) ha sido, y sigue siendo, uno de los principales objetivos de la planificación estratégica¹⁰.

Consideramos pertinente analizar estas actuaciones en el contexto de una *política de lugares* “producida por grupos públicos y privados que detentan poder material y simbólico, y que contribuyen con la misma a la instauración de una red desde la cual se visibilizan e invisibilizan recorridos y grupos sociales” (Lacarrieu, 2005: 376). En otras palabras, hay un proyecto político detrás de estas actuaciones, el cual apela al reforzamiento de una identidad cultural urbana (*op. cit.*), en el caso de Rosario ligada a la ciudad productiva, creativa e inclusiva. Esta identidad se transmite mediante una *marca* que muestra los rasgos positivos para proyectarlos no solo al interior sino —y principalmente— hacia el exterior. A través de ella se informa que Rosario ha revertido su imagen negativa, que salió de la crisis y que “puede convertirse en una confiable ciudad-negocio” (Fiori Arantes, 2000).

El caso es que en la ciudad podemos identificar una territorialidad *explícita*, ligada a los procesos de *iluminación* de la misma,

⁶ Centro, Norte, Noroeste, Oeste, Suroeste y Sur.

⁷ Entre otras: obra pública, provisión de servicios básicos, regulación de la vida comunitaria (PER, 1998).

⁸ Cabe aclarar que las políticas de erradicación de villas en nuestra ciudad datan desde finales de los setenta. Esta tendencia se fortaleció a fines de los ochenta y aún continúa vigente bajo la denominación de relocalizaciones.

⁹ Plan Estratégico Rosario Metropolitana, 2008.

¹⁰ A propósito de esto es preciso mencionar que el municipio presenta como logotipo identificador sus iniciales: “MR” (Municipalidad de Rosario) en clara alusión a una “Marca Registrada”.

y otra territorialidad *implícita* en la que se ubican los espacios a *invisibilizar* (Lacarrieu, 2005)¹¹. En este sentido, consideramos que las imágenes urbanas refuerzan y contribuyen a iluminar determinados territorios. Ahora bien, las imágenes son socialmente construidas mediante rasgos y atributos seleccionados, “no son una realidad, sino la representación de esa realidad que se constituye a partir de un resumen de evaluaciones, concepciones del mundo, preferencias, homogeneizando una idea de la ciudad” (Lacarrieu, 2007: 51), las cuales a su vez tienden a estabilizarse, pese a la supresión o integración de nuevos componentes, e inciden sobre los modelos políticos urbanos, en los imaginarios y prácticas sociales.

En relación a ello podemos señalar que en el caso de Rosario la imagen hegemónica estuvo ligada desde sus orígenes a la ciudad portuaria y concentradora de la actividad económica de la región. El río Paraná, los puertos, fueron algunas de las imágenes seleccionadas para identificar la ciudad, además del Monumento Nacional a la Bandera que constituye uno de los emblemas más sobresalientes. A estas imágenes se incorporó en los últimos años, la de ciudad democrática, participativa y creativa, donde lo “cultural” ocupa un lugar relevante. En la actualidad, las imágenes que promocionan a la ciudad, además del monumento y el río, son el puente Rosario-Victoria¹², sus espacios públicos y aquellas que simbolizan la ciudad descentralizada, con espacios recreativos y culturales¹³.

Entre los lugares exaltados y destacados de la ciudad se encuentra el centro, una zona destinada al consumo, que ha sido revalorizada en el último tiempo por su patrimonio material. Sin embargo, esta es además una de las zonas en las que vive gran parte de las personas sin hogar de la ciudad.

Respecto a ello planteamos, *¿qué suce-*

de cuando los espacios iluminados están ocupados por personas o grupos que no quieren mostrarse, y que, en consecuencia, ponen en cuestión la imagen de ciudad inclusiva? A continuación daremos cuenta de los usos del espacio que realizan las personas que viven en la calle y de las primeras aproximaciones en torno a las disputas de sentido sobre el uso del espacio.

Usos del espacio público urbano, conflictos y disputas

Como hemos planteado en otros trabajos (cfr. Bufarini, 2007; 2008), en la última década se ha incrementado la cantidad de personas viviendo en los espacios públicos¹⁴ de Rosario, tales como los parques del macrocentro, la zona de la Terminal de omnibuses, y principalmente el centro de la ciudad.

Debido al gran consumo y circulación de personas, es en esta última zona donde se generan más posibilidades para las personas sin hogar de obtener algún tipo de recurso para la subsistencia. Ello da cuenta que quienes viven en la pobreza ya no ocupan solo los enclaves territoriales tradicionales como las “villas miseria” (Boy y Perelman, 2008). Por el contrario, el centro se ha convertido en un *recurso* que permite la subsistencia de las personas que atraviesan por situaciones de precariedad y miseria.

Este espacio ofrece excelentes condiciones de vida y confort para los sectores de altos ingresos y las capas medias, mientras los más desfavorecidos tratan de sacar algún rédito de los excedentes a través de la mendicidad, el “cartoneo”, el cuidado de coches y el uso de las plazas o umbrales de los edificios como lugares de morada. En otras palabras, la permanencia en este espacio permite a las personas que viven en la calle combinar las estrategias antes mencionadas y obtener más beneficios que en otros lugares.

¹¹ Si bien la autora emplea estas nociones en relación a estudios realizados en la Ciudad de Buenos Aires, creemos pertinente retomarlas para analizar el caso de Rosario.

¹² Una arteria de comunicación considerada fundamental en el marco de los intercambios comerciales de la región Mercosur.

¹³ Entre ellos se encuentran por ejemplo: El Tríptico de la Infancia (La Granja de la Infancia, el Jardín de los Niños y La Isla de los Inventos), teatros, diversos museos, casas y centros de cultura.

¹⁴ Mas aún si se tiene en cuenta a las personas que están alojadas en los albergues municipales o las instituciones no gubernamentales. Asimismo es preciso aclarar que en algunos casos las personas sin hogar alternan la vida en la calle con estadías en pensiones, hoteles o en las instituciones citadas.

También hemos planteado que el lugar habitado en la calle es buscado y seleccionado de acuerdo a determinadas características, una de ellas se vincula con las posibilidades de obtener recursos, como así también la cercanía con determinados lugares (donde retirar agua, o acceder a algún baño) y finalmente en relación a la presión que ejerce la sociedad para impedir o posibilitar la permanencia en ese lugar.

Así entonces, los diversos usos que realizan estas personas se encuentran vinculados a la organización diaria de la jornada (Cfr. Palleres, 2004; Biaggio, 2007; Boy y Perelman, 2008). Al iniciar el día el espacio ocupado es ordenado, lo que implica acomodar y guardar las pertenencias. Al “salir” a realizar la recorrida diaria, cargan lo que tienen, aunque algunos de ellos cuentan con lugares donde dejar sus cosas. En estas salidas se recorre la ciudad, dado que se movilizan hacia las instituciones que brindan alimento, o se trasladan debido a que se las “rebuscan” cuidando coches, recolectando cartón, papeles y latas para vender, dependiendo de los casos. Al terminar la jornada retornan al lugar elegido en la ciudad, es decir, se despliega nuevamente el lugar donde “estar” que dimos en llamar *espacio de referencia*. Los límites del mismo lo establecen sus usuarios, es decir, para algunos es una plaza, o una calle en particular (o bien, sectores de ellas).

Para precisar teóricamente dicho *espacio* retomamos críticamente el planteo de Da Matta (2000) acerca de la *casa y la calle*. El autor define las mismas como dos universos sociales contrapuestos que poseen temporalidades y especialidades propias¹⁵, en nuestro caso, en lugar de destacar los contrastes creemos preciso detenernos en sus vinculaciones y relaciones.

A propósito de ello entendemos que en determinados espacios de la ciudad las fronteras entre casa y calle se desdibujan, son los usuarios —las personas sin hogar— quienes conjugan sus características en el espacio urbano y a la vez construyen un *lugar* particular al delimitar un *espacio de referencia*.

Este representa para las personas que viven en la calle un lugar al cual retornar después de realizar sus prácticas cotidianas, allí regresan a descansar, a comer y a dormir y, en algunos casos, es también el lugar donde están durante gran parte del día. El mismo tiene una temporalidad propia, cíclica, constitutiva del ritmo habitual de la vida cotidiana.

Asimismo consideramos que a las cualidades que adquiere este espacio se suma el hecho de constituir el epicentro de un *núcleo de sociabilidad* debido a que a partir de las interacciones con algunos vecinos o trabajadores de la zona han construido redes sociales que contribuyen a la subsistencia —mediante la entrega de recursos materiales— y a la resolución de cuestiones fundamentales como por ejemplo la habilitación, o el permiso para usar baños o retirar agua de los comercios.

De acuerdo a lo dicho, consideramos que mediante los usos que establecen las personas sin hogar redefinen el espacio urbano público de un modo que les permite identificar y reconocer en él un lugar donde vivir.

Ahora bien, el espacio urbano no es un espacio que pueda ser morado, es decir, no está constituido por “habitantes poseedores o asentados, sino por usuarios sin derechos de propiedad ni de exclusividad” (Delgado, 1999: 33) Ello porque el ámbito de lo urbano no es tanto la ciudad en sí misma sino sus espacios *usados* transitoriamente, sean públicos o semipúblicos.

Los mismos están socialmente reglamentados, y culturalmente definidos (Signorelli, 1999), determinadas prácticas y usos están permitidos, son tolerados y otros no. Sin embargo, los dispositivos que ponen en práctica el poder político o la comunidad parecen no ser suficientes para garantizar el “uso adecuado” del espacio público, aun cuando Rosario cuenta hace algunos años con una unidad destinada a tal fin denominada Control Urbano¹⁶. Resulta relevante tener en cuenta, también, los mecanismos que se ejercen a nivel simbólico, es decir, los modos en que las imágenes de la ciudad ejercen un control sobre los usos

¹⁵ Se han destacado las limitaciones de este planteo (Carman, 2006). No obstante, creemos pertinente avanzar críticamente sobre las mismas.

¹⁶ Dependiente de la Secretaría de Gobierno del Municipio destinada a monitorear y controlar el espacio urbano.

legítimos y sus usuarios ya que simbolizan a “quienes pertenecen determinados lugares y a quienes no y quienes pueden usar y apropiarse de los mismos”, las cuales, a su vez, se constituyen en “la materia prima de los discursos, los valores y las prácticas sociales” (Lacarrieu, 2007:50-51)

El caso es que la presencia de personas viviendo en un espacio iluminado de la ciudad genera conflictos y disputas de sentido sobre el uso “adecuado” del espacio público. Ante la presencia recurrente de personas ocupando los ingresos de algún edificio o en las plazas del centro de la ciudad, los “usuarios frecuentes” enunciaron diversas valoraciones.

Por un lado, precisaron el temor que esto les genera —sobre todo cuando son hombres y están en grupo—, además de la “mala imagen” que brindan de la zona. Al ocupar y emplear de una manera diferencial este territorio —destinado al esparcimiento, encuentro y circulación, y también, al estar en plena zona de consumo—, los comerciantes afirman que la presencia de estas personas no los benefician, ya que sostienen “*están borrachos*”¹⁷, “*tirados*”, y “*ensucian*”. Según estos interlocutores:

“... se está poniendo difícil... acá vienen a parar todos, la municipalidad debería hacer algo, debería sacarlos, llevarlos a otro lugar. (...) La otra vez le dije a uno: ‘se va a tener que retirar’, ‘¿por qué?’ —me dijo—, ‘porque ensucia y porque no se puede quedar acá’... por unos días no lo vi más... el tema es que ese no es el único” (F., propietario de un comercio céntrico, noviembre de 2008).

De modo que no solo conciben el uso que realizan las personas sin hogar del espacio público como inadecuado, sino que intentan sacarlos realizando denuncias policiales para que “*alguien haga algo*”. Al respecto una vecina señalaba:

“(...) bien que cuando se quejaron los del bar de acá, los de Rock and Fellers, se calmó todo. Y sí... tuvieron que hacer una denuncia porque había gente peligrosa en

la plaza, se quejaron del olor a marihuana que había. Bien que cuando ellos se quejaron se calmó todo” (E., vecina del centro, noviembre de 2008).

La imagen oficial del centro de la ciudad es consensuada por aquellos usuarios que se consideran legítimos, de modo que se torna hegemónica frente a modalidades de apropiación y uso considerados inadecuados. Sin embargo, las visiones y las valoraciones de los usuarios frecuentes no son homogéneas (como tampoco lo son la de las personas que viven en la calle). En efecto, otros usuarios son indiferentes o bien apelan a la comprensión de la situación.

En concreto, con el transcurso del tiempo en la calle, algunas personas sin hogar entablaron relaciones con los comerciantes y vecinos quienes los ayudan con alimentos, ropa, o con contribuciones no materiales que facilitan la resolución de cuestiones fundamentales como por ejemplo la habilitación, o el permiso para usar baños y retirar agua de los comercios. Así entonces, para algunos vecinos los “*linyeras conocidos*” no representan peligro y pasan a constituir parte del paisaje urbano, aunque no necesariamente por ello se legitime su presencia como *contra paisaje*.

Por otra parte, desde la perspectiva de quienes viven en la calle, el espacio público representa un recurso, un lugar donde habitar y donde llevar cabo la vida cotidiana. Pese a ello en su cotidianeidad —además de afrontar y resolver cuestiones que tienen que ver con la supervivencia— se enfrentan con situaciones conflictivas generadas por el uso de los lugares que habitan. Sobre esto una entrevistada nos decía:

“..... yo ya sé que de la puerta para dentro es propiedad privada, pero yo no estaba adentro, estaba ahí en la entradita, ya sé que es de ellos, que les pertenece, pero no me metía adentro... Entonces ahí ya me tuve que venir para este lado. Porque para la empresa del señor causaba una mala impresión porque él tiene una empresa... y yo estoy en la calle...” (S. vive en una de las plazas céntricas, agosto de 2007).

¹⁷ Las citas encomilladas y en cursiva remiten a registros de campo textuales.

Sin embargo, a partir de sus experiencias de calle asumen que los conflictos se generan en distintos lugares, por ello evalúan si resulta conveniente moverse para otro lado o volver al *espacio de referencia*, a ese lugar delimitado con características particulares donde al decir de los entrevistados tienen “una estructura hecha”. A propósito de esto un hombre que vive en el ingreso de un comercio que cerró, nos decía:

“...tengo un lugar en el que guardo las cosas y las tapo con una madera por si llueve y se mojan. Además ahí hay una pareja que está viviendo y me mira las cosas, así que las dejo ahí, yo los conozco. Me voy a la mañana y a la tarde las voy a buscar. Y... me las voy rebuscando, también hay un lugar que me puedo bañar, puedo sacar agua caliente... a veces alguna vecina me trae algo, la señora de allá me trae, o la panadera. Si me voy de acá tengo que ver bien adónde voy, vio?” (M., marzo de 2009).

También relatan que hay que tener ciertos recaudos para evitar que los saquen, como señalamos anteriormente, el cuidado, la preparación del lugar habitado —mantenerlo en lo posible limpio y ordenado— son estrategias que posibilitan, en cierto modo, atenuar los conflictos. Sin embargo, también afirman que no todos toman estos recaudos y entonces ahí “*vienen los problemas*”. El reconocimiento de que algunos pares¹⁸ no usan adecuadamente el lugar que ocupan permite plantear que estas personas no por realizar un uso que se contradice con lo socialmente reglamentado, están exentas de las representaciones que dan sentido y definen modalidades de uso del espacio urbano.

Retomando lo dicho, consideramos que los usos del espacio que realizan las personas sin hogar implican tanto prácticas de *usuarios* como así también de *habitantes* del espacio urbano, esto es de transeúntes, de sujetos que están de paso, que ocupan y se apropian del mismo provisoriamente, pero a la vez de sujetos que construyen y delimitan un espacio para habitar. De ahí que las prácticas cotidianas que establecen generen conflictos.

A su vez, la presencia de personas que viven en la calle representan una imagen transgresora y superpuesta a la imagen de ciudad inclusiva, es decir, son cuestionadas por el uso del espacio que realizan, pero no solo por esto, sino también por ocupar un territorio que es *iluminado* en el marco del proyecto político que pretende mostrar determinados territorios de la ciudad como marca de virtud.

Consideraciones finales

En el presente artículo presentamos las políticas de planificación estratégica que ha desarrollado el municipio desde el inicio de la gestión socialista, momento en el que comienza a advertirse un proceso continuo de reconversión del espacio urbano; en relación a ello también señalamos la importancia que se otorgó a la construcción de una imagen positiva de la ciudad. Posteriormente describimos los usos cotidianos del espacio que realizan las personas que viven en las calles del centro y presentamos las primeras elaboraciones en torno a las disputas de sentido retomando los relatos tanto de las personas sin hogar como de los sujetos con los que interactúan en su cotidianeidad.

Cabe destacar que en Rosario —con el objetivo de posicionar la ciudad como competitiva— se desarrolló una “imagen fuerte y positiva” (Fiori de Arantes, 2000) que ejerce un “elevado nivel de control social de puertas adentro por su fuerza homogeneizadora” (Lacarrieu, 2007: 7). Actualmente, la imagen de la misma se funda en un ideal de equidad, y para “hacerla visible” se recortan y seleccionan determinados rasgos y atributos que la sintetizan y diluyen otras imágenes posibles.

Sin embargo, en la vida cotidiana de los habitantes de la ciudad esta imagen no solo es consensuada, sino también cuestionada a partir de otras imágenes que interfieren en el paisaje urbano y muestran una ciudad diferente. En ese cuestionamiento se ponen en juego distintas representaciones sobre las modalidades de uso del espacio urbano, y también sobre quienes son los mercedores de ciertos lugares de la ciudad. Sin ir más lejos, en el centro, donde se exalta y revaloriza el patrimonio y la

¹⁸ En los relatos generalmente son los pares, los “otros”, los que no cuidan adecuadamente el lugar que ocupan.

cultura, se destacan los contrastes entre quienes están incluidos en la “ciudad para todos” y aquellos sectores de la población más empobrecidos que quedaron relegados del proyecto de ciudad ideal.

Por último, a partir de la investigación en curso sobre la problemática de las personas sin hogar en este trabajo nos propusimos reflexionar sobre los usos plurales del espacio público urbano en tanto lugar donde se ponen en juego situaciones condensadoras de conflictos, es decir, en tanto lugar de mediación y confrontación “en el cual las diferencias se encuentran, se miden, se solidarizan y molestan” (Boy y Perelman, 2008), de tal modo que en él conviven –no sin tensión–, la exclusión y la inclusión.

Referencias Bibliográficas

- BIAGGIO, JM. (2006) “‘Linyera’, ser o no ser: normas, códigos y estrategias de supervivencia de los hombres ‘de la calle’”. 8º Congreso Argentino de Antropología Social, Salta: 19 al 22 de septiembre.
- BOY, M.; PERELMAN, M. (2008) “Los sin techo de Buenos Aires”. En: Rev. *Ciudades* N° 78, (abril-junio) Puebla (México), CIESAS- D.F, RNIU.
- BUFARINI, M. (2008) “Transformaciones en el espacio urbano. Las personas sin hogar y los usos del espacio urbano público”, *Revista de la Escuela de Antropología*. Facultad de Humanidades y Artes, UNR
- _____ (2007) “VIVIR en el centro de la ciudad. Análisis de los usos del espacio público de las personas sin hogar”. VII Reunión de Antropología del Mercosur, Porto Alegre (Brasil): 23 al 26 de julio.
- DELGADO, M. (1999) *El animal público*. Editorial Anagrama. Barcelona.
- FIORI ARANTES, O. (2000) “Pasen y vean... Imagen y city-marketing en las nuevas estrategias urbanas”. *Revista Punto de Vista*, N° 66 pp.16-19.
- LACARRIEU, M. (2007) La “insoportable levedad” de lo urbano. *EURE* [en línea] XXXIII, N° 99 [fecha de consulta: 18 de mayo de 2009] Disponible en: <<http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=19609905>> ISSN 0250-7161
- _____ (2005) “Nuevas Políticas de lugares: recorridos y fronteras entre la utopía y la crisis” (en prensa) En *Buenos Aires, la ciudad en cuestión*, Max Welch Guerra (comp.), Editorial Biblos-Fadu, Buenos Aires.
- PALLERES, G. (2004) *Conjugando el presente. Personas sin hogar en la ciudad de Buenos Aires*. Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.
- SIGNORELLI, A. (1999) *Antropología Urbana*. Editorial. Antrophos, Buenos Aires.

Fuentes citadas

- PLAN ESTRATÉGICO Rosario (PER), 1998. Disponible en: www.rosario.gov.ar
- ROSARIO METROPOLITANA 2008 - Diagnóstico, 2008. Disponible en: www.perm.gob.ar

Documentación e identidad en los márgenes, un acercamiento etnográfico al proceso de identificación y documentación de la comunidad vagabunda en Temuco

Documentation and identity on the margins, an ethnographic approach to the process of identification and documentation of the homeless community in Temuco

Cesar González Moris¹

Aceptación: 20 septiembre 2009

Aprobación: 4 abril 2010

RESUMEN

A continuación se expone una síntesis de una investigación antropológica de carácter etnográfica, realizada en el marco de mi participación como estudiante colaborador en un proyecto del Registro Civil e Identificación denominado "Identificando a personas con discapacidad social" que el área de marginalidad del Centro de Estudios Socioculturales de la Universidad Católica de Temuco asesoró. Esta iniciativa surgió con el objetivo de proporcionar cédula de identidad a los "vagabundos" en la comuna de Temuco, y me permitió iniciarme como etnógrafo respecto de la "comunidad vagabunda", interactuando directamente con los actores y recogiendo desde allí, y de manera preliminar, todo lo que antropológicamente hablara acerca de los usos y significaciones socioculturales que los sujetos le otorgaban al de identificación y documentación.

Palabras clave: *Etnografía, personas sin hogar, documentación, usos y significados socioculturales.*

ABSTRACT

Below is a summary of a work of anthropological research of an ethnographic nature, carried out in the framework of my participation as a collaborating student in a project of the Civil and Identification Registry called "Identifying persons with social incapacity", which received consultancy services from the marginalisation area of the Centre for Sociocultural Studies of the Catholic University of Temuco. This initiative arose with the aim of providing the "street people" in the district of Temuco with Identity documents and enabled me to start my career as an ethnographer with respect to the "Homeless community", interacting directly with people involved and thus making a preliminary collection of everything which anthropologically had to do with the uses and sociocultural meanings which the subjects assigned to identification and documentation.

Key words: *Ethnography, homeless, documentation, uses and sociocultural meanings.*

¹ Antropólogo Universidad Católica de Temuco y Licenciado en Psicología en la Universidad de las Artes y las Ciencias Sociales, Investigador Área de Estudios y Evaluaciones, Galerna Consultores. cgonzalez@galerna.cl

El presente texto etnográfico busca constituirse como una historia y una geografía² elaboradas a partir de retazos donde se encuentran las huellas y las pistas de las condiciones de marginalidad y exclusión en las cuales cotidianamente se desenvolvía una buena parte de las personas sin hogar, lugares aparentemente “invisibles”, pero que a su vez demandan la responsabilidad de hacerlos perceptibles.

Contexto, escenarios de interacción y actores

La etnografía que presentaré a continuación gira en torno a la figura que comúnmente se ha denominado vagabundo, concepto que implica una imagen estereotipada y estigmatizada de este grupo humano, con una fuerte carga semántica de características subjetivas negativas atribuidas desde afuera, como por ejemplo: flojera, locura, suciedad o “deambulismo”. En el presente texto me referiré a este grupo o sector marginal como personas sin hogar (y, por extensión, al fenómeno del “sinhogarismo”³), ya que este concepto permite definir a una persona a partir de una característica objetiva como es la posesión o no de hogar. Otras figuras que también estarán presentes serán la del “funcionario” (del Registro Civil de Identificación y Documentación) y la mía, como “antropólogo en proceso”, esto es, como etnógrafo *iniciándose*.

A medida que avanzaba en la empresa etnográfica con las personas sin hogar, iba desentrañando un universo con diversas constelaciones y matices, de carácter vigorosamente heterogéneo. Universo que se encuentra en una zona intersticial entre la sociedad y sus márgenes, espacio que en ocasiones toma una forma híbrida y en otras un carácter sincrético, en el cual se genera una semántica y una pragmática desde los márgenes que convive —en muchos casos— con sentidos y prácticas producidos y promovidos por la sociedad, pero los cuales —en ocasiones— son procesados y reinterpretados desde la condición existencial de marginal.

Al interior de la realidad marginal de las personas sin hogar de la ciudad de Temuco se

pueden visualizar diversos subgrupos. En algunos el alcoholismo es el denominador común, en otros es posible identificar algún tipo de enfermedad mental y están también aquellos que no poseen ninguna de las características anteriores. Cada uno de ellos establece distintos grados o niveles de vinculación y relación con su entorno, siendo el último subgrupo mencionado el que instaura relaciones sociales más estables y permanentes, y siendo, por lo tanto, el de más fácil acceso. Del mismo modo, cada subgrupo se desenvuelve en espacios territoriales específicos, tales como la feria Pinto, la Estación de trenes, hospederías, sitios eriazos, etc. Durante la etnografía se logró visualizar la existencia de una estrecha relación entre el estilo de persona sin hogar y los espacios en los cuales se desenvuelve.

Tras las primeras salidas a terreno me di cuenta que en el contexto del proyecto se podían visualizar claramente dos contextos o escenarios de interacción, entendidos estos como los espacios simbólicos en que se desenvuelven los actores y en los cuales sus prácticas y discursos adquieren pleno significado. 1) **Contextos cerrados:** este contexto se relaciona con las distintas instituciones en las cuales me desenvolví e interactué con personas sin hogar, tales como los hogares, hospederías, comedores, etc. En este caso: los Traperos de Emaús y el Hogar de Cristo. Aquí las personas sin hogar debe adaptarse a una serie de normas impuestas por la institución, “... la acción está definida por dispositivos de control institucional socialmente compartidos e individualmente aplicados...” (Berho, 1998a: 17). Generalmente, en estos contextos, los actores se presentan con una actitud basada en el respeto y en la cortesía, por lo menos en los mayores de cuarenta y cinco años; los menores, que llevan menos tiempo viviendo en la calle, tienden en tanto a ser más apáticos y menos accesibles, siendo más dificultoso el acercamiento y la interacción. Al igual que Berho (1998a), en estos contextos observé que las relaciones entre las personas sin hogar y los miembros de la institución operaban como relaciones de servicio asistencial más o menos profesionalizadas.

² Cabe destacar que a lo largo de esta historia y geografía se irán entrecruzando el nivel propiamente etnográfico y el análisis interpretativo de carácter antropológico.

³ El término ha sido tomado de Berho (2001 en adelante), quien a su vez lo ha tomado de la traducción Cabrera (1998) del término en inglés *homelessness*.

2) **Contextos abiertos:** me refiero a los territorios existenciales de las personas sin hogar, a sus lugares personales y las zonas de contacto en las cuales se desenvuelven diariamente. Las zonas de contacto son los lugares en los que la persona establece sus relaciones sociales, ya sea con sus pares (otras personas sin hogar) o con otros tipos de personas que se encuentran en el sector (“feriantes”, por ejemplo). En este caso, estos lugares y zonas corresponden al sector de la feria Pinto y el barrio Estación. La feria puede describirse como un centro de transacciones económicas de carácter formal e informal ligadas a la actividad agropecuaria y comercial. Este contexto constituye el principal foco social urbano donde se desarrolla una economía informal más o menos exenta de la coacción social y supervisión institucional. En estos sectores es habitual que las personas sin hogar eventualmente ejecuten alguna actividad que les permita recibir dinero o comida. Los lugares personales son los sitios en los cuales se duerme, se pide o se mendiga. Aquí las relaciones no están controladas por una normatividad impuesta, sino por una construcción generada en la cotidianeidad de las relaciones sociales de los propios actores. En estos espacios la persona sin hogar se comporta y actúa con más soltura y espontaneidad, y las relaciones que establece normalmente se basan en la supervivencia. “El trabajo toma aquí la forma de “pololos” o “changuitos” y es entendido como un “trabajito”, un esfuerzo físico dirigido, con rendimientos de poca monta. Puede consistir, por lo general, en trabajos donde se usa la fuerza física, o en ligeras tareas —cuando la salud no lo permite— tales como trasladar objetos livianos, limpiar papas, estacionar vehículos o en cumplir con algunos “pedidos” o “favores” que algún feriante solicita” (ibíd.: 8). En este espacio, la feria Pinto, es donde se desenvuelve gran parte de las personas sin hogar de Temuco.

Cabe destacar que la visualización de ambos contextos me remite a comportamientos distintos dependiendo en el que me encuentre, esto determina que tanto yo como algunos de los funcionarios, durante el proceso de identificación, nos sintiéramos más cómodos en ciertos contextos y no en otros. La mayoría de los funcionarios se sentían más cómodos en los contextos cerrados, es decir,

en los contextos institucionalizados, ya que en estos les era más fácil cumplir su labor —entregar documentación a las personas sin hogar—. Así lo reflejan las siguientes frases de ellos en contextos abiertos: “*hay que estar echándoles un ojo a las mochilas...*”, o, “*yo ya veía que me sacaba un cuchillo...*” (en el momento de la documentación).

El visualizar ambos contextos no quita la posibilidad de encontrar diferencias internas dentro de ellos. En relación con los contextos cerrados, pude ver una diferencia entre las dos instituciones que visitamos en terreno. En el primero de ellos, era posible captar un mayor control, ya sea hacia las personas sin hogar como también hacia mi persona. Así, al entrar fueron muchos más los “porteros” y muchas más las preguntas sobre la función que yo desempeñaba en el proyecto. Además, la cantidad de empleados en esta institución era mucho mayor, y como institución católica, las orientaciones ético-religiosas tenían un lugar mucho más preponderante.

De la misma manera, en los contextos abiertos también fue posible percibir algunas diferencias. En la feria Pinto el acceso a las personas sin hogar y el proceso de identificación y documentación era más sencillo, ya que en este lugar no es poco habitual la llegada de personas o grupos de ayuda y asistencia a los “vagabundos” del sector. En cambio, en la galería comercial de la feria Pinto, en donde reinaban las picadas, cantinas y bares económicos, el trabajo era mucho más dificultoso, ya que las miradas de ojos poco afables eran habituales. En este último espacio me sentí observado y examinado en todo momento, me hicieron sentir un intruso. *Muchas veces en la galería de la feria Pinto me siento como un invitado sin invitación, como un extraño que no forma parte de una rutina, como una persona que no forma parte de la vida del sin hogar* (Notas de campo).

Superé esta situación a medida que las visitas fueron transcurriendo y a medida que el *rapport* con los actores fue aumentando, finalmente la información obtenida en esos espacios fue de un enorme valor etnográfico.

Hay que señalar que la documentación de las personas sin hogar fue voluntaria. Sin

embargo, en los contextos cerrados fue posible percibir un grado de imposición para que las personas sacaran carné. Una nota de campo graficará de mejor forma esta situación: *En esta primera visita a los Traperos de Emaús, logré conversar relajadamente con quien en ese momento estaba a cargo de la institución. Estábamos sentados de frente alrededor de una mesa de madera, me preguntó acerca del proyecto y cómo este se estaba llevando a cabo en las demás instituciones, y luego me señaló: “no, si vamos a aprovechar de que todos saquen carné, después vienen los ratos y nosotros tenemos problemas...”*. Tras lo anterior me explicó que la policía de investigaciones cada cierto tiempo hacía visitas para controlar a la gente que ahí se encontraba (Notas de campo).

En cambio, en los contextos abiertos la mayoría de las personas que sacaban carné lo hacían por motivación propia. Los motivos e intereses que ellas tenían para hacerlo eran muy variados, como tuvo oportunidad de registrar.

La empresa etnográfica y el proceso de identificación y documentación en las personas sin hogar en Temuco

El tema de los usos y significaciones que las personas sin hogar le otorgaron durante la experiencia de documentación civil fuera de las oficinas institucionales a la cédula de identidad surgía de forma espontánea, a veces de forma explícita y otras implícitamente, a veces con palabras y otras con gestos. En estos casos, el proceso etnográfico se encontró atiborrado de voces y silencios, por lo cual como etnógrafo *iniciándose* tuve que aprender a atender, escuchar e interpretar ambos, y, parafraseando a Geertz (1987), en muchas ocasiones debí ir interpretando expresiones sociales que eran enigmáticas en su superficie.

Tras varias reuniones de coordinación y algunas salidas a terreno en solitario, se realiza la primera salida en conjunto con los “funcionarios” del Registro Civil. Esta se realizó a la más concurrida hospedería que había entonces en Temuco, los Traperos de Emaús, donde diariamente llegaban entre cincuenta y sesenta personas, muchas de ellas sin hogar y además indocumentadas.

Tanto en este como en los restantes acercamientos y en reiteradas conversaciones con los funcionarios del Registro Civil, estos me señalaron casi sin modificaciones sustanciales que el carné de identidad les serviría a algunas de las personas sin hogar para sacar pensiones, para la atención médica, para acercarse a otras instituciones de asistencia, etc. Al respecto, escribí: *Durante la tarde fui a los Traperos de Emaús en compañía de los funcionarios del Registro Civil. Antes de comenzar el proceso de documentación tuve la oportunidad de conversar por unos minutos con Juan, de unos cuarenta años de edad y con una pícaro alegría que lo distingue de sus compañeros. Tras platicar acerca de nuestras familias e intercambiar algunas opiniones acerca del proyecto, le pregunté por qué él consideraba que era necesario que las personas sin hogar sacaran carné, ante lo cual, me respondió: “te apuesto que todos van a querer sacar... hasta los que ya tienen... (se ríe)... si es gratis po, van a poder ir al hospital sin problemas o no va a faltar el abuelito que pueda sacar una pensión... si muchas veces ellos ni cachan”* (Nota de Campo).

Los funcionarios planteaban usualmente que la cédula de identidad les serviría a las personas como un medio y un instrumento que les permitiría obtener una serie de beneficios que la sociedad presta u ofrece. La opinión usual de los funcionarios de la institución (Registro Civil e Identificación) era construida desde adentro de la sociedad, y, justamente allí, cobraba pleno sentido. Esta opinión basada en el sentido común e influida por una visión institucional, elaborada sobre un conjunto de representaciones y significaciones bien particulares, les permite a los funcionarios otorgarle sentido a lo que los rodea, a lo que perciben y a lo que hacen.

En toda sociedad existe una serie de valores hegemónicos y, en correlación con ellos, un conjunto de normas implícitas o explícitas que son globales y totalizantes. Esta situación es la que promueve atribuciones de sentido como la de los funcionarios, quienes consideran que las personas sin hogar no se acercan a instituciones legitimadas socialmente únicamente por la no posesión de la cédula de identidad, situación que los hace “invisibles” socialmente. La posesión del carné los haría

supuestamente reconocidos o reconocibles en términos sociales y les permitiría acercarse a dichas instituciones.

Esta uniformidad en los usos y significaciones que los funcionarios del Registro Civil elaboraron, es la antítesis de las contestaciones que las personas sin hogar me dieron, en donde la heterogeneidad era el denominador común, eso sí, siempre siguiendo una suerte de lógica interna erigida desde sus vivencias, necesidades y motivaciones.

En una conversación en los Traperos de Emaús (contexto cerrado) con don Pedro, quien fue uno de los primeros con los cuales tuve un acercamiento, me señaló que el carné le serviría: "... pa' encontrar una pega...". *Don Pedro es un hombre delgado, muy afable, tanto como lo hace aparentar su colorida camisa y su peinado al viento. Me parece que deseaba conversar y compartir con alguien. Luego de la documentación salió de la habitación tipo liceo en la cual esta se desarrollaba y se sentó afuera en una banca. Me acerqué a él he hice un comentario acerca de la potencia del flash de la cámara (con la cual se sacaba la foto para el carné), ya que en el proceso me di cuenta que le había molestado, creo que lo encandiló. "Sí po... casi queo ciego... jajaja...". Cortésmente se deslizó hacia un costado de la banca, como invitándome en silencio a sentarme junto a él, la conversación partió cuando me hizo algunas preguntas acerca de mi procedencia, "... sí po, es bonito el norte", replicó. Comenzamos a conversar acerca de su rutina diaria, "... me despierto temprano... como a las seis, le echo algo al buche y parto a buscar unas moneas al centro. Yo soy artista, toco la guitarra..., ahí paso la mañana y me hago unas moneas pa' pasar el día. Voy pa' la feria y después busco donde dormir... a mí me gusta dormir acá, pero a veces no tengo plata". En los Traperos de Emaús, a los que alojan y cenan se les cobra una suma de doscientos pesos diarios* (Nota de Campo).

Don Pedro se movía diariamente tocando su guitarra por Temuco para obtener algo de dinero de los transeúntes del centro.

Algunos me contaron en diversas conversaciones que el carné les serviría para irse "al norte". En una conversación con el "Gato"

en la feria Pinto, a quien ya lo había visto en los Traperos de Emaús, me señaló: "...yo quiero puro sacar el carné pa' irme al norte a trabajar". Él lo utilizaría, según sus palabras, para irse a la zona central del país a trabajar de temporero en la fruta o en el maíz, o "...en lo que venga".

En el Hogar de Cristo, contexto cerrado, la señora Agustina, de cincuenta y dos años de edad, me comentó en el momento en que se estaba documentando a un costado del comedor principal, que ella quería el carné para hacer los trámites para obtener una pensión asistencial. *Doña Agustina aparenta muchos más años de la edad que realmente tiene (cincuenta y dos años). Camina con dificultad y viste con sobriedad. Es la primera vez que la veo, no la había divisado en ninguno de los otros espacios. Me presento y ella responde con una sonrisa y señalándome su nombre. Tras intercambiar algunas percepciones acerca del clima imperante en la región, y luego de preguntarle para qué utilizaría el carné, ella me señaló: "... mire, yo quiero el carné pa' sacar pensión..."* (Nota de Campo).

Ella necesitaba la cédula de identidad para obtener un beneficio que la sociedad ofrecía, en este caso, una pensión asistencial. En el mismo lugar, don Emilio, de cuarenta y cuatro años, hombre de un metro sesenta aprox., con las manos curtidas y con una chaqueta de un terno plomo manchado con las costras de suciedad que le dejan los avatares de su vida. *Desprendía un vigoroso hedor a alcohol que me habla de una noche bastante regada. Tras sacar carné me planteó que lo quería "... pa' votar, no ve que se vienen encima las elecciones"* (Nota de Campo). Él requería la cédula de identidad para hacerse reconocible para la sociedad política como miembro legítimo de ella, como ciudadano, y para poder participar de esta forma en el proceso electoral.

En una conversación con Sergio, alias el "Keko" al borde de una de las calles de la feria Pinto (contexto abierto), me contó que necesitaba el carné para una operación que se tenía que realizar en el pulmón. *Keko es un hombre pequeño de treinta y ocho años de edad, con él me he encontrado en reiteradas ocasiones en la feria Pinto. Vive allí desde los siete años, en el lugar todos lo conocen.*

Diariamente se dedica a acarrear las carretas vacías de los feriantes, ya que las que están cargadas son muy pesadas y no las puede acarrear por un problema de salud de tipo pulmonar (cuenta que tiene un solo pulmón). Característico en él es su vaivén al caminar y su protuberante nariz, derivada probablemente de reiteradas noches en compañía del alcohol. A veces va a almorzar al Hogar de Cristo y las noches las suele pasar refugiándose en los puestos de la feria. “...estoy acostumbrado a vivir en la calle...” (Nota de Campo).

El trámite para dicha operación se lo realizaría una tía, con la cual, a pesar de estar acostumbrado a vivir en la calle, mantiene algún tipo de relación esporádica. Él, al igual que doña Agustina, utilizaría la cédula de identidad para una prestación u obtener un beneficio que la sociedad brinda a todos sus miembros, o más bien, como quedaba claro entonces, a quienes tengan ciertas características y cumplan determinadas condiciones.

Como vemos, estos cuatro casos son demostrativos y coherentes con lo que los funcionarios del Registro Civil pensaban respecto al uso y significado de la cédula de identidad, en el sentido que el carné les serviría como un medio e instrumento que les permitiría obtener una serie de servicios o beneficios que la sociedad ofrece.

En una visita por la tarde a la feria Pinto, lugar que se enmarca en lo que he denominado contexto abierto y que visualizo como más marginal, ya que en él la persona sin hogar al no tener que someterse a una normatividad externa impuesta actúa con mayor soltura y espontaneidad, sostuve una larga conversación con María. Fue uno de esos días en los cuales unos caprichosos rayos de sol batallan para secar los pisos de la comuna. Ella tiene veintinueve años de edad, y es de esas personas que siendo mayor que uno, produce una profunda ternura infantil. Las facciones de su cara evidencian de sobremanera su cambiante estado de ánimo, pasa de estar muy contenta, incluso excitada, a estar con una aparente profunda tristeza que la deja a punto de derramar unas cuantas lágrimas. María animaba la interacción haciendo rimas a partir de los nombres, de esta manera construyó una con el mío y otra con el del funcionario.

Luego comenzaron a llegar las demás personas con quienes andábamos y María continuó su dinámica, evidenciando que poseía un par de estructuras de rima en las cuales lo único que iba cambiando era el nombre. Luego de hablar acerca de algunos temas vinculados a su rutina diaria y a su historia personal me cuenta que “...yo duermo en la calle (bajo los puestos de la feria Pinto)..., ahí (y me señala con el dedo uno de los habitáculos de la feria que estaba a unos diez metros)..., no, pero no sola, con el Juan y otros cabros más. Si tenemos unas frazós y todo”. Luego, en relación a la cédula de identidad me plantea que “...el carné, na... sirve pa’ los paco. Siempre vienen a hueviar pa’ cá” (Nota de Campo).

María, al igual que otros, me relató que cada cierto tiempo los “ratis” iban al sector y les pedían la cédula de identidad a todos y a cada uno de los que se encontraban en el sector. Ella, como otros, no quería el carné para poder acceder a la sociedad y sus beneficios, sino para que una institución de control de la sociedad (Carabineros o la policía de Investigaciones) no la molestase y la dejase vivir y desarrollar su vida según su parecer.

En una de las salidas nocturnas a la feria Pinto entablé una conversación con el sereno, dependiente municipal encargado de velar por la seguridad de la feria durante la noche. *Cargaba una mochila en donde llevaba un termo con café y vasos. Era una noche muy fría y solo los ladridos de unos perros la animaban. Desde la esquina divisó una silueta que camina hacia mí. Era un hombre robusto de unos treinta y cinco años de edad. Al llegar me pregunta con el tono de quien desea iniciar una conversación: “¿en qué andái?”, le respondo que dando café y le ofrezco uno. Me lo acepta y nos sentamos afuera de uno de los puestos de la feria. Tras presentarme, me señala su nombre y me plantea que él trabajaba como “guardia del sector”. Le pregunté dónde estaba la gente que normalmente dormía en el lugar, “llegaste tarde po’ flaco, están todos escondidos ya”. Tras dialogar por unos minutos, me percaté que el hombre conocía muy bien el lugar y a las personas que en él dormían. Finalmente, le conté el proyecto en el cual me encontraba participando, “es güeno lo que estái haciendo,... y es regalao, güeno, está bien”. Tras permanecer en silencio unos*

segundos continuó, “es güeno, pero caleta no van a estar ni ahí con sacar carné po... si hay varios que le deben años a la justicia” (Nota de Campo).

En este sentido y siguiendo la lógica argumentativa del sereno, a muchos no les convendría adquirir el carné, ya que si lo obtuvieran sería más fácil para la justicia localizarlos. Cabe hacer notar que esta creencia estaba también instalada entre los funcionarios a cargo del proceso de documentación y es común incluso entre algunos agentes asistenciales.

Una tarde, en el mismo sector, *estábamos a un costado de la feria y me encontraba realizando unas preguntas (lugar de procedencia, estado civil, etc.) a don Marcos, previamente a que comenzara el proceso de documentación, cuando veo a un joven de unos 26 años mirando el proceso. Tras terminar, me acerque a él, me presenté y le conté en lo que andábamos, le pregunté si deseaba sacar carné. “No, y pa’ qué. No, no, no...”, y comenzó a alejarse del lugar. Esta situación me dejó un sinsabor nada de agradable, pensé y pienso que el acercamiento debió ser distinto, pero ya estaba hecho. Luego de unos minutos, se me acerca el “Gato”, quien vivía hace mucho tiempo en el lugar y con quien había logrado establecer una muy buena relación, y me preguntó, “¿qué te dijo?”, le respondí, y me señaló que con él debía irme “con cuidao, si ese anda escondido” y me explica que hace pocos días había llegado el joven al lugar y que estaba escondiéndose de la policía por algún delito que había cometido* (Nota de Campo).

A partir de lo anterior puedo señalar (teniendo datos de segunda mano, ya que no logré establecer una relación directa con ninguno que pudiera pertenecer o participar de lo anteriormente expuesto) que hay un grupo de personas que tienen por condición el no tener hogar, para quienes el poseer carné no representa ningún beneficio, más aún, este puede constituir una amenaza o perjuicio. Ellos no lo utilizan para acceder a los recursos de la sociedad ni como un medio para que ella no los moleste: el carné simplemente no les es funcional a partir de su historia, pasado y presente. En estas personas sin hogar podía

ser común un posible pasado o presente delictivo⁴.

Me parece muy valioso hacer mención a una situación desarrollada en una de mis visitas en las tardes a la feria Pinto donde me encontré con don Pedro, a quien ya le habían entregado el carné y con quien había logrado establecer una buena relación. *Lo distinguí a la distancia (unos diez metros), me apresuré, lo alcancé y tras saludarlo me coloqué a su lado en el caminar, tras una breve diálogo le pregunté si el carné le había servido para encontrar “pega” (respuesta que él mismo me había entregado anteriormente) o para algo más. Ante lo cual me respondió que no, pero que en “... cualquier momento me sirve, por si me paran los pacos... si te paran y si uno no tiene carné te preguntan si eris chileno, argentino, mapuche, gitano...”. No veo descabellada la idea de que ya lo hayan confundido con un gitano, ya que su estética así lo hacía parecer* (Nota de Campo).

Lo relevante de esta conversación radica en el cambio de su opinión respecto a la utilización de la cédula de identidad. En una primera instancia, en los Traperos de Emaús, me había señalado que le serviría para encontrar “pega”, y luego, en la feria Pinto, me planteó que le sería útil “pa’ los pacos”, para identificarse frente a las policías.

Esta situación refleja de una forma muy clara la influencia que tiene el contexto en el cual estamos en el momento de generar un discurso o una práctica. El contexto puede determinar o hacer que las respuestas tiendan hacia una dirección y no en otra (contexto cerrado, Traperos de Emaús: para “conseguir una pega”; contexto abierto, feria Pinto: para “identificarme con los pacos”), en la situación contextual de interacción, el individuo “activa” ciertos rasgos identitarios que participan en la definición de la situación y del lugar de los actores en ella. La Dra. Durán (1986) entiende la identidad como una “red”, la cual se extiende o retracta constantemente de acuerdo a la definición de situación y significado que le atribuye el individuo al entorno (real o simbólico). De este modo, se puede “activar” una identidad dada en un contexto concebido

⁴ De acuerdo a los datos provistos por el Registro Civil a Berho (2001), menos de un tercio de la población documentada en esa oportunidad, cincuenta personas (y de la cual se dispuso de datos), tenía antecedentes delictuales.

como adecuado y de hacer el proceso contrario si las condiciones son consideradas como negativas: lo que se relaciona con la idea de elasticidad identitaria que señala Durán.

Un día fui a la feria Pinto en el atardecer y me encontré nuevamente con el sereno. *Estaba llegando a la feria, a unas dos cuadras, y veo que en la vereda del frente caminando en la misma dirección iba el sereno. Cruzo, nos saludamos y de forma natural se inició una conversación. “Y, ¿están sacando carné o no?”(en su cara se deja ver una sonrisa). Le digo que relativamente sí y me señala que “igual, algunos lo van a sacar, pero lo van a sacar porque... si po’, por último lo cambian por copete, si mira, anda al restorán de la esquina (me apunta con el dedo), está lleno de carnés de gente que va a pedir fiado”. La verdad es que ya me había fijado en esa situación, pues hace un par de días había pasado a dicho restaurante a tomar un bebestible y había visto el collage de cédulas de identidad apostado a un costado de la caja (Nota de Campo).*

De lo anterior y de otras conversaciones sostenidas con personas sin hogar, datos de segunda y tercera mano, se puede especular con la existencia de un grupo de personas sin hogar que lo utilizan, no como un medio para entrar o acceder a los beneficios que la sociedad presta, ni como un instrumento para que la sociedad (“los pacos”) no los moleste, ni tampoco resulta ser que el carné no les sea beneficioso, ya que sí lo es, sino que el beneficio es redefinido y resemantizado a partir de su cotidianeidad, de sus intereses, de su historia y desde su presente; para este grupo de personas sin hogar el carné es beneficioso en el sentido que les posibilitaría el intercambio por algo de alcohol, un poco de comida, etc.

El trabajo etnográfico me permite señalar que las distintas significaciones y diversos usos que giran en torno a la cédula de identidad que se han presentado se vinculan con los contextos en los cuales se mueven las personas. De esta manera, las que mantienen relaciones constantes con la sociedad, están de acuerdo en que el carné es útil para acceder a ciertos servicios que la sociedad presta o para encontrar trabajo. Esta significación y uso concuerda con el postulado por los fun-

cionarios, quienes, podríamos plantear, son miembros activos de la sociedad. En cambio, para quienes tienen menos contacto con la sociedad y se desenvuelven casi al margen de esta, el carné sirve para que la sociedad no los moleste o simplemente no les presenta ningún beneficio y más bien les es perjudicial.

Categorización de los usos y significaciones que tiene la cédula de identidad para los sin hogar de Temuco

A continuación intentaré realizar una categorización de las distintas significaciones y usos otorgados a la cédula de identidad por el grupo de personas sin hogar en Temuco. Antes de comenzar me parece necesario señalar que la categorización que presentaré no sigue o se funda en un único criterio teórico ni se basa en datos de la misma naturaleza. Esencialmente, construí esta categorización intentando simplificar la realidad lo menos posible y sin ningún interés por compactarla forzándola a caer en una pura coherencia formal. A través de ella solo he pretendido ordenar, en cierto modo, el mosaico variopinto que la realidad nos presenta. Atendiendo a esta diversidad, he levantado las siguientes categorías:

- 1) **Funcional:** existe un grupo de personas que considera, al igual que los funcionarios del Registro, que la cédula de identidad es un instrumento que las beneficia, ya que les permite acceder a una serie de servicios que la sociedad presta u ofrece (salud, pensiones, etc.). En este sentido, puedo decir que les es funcional. Este grupo es aquel que mantiene relaciones más constantes con la sociedad (trabaja o busca trabajo, va al hospital, recurre a la asistencia social, etc.) y normalmente tiene mayores expectativas de vida, por ende, desea incorporarse más a la sociedad. Además, poseen un conocimiento de la red asistencial del municipio y las instituciones públicas, lo que los lleva a obtener regularmente ayudas de distinto tipo. Normalmente son personas mayores de treinta y tres años y poseen una escolaridad superior a la de los demás. Ellos consideran el estar y vivir en la calle como una situación puramente transitoria.
- 2) **Afuncional:** es el grupo de personas sin

hogar para quienes la cédula de identidad no presenta ninguna clase de beneficio, es más, su posesión los perjudica. Son aquellos que, como nos hablaba el sereno, “*le deben años a la justicia*”, y para quienes el carné haría que su localización por parte de la justicia fuera más fácil. La cédula de identidad no les es funcional a partir de su historia, pasado y presente. Estas personas suelen no establecer muchas relaciones con la sociedad y tienden a vivir en la periferia o márgenes de esta. De esta manera, se encuentran más distantes de sus familias originales, tendiendo a permanecer físicamente ocultos, poco visibles al resto de la sociedad. Normalmente este grupo tiende a estar compuesto por los más jóvenes, quienes no llevan mucho tiempo viviendo en la calle.

- 3) **Resemantizado:** en este grupo se puede situar a las personas sin hogar para quienes la cédula de identidad les es útil ya que “*lo cambian por copete o comida*”. El carné les es beneficioso, pero el beneficio obtenido lo redefinen a partir de su historia, desde sus intereses, motivaciones y necesidades. Estas son personas que no establecen muchas relaciones con la sociedad y que normalmente se mueven en contextos y espacios marginales. Suelen dormir en la calle y parecen configurar un marco significativo subversivo, en el sentido que le da el sociólogo colombiano Orlando Fals Borda (1984) al término subversión, como una versión distinta a la hegemónica, al margen. Esto tiene relación con una serie de experiencias de vida frustrantes, lo que genera que ellos dejen de lado, en cierta forma, cualquier esperanza de un futuro mejor. Como en el caso anterior, esta categoría se conforma básicamente por jóvenes y adultos menores de cuarenta años.
- 4) **Apático:** por último existe un grupo de personas para quienes la cédula de identidad no representa ningún beneficio real (por esto pensé también en nombrarlo neutro, pero creo que el concepto apático los caracteriza de mejor forma). El carné no lo utilizan ni para entrar a la sociedad a solicitar una prestación o servicio ni para usarlo como medio de abono o medida de

cambio informal (ya sea por comida, alcohol, etc.). A ellos solo les sirve para cumplir con ella y así esta, y todas sus instituciones normalizadoras y de control, los dejen vivir “tranquilos”. Estas personas, al igual que las anteriores, suelen dormir en los habitáculos de la feria Pinto y no manifiestan un conocimiento de la red asistencial de servicios públicos, lo que los lleva a que regularmente no acudan a ella para pedir algún tipo de ayuda.

Consideraciones en torno al uso de tipologías en el análisis etnográfico

Si bien el empleo de clasificaciones y tipologías en las ciencias sociales se remonta casi a sus orígenes (Durkheim, 1984; Weber, 1990), los criterios procedimentales para su construcción aún no logran consensuarse.

En el marco de la presente labor etnográfica, se ha entendido la construcción de una tipología como una operativización conceptual que estructura y caracteriza un determinado fenómeno o hecho social a partir de cualidades, variables o atributos que permiten captar las especificidades y dinámicas que se producen en su interior.

De este modo, la construcción de una tipología como recurso teórico-metodológico permite construir tipos discontinuos a partir de un referente empírico, a través de los cuales se visualizan las cualidades que hacen posible acentuar las discontinuidades y así captar de mejor manera las divergencias y especificidades que manifiestan los usos y significaciones que tiene la cédula de identidad para las personas sin hogar de Temuco.

Parece ser una condición que cuando construimos cierto tipo de tipología terminamos violando la riqueza de la complejidad que nos ofrece la realidad sociocultural. Al respecto, una consideración: los atributos de las personas sin hogar pueden diferir según el punto del tiempo (en su ciclo existencial) o en el espacio (el contexto o la situación particular) desde el cual se le considere.

Desde aquí, buscando retratar el movimiento existente y dando lugar a la posibilidad de cambio, quisiera señalar que la catego-

rización presentada, aparentemente estática, puede y debe ser vista como una espiral continua donde existe la posibilidad de cambio discontinuo (no hay trayectorias predefinidas) de acuerdo a carreras existenciales particulares. De este modo, las personas sin hogar pueden a lo largo de sus trayectorias históricas personales ir cambiando los usos y significaciones que le otorgan a los símbolos culturales (como por ejemplo, el carné o cédula de identidad) de acuerdo a dinámicas identitarias específicas según la circunstancia y la necesidad y teniendo como telón de fondo los avatares que acarrea el sobrevivir en la precariedad y desde y en los márgenes de la sociedad.

Creo, justamente, que el trabajo presentado aporta a esclarecer cómo las significaciones y usos que las personas sin hogar de Temuco le otorgan a la cédula de identidad derivan de dinámicas identitarias, las cuales emanan de la conjugación entre las experiencias pasadas y presentes.

Si bien es cierto que al interior del “sinhogarismo” existen normas y códigos propios que rigen la conducta, no podemos desvincular esta realidad de su contexto mayor. Desde un marco estructuralista debemos reconocer que el fenómeno del sinhogarismo se encuentra inserto en la estructura social y material. Allí radica la importancia de asumir el fenómeno de la marginalidad de una forma estructural, ya que ella se construye y se transforma a través de las múltiples interacciones que los individuos que la viven establecen con su medio social. En esa dirección, la etnografía y la antropología, mediante relevos interpretativos de la realidad sociocultural y en pos de un reto ético ineludible —y fundante—, nos da chances de participar del diálogo social dominante haciendo perceptibles lugares aparentemente invisibles.

Bibliografía

BERHO, M. (1998a), “Esbozo para una Etnografía del Vagabundo”. En Revista CUHSO, 4 (1): 38-43, Centro de Estudios Socioculturales, Universidad Católica de Temuco, Chile.

BERHO, M. (1998b), Condición Sociocultural del Vagabundo (adulto) de la Ciudad de Temuco, con fines de Reinserción Social, Texto inédito, CES-CORFOSAM, Temuco, Chile.

BERHO, M. (2001), “Identificando personas con discapacidad social”. Informe de una experiencia de funcionarios del servicio de Registro Civil e Identificación de Temuco. Centro de Estudios Socioculturales, Servicio de Registro Civil e Identificación, Temuco.

BERHO, M. (2003), “Personas sin hogar en Temuco. Enfoque antropológico aplicado”. En Nicolás Richard (ed.), *Movimiento de campo en torno a cuatro fronteras de la antropología chilena*. ICAPI, Guatemala.

DURÁN, T. (1986), “Identidad Mapuche: Un Problema de Vida y de Concepto”. En América Indígena N° 4, octubre-diciembre 1986, Instituto Indigenista Interamericano, Ciudad de México.

DURKHEIM, E. (1984). *Las reglas del método sociológico*. Madrid: Morata.

FALS BORDA, O. (1984), “La ciencia y el pueblo”. En María Cristina Salazar (ed), *La Investigación-acción participativa. Inicios y desarrollos*. Editorial Humanitas y Organización de Estados Iberoamericanos, Buenos Aires.

GEERTZ, C. (1987), *La interpretación de las culturas*, Gedisa, México.

WEBER, M. (1990). *Ensayos sobre metodología sociológica*. Buenos Aires: Amorrortu.

Representaciones, modelos de acción institucional y transformación sobre el sujeto sin hogar. El caso del “Programa de atención a personas en situación de calle” en Temuco

Representations, models of institutional action and transformation on the homeless individual. The case of the “Programme for the care of street-people” in Temuco

Héctor Muñoz C.¹

Aceptación: 20 noviembre 2009

Aprobación: 27 abril 2010

RESUMEN

Este es un intento por reflexionar acerca del tratamiento y abordaje de la pobreza extrema por parte de la institucionalidad local en la ciudad de Temuco, Chile, a partir de un acercamiento antropológico realizado durante el año 2004 al participar dentro del “Programa de atención a personas en situación de calle” de la Municipalidad de Temuco y a las organizaciones e instituciones que conforman la “Red de apoyo a la persona en situación de calle” que se aglutina en torno al programa mencionado. Las reflexiones de este artículo derivan de la labor desarrollada al interior del programa, la observación etnográfica y de entrevistas realizadas a funcionarios y operadores de las instituciones que conforman esta red. El carácter de esta reflexión dice relación con la identificación de representaciones que orientan el accionar institucional, en este caso representaciones en torno a las personas denominadas en “situación de calle”. Estas representaciones han permitido ir conociendo de mejor manera el entramado conceptual presente en la red de apoyo, que en este caso determina una forma de actuar y enfrentarse a la realidad y particularmente a la problemática de la marginalidad y la pobreza extrema. En este sentido existe un abordaje, desde la disciplina, de la lógica de los discursos y las prácticas que la sociedad genera en torno a la condición de marginalidad presente en sujetos y grupos, así como el tipo de relaciones e interacciones que se generan a partir de esto.

Palabras clave: Pobreza, marginalidad, representaciones sociales, control social.

ABSTRACT

This is an attempt to reflect about the extreme poverty treatment and approach from Temuco city local institutions. This approach was carried out in 2004 while participating of the “Homeless people attention program” from the Temuco Municipality and the organizations and institutions that form the “Homeless people support network” which gather around the previously named program. The reflections made in this article draw from the work carried out inside the program, ethnographic observation and interviews made to the network’s participant institutions officials and operators. The character of this reflection is related to the identification of representations that guide institutional actions, in this case, representations that have led to a better knowing of the conceptual framework used by the support network, which in this case determines a course of action and a manner of facing the reality and particularly the problem of marginalization and extreme poverty. In this sense, there is an approach, from the discipline, the logic of discourses and practices that the society generates around the marginalized status in individuals and groups as well as the type of relationships and interactions that are generated by this.

Key words: Poverty, marginality, social representations, social control.

¹ Antropólogo, Licenciado en Antropología, Universidad Católica de Temuco. hector_m_c@yahoo.es

Introducción

A pesar del importante crecimiento y desarrollo económico de nuestro país, este no tiene un correlato equivalente en el desarrollo social. A pesar de que en las estadísticas oficiales el número de personas pobres ha disminuido en los últimos años, todavía existe un porcentaje significativo de la población viviendo en situación de pobreza y marginalidad. Las condiciones de pobreza van más allá de las carencias materiales y expresan una desigual distribución de los beneficios del crecimiento económico; hay inequidades en relación con los ingresos, el conocimiento, la información, las oportunidades, el poder, etc. De esta manera la erradicación de la pobreza es uno de los problemas sociales no resueltos y, por consiguiente ha sido un eje central en las políticas sociales e institucionales en los gobiernos de los últimos 20 años en nuestro país.

Si bien en nuestro país aún no existe una legislación o un cuerpo de políticas sociales que aborde, dentro de la problemática de la pobreza extrema, específicamente el tema de la población “sin hogar” o “en situación de calle”, hablamos de una problemática que, al menos en el discurso, se ha transformado en relevante para ciertos grupos sociales que la toman como preocupación principal. En el contexto de la Región de La Araucanía (centro-sur de Chile) existen experiencias claras y concretas que demuestran lo anterior. Nos referimos a diversas instituciones y/u organizaciones que desde al año 1998 aproximadamente se encuentran trabajando en torno a las personas que viven en la calle, quizás la población más afectada por los procesos de desigualdad social. A partir de esto se genera también una instancia en instituciones públicas, en este caso en la Municipalidad de Temuco, a través de la Dirección de Desarrollo Comunitario (Dideco), en donde también aparece la necesidad de responder a esta población prácticamente invisibilizada por la gran mayoría de la sociedad.

La Municipalidad de Temuco se define como una corporación autónoma de derecho público, con personalidad jurídica y patrimonio propio, cuyo objetivo consiste en consolidar los objetivos nacionales de desarrollo eco-

nómico, modernización productiva, equidad y justicia social, además de la conservación de los recursos naturales.

A raíz de lo anterior surge la política de gestión municipal basada en la equidad, participación social, descentralización, eficiencia, integralidad y coordinación pública. Para el logro de los objetivos de la política de gestión municipal, la municipalidad tiene funciones y atribuciones específicas, las cuales se operacionalizan mediante direcciones, programas y proyectos.

La Dideco es la dirección, dentro de la municipalidad, que establece una relación más directa con los habitantes de la comuna. Es la instancia encargada de abordar las problemáticas sociales y demandas de grupos y organizaciones de la comunidad.

Dentro de esta dirección encontramos el “Programa de apoyo personas en situación de calle”. Este proyecto tiene sus inicios en el año 1997 en el Departamento social y el Programa de apoyo a la discapacidad, se incorpora trabajando con personas en la situación descrita, lo que se realiza a través de un acompañamiento a personas sin hogar con el propósito de mejorar o cambiar sus condiciones de vida. Lo anteriormente mencionado generó importante conocimiento humano y metodológico, que permitió avanzar en la formulación de un programa específico. De esta manera, a fines del año 2001 se aprueba por parte del Concejo Municipal un proyecto de inversión denominado “Programa de apoyo para la rehabilitación biopsicosocial de personas abandonadas en la calle”, cuyo objetivo es *“mejorar las condiciones de vida de las personas de la calle de Temuco, con un enfoque integral, que respete la identidad, dignidad y libertad de las personas”*. El programa, actualmente denominado “Programa de atención a personas en situación de calle”, apunta entonces a apoyar la satisfacción de necesidades básicas de alimentación, hospedaje, salud, previsión, entre las más elementales. La metodología de trabajo se concentra en dos grandes ejes: a) acompañamiento-presencia, que consiste en contactar a la persona, conocerla, indagar en su historia de vida, en sus necesidades e iniciar a través de un plan de intervención la búsqueda conjunta de soluciones; y b) traba-

jo en red, instancia de encuentro que busca enfrentar el trabajo desde una perspectiva interdisciplinaria, tanto desde lo público como desde lo privado. A su vez, las líneas de acción del programa dice relación con la habilitación biopsicosocial, la sensibilización y trabajo comunitario en red, y por último una línea de sistematización de las experiencias del programa.

El eje de trabajo en red permite además aglutinar y visualizar otras institucionalidades, de diversa índole, que presentan diversos acercamientos, directos o indirectos, con la problemática de las “*personas en situación de calle*”. Las instituciones y organizaciones que han sido abordadas en este acercamiento, además del “Programa de atención a personas en situación de calle” son: Hogar ADULAM; YMCA; Centro de Rehabilitación de Adicciones; Servicio de Psiquiatría de Imperial; Hogar de Cristo; Servicio de Registro Civil de Temuco, y Emaús.

Más allá de la diversidad institucional presente en esta red, es posible encontrar ciertas generalidades que dan pie a un análisis del funcionamiento de las instituciones y de los supuestos que orientan el tratamiento y abordaje de las personas sin hogar.

Marginalidad y reacción institucional

Aceptando que el fenómeno de la marginalidad es una condición establecida dentro de la sociedad, es decir, una realidad interna de esta, entonces “*tendría soluciones también internas, dadas por un cambio en las estructuras*” (Avaria, 2003). En este sentido el Estado y la sociedad en general generan estrategias que apuntan a integrar y a mejorar ciertas condiciones de vida de sujetos que aparecen como excluidos desde su situación de pobreza y precariedad. Se definen entonces espacios construidos y/o elaborados para atender las problemáticas y necesidades de estos grupos.

El acercamiento a estas problemáticas sociales, tanto desde la estructura estatal como también desde los discursos institucionales y políticos, se ha producido según Avaria desde una lógica centrada y orientada por conceptos de pobreza y marginalidad, a través

de los cuales se intenta comprender, explicar y establecer mecanismos y estrategias orientadas a un cambio, respecto a la situación socioeconómica de los sujetos sociales, “*especialmente de aquellos que no forman parte de la estructura funcional*” (ibíd). Siguiendo el mismo planteamiento, Mendicoa señala que el objeto central de la política social es la pobreza, asociada “*naturalmente, al concepto de necesidad que implica estar privado de algo que es imprescindible*” (Mendicoa, 1999: 11).

El programa específico al que nos referimos (y las instituciones que conforman la red y lo circundan), cuyo alcance es restringido por las fronteras territoriales y administrativas propias de una municipalidad, permite sin duda conocer el modo en que se manifiestan las instituciones formales de la sociedad en torno a la pobreza. La reacción de estas frente a una problemática de estas características dice relación con mecanismos instrumentales que permitan el abordaje y superación de situaciones que no responden a los ideales de sociedad sobre los cuales el Estado y sus instituciones se basan. Los mecanismos instrumentales, entonces, apuntan a responder y atender las carencias concretas de grupos e individuos catalogados como “pobres” y/o “carenciados”.

El “Programa de apoyo a personas en situación de calle” materializa en parte las políticas y preocupaciones de la municipalidad en torno a la pobreza extrema. Estas acciones apuntan, por un lado, a superar situaciones consideradas negativas para los sujetos, particularmente lo que refiere a carencias y dificultad de acceso a la institucionalidad que pueda suplir esas carencias (documentación, salud, alimentación, techo, entre otras) y, por otro, a responder a las exigencias colectivas que pueda hacer la sociedad local. En este sentido, debemos tener en cuenta de que en estos casos se produce una especie de relación dialógica en la cual las políticas y acciones institucionales nacen a partir de la relación con el entorno en el cual se enmarcan.

En la misma línea se elaboran acercamientos académicos y discursivos en torno a distintos procesos generados desde movimientos sociales, los que hacen visible y lo gran poner en la opinión pública y política una

determinada situación social que se presenta como inaceptable para diversos sujetos sociales y que por lo tanto amerita la preocupación y participación de la autoridad estatal y gubernamental, así como de instituciones locales. En resumen, las instituciones pueden identificar las problemáticas, o recoger las demandas que los propios grupos sociales le hacen en torno a las mismas.

Sin embargo, debemos hacer la salvedad de que en el caso de los sujetos en “situación de calle” no se trata de un colectivo humano que manifieste o se defina por un aglutinamiento en cuanto a sus exigencias como grupo, sino más bien responden a intereses individuales de supervivencia, generando mecanismos y redes que les permitan tal proceso, pero no necesariamente demandando o exigiendo colectivamente. La existencia de un programa de estas características, enfocado en un colectivo humano particularmente invisibilizado por gran parte de la sociedad, rompe con aquella lógica de las políticas sociales e instituciones de servicio, en la cual se supone un movimiento o fuerza social organizada que influye en la modificación y/o creación de nuevas políticas e instituciones².

En este caso particular es más bien un sector de la sociedad el que en cierta medida hace manifiesta la necesidad de tratar desde los organismos del Estado una problemática como la de los “sujetos en situación de calle”. En este caso, instituciones que históricamente se han vinculado a estos grupos de personas, hacían presente, de manera más bien implícita, la importancia y necesidad de abordaje de la pobreza extrema, manifestada en las personas que viven en la calle. Instituciones como el Hogar de Cristo o Emaús se presentan como instancias en las cuales se define una preocupación por la problemática de estos sujetos, sin necesariamente generar abordajes sistemáticos y formalizados.

De la inclusión al control social

Las condiciones de pobreza de los sujetos “sin hogar” o “en situación de calle”, que pueden ser entendidas como una diferenciación intrasocietal, como un reflejo de la

inequidad y las dificultades de ciertos grupos para acceder a ciertos beneficios materiales y derechos sociales básicos, se presentan además como condiciones que generan exclusión y marginalidad, esto por la incapacidad de responder a patrones de conducta esperados, los cuales estarían influyendo en los procesos de integración social. En este sentido, la condición marginal se vería precisamente reflejada en la oposición o negación de aquellas características que definen al ciudadano “ideal”, en este caso un ciudadano participativo política, social y productivamente.

De acuerdo a lo anterior, y en líneas generales, podemos decir que se parte de premisas básicas sobre la estructuración de nuestra sociedad, en este caso una sociedad donde están integrados aquellos de sus miembros que comparten las expectativas y las pautas de valores generalizadas del grupo, y son catalogados como marginados aquellos que, ya sea por su falta de incorporación al sistema productivo, por dificultades de endoculturación, y por asimilar y/o presentar pautas de valores diferentes a los del grupo, no pueden, no quieren o no se les permite participar en un determinado tipo de actividades del grupo, en este caso actividades consideradas integradoras.

Desde una perspectiva funcionalista podemos advertir que la sociedad se organiza y funciona en base a un orden estructural, y que a su vez todo aquello que no cumple ciertas condiciones sociales para estar integrado a tal estructura es consecuentemente marginado. Sin embargo, la misma sociedad se encarga de crear mecanismos que permitan encauzar aquellas acciones y/o actitudes disfuncionales.

La inclusión social, clave dentro de los objetivos de superación de la pobreza, y en particular en el programa descrito, significa englobar al conjunto de la población objetivo en el sistema de las instituciones sociales. Se refiere tanto al acceso a sus beneficios como a la dependencia del modo de vida individual con respecto a los mismos.

En este sentido, entonces, la pobreza extrema aparece como una condición (multi-

² Esto se puede ejemplificar en el caso de los movimientos feministas e indígenas, y las influencias que han ejercido a nivel internacional a partir de sus demandas como colectivos.

dimensional) de ciertos grupos que los hacen aún más vulnerables en cuanto a los procesos de exclusión social. La exclusión social, y su relación con la pobreza, puede ser entendida así, según Avaria (2003), a partir de tres grandes características, *“la primera (...) el no acceso a bienes y servicios básicos. La segunda característica estaría más bien determinada por la dificultad en el acceso a los mercados de trabajo y protección social. La tercera y última, relativa al desigual acceso y ejercicio de derechos humanos, políticos, civiles”* (Avaria, A, *op. cit.*).

La satisfacción de necesidades básicas se transforma entonces en el mecanismo central para que los individuos puedan ser reconsiderados como sujetos más allá de sus condiciones de pobreza. De esta manera el programa tiene la posibilidad de otorgar “vales” de alojamiento, realizar contactos para el acceso a un comedor abierto, en ciertos casos, conseguir elementos de trabajo, etc. De la misma manera, se articulan ciertos lazos institucionales que transforman al sujeto en un caso “derivado”, es decir, enviado con el respaldo de la municipalidad y el programa hacia otras instituciones que satisfacen ciertas carencias concretas del sujeto, o pueden hacerse cargo de él de acuerdo a sus características y/o condiciones, como es el caso de la rehabilitación alcohólica, alguna atención específica de salud, obtención de documentos, etc.

Los sujetos comienzan paulatinamente a desenvolverse en una red formal de instituciones, en las cuales van encontrando elementos que les permitan acceder a beneficios y ser finalmente “uno más”, reconocido como integrado y con capacidad para desenvolverse en la sociedad.

Los supuestos de inclusión social, de equidad, son centrales en el funcionamiento institucional observado. Estos supuestos se operativizan, como ya se ha mencionado, a través del apoyo institucional a la satisfacción de necesidades básicas de los sujetos, como también en el acceso que estos puedan tener a ciertos servicios e instituciones que finalmente les permita entrar en una lógica de desenvolvimiento más formalizado que el que lo caracteriza en su “vida en la calle”.

En estos casos la lógica de la inclusión social, y junto a ella la de la equidad, tiene su génesis indisoluble en su contraparte, la exclusión. Ambas categorías entendidas como un proceso, nos permiten entender de qué manera operan estas políticas institucionales y cuáles son sus reales significaciones en las formas de relación que existe entre la sociedad y aquellos individuos que por sus características, condiciones y situaciones determinantes de su identidad, son de una u otra manera excluidos.

Esta exclusión es necesario caracterizarla como exclusión “en sociedad”, más que “de la sociedad” (Lo Vuolo, 1995: 15), pues los sujetos, si bien excluidos, reciben los efectos de la sociedad en la que se desenvuelven. Precisamente estos efectos son los que hacen del individuo un sujeto moldeable y a la vez objeto de control. Esto último se refleja en el funcionamiento del programa y en la forma de relación que se establece con los sujetos en contextos institucionales que inevitablemente tienen una carga de poder que determina una relación asimétrica entre los profesionales y los individuos. Si bien se acepta la premisa de que cualquier individuo puede acceder a los beneficios de este programa, existe un proceso de acercamiento a la persona, a través del cual se comienza a tejer una relación en la que el sujeto es orientado hacia ciertas metas y requisitos que lo hagan merecedor de los beneficios. En cierta manera el sujeto debe ser moldeado de acuerdo a los referentes de “normalidad” que orientan los fines del programa y sus objetivos. La conducta de los sujetos es clave para que este se transforme en un verdadero beneficiario. En este sentido, es que aparecen los modelos de personas que, desde un nivel ideacional, pasan a transformarse en verdaderos mecanismos de integración y validación, puesto que se debe responder a ciertas características modélicas que permitan acceder a bienes, servicios y por consecuencia ser un sujeto “aceptado e integrado”. En este sentido, estos mecanismos presentes en las relaciones estructurales de gobierno, y en relaciones interpersonales, aparecen *“como una estructura muy sofisticada a la cual los individuos pueden ser integrados bajo una condición: que esa individualidad puede ser moldeada de otra forma y sometida a una serie de patrones muy específicos”* (Foucault, 1983: 10).

Las lógicas particulares que caracterizan al individuo de la calle, discrepan profundamente con las normas conductuales que la sociedad en su conjunto establece para los sujetos, esto, entre otras cuestiones, define una tensión entre quienes son integrados y quienes no. A estas normas deben adecuarse los individuos, de manera tal que logren superar sus situaciones de “carencia y exclusión”, las que finalmente definen un *ethos* particular y diferenciado.

Las normas que definirían a un individuo integrado, a la luz de los elementos entregados por el programa, dicen relación con la satisfacción de necesidades básicas, siendo el mecanismo principal, para esto, la capacidad de consumo de los sujetos. Un individuo es integrado cuando tiene la capacidad de consumir y satisfacer sus propias necesidades, es decir, un individuo autónomo dentro de la lógica del mercado. En este sentido, dentro del programa se apunta a que los beneficiarios puedan acceder a algún trabajo remunerado que le permita una constante fuente de ingresos, de manera de subsistir gracias a su fuerza de trabajo. Mientras esto ocurre, el programa es, como su nombre lo dice, un apoyo en el transcurso de ese proceso al cual se aspira desde los lineamientos institucionales.

El programa presentado, así como la municipalidad, son instituciones formales a través de las cuales la sociedad intenta aglutinarse como un todo ordenado, siguiendo lo que son planteamientos clásicos del funcionalismo en las ciencias sociales, haciendo que las acciones institucionales apunten a mantener una determinada forma de existencia común, donde todo individuo esta finalmente determinado por lo que aquellos condicionamientos establecen. El ideal de orden y aglutinación social se concretiza en el funcionamiento de estas instituciones públicas dependientes de un Estado central que se transforma en el referente común de todo ciudadano, y por lo tanto en la estructura determinante en la existencia común de los grupos e individuos.

Representaciones y marcos ideológicos sobre los sujetos “en situación de calle”

El sociólogo Morell Blanch (2002) plantea que cualquier sistema de organización so-

cial que desee mantenerse y perpetuarse en el tiempo debe contar con un universo simbólico que garantice la aceptación de sus miembros a través de un proceso de interpretación y legitimación de sus resultados, incluso de aquellos que resultan disfuncionales, y entre estos, de modo muy especial la pobreza. Es por ello que las distintas conceptualizaciones que históricamente se han dado de este fenómeno social son el reflejo de teorías sociales más generales que pretenden explicar y justificar un determinado modelo de sociedad. “*Teorías que no son comprensibles al margen de la estructura económica y social en las que han surgido y se han desarrollado*” (Morell Blanch, 2002: 10).

De esta manera las representaciones debemos entenderlas como productos socioculturales, es decir, estructuras significantes que emanan de la sociedad y que nos informan sobre sus características en un determinado momento de la historia. Estos constructos constituyen un proceso de elaboración y construcción social del sentido de la vida cotidiana.

A partir de lo anterior entonces es posible afirmar que las políticas y programas institucionales contienen en su descripción y definición representaciones de sujetos hacia los cuales conducen su acción o hacia aquellos a los que atenderán. Nos referimos a “nombres” y/o “categorías” con las cuales se intenta aprehender al individuo, a alguien que –al igual que otros– compartiría características determinadas o condiciones que los hacen definibles como conjunto. En este caso las representaciones sociales deben ser entendidas como aquellas definiciones culturales, conceptos y figuras en torno a los sujetos y las situaciones de las que forman parte, que elaboran las instituciones y/u organizaciones para diseñar y aplicar acciones y programas.

Debemos consignar entonces que los abordajes oficiales (institucionales) presentes, en este caso, en torno a la pobreza extrema, tejen conceptualizaciones que permiten definir aquello que se toma como objeto de atención. En este caso es posible afirmar que estas representaciones, tanto sobre los individuos como sobre los grupos, definen formas o modelos de acción, y a la vez definen condicionamientos que permiten superar situaciones definidas como negativas.

En este sentido, aparecen imágenes recurrentes que imponen una identidad al sujeto de la calle, en este caso dando un énfasis importante a los problemas de alcoholismo, así como se grafica en frases como: *“La principal causa del problema de la gente de la calle es el alcohol...”* (entrevista Hogar Adulam, mayo 2004) o *“cada sociedad tiene sus problemas, y en nuestro caso es el alcohol la causa principal de que la gente esté en la calle”* (entrevista Ymca, mayo 2004). Estas expresiones llevan consigo la idea implícita de que el individuo que padece tal problemática no es capaz de superarla, por lo cual es necesario transformarlo a él y su entorno para que lo logre. La atención de los sujetos en los contextos institucionales particulares implica una normatividad a la cual el individuo debe adaptarse para participar dentro de la lógica en la que se inserta, *“en la casa deben cumplir tareas y la mantienen como si fuera suya, y además deben ingresar sin alcohol”* (Hospedería Hogar de Cristo, junio 2004), *“con la municipalidad podemos establecer un doble control, tanto al interior del centro como en el entorno de la persona”* (entrevista C.R.A., mayo 2004).

El Estado y sus instituciones (también aquellas de carácter privado) se orientan como instancias, por excelencia, abocadas a mantener un orden y una cohesión social, intentando así superar situaciones y condiciones de los grupos sociales, que puedan generar desequilibrios en el orden ideal planteado en los niveles conceptuales de las instituciones.

Las representaciones en torno a los sujetos no solo definen lo que estos son, sino que por sobre todo permiten acercarnos a “lo que deberían ser”. Los elementos negativos que caracterizarían a los individuos en su condición de pobreza extrema, ya sea por sus actitudes, sus formas de desenvolverse, su apariencia, permiten caracterizarlos como una representación de lo “no deseado”, por lo tanto algo que debe ser modificado. Estas características negativas se presentan en el discurso como ciertas definiciones conceptuales estigmatizantes de los sujetos, principalmente el de “alcohólico” o “loco”, los cuales se repiten en la intención de explicar aquellas características que permiten la existencia de procesos de marginación en las personas. Las

referencias al alcoholismo en los individuos de la calle, además de sus características estéticas, se hacen desde parámetros negativos, transformando la imagen del “vagabundo” en un sujeto cuasi despreciable, pero a la vez merecedor de una transformación que le otorgue la posibilidad de un mejor “bienestar”.

En el caso del denominado “Programa de atención a la persona en situación de calle” y la red institucional que en torno a él se aglutina, esta opera como una instancia que permitiría a la persona comenzar a desarrollar un proceso de paulatina transformación, en este caso para dejar atrás aquellas características no deseables y tornarse en lo que aparece ideacionalmente como “normal”, una figura que es posible homologar a lo que los mecanismos oficiales definen formalmente como un ciudadano, un individuo capaz de participar activamente tanto de la vida sociopolítica formal definida por el Estado y su institucionalidad, como la capacidad de entrar en el juego de la competencia y el consumo de la lógica del mercado. Esto se logra en términos operacionales, otorgando al individuo ciertas herramientas que le permitan transformarse en aquel sujeto esperable. La “red” sería la que entregaría esas herramientas básicas, ya sea a través del Registro Civil en cuanto a documentos legales que acrediten al sujeto, el CRA en cuanto a la rehabilitación de ciertos “vicios” rechazados desde la formalidad social, la posibilidad de hospedarse en un hogar para pernoctar durante el tiempo necesario, etc. Este tipo de funcionamiento busca dar forma a un individuo anteriormente deforme, según los requerimientos sociales para su inclusión.

Las conceptualizaciones, o representaciones, no necesariamente son capaces de alcanzar la complejidad presente en el fenómeno representado, en este caso el de la pobreza extrema. Más bien responden a lógicas que homogenizan un grupo con valoraciones y prácticas propias. Las instituciones, de acuerdo a su lógica definen lo que se considera “pobre” y “pobreza”, con una aproximación epistemológica que no necesariamente concuerda con la complejidad del sujeto-objeto de preocupación. Esto lleva a que muchas veces las instituciones homogenizan a los sujetos en situación de calle como “alcohólicos”, como “abandonados” por sus familias, como “locos”, etc.,

complementando así la idea de pobreza como algo negativo para los individuos, *“a nadie le gusta ver gente pobre en su ciudad o su país, y menos si eso va acompañado de vicios como el alcohol...”* (Ymca, mayo 2004), *“sacar a la gente de la calle es muy difícil, además deben recibir rehabilitación por el alcohol”* (Registro Civil, junio 2004).

“Pobre” aparece como una categoría que define una gran masa de individuos y grupos contrarios y/o problemáticos en función de los referentes institucionales, en resumen, son indicadores y situaciones que se deben mejorar. En consecuencia los abordajes que de esta problemática se realizan están relativamente alejados de lo que representa un *ethos* cultural particular. Por lo tanto las supuestas soluciones que se proponen a una situación definida como problemática para la sociedad, se elaboran a partir de un patrón de referencia ajeno, que corresponde al modelo social presente en los referentes ideológicos, en este caso del Estado, así como de diversas instituciones que se acercan de diferente manera a la pobreza. En este sentido, cobra relevancia el etnocentrismo en torno al cual se define y visualiza al pobre, en cuanto se mide su integración y aceptación de acuerdo a su semejanza o diferenciación con uno mismo, *“uno espera que estas personas tengan las mismas oportunidades que tiene uno”* (Hogar de Cristo, mayo 2004).

En este momento histórico, donde uno de los principales referentes conceptuales y accionales de la sociedad es el “desarrollo”, asociado a la modernización, se establece una lógica unívoca, sin presentar o aceptar alternativas distintas. Los indicadores para determinar carencias, en cuanto condicionantes de la “pobreza”, los cuales en gran medida determinan las formas de abordarla y por lo tanto de atender a aquellos individuos en tal situación, en este caso sujetos que se definen por su condición de carecer de redes sociales y familiares, y más específicamente por carecer de un hogar y “vivir en la calle”, miden más bien acceso al consumo. Según la terminología oficial, miden “calidad de vida”, entendida esta como optimización de la acumulación y su relación con la distribución.

De acuerdo a lo anterior la “lucha contra la pobreza” no se reduce solamente a un

problema de carácter técnico en cuanto a su abordaje o a sus objetivos de dar “mejores oportunidades” o “mejorar la calidad de vida”, sino que esta lucha contra la pobreza es también la lucha contra los pobres, la eliminación de la pobreza conlleva la eliminación de los pobres, de su *ethos* cultural, de su particular forma de ver, estar y desenvolverse en el mundo. Es en resumen la negación de la diversidad interna de la sociedad.

Es posible afirmar en este caso que los procesos de marginación e integración que derivan de problemáticas como la pobreza extrema, no solo se producen en un plano accional, sino que se definen en un nivel ideacional. El universo simbólico en el cual se basa y a partir del cual actúan los organismos e instituciones focalizadas en estas problemáticas, se constituye en una trama conceptual en la que deben desenvolverse diversas identidades.

Lo anterior es posible relacionarlo a las formas o modelos de acción institucional, donde se dejan ver ciertos referentes de mecanismos de control que se establecen al interior de las instituciones, que finalmente intentan modelar al individuo según referentes ajenos a su individualidad. Esto implica la comprensión de los contextos institucionales como contextos cerrados, los cuales presentan una normatividad impuesta, donde los sujetos son finalmente reencauzados de acuerdo a las proyecciones propias de los referentes institucionales, más allá de las vivencialidades particulares de los sujetos.

En el caso de las instituciones abordadas en este acercamiento, es posible afirmar que las representaciones que se generan en función de la pobreza, se transforman en condicionantes, no solo de un funcionamiento específico, sino que además se transforman en mecanismos de integración, por lo cual definen una particular forma de respuesta a las problemáticas, a partir de las cuales las situaciones de pobreza se definen externamente como algo que debe ser transformado, apuntando a un cambio sociocultural, no solo de los sujetos, sino que además de los grupos.

El acercamiento a las instituciones ha permitido comprender los supuestos que se reflejan en las acciones en torno a los indivi-

duos y su condición de pobreza. Las nociones y perspectivas que se presentan en los discursos institucionales sobre los individuos en situación de calle, no dicen relación con lo que podemos denominar una pobreza de características estructurales, es decir, que la persona por condicionamientos externos es y ha sido pobre, sino que más bien se presenta una noción de lo que podemos llamar “empobrecimiento”, es decir, una situación procesual por la cual la persona deriva en tal condición de pobreza. Por lo mismo es posible identificar el supuesto de que la persona, así como llega a esta situación, puede lograr una superación de esta, centrando el análisis de la situación en el sujeto, su historia particular e incluso sus propias decisiones, tal como podemos ver en la siguiente frase: *“el estar en la calle pasa por una decisión de la persona, algo le ocurre para que este ahí”* (Ymca, mayo 2004).

El carácter causal del “ser marginal” aparece centrado en un elemento clave que pasa a ser el individuo. Es este último, específicamente sus particularidades vivenciales, son las que permitirían o detonarían procesos de marginación y exclusión. Desde esta lógica es el propio individuo quien tendría las capacidades de salir de aquella situación de exclusión. Por lo tanto las instancias institucionales formales estarían presentes en el objetivo de entregar insumos que permitieran al individuo, por sí solo, lograr el proceso de reintegración social, *“la gente tiene capacidades para salir de su situación, pero hay que ayudarla también”* (Hogar de Cristo, mayo 2004).

Reflexiones finales

Desde estos acercamientos de causa-efecto sobre la situación de pobreza y marginalidad de los individuos es posible advertir la falta de cuestionamientos sobre condicionamientos de carácter estructural que den forma a tales situaciones de exclusión.

En nuestro país las posibilidades de profundización democrática, así como la búsqueda de una estructuración equitativa e igualitaria de la sociedad, aparecen como necesidades e intenciones durante los primeros años de la década de los noventa luego de diecisiete años de dictadura, abriéndose las esperanzas de superar problemáticas socia-

les como son la pobreza y la exclusión social. La transición hacia la democracia sería aquel proceso a través del cual se iría gradualmente superando las desigualdades así como fortaleciendo la vida democrática de nuestro país.

Sin embargo, y como lo plantea Bengoa, *“existe la percepción de que no ha habido transición en lo profundo de la vida social chilena, desde la restauración conservadora ocurrida en la dictadura”* (Bengoa, 2000: 28). Esto ha generado un desarrollo particularmente superficial de los mecanismos democráticos en nuestro país, pues estos han operado exclusivamente en niveles formales de carácter político e institucional, perdurando inalterables las estructuras de un modelo de desarrollo que hasta el momento parece incapaz de superar el mantenimiento y reproducción de una sociedad altamente desigual. La democracia, entonces, se presenta problemática e “incoherente”, en la medida en que no ha logrado impactar transversalmente al conjunto de las esferas sociales (y las diversas problemáticas que aquellas representan) y básicamente mantiene su funcionamiento limitado a la formalidad institucional.

Establecer ideológicamente la marca de la pobreza como un estado y/o condición de carencia predominantemente material, supone una conceptualización que acarrea como consecuencia para los grupos en tal condición, el quedar sujetos y dependientes de las instancias de caridad y seguridad social institucionalizada, provengan estas desde el mundo privado y la sociedad civil o desde el Estado. Esto además conduce a visualizar la pobreza como una categoría estática, pasiva, homogénea y ciertamente estigmatizada. Esta idea de pobreza, una sociedad altamente desigual y las dificultades de establecer una democracia profunda y transversal, hace que los pobres se transformen en un sector social con un grado de poder y determinación tan insignificante, que finalmente lo hace altamente funcional a la reproducción y mantenimiento de la desigualdad social, política, económica, etc.

Por otra parte, si aceptamos la invisibilidad e imposibilidad de este particular sector social de ejercer activamente un rol en el funcionamiento del Estado y sus políticas, podemos decir que la pobreza se diluye en cuanto

categoría sociocultural autodefinible identitariamente, pues al ser un sector social “pasivo” es receptor de las categorizaciones que la institucionalidad haga de él, categorizaciones que finalmente orientan el accionar del Estado. Por lo tanto las posibles demandas básicas que emanen desde el mundo de la pobreza, estarán determinadas a las percepciones ideológicas y posiciones del resto de las clases sociales, que si logran expresar un grado más significativo de poder en las estructuras políticas. Esta invisibilidad sociopolítica pone de manifiesto la condición de marginalidad y exclusión social que de una u otra manera perpetúa y agudiza el fenómeno de la pobreza.

En resumen, es la problemática de la desigualdad social la que en gran medida genera y hace de la pobreza un fenómeno marcado por la exclusión social y la marginalización de grupos o sujetos en base de su condición. Si a lo anterior agregamos la conformación ideológica que la pobreza tiene en la actualidad, sobre todo en las esferas institucionales de poder y decisión, podemos afirmar que en el actual orden sociopolítico los pobres, a pesar de su notable expresión estadística y muchas veces mediática, carecen casi por completo de poder, en términos políticos y decisio-

les, que les permita emerger como una fuerza de actores sociales capaces de influir en las políticas que les competen como sujetos y colectivo.

Bibliografía

AVARIA, A. (2003), “Políticas sociales: exclusión/inclusión en el mundo indígena”. En *Revista Mad* N° 8. En: <http://rehue.csociales.uchile.cl/publicaciones/mad/08/paper5.htm>

BENGOA, J. (2000), *La Desigualdad. Testimonios de la sociedad chilena en la última década del siglo XX*. Ediciones Sur. Santiago.

MORELL BLANCH, A. (2002), “Reflexiones en torno a la idea de pobreza”. En: *La Pobreza*, revista *Anthropos* N° 194. Barcelona.

FOUCAULT, M. (1983), “El sujeto y el poder”. Edición electrónica en www.philosophia.cl, Escuela de Filosofía Universidad ARCIS. Traducción de Santiago Carassale y Angélica Vitale.

LO VUOLO, R. (1995), *Contra la exclusión*, Ciepp, Buenos Aires.

MENDICOA, G. (1999) *Exclusión y Marginación social. Nuevas perspectivas para su estudio*. Espacio Editorial. Buenos Aires.

Resignificación socioespacial y construcción de subjetividad. Personas sin hogar en la Ciudad de Buenos Aires

Sociospatial re-signification and the construction of subjectivity. Homeless persons in the City of Buenos Aires”

Griselda Palleres¹

Aceptación: 20 septiembre 2009

Aprobación: 20 mayo 2010

RESUMEN

El vivir en la calle utilizando los espacios públicos ya no es un problema que comprenda a adultos solos. Es creciente la posibilidad de encontrar niños, jóvenes y hasta familias completas que se encuentran en la denominada “situación de calle”. Si bien se trata de un problema en franco aumento y multidimensional, y pese a que es considerada la forma más extrema y más visible de exclusión social, las conceptualizaciones que se producen alrededor de las personas sin hogar no tienen en cuenta los aspectos sustanciales de la realidad que a diario enfrentan sus intervinientes. De esta manera, el movimiento a lo largo de la ciudad por parte de los sujetos se carga de atributos negativos y de cualidades exteriores que los señalan como peligrosos y culpables de su situación. Este artículo propone dar cuenta del modo en que las personas sin hogar, a través del desarrollo de diversas tácticas, transforman y cargan de significación su transcurrir diario, el espacio público en el que desarrollan su cotidianeidad y su subjetividad.

Palabras clave: *Personas sin hogar, espacio público, subjetividad.*

ABSTRACT

Living in the street using public spaces is not a problem involving adults alone. The possibility of finding children, young people and even whole families living in the so-called “situation of street” is increasing. While this is a growing problem and multidimensional, and while is considered as a more extreme and more visible social, the conceptualizations that occur around homeless people do not take into account the substantial aspects of the reality daily faced by its speakers. Thus, the movement of these subjects around the city is loaded of negative attributes and exterior qualities that point them as dangerous and guilty of their situation. This article proposes realizing how the homeless, through the development of various tactics, transform and load of significance their daily passing, the public space in which they carry out their daily life and subjectivity.

Key words: *Homeless people, public space, subjectivity.*

¹ Licenciada en Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires y Especialista en Gestión de Proyectos Sociales de la Universidad Nacional de Cuyo, Becaria del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y docente de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA). griselda.palleres@gmail.com

Introducción

En las últimas décadas las ciudades han experimentado masivos y paralelos cambios en la economía nacional, en la estructura social y en la organización espacial. A comienzos de la década de 1990² el Estado argentino redefinió su rol en un nuevo modelo de crecimiento y de desarrollo que se caracterizó por la apertura económica y su reorientación hacia el mercado externo, por una modernización tecnológica importante y por políticas de ajuste que terminaron produciendo el aumento del desempleo y la reducción del gasto público en coberturas sociales (Svampa 2005). Estas transformaciones desencadenaron distintos procesos de desigualdad y de exclusión social que no solo afectaron a un número creciente de la población, sino que también produjeron importantes mutaciones en la estructura social a través de la generación de nuevas formas de jerarquización social y de segregación espacial (Althabe 2005, Roberts 2007).

Por un lado, el aumento de la exclusión social se manifiesta en una progresiva precariedad de las estructuras sociales que afecta a todos los aspectos de la vida, tanto el acceso a los medios materiales necesarios para la subsistencia (vivienda, escuelas, hospitales, transportes), como las formas mismas de convivencia y los mecanismos de gestión social y cultural. Por su parte, los procesos de segregación socioespacial han disminuido los espacios de interacción entre sectores de orígenes sociales distintos, produciendo una *especialización* de las relaciones sociales con la constitución de fronteras sociales cada vez más rígidas (Roberts 2007, Svampa 2005). Por añadidura, se produce un debilitamiento de los espacios públicos que expresan un cambio significativo de las representaciones sociales. La limitación a ciertas dimensiones de la sociabilidad instaure cada vez más espacios urbanos y se atribuye al inmigrante y al trabajador ilegal, a las personas sin hogar, al villero, a los jóvenes, a los ancianos, a las personas

encarceladas, etc. Se trata de una situación de aislamiento que niega a los habitantes de estos conjuntos la posibilidad de interacción y de reconocimiento mutuo, es decir, el acceso a uno de los principios fundamentales la vida urbana y de los derechos ciudadanos. La consecuencia es hoy ciudades sin ciudadanos —los sin derecho y ciudadanos sin ciudad— los autoexcluidos por miedo en barrios cerrados, protegidos por rejas, púas, guardias, cámaras y barreras controladas que impiden el acceso y el libre tránsito. Se trastoca así el sentido mismo de la ciudad como espacio de convivencia humana, de encuentro, de intercambio, de complementación y de enriquecimiento intercultural (Hidalgo Dattwyler 2007, Velásquez 2007).

En este marco, la permanencia de las personas sin hogar en los espacios públicos se debate entre la conformación de estereotipos, de prejuicios y de situaciones de exclusión, respondiendo a varias imágenes culturales que las posiciona en la “condición humana más marginal” ya que existe la creencia de que no comparten la cultura dominante.

Si se tiene en cuenta que construir la cotidianidad viviendo en las calles implica la obligación de realizar en los espacios públicos actividades reservadas para el ámbito privado, entonces de comprenderá que la delimitación entre la esfera pública y la privada se presenta tan difusa como contradictoria. Frente a esto, la persona sin hogar ha sido representada como la figura límite con relación a lo público y, su aspecto exterior, marca la distinción entre la sociedad armónica y la sociedad de los excluidos, conformándose como una totalidad o identidad social (Kawash 1998). Como resultado de esto último, los sujetos son definidos no solo por sus propiedades espaciales, sino también por sus particularidades materiales y corporales. De igual forma, para el la sociedad, el cuerpo de las personas sin hogar y su continuo movimiento se presenta como una amenaza constante para el espacio público y el uso del

² Si bien fue a partir de abril de 1991 cuando en la Argentina se implementó una política económica fundada en el pensamiento neoclásico, en términos ideológicos, esta continuaba con las líneas implementadas en 1976. En términos de Svampa, “los cambios en el orden económico arrancan durante la década del 70, a partir de la instalación de regímenes militares en el Cono Sur de América Latina; las transformaciones operadas en la estructura social comenzarán a tornarse visibles en la década del 80, durante los primeros años de retorno a la democracia; por último, podemos situar los cambios mayores a fines de los 80 y principios de los 90, con la gestión menemista” (Svampa, 2005: 22).

mismo (Kawash 1998). Dicha amenaza es a la vez *simbólica* —con su sola presencia la persona cambia la definición de los espacios— y *física* porque el cuerpo utiliza los espacios. Se produce así una doble minimización entre lo público y lo corporal: la persona se ve minimizada en su ser y en su extensión.

Así es como el continuo transitar a lo largo de la ciudad, utilizando los espacios públicos, se carga de atributos negativos y de cualidades exteriores que produce y precipita el surgimiento de: 1) conceptualizaciones que responden a una gran cantidad de prejuicios e imaginarios conformados a través de la memoria colectiva y del sentido común, y 2) categorizaciones que señalan al individuo como enfermo, peligroso y culpable de su situación (Palleres 2004).

Cabe destacar que, en la actualidad, muchas de estas conceptualizaciones surgen de la utilización inapropiada de instrumentos de evaluación psiquiátrica³. Los resultados de estos exámenes, en su gran mayoría, aluden a un individuo con una “sociabilidad deficiente” y que padece desordenes mentales (Snow y Anderson 1993, Snow y Mulcahy 2001, O’Sullivan 2008). Como consecuencia, se obtiene una imagen descontextualizada e incompleta de la problemática y que se relaciona más con imaginarios sociales que con las circunstancias que las personas sin hogar deben enfrentar cotidianamente.

Este tipo de explicaciones no tienen en cuenta los aspectos sustanciales de la realidad que a diario enfrentan sus intervinientes ni tampoco consideran el espacio vital donde se desarrolla la sociabilidad y las interacciones de los sujetos. Por estos motivos el espacio público termina siendo concebido como aquel lugar donde las personas que viven en la calle solo tienen la posibilidad de *sobrevivir*. Bajo esta perspectiva el sujeto se encuentra totalmente individualizado y expuesto por la falta de vínculos y de sostenes relacionados con el

trabajo, la transmisión familiar, la posibilidad de construirse un futuro. En otros términos, las personas sin hogar resultan política, social e individualmente ubicadas en la periferia de la sociedad.

Este artículo no se propone presentar una visión límite sobre la construcción de la cotidianidad de las personas sin hogar, sino que, por el contrario, procura dar cuenta de la elaboración y la puesta en práctica de diversas tácticas por parte de los sujetos, que les brindan la posibilidad de transformar tanto el espacio urbano como los significados sobre sí mismos.

Sin hogar en la ciudad y vida cotidiana

En esta sección, el enfoque etnográfico permite dar cuenta de las prácticas cotidianas y del modo en que los sujetos insertos en diversas dinámicas socioespaciales continuamente manipulan, transforman y cargan de significación no solo su entorno urbano, sino también su propia subjetividad.

Es apropiado señalar que no es posible dar cuenta de una única causa o hecho que determine la pérdida del hogar, sino que esta problemática forma parte de un proceso de raíz multicausal y/o multidimensional y que pocas veces sucede de forma abrupta o repentina. Por estas razones los sujetos, en una primera instancia y antes de pernoctar de forma continua en el espacio público, intentan conservar los lazos mantenidos hasta el momento, permaneciendo por un tiempo entre casas de familiares y/o de amigos. No obstante, si la situación no se soluciona con relativa rapidez, comienzan a permanecer más tiempo en los espacios públicos debido a que los vínculos se tornan más endebles y, en algunos casos, insostenibles. A partir de ese momento, lo que en un principio se presenta como ocasional o circunstancial, comienza a ser una rutina y entonces se ha dado lo que genéricamente se denomina *vivir en la calle*.

³ Los estudios llevados a cabo por los Programas dependientes del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (GCBA) generalmente se circunscriben a cuestionar la manera en que la persona llega a conformarse como *sin techo* y los “grados de conciencia” respecto a su situación *precaria*. De esta forma, para las instituciones, el vivir en la calle se relaciona directamente con la inestabilidad psíquica de los individuos y que, en muchos casos, esto los conduce a la bebida y a la droga. Una muestra clara de esto lo constituyen los siguientes trabajos: CALCAGNO, L. (1999). *Los que duermen en la calle. Un abordaje de la indigencia extrema en la ciudad de Buenos Aires*, y MALANCA, P. (coord.) (2003). *Personas sin techo. Algunas consideraciones psicológicas preliminares en el abordaje de trabajo de calle*. Ambas publicaciones pertenecen al Centro de Documentación en Políticas Sociales del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

Transcurrir diario y espacio público

Desde el primer momento en que se produce la pérdida del hogar, se genera una fisura entre lo que ellos consideran su *vida normal* y la actual situación que se caracteriza por tener que vivir en la calle cotidianamente. Si bien, como se señaló anteriormente, este proceso no se produce abruptamente, este les exige responder a situaciones que nunca imaginaron, ya que las habilidades adquiridas con anterioridad no responden favorablemente a las nuevas circunstancias.

Existe la creencia de que la cotidianeidad de las personas sin hogar se caracteriza por la inactividad, por el desorden y por situaciones de tránsito sin un objetivo aparente. Sin embargo, el estar viviendo en la calle es la parte visible de todo un andar, un movimiento en busca de recursos “negados” y que responde a varios objetivos que van desde la satisfacción de necesidades inmediatas para subsistir, hasta otras más mediatas como la búsqueda de un rincón de la ciudad del cual poder *adueñarse* o sentir como *propio* a lo largo del tiempo. El hecho de que la movilidad a través del espacio público la realicen en tiempos que no se encuentran reglamentados por el trabajo u otro tipo de obligaciones sociales, no significa que carezcan de una rutina fiable con respecto a lo que hacen a lo largo del día.

Por el contrario, cotidianamente, las personas sin hogar viven insertas en un movimiento que remite a un círculo o *círculo*. Se trata de un proceso dinámico que atraviesa etapas a lo largo de la jornada y que depende de la conservación de un trabajo informal o bien de la inclusión en las redes instituciona-

les. Esto último se debe a que cuando ya no existen los compromisos laborales⁴ —o estos son escasos—, casi toda la jornada es atravesada por los distintos servicios que brindan las instituciones ya sea de dependencia gubernamental, religiosa⁵ o de la sociedad civil. En el ámbito de la Ciudad de Buenos Aires la red de alojamiento nocturno depende principalmente del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (GCBA) a través de los hogares de tránsito y de los paradores nocturnos⁶. En estos establecimientos las personas sin hogar tienen la posibilidad de pernoctar por una noche o por un periodo limitado de tiempo. Por otra parte, la obtención de vestimenta y la posibilidad de bañarse, generalmente, la realizan a través de las redes que conforman las organizaciones no gubernamentales. Entonces, si las personas sin hogar en algunos lugares tienen la posibilidad de dormir, en otros la de comer y en otros diferentes la de bañarse, es posible decir que estas redes institucionales convierten al espacio en una especie de *casa extendida* a lo largo de la ciudad. En consecuencia, el acceso a la ayuda que brindan las instituciones y la modalidad de trabajo que poseen marcan aún más la amplitud del espacio ya que lleva a las personas a recorrer largos trayectos a fin de satisfacer sus necesidades inmediatas. Para acceder a cada uno de estos servicios deben estar en continuo movimiento, perpetuando no solo a este último, sino también las *rutinas* y *circuitos cotidianos* que fueron conformando a través de su experiencia de vida en la calle.

Paulatinamente deben tomar decisiones cada vez más pragmáticas y funcionales que les permitan responder a las condiciones actuales. Al principio, las personas sin hogar cargan objetos que les traen recuerdos, de-

⁴ Es apropiado señalar que para las personas sin hogar, la posibilidad de continuar con ciertas labores les proporciona no solo el acceso a los recursos materiales, sino que también les ayuda a preservar su autoestima. Puede que la ausencia de un trabajo formal las haya llevado a encontrarse en la calle o bien a que la situación resulte de difícil solución. A pesar de que la falta de trabajo no siempre es la causa desencadenante de este estado, en su mayoría argumentan que si tuvieran un trabajo regular y formal podrían aspirar a mejorar su condición. No cabe duda que la ausencia de este sumerge a los sujetos en situaciones inestables que dificultan aún más la inserción laboral. Así, con el transcurrir del tiempo, la situación se carga de mayor incertidumbre y cada vez es más difícil conseguir trabajo. Todo forma parte en mayor o menor medida de un mismo proceso.

⁵ La mayoría de las personas sin hogar, en mayor o menor medida, mantienen lazos con las redes institucionales. Hay quienes viven cerca de la parroquia donde obtienen alimentos, ropa y ayuda social o permanecen gran parte del día cerca del parador de tránsito donde duermen cada noche; y hay otros que, si bien no recurren a los servicios directamente, reciben algún tipo de asistencia. Es casi imposible encontrar una jornada en que las personas sin hogar no se hayan visto atravesadas en algún aspecto por lo institucional.

⁶ Es pertinente aclarar que el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires también tiene hogares y paradores convenidos con organizaciones de la sociedad civil. Ejemplo de esto último es el Hogar Monteagudo que es administrado por el Servicio Interparroquial de Ayuda Mutua - SIPAM (Palleres 2009).

jando los más prescindibles en casa de amigos, de familiares o bien en el mismo andar. Gradualmente, lo que era imprescindible en un momento se va transformando en algo total y completamente prescindible con el correr del tiempo. La necesidad y la obligación de cargar con cada una de sus pertenencias los lleva a desarrollar distintas tácticas que les permita continuar a diario y trasladarse de un lugar a otro. Además, a pesar de cargar con varios bolsos, muchos de ellos suelen vestir gran cantidad de ropa, independientemente de las condiciones climáticas. Esto último se debe a que resulta más cómodo soportar el calor que tener que cargar con un bolso muy pesado. Estas tácticas también se relacionan con el modo de afrontar todos los días el estar viviendo en la calle protegiéndose del frío, de la lluvia o de las inclemencias del tiempo en general. Hay quienes duermen expuestos y solo utilizan cartones para aislar su cuerpo del piso frío, mientras que otros lo hacen dentro de una estructura de cartón⁷. Cada uno sabe muy bien cuál es la mejor manera de aprovechar los beneficios estructurales que les brinda el rincón donde habitualmente duermen. Pero es necesario aclarar que si bien las tácticas les permitan superar la *materialidad* de la nueva situación, estas no garantizan la satisfacción de la dificultad de vivir en la calle a largo plazo, sino que solo lo hacen en plazos y tiempos inmediatos.

Cuando llevan un cierto tiempo sin hogar no cuentan con un trabajo formal, y a diario, progresivamente, comienzan a disponer de todo el tiempo y de todos los lugares, ya han perdido algunos de los lazos afectivos, y por otra parte, los objetos y hasta el aspecto personal comienzan a deteriorarse. En gran

medida, las mismas actividades que les permiten *subsistir* a diario son la marca exterior que los pone en evidencia de manera visible y que determinará la principal diferencia entre su “situación en calle” y el resto de la sociedad. Es decir, la vestimenta, el acarreo de bolsos o pertenencias, trasladarse de un lugar a otro, la provisión de materiales y la construcción de estructuras espontáneas, las distintas actividades informales que pueda realizar tales como la búsqueda de objetos entre la basura o, en última instancia, el mendigar, señalan a las personas sin hogar como “marginales”. Por estos motivos, el *estar aquí y ahora*, con sus particularidades materiales y corporales es lo que perpetúa el estigma y lo que los define como *personas de/en la calle*.

No obstante, el hecho de que se forme una imagen estereotipada alrededor de ellos, que alterna entre la búsqueda de la libertad, la locura y la miseria⁸, no significa que quienes se encuentran en esa situación conciban su cotidianeidad de tal forma. Entonces será necesario dar cuenta del modo en que los propios sujetos construyen una imagen sobre sí mismos, superando aquellas conceptualizaciones que remiten a representaciones e imaginarios sociales.

Construcción de sí mismo y búsqueda de la intimidad

Así como no es posible dar cuenta de una única causa que origine el problema, tampoco lo es hablar de una identidad común y compartida por las personas sin hogar. El problema de la falta de vivienda es un fenómeno que encierra múltiples dimensiones no solo por las causas que lo originan, sino también

⁷ En trabajos anteriores se ha observado que las construcciones improvisadas de cartón en las cuales duermen tienen que ver con la necesidad de resguardarse de los transeúntes. Si bien en invierno cuando se registran las temperaturas más bajas utilizan el cartón para protegerse del frío, muchas veces estas especies de *fortalezas* solo responden a la necesidad de ocultarse y de ser invisibles para el resto de la sociedad. Las estructuras más complejas *arquitectónicamente* por lo general son realizadas por las mujeres, quienes continuamente intentan obtener mayor privacidad al momento de cambiarse de ropa. Las mujeres tienden a hacer construcciones con los cartones que parecen pequeñas fortalezas en las cuales se ocultan. Por lo tanto, es frecuente que tiendan a apilar cajas enteras de cartón y a dormir dentro de ellas independientemente de que sea invierno o verano. Esto marca, por un lado, la necesidad de privacidad y, por otro, se relaciona con sentimientos de vergüenza y de temor a estar todo el tiempo expuestos a los peligros que representa vivir en la calle (Palleres 2004).

⁸ A lo largo de la historia, la necesidad de autoexpresión y la búsqueda de una verdad a ser encontrada más allá del trabajo fijo o de la rutina social fueron algunas de las razones que justificaron la figura de la persona que abandona la familia, la vivienda, el trabajo y la vida sedentaria para nomadizarse por cuenta propia. En nuestro país tal fue el caso de los *linyeras* o los *croto*s así denominados a partir de 1920- y a quienes se les permitió a través de reglamentaciones gubernamentales viajar gratuitamente en los trenes en busca de trabajo. Si bien puede que muchas personas se hayan dedicado a andar por *la vía de la vida* en busca de un ideal, también es muy probable que hayan sido obligados a recorrer caminos alternativos en busca de su subsistencia. Sin embargo, a estos siempre se los asoció con rasgos personales socialmente condenados, de modo que fueron vistos como *vagos, sucios, delincuentes, alcohólicos o locos* (Palleres 2004).

por la heterogeneidad de quienes lo conforman. Por estas razones, ellos no buscan una inscripción común a la “situación en calle”, sino que, contrariamente, ellos intentan borrar esa “etiqueta” continuamente.

Una vez que la cotidianeidad de las personas sin hogar se desarrolla enteramente en las calles de la ciudad, estas deben responder a múltiples variables no solo para subsistir, sino también en tanto personas subjetivas con capacidad de sentir temor, angustia, dolor, felicidad, vergüenza, impotencia, goce, etc. La recurrencia a ciertos lugares elegidos no solo permite el acceso a las necesidades materiales, sino que también es funcional para el establecimiento y conservación de relaciones interpersonales, que se mantienen o inician aun teniendo una vida en la calle. Es marcada la necesidad que ellos sienten de mantener ciertos lazos afectivos que se asemejen a la pertenencia que alguna vez tuvieron en el seno familiar. Estos lazos les recuerdan que, a pesar de no contar con un hogar ni pertenencias, también son personas con sentimientos, con opinión, con formas de pensar y de sentir.

No obstante, la continua exposición lleva a los sujetos a cuestionarse respecto de la falta de pertenencias y lo indigno de no tener la posibilidad de contar con un momento de privacidad. Luchan contra la estigmatización aunque a veces no lo logran ya que, a pesar de la elaboración de distintas tácticas, ellos continúan realizando en los espacios públicos actividades reservadas para el ámbito privado, es decir, siguen construyendo su cotidianeidad en la vía pública.

En trabajos anteriores se ha mostrado que el deseo de higiene personal es una señal de que el sujeto aún no ha llegado al *abandono* total de sí misma (Palleres 2004). Las personas sin hogar tienen la posibilidad de asearse a diario accediendo a baños públicos en casas de comida rápida, en confiterías o en

restaurantes. Pero la higienización que realizan de sus cuerpos no es completa y las marcas que los señalan como “marginales” continúan encarnándose en sus personas. Pese a esto, ellos realizan grandes esfuerzos para eliminar la suciedad y los olores: intentan mantener su vestimenta y sus pertenencias en buenas condiciones, cuidan su aspecto corporal y se mantienen en un movimiento constante para no ser identificados. Estas acciones se repiten diariamente, salvo por un día a la semana que es cuando acceden al *servicio de duchas* que les brindan las redes institucionales⁹. Quienes acceden a este servicio cuentan con solo quince minutos, aproximadamente¹⁰ para ducharse debido a que el servicio permanece abierto por un tiempo limitado. Pese a que este acto se da en un tiempo que no es lo suficientemente prolongado y que en un espacio al cual no pueden concurrir tantas veces como deseen, paradójicamente, es en ese momento cuando los sujetos obtienen el reconocimiento y el acceso a la intimidad que no logran en la vida cotidiana. La principal diferencia radica en que las duchas poseen habitáculos individuales y pueden ducharse a puerta cerrada, permitiéndoles confrontarse con su cuerpo completamente desnudo. A pesar de que quince minutos es un tiempo muy escaso para el reconocimiento individual y corporal, se produce un *antes* y un *después* de la situación y de la concepción de ellos sobre sí mismos una vez que salen de las duchas. No debe sorprendernos que, a partir de ese instante, los diálogos se presenten con mayor fluidez entre ellos, que sonrían y que se admiren entre sí una vez que ya se bañaron y que tienen la posibilidad de arreglarse y de mirarse al espejo. Tal vez *recuerden* lo que alguna vez vieron reflejado en el espejo o simplemente les guste lo que *ven* reflejado en él. Lo cierto es que, a pesar de que la comunicación entre la institución y las personas sin hogar es escasa, en este espacio se les brinda la posibilidad de dialogar y de comunicar los proyectos no ya como personas *marginadas* y *asistidas*, sino como sujetos ca-

⁹ El servicio de duchas, como se mencionó más arriba, es brindado por las organizaciones no gubernamentales y siempre se acompaña con el de *ropería*, por lo tanto, al momento de ducharse los sujetos también tienen la posibilidad de adquirir ropa acondicionada. Estos servicios solo están disponibles una vez por semana y los meses de verano permanecen cerrados.

¹⁰ En la institución donde se realizó el trabajo de campo se otorgaba la cantidad de quince turnos por mañana para la utilización de las duchas. “*Si las duchas están habilitadas durante dos horas y son quince las personas que se tienen que bañar en solo dos duchas, significa que le corresponden dieciséis minutos a cada uno para llegar a tiempo. Esta simple ecuación también fue calculada por la parroquia y, en el redondeo, los dieciséis fueron reducidos a quince minutos ‘reglamentarios’ por persona*” (Palleres 2004: 133).

paces de percibir, de actuar y de proyectar en un contacto continuo con lo dialógico.

Para comprender la importancia que reviste el servicio de duchas en los sujetos, es conveniente señalar que para las instituciones y para vastos sectores de la sociedad, la persona sin hogar encarna la pasividad y la renunciación y, se supone que a través de estas, el individuo acepta su destino. Sin embargo, es necesario señalar que la historia de vida de los sujetos no se construye a través de biografías quebradas. Razón por la cual en los relatos siempre es posible marcar dos momentos mediados por una crisis: un *antes* (pasado) muy marcado y un *ahora* (presente) muy desdibujado. El *pasado* se encuentra caracterizado por el seno hogareño y todo lo que ello representa: la familia, la educación, las redes de contención, el trabajo, la estabilidad, la casa o el hogar. Por su parte, el *presente* aparece adverso e indeseable, se caracteriza por el *ahora* o la situación actual, por la inestabilidad y por la incertidumbre. De esta manera es difícil encontrar en los relatos la noción de un presente gozoso y —por lo general— estos expresan angustia, soledad, dolor y enfermedad. Cuando sus relatos se mantienen en el presente, estos son descriptivos y ejemplificativos de hechos o actividades. De tal modo, les es difícil hacer confluir el *pasado* y el *presente*, la actual situación los ha llevado a perder parte de su autoestima y los carga de impotencia. Sin embargo, en sus proyecciones hacia el futuro siempre rescatan y analizan vivencias del pasado que los condicionaron o determinaron a lo largo de la vida. No obstante, en el caso del servicio de duchas, temporalmente no hay pasado hacia un futuro, solo está el presente, es decir, se trata de un *aquí* y un *ahora* que les permite el reconocimiento de sí mismo. Aquí logran su pequeño espacio de reconocimiento que les es *negado* en los espacios públicos.

No es posible subestimar el hecho de que en el lugar elegido y al que retornan cada noche, siempre hay algo que se relaciona con las carencias y con las necesidades, no solo materiales, sino también afectivas. Pero al momento de realizar una revisión de su historia personal, en su mayoría, señalan que salvo por vivir en la calle no hay grandes cambios entre lo que ellos consideran que fue su *vida normal* y las circunstancias presentes, y esto

responde a que, más allá de las condiciones materiales de la situación, ellos aseguran que conservan la moralidad y los valores aprendidos en su pasado. De hecho, la necesidad constante de ellos por marcar lo *temporario* de la actual situación —ya que el vivir en la calle *solo es una mala jugada del destino* que pronto será superada—, habla de la resistencia a ser rotuladas como *personas de/en la calle*. Por añadidura, continuamente buscan actividades que les permita sobrellevar la actual situación: la escritura de poemas, los dibujos y los relatos. Por medio de estas hallan una manera de expresar su sentir y una forma de reflexionar; reflejan su pasado a través de lo que perdieron, su presente habla de una situación nunca deseada y un futuro que se proyecta con temor a que la actual situación se repita. Si bien existe la conciencia de que el pasado es una etapa a la cual no se puede regresar, esto no significa que no sea tomada como anclaje para proyectarse hacia el futuro, el cual siempre es imaginado muy distinto al presente.

En otros términos, las personas sin hogar a través de actividades que les permitan la evasión, no solo encuentran aquel espacio de privacidad ansiado, sino que también se expresan sobrellevando alternativamente la situación actual. Así es como elaboran tácticas que son de resistencia y que les permiten resignificar su historia y, simultáneamente, crean y expresan la comprensión de uno sobre sí mismo.

Resignificación del espacio y subjetividad

El espacio urbano se transforma en un espacio vital en el transcurrir diario de las personas sin hogar, ya que en este se desarrollan las prácticas cotidianas y las interacciones entre los sujetos. Al llegar a este punto, se ha dado cuenta de cómo la movilidad por parte de las personas sin hogar nos habla de un proceso que atraviesa etapas a lo largo de la jornada, en las cuales es posible rastrear el trabajo, el hogar, el descanso y las relaciones interpersonales. El hecho de que este movimiento que refiere a un *círculo cotidiano* delimite rutinas muy marcadas a lo largo de una jornada, muestra que la vida en la calle no se caracteriza por el desorden y la renunciación, ya que no se trata de personas pasivas que ven

como toda su trayectoria de vida se desploma a su alrededor. Por el contrario, estas transforman continuamente el espacio público no solo *en y a través* del mismo sino, principalmente, a través de su *uso*. Cada espacio *utilizado y apropiado* transitoriamente forma parte de un espacio más amplio, por este motivo es necesario comprender la movilidad y/o el movimiento constante a lo largo de la ciudad como parte de todo un proceso dinámico.

En el caso de las personas sin hogar, es posible definir el espacio público a través de dos formas de utilización. El primero de ellos se relaciona con el uso compartido, mientras que el segundo remite a la elección de un lugar determinado de la ciudad y a un uso personal del mismo. El conocimiento del *espacio social* es el que lleva a los sujetos a caminar a lo largo del día para llegar a destino, o bien para la búsqueda de un espacio que prometa un mínimo de privacidad o de tranquilidad. Por otra parte, el “estar aquí” del *espacio individual*, representa la totalidad de la actual situación. El concepto es interpretado no solo *espacial* sino también *temporalmente*, ya que remite directamente al presente y la satisfacción de necesidades. Es así que el “estar acá” y “ahora” es lo que imposibilita encontrarse bajo un techo cómodo y seguro, como el que en algún momento tuvieron en el seno de su hogar y de su familia, en el pasado. En el espacio individual es donde confluyen muchos sentimientos contradictorios. Sin embargo, es el lugar que les permite acceder a cierta privacidad, y si bien en este ellos son invadidos por sentimientos de temor y vergüenza, también encuentran evasión y vínculos interpersonales.

De esta manera, cargando de significación al uso de los espacios compartidos, es posible comprender la forma en que el espacio público es transformado y manipulado a través de continuas negociaciones llevadas a cabo *por y entre* las personas en un constante movimiento, a través de rutinas que le permiten moverse entre *circuitos cotidianos* y *redes institucionales*. Los sujetos en todo momento manipulan y negocian las distintas situaciones respondiendo no solo a su contexto social, sino, también, a su propia subjetividad. Poseen *tácticas materiales* (aseo diario, estructuras de cartón, obtención de comida y de ropa) y *tácticas simbólicas* que se materia-

lizan a través de la memorización o escritura de poemas, de los dibujos y del relato en un continuo contacto con lo dialógico. Todas estas les permiten responder, manipular y transformar el espacio público a través de su *uso*. Las *tácticas materiales* están orientadas a resultados tangibles y observables, responden a la situación actual en tiempos y plazos inmediatos. Es decir, no son de resistencia, sino que son funcionales y pragmáticas. Si bien a través de la *apropiación*, del *uso* del espacio y de las *tácticas materiales*, las personas son fácil y visualmente identificables como *personas en/de la calle*, la necesidad constante por marcar la temporalidad de la actual situación, habla de la resistencia a través de *tácticas simbólicas* de ser rotuladas como tales. Las mismas son de resistencia y es el momento introspectivo que les permite ver con claridad su propia cotidianeidad, son una manera de responder a las estigmatizaciones pero también les permiten resignificar su pasado, su situación presente y su futuro. Conceptos como el amor y el respeto hacia sus padres, la felicidad de compartir momentos con su familia, la dignificación del trabajo y la importancia del hogar en la infancia, son trasladados a una situación futura e incierta. Así la respuesta al “ser personas en la calle” se da a través de la moralidad y los valores inculcados en el seno hogareño conjugando, en menor medida, la experiencia adquirida con la vida en la calle. La forma en que ellos manifiestan y se posicionan en el *hoy* en continuas revisiones hacia el pasado rescatando valores y experiencias, les permite realizar una resignificación de lo que para ellos representa la noción espacial del *estar aquí*. No se construyen a sí mismos a través de un *aquí y ahora*, sino a través de un continuo movimiento en *tiempos y lugares* pasados cargados de seguridad, estabilidad y contención.

En este marco es donde el servicio de duchas adquiere mayor importancia, ya que aquí el *presente* se hace más patente y donde las personas sin hogar obtienen el reconocimiento y la privacidad que, en muchas ocasiones, no logran en los *circuitos cotidianos*. El acceso a un servicio que brindan las *redes institucionales* permite la confluencia y la conjugación del tiempo y del espacio social y del tiempo y el espacio individual, de lo universal (sociedad) y lo particular (sujeto) que

ocurre una vez a la semana y solo por quince minutos.

Consideraciones finales

Los cambios en el rol del Estado a partir de la década de 1990, en la Argentina, sometió a vastos sectores de la población a mayores niveles de desigualdad y de exclusión social. En este contexto, el espacio urbano ha sufrido transformaciones profundas haciendo necesario el surgimiento de estudios renovados que ponderen no solo las variaciones en la composición social urbana, sino también la forma en que los distintos sectores de la población se conforman en el ámbito de las ciudades.

En el transcurso de este artículo se ha señalado que la *utilización* y la *apropiación* del *espacio público* por parte de las personas sin hogar se relacionan más con la posibilidad de crear vínculos y de acceder a las redes transitorias de asistencia que con su ubicación física propiamente dicha. Asimismo, el empleo de *tácticas* les permite no solo resistir y sobrellevar la situación actual, sino que también les brinda la posibilidad de superar el estigma y la victimización de sus personas. En este sentido, el espacio urbano no es una simple demarcación geográfica, sino que es entendido como poseedor de significado donde las relaciones sociales se producen y se reproducen. Si se defiende la idea de que el *uso* que se le da al espacio supera las conceptualizaciones de las fuerzas económicas y estructurales que lo conforman, entonces se comprenderá que el espacio público para las personas sin hogar no es solo el lugar donde pueden *sobrevivir*. Por el contrario, la utilización y apropiación del espacio público y la vida en la calle, moldean el transcurrir diario, la subjetividad y las formas de sociabilidad de las personas sin hogar. Los sujetos en todo momento resignifican *tiempo* y *espacio individual*, separan el *aquí* y el *ahora* de las orientaciones retrospectivas y prospectivas, ordenan y construyen el futuro sobre la base de experiencias pasadas por medio de la memoria y del proyecto.

No cabe duda que encontrarse con la necesidad de constituir su cotidianeidad enteramente en la calle produce un gran impacto en la subjetividad de las personas. La pérdida del hogar conlleva cambios profundos en la

trayectoria biográfica de los sujetos y no solo deben realizar un gran esfuerzo para preservar un sentido de pertenencia y de autoestima, sino que también deben luchar continuamente contra los prejuicios y la discriminación. Las personas sin hogar son —y cada vez más— posicionadas en situaciones inestables que les niega no solo el acceso a vivir en la ciudad de forma digna, sino también el derecho a la diferencia, a la elección de vínculos y a la intimidad. Es necesario superar las representaciones sociales que se han generado alrededor de las personas sin hogar, percibiéndolas como enfermas, peligrosas y culpables de su situación. Para ello será necesario desarrollar más estudios que den cuenta del proceso de construcción del espacio público en un contexto urbano, prestando especial atención al comportamiento en las calles, así como los múltiples y singulares actos de resistencia llevados a cabo por las personas sin hogar y su dedicación a confrontar y a transformar los lugares que ocupan y la capacidad de proyectar y de transformar de los sujetos.

Bibliografía

- ALTHABE, G. (2005). “Final del juego ‘la solidaridad’: de ahora en más ‘globalización, caridad y finanzas’”. En HERNÁNDEZ, V.; HIDALGO, C. y STAGNARO, A. (comps). *Etnografías Globalizadas*. Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.
- CALCAGNO, L. (1999). *Los que duermen en la calle. Un abordaje de la indigencia extrema en la ciudad de Buenos Aires*. Centro de documentación en políticas sociales 19. Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- HIDALGO DATTWYLER, R. (2007). “¿Se acabó el suelo en la gran ciudad? Las nuevas periferias metropolitanas de la vivienda social en Santiago de Chile. En *Revista Eure*, 98: 57-35, Santiago de Chile.
- KAWASH, S. (1998). “The Homeless body”. En *Public Culture* 10: 319-339.
- MALANCA, P. (coord.) (2003). *Personas sin techo. Algunas consideraciones psicológicas preliminares en el abordaje de trabajo de calle*. Centro de Documentación en Políticas Sociales 28. Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Buenos Aires.

O'SULLIVAN, E. (2008). "Pathways through Homelessness: Theoretical Constructions and Policy Implications". En DOHERTY, J. y EDGAR, B. (ed.) *In my Caravan, I feel like Superman. Essays in honour of Henk Meert 1963-2006*. FEANTSA y Centre for Housing Research, Scotland.

PALLERES, G. (2004). *Conjugando el Presente. Personas sin hogar en la Ciudad de Buenos Aires*. Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.

PALLERES, G. (2009). "Parador Nocturno Retiro. Análisis del Programa de Paradores Nocturnos del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires para personas sin hogar". Tesina de Especialidad en Gestión de Proyectos Sociales. Universidad Nacional de Cuyo. Mendoza.

ROBERTS, B. (2007). "La estructura de la Pobreza". En SARAVÍ, G. (ed.). *De la pobreza a la exclusión social. Continuidades y rupturas de la cuestión social en América Latina*. Prometeo, Buenos Aires.

SNOW, D. y ANDERSON, L. (1993). *Down on their luck: A study of homeless street people*. University of California Press, Berkeley.

SNOW, D. y MULCAHY, M. (2001). Space, Politics, and the Survival Strategies of the Homeless. En *American Behavioral Scientist*, 45: 49-169.

SVAMPA, M. (2005). *La Sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del Neoliberalismo*. Tauro, Buenos Aires.

VELÁSQUEZ, F. (ed.) (2007). *Conversaciones sobre el derecho a la ciudad*. Fedevivienda, Bogotá.

Vivencias y significados: percepciones de personas en situación de calle sobre sus diferentes momentos vitales

Experiences and meanings: perceptions of street-people on different moments in their lives

Paula C. Rosa¹

Aceptación: 14 noviembre 2009

Aprobación: 5 mayo 2010

RESUMEN

En la actualidad en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires miles de personas viven en plazas, veredas, calles, hogares de tránsito y paradores nocturnos. Conocer cómo viven, qué hacen durante el día, cómo llegaron a estar en esta situación y cuáles son sus expectativas futuras, es el objetivo del presente artículo. Este se centrará en las percepciones y vivencias de personas en situación de calle en torno a tres ejes de análisis: su realidad pasada, presente y futura. Estas interpretaciones fueron obtenidas a partir del trabajo en grupos focales. Los participantes de dichos grupos eran personas que pasaban sus noches en hogares de tránsito y paradores nocturnos del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

Palabras clave: *Personas en situación de calle, percepciones pasadas, presentes y futuras, grupos focales.*

ABSTRACT

At present in the Autonomous City of Buenos Aires thousands of persons live in squares, paths, streets and shelters. To know how they live, what they do during the day, how they got to be in this situation and which are their future expectations it is the aim of the present article. The article will centre on the perceptions and experience of homeless people around three axes of analysis: their past, present and future reality. These interpretations were obtained from the work in focal groups. The participants of the above mentioned groups were persons who were passing their nights in shelters of the Government of the City of Buenos Aires.

Key words: *Street people, past, present and future perceptions, focal groups.*

¹ Licenciada en Sociología, Doctoranda en Ciencias Sociales, Becaria doctoral de CONICET, Docente de Metodología de la Investigación Social, Facultad de Ciencias Sociales UBA (Universidad de Buenos Aires). paula_rosa00@yahoo.com.ar

Introducción

El presente artículo se propone abordar la problemática de las personas en situación de calle a partir de la voz de sus protagonistas, es decir, hombres y mujeres de diferentes edades y trayectorias sociales que pasan o pasaron sus noches en las calles, veredas, plazas, hogares de tránsito y paradores nocturnos de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

A partir del trabajo realizado en grupos focales con personas en situación de calle fue posible adentrarse en las vivencias e interpretaciones que tienen estas personas sobre su realidad pasada, presente y futura. Se buscó conocer, a partir del intercambio grupal, sus experiencias, sus estrategias, sus angustias, sus demandas, sus inquietudes y sus expectativas.

El artículo se desarrollará en función de tres ejes de análisis: la *situación pasada* de las personas que hoy se encuentran en situación de calle y que pasan sus noches en hogares de tránsito y paradores nocturnos del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires; la *realidad presente*: su vida cotidiana; y, por último, las propuestas y deseos para *el futuro*. Estos ejes se analizaron en función de los relatos individuales de los participantes y las interacciones grupales que se generaron al interior de los distintos grupos focales².

Metodología: Grupos focales

La investigación cualitativa “se apoya sobre la idea de la unidad de la realidad, de ahí que sea holística, y en la fidelidad a la perspectiva de los actores involucrados” (Sautu, 2003). En este sentido, el enfoque fue seleccionado porque permite comprender los significados e interpretaciones que las personas que duermen en hogares y paradores del GCBA poseen de sus vivencias, “las metodologías cualitativas son apropiadas cuando el investigador se propone investigar la construcción social de significados, las perspectivas de los actores sociales, los condicionantes de la vida cotidiana o brindar una descripción detallada de la realidad” (Denzin y Lincoln, 1994).

Se consideró al grupo focal como el método cualitativo más adecuado para promover la comunicación e intercambio de experiencias con personas en situación de calle porque permite conocer cómo las personas y los grupos interpretan las vivencias por las cuales han pasado. Admite un acercamiento a la interpretación que las mismas tienen de la “realidad social” intersubjetiva. Está diseñado para dar cuenta de la manera en que los sujetos y los grupos construyen y dan sentido a los acontecimientos y circunstancias en que viven, haciendo aflorar las categorías e interpretaciones que se generan en los marcos intersubjetivos de la interacción social, por medio de procesos comunicativos y lingüísticos” (Alonso, 1998). Mediante el trabajo con grupos focales se obtienen datos, “producidos” por la interacción, sobre los conocimientos, las representaciones, las actitudes y las visiones del mundo de los participantes del mismo, “muchas veces a lo largo de este proceso de interacción grupal se amplían las opiniones, se especifican e incluso hasta se modifican, como resultado del intercambio” (Sautu, 2007).

Características de los participantes:

La convocatoria al taller fue abierta y voluntaria, es decir, que quien quería participar podía hacerlo. La invitación se hizo a los residentes de los hogares de tránsito y de paradores nocturnos que pertenecen al Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Por lo cual el perfil de los participantes fue heterogéneo. Con esto hacemos referencia a que fueron hombres, mujeres y hasta niños/as (acompañados por sus madres) de diferentes edades, trayectorias sociales y lugares de nacimiento. Participaron mujeres solas jóvenes, adultas y adultas mayores y mujeres adultas con bebés y niños/as en edad escolar. Al igual que las mujeres, los hombres que participaron fueron jóvenes adultos y adultos. En su mayoría los participantes, tanto hombres como mujeres, eran oriundos de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y del Gran Buenos Aires; igualmente, hubo casos de participantes nacidos en alguna provincia de la República Argentina. Cabe aclarar que todos los participantes, en el momento de realizarse el taller, pasaban

² Los grupos focales se llevaron a cabo en un taller participativo denominado “Dejar hablar y escuchar a las voces de los sin techo”. El taller se efectuó en el marco del proyecto de investigación “Apoyo integral a los Sin Techo de la Ciudad de Buenos Aires. Ampliando el campo de lo posible” del Centro de Estudios Urbanos y Regionales CEUR/CONICET (2007-2009).

sus noches en hogares de tránsito y paradores nocturnos. La cantidad total de participantes fue de 29 personas y fueron organizados en pequeños grupos heterogéneos en cuanto lugar de procedencia, es decir, hogar o parador. En total funcionaron tres grupos focales (contando cada uno entre 8 y 12 integrantes), cada grupo contó con un coordinador/moderador.

El inicio de la situación de calle: *un antes y un después*

A partir del relato de los participantes reconstruimos los motivos que los llevaron a vivir en la calle. Los puntos de inflexión en sus trayectorias de vida fueron agrupados en cuatro ejes de análisis. El primer eje fue denominado “problemas económicos”, el segundo “problemas habitacionales”, el tercero “problemas familiares” y el cuarto los “problemas emocionales”. El armado de estos ejes permitió una profundización en el análisis de las causas que los condujeron a su situación actual.

Varios de los participantes interpretaron que llegaron a estar en esta situación de vulnerabilidad a raíz de los “problemas económicos”. Entre estos podemos mencionar los generados por la pérdida del empleo. Varios de los participantes quedaron desocupados y no pudieron volver a conseguir trabajo. En otros casos, sufrieron accidentes laborales que les produjeron algún tipo de lesión física y, por ello, no pudieron volver a trabajar o a conseguir un nuevo empleo. Muchos de los participantes trabajaban en “negro”, por lo cual no percibían ningún beneficio social; la precariedad laboral en la que trabajaban no les permitió ausentarse del trabajo para recuperarse o percibir indemnizaciones por despido o por accidentes laborales. Así nos decía Ernesto:

“[...] estuve laburando bien en la construcción, soy albañil y... después se terminó el laburo, finalización de obra, enganché en los chinos, ahí laburé 6 meses, me accidenté, [...] me resbalé, me di la boca contra la bacha y el chino no me quiso pagar, me tenía en negro [...]”.

En relación a los problemas económicos se hallan los asociados a la denominada “crisis

del 2001”. Varios de los participantes aducen que sus problemas económicos comenzaron con el advenimiento de esta crisis política, social y económica que atravesó la Argentina a principios del siglo XXI. Consideran que la crisis fue la causa de varios de sus problemas de índole económica, así nos decía Juan: “Un tema que se planteó fue los problemas económicos del país y en lo personal, falta de dinero, falta de empleo sobre todo a partir de la crisis [...]”. A causa de la falta de empleo, algunos no pudieron continuar pagando el alquiler de sus viviendas o de un cuarto de hotel o pensión, esta es la razón por la cual la pérdida de ingresos se vincula directamente con la pérdida del lugar en donde vivir. Por lo tanto, entre los motivos mencionados por los participantes encontramos los “problemas habitacionales”, es decir, la pérdida de un lugar en donde vivir, sea alquilado o bien la vivienda propia que por diferentes razones debe ser abandonada.

Otro de los motivos considerados como promotores del inicio de la vida en calle son los denominados “problemas familiares”, es decir, tensiones y dificultades con los vínculos más cercanos. En muchos casos las peleas o el maltrato recibido por algún miembro de la familia los impulsó a irse del hogar. Asimismo, la separación de su pareja o la muerte de un familiar cercano fueron otras de las causas detectadas como el puntapié inicial para la vida en la calle. Una de las cuestiones que se vincula con los problemas familiares, es lo que algunos participantes enunciaron como vergüenza, muchos se sienten de este modo por lo cual no quieren acercarse a amigos y familiares para “pedir ayuda”, en muchos casos estos desconocen su situación actual.

Es posible afirmar que se llega a vivir en situación de calle por la combinación de varios de los motivos mencionados; los “problemas” se van produciendo como en cascada, uno desencadena en el otro; por ejemplo, un participante nos decía: “[...] una muerte, la de su esposa, pérdidas familiares y un accidente serio que le impide caminar normalmente”. El último motivo mencionado fue el denominado: “problemas emocionales”. Estos se generan a partir de la dificultad para afrontar ciertas situaciones dolorosas como la muerte de un familiar cercano. También la pérdida de

un empleo y la dificultad de hallar otro a corto plazo fueron identificadas como causas de crisis de índole emocional Francisco describe su situación como un desencadenamiento de crisis: “crisis económica y después vino la espiritual”. Asimismo, Pablo nos decía: “[...] me quedé sin trabajo, yo hacía gas, plomería; por un hecho de la vida empecé a no querer hacer nada... después me quedé sin familia y eso me llevó a quedarme sin casa [...]”.

A los problemas emocionales sumamos los relacionados con las adicciones al alcohol, a las drogas o al juego. Varios de los participantes mencionaron como desencadenante de su situación actual el problema con las adicciones. Este es el caso de Pedro, quien nos decía:

“[...] lo mío es lo más estúpido que hay, porque yo vengo de una familia muy buena, tiene, tenemos en Córdoba, Mar de Ajó en la Costa. Lo que pasa que yo me junté con un grupo de chicos que son adictos, no fumo paco, no tengo el virus...inhalo cocaína desde que tengo 15 años, fui a un centro de recuperación hace 19 años, recaí [...] no me pude levantar y no tengo el apoyo de mi familia...mi familia me abandonó, me dejó en la calle”.

Percepciones sobre su vida en el pasado

Existen similitudes entre los participantes con respecto a los motivos que los llevaron a estar en situación de calle. Sin embargo, aparecieron diferencias entre ellos/as a la hora de recordar *cómo fue su pasado*. Así nos contaba Luis las conclusiones a las cuales habían arribado:

“[...] yo conté que había tenido una vida de cierta manera fácil en el sentido de no tener privaciones o hambre, de una familia constituida, matrimonio, hijos, hijo único, departamento en Caballito, familia de profesionales, médico, abogado, [...] puse la televisión y una mesa donde hay un plato de comida... después mis otros compañeros, bueno distintos pasados [...]”.

En términos generales se podría decir que el trabajo en los grupos posibilitó distinguir entre quienes recuerdan un pasado “fe-

liz” y quienes recuerdan un pasado “triste”. Si bien se considera que las dicotomías como feliz-triste, bueno-malo, no son las correctas para ilustrar la diversidad y profundidad de las historias de vida, en esta experiencia fueron las que surgieron durante el intercambio de experiencias, es decir, que fue esta dicotomía la que les permitió rememorar su vida pasada. Es así que el pasado denominado como “feliz” fue asociado con una casa, con comida, con la familia, con poseer bienes materiales, con dormir en una cama, con sonrisas, con mascotas, etc. Recuerdan un pasado lleno de felicidad y comodidades. Muchos desean “volver” a ese pasado de felicidad, se podría decir que añoran ese pasado. Otros participantes recuerdan un pasado “triste”, es decir, un pasado atravesado por muertes de seres queridos, enfermedades, rupturas familiares, pérdida del empleo, “malas decisiones”, etc. En este sentido, varios consideran que su pasado fue la antesala de su realidad actual; aducen que las decisiones tomadas en el pasado fueron las que los condujeron a esta situación. Un participante nos decía que las causas que lo llevaron a vivir en situación de calle fueron: “no poder prever los incomodidades futuras, incapacidad para prever situaciones complicadas también, eh...y el fracaso de los emprendimientos personales [...]”. Otro de los participantes nos decía: “[...] creo que indudablemente cometí errores, hubo muchas cosas que no hice, dejé de hacer y ahora cuando estoy casi cumpliendo 50”.

Cabe señalar que a los participantes no les resultó fácil *recordar*, es decir, que fue complejo poder ahondar en su pasado, siendo este anhelado o rechazado. Las historias de vida de los participantes están marcadas por malas experiencias, rupturas, separaciones, pérdida de seres queridos, “malas decisiones”, etc. Es por esto que se considera que este apartado rescata lo mejor posible, aunque escasamente, “lo que no se quiere hablar” o, mejor dicho, recordar.

Su realidad presente

A partir del relato de los participantes y del intercambio grupal podemos señalar que al pensar en su presente, sus valoraciones hicieron especial hincapié en las problemáticas que deben enfrentar día a día. Los participan-

tes identificaron que una de las principales problemáticas con las cuales tienen que lidiar es la “cuestión laboral”. Para muchos conseguir trabajo es una tarea muy difícil, consideran que el camino hacia un empleo presenta varios obstáculos. Entre estos identificaron: la falta de títulos que los habiliten, su edad avanzada, la falta de higiene corporal y/o de ropa apropiada, de un número telefónico en donde los puedan localizar y/o la falta de un domicilio fijo. Según ellos, estas cuestiones dificultan la búsqueda o la obtención de un empleo. Pedro, uno de los participantes, describe cómo las dificultades cotidianas complican su búsqueda de trabajo: “[...] uno no tiene una máquina de afeitar ¡vos no tenés con qué! Si no tenés trabajo ¿cómo haces? Te pones feo, te empezás a poner barbudo, la ropa sucia, no tenés para cambiarte de ropa, ¿quién te va a dar trabajo?”.

Las personas entran en un círculo del cual es difícil salir, pues la falta de dinero les impide trasladarse a grandes distancias para aplicar a un empleo, comprar los clasificados y/o elementos para higienizarse o tener un teléfono móvil a donde se los pueda localizar. Juan nos decía con respecto a las llamadas: “El parador es parador, permite hacer una llamada y hay que preguntar si podemos recibir llamadas, no quieren... claro...”. Varios participantes nos han comentado que no pueden dar el número del parador o del hogar para que los localicen futuros empleadores. Otro de los obstáculos en la ardua búsqueda de trabajo se vincula con la falta de una dirección de referencia. Las personas no pueden dar como dirección de referencia para un trabajo la del parador u hogar. Asimismo, la falta de un domicilio impide, por ejemplo, tener una caja de ahorro. Marta, con su testimonio, agrega otra de las dificultades que genera no tener un domicilio para declarar a la hora de buscar un empleo: “Ahora yo trabajo, me van a pagar en efectivo... No quiero tener toda la plata, llevar la mochila con plata, con todo... quiero abrir una caja de ahorro, abrir una caja de ahorro, necesito un servicio a mi nombre y ¡no lo tengo!, según el banco que sea... No la puedo abrir porque no tengo un domicilio [...]”.

En relación al tema del domicilio se observa una paradoja porque, por un lado, al no

poder dar la dirección del parador o del hogar se les dificulta, entre otras cosas, obtener un empleo, pero, al mismo tiempo, el hecho de mencionar que viven en estos establecimientos los conduce a otro de los obstáculos que detectan los participantes, en muchos casos no han conseguido trabajo porque “viven en un hogar”, así nos comentaba José: “Un muchacho [...] me dijo: “mire señor, no lo tome a mal pero haga lo siguiente: usted nunca diga cuando va a buscar un trabajo que está en un hogar porque las empresas y las casas tienen un concepto malísimo: que todos son genes de mala vida, de la calle, ladrones, asesinos, los que mandan del Borda caen en ese lugar... Entonces haga una cosa, si tiene un teléfono particular dé un teléfono particular [...]”.

Como podemos observar, el lugar en donde están viviendo les dificulta la obtención de un empleo, se podría decir que esto sucede porque quedan “pegados” a la imagen que se tiene de estos lugares y de las personas que allí viven; son lugares estrechamente asociados con la degradación social. Se tiene la concepción que estos lugares están signados por la violencia y la delincuencia, es un “espacio estigmatizado, asociado en el imaginario social con la violencia, los delitos y la anomia” (Segura, 2006), es por esto que son lugares con una imagen pública negativa. Esta imagen con la cual son asociados obstaculiza la búsqueda laboral de las personas que viven allí y contribuye a afianzar la falta de empleo entre los concurrentes porque son foco de la desconfianza y reticencia por parte de los empleadores cuando mencionan su domicilio, son blanco de “una sospecha automática de desviación [...]” (Wacquant 2007). En este sentido, Eduardo decía: “[...] desgraciadamente llevamos ese karma... es decir, nosotros en forma legal tratamos de buscar trabajo y no podemos nombrar el parador, porque es mala palabra”. Se podría decir que son lugares estigmatizados que estigmatizan a quienes viven allí. Asimismo, los paradores y hogares, salvo algunos casos, se encuentran ubicados en zonas alejadas del centro de la Ciudad. Los espacios relegados en los cuales se ubican la mayoría de los establecimientos contribuyen a afianzar la concepción que se tiene de estos sitios y de las personas que allí pasan la noche. En este sentido, Nahuel nos decía: “[...] vos pensá nada más en donde están los para-

dores, el de Retiro está en la loma del orto, en donde pasan camiones y hay una villa, el de Bepo Ghezzi también, son como lugares estratégicos a donde los ponen, en donde no pasa nadie y nadie vea nada”.

Varios de los participantes mencionaron que se sienten discriminados y, en muchos casos, que se les teme. La mirada de los otros porta un juicio de valor negativo sobre su existencia. Las personas con las cuales ellos interaccionan les tienen desconfianza y hasta temor porque vivieron en la calle y/o porque viven en hogares o paradores. Las personas en situación de calle son portadoras de un estigma, tienen una marca; así nos decía Pedro: “La gente que no tiene donde vivir ¡no es nada! ¡No sirve para nada! Porque te dejan de lado, te dejan de lado, te corren”. En este sentido Alberto nos decía: “[...] a veces la gente es ignorante, tratan mal a la gente que está sin techo... yo creo que hay que comprender, es una persona que necesita mucha ayuda, nada más que eso”.

Otra de las cuestiones mencionadas como problemáticas en cuanto a la búsqueda laboral se vincula con lo que podríamos denominar la capacitación o la falta de ella. Ellos/as plantearon que necesitan estar capacitados, muchos sienten que sus conocimientos no son los suficientes como para conseguir un empleo en la actualidad. Es por esta razón que consideran que necesitan tener un título que “evidencie” sus conocimientos y habilidades. Así nos decía Marcelo: “[...] tenés que presentar el título... tu conocimiento... no te dan una pala: “agarrá una pala”, no, no, te dicen: ‘¿a ver el título?’. En relación a la capacitación, José decía: “Si vos querés algo, capacitálo para algo así, la gente necesita un sueldo para vivir, así se paga su pieza y en ese cuadradito realiza toda su vida”. Como pode-

mos observar se asocia la capacitación con la posibilidad de conseguir un empleo y así dejar de vivir en un parador/hogar y comenzar una “vida”, tal vez, en una pieza de hotel.

Los participantes propusieron realizar talleres de computación o de restauración de muebles o edificios. Otros contaron cómo fue su experiencia en talleres de capacitación de restauración de edificios antiguos o de fabricación de instrumentos. Así nos decía Luis: “Estoy aprendiendo un oficio, aprendiendo a hacer instrumentos, estoy en una cooperativa que se llama ‘Arte sin techo’ en Almagro, en donde se pretende dar algún tipo de inserción laboral”. También, Alberto contó su experiencia y en su relato invita a otras personas a participar de los talleres de capacitación: “Voy a un taller, es algo que me gusta, voy a seguir adelante porque no tengo trabajo porque soy epiléptico... yo quiero decirle a la gente que no tiene lugar a donde ir que, o sea que no tiene lugar, que se acerque, yo estoy en la calle y gracias a esto estoy sobreviviendo y estoy bien [...]”.

Horacio contaba: “En la Manzana de las Luces hay dos muchachos que comenzaron con un taller, ellos hacen guitarras, charangos, con la madera, y luego colocaron un puesto en la Boca y ahí venden los productos”. En repetidas oportunidades surgió este tipo de relatos, es decir, relatos de situaciones que cambiaron gracias al hecho de haber aprendido un oficio.

La vida cotidiana en paradores y hogares³

Como se comentó anteriormente, los participantes de los grupos focales pasaban sus noches en paradores del GCBA. Una particularidad de estos establecimientos son los horarios muy estrictos de salida, es decir, una

³ En la Ciudad Autónoma de Buenos Aires existen diferentes programas destinados a atender a esta población. El GBCA posee sus propios hogares de tránsito y paradores nocturnos. Asimismo, subsidia establecimientos pertenecientes a organizaciones religiosas y de la sociedad civil que se ocupan de las personas en situación de calle. Entre los que pertenecen a dicho Gobierno, hay hogares/paradores para mujeres solas y mujeres con niños y para hombres solos. El GCBA posee:

- Tres hogares de tránsito, uno para mujeres solas o con niños y dos para hombres solos. Los hogares ofrecen un lugar para dormir por un periodo de tiempo, alimentos, asistencia psicosocial y médica. Las personas que allí asisten conviven en el hogar debiendo compartir comidas, habitaciones, baños y tareas de limpieza.
- Tres paradores nocturnos, dos para hombres solos y uno para mujeres solas o con niños. La mecánica del parador difiere del hogar de tránsito principalmente en el hecho que las personas solo pernoctan en el lugar, es decir, al otro día, una vez pasada la noche, deben retirarse. Allí reciben servicios de alimentos y de higiene como también derivaciones a hogares o consultas médicas dependiendo del caso. Si es la primera vez que asisten, tienen una entrevista con un profesional del establecimiento.

vez terminado el desayuno deben retirarse del establecimiento. Solo pueden regresar por la tarde (alrededor de las seis de la tarde dependiendo de la estación del año), Marta comenta cuál es su situación en relación a los horarios de los paradores:

“Además otro problema de 6.30 a 9 es un tiempo que lo tenés perdido, porque para buscar trabajo las empresas abren a las 9, 10 de la mañana y hasta las 12 buscás, después no tenés a donde ir, si no llueve, perfecto, caminás, vas a una plaza, mirás vidrieras, pero si llueve no tenés lugar a donde ir, en un bar si no pagás no podes estar...[...] o sea bajo el techo conseguís un toldito hasta que pase el agua...no tenés un lugar...bueno se nos acabó lo que tenemos que hacer ¿y? [...]”.

El testimonio de Marta pone en evidencia las dificultades que tienen durante el día si no poseen un lugar en donde estar o alguna actividad para hacer hasta el horario de regreso al parador. Otros de los participantes cuestionaron los horarios en función de sus actividades durante el día, por ejemplo, el horario de ingreso es vivido como “poco conveniente”, porque si consiguen un trabajo es posible que no puedan llegar al horario estipulado de ingreso y, por este motivo, pierdan la vacante para dormir en el establecimiento (las vacantes de los paradores se otorgan por orden de llegada, deben realizar una fila en la puerta del establecimiento hasta el horario de ingreso). Esta situación genera una gran dificultad: si consiguen un empleo que posee un horario de salida posterior al del ingreso al establecimiento, es posible que se queden sin vacante para pasar la noche y deban dormir en la calle. En este sentido Marta nos decía: “Yo conseguí un trabajo que franqueo... pero no tengo a donde ir cuando salgo ¿cuánto voy a durar así? [...] les pedí que me dejen cenar y ahí descanso un ratito... me doy una ducha y ya me voy... pero ¿cuánto tiempo?, tengo 50 años, ya no soy una pendeja... el otro día me dormí en el subte... me pasé de Congreso, eran las 6.30 y hacía 24 horas que estaba sin dormir [...]”.

Como se puede observar en varios casos el planteo de los participantes se vincula con la necesidad de flexibilizar el horario para el ingreso y egreso en función de las actividades

que realizan o en función de la época del año, el clima o la edad de la persona. Francisco comentaba: “Lo único que hay es una orden que los tipos dicen: “salgan a la calle”... “pero está nevando”, “no importa, tienen que salir igual [...]”.

Una de las cuestiones planteadas por los participantes con respecto a sus vivencias en la actualidad se vincula con la convivencia en un mismo lugar con diferentes personas y distintos modos de vivir. Una de los asuntos que los preocupa en la convivencia son los robos. Así nos decía Francisco: “[...] te roban cosas, los colgás para que se sequen y cuando volvés ya no está [...]”. Otras de las cuestiones que mencionaron como una dificultad en estos lugares son las “filas”. Según ellos asistir a un hogar o parador está mediado por el “hacer fila”: hacen fila para entrar, para comer, para bañarse y para adquirir la toalla, los elementos de higiene o la comida; uno de los participantes nos decía: “Filas para todo, fila para esto, fila para lo otro”. Muchos de los participantes, haciendo referencia a su estadía en hogares y paradores, hicieron un cuestionamiento a los coordinadores o al personal encargado de la organización de estos lugares. Varios de los participantes comentaron que recibieron “malos tratos” por parte de las personas que trabajan allí, Nahuel nos cuenta su experiencia: “Yo ahí no abro la boca ni en pedo, porque no entro más...como un tipo que es un profesional, un psiquiatra, fui, le dije que me agarré piojos, y me dijo: ‘sacátelos con los dedos’. En muchos casos el trato que reciben no es el mejor y, además, consideran que es generalizado. Ariel relata su experiencia: “Encima que vas ahí, te sentís muy mal... yo en Retiro me enfermé con sarna... ¡yo no me agarré sarna en mi vida!... iba a estar peor que estar en la calle... no es que me queje de ellos...pero que ellos nos den una mano, yo sé que trabajan así porque les habrán hecho millones de cosas...pero todos no somos así [...]”.

En este último testimonio podemos observar que Ariel reclama mayor atención por parte de las personas que trabajan en los establecimientos. También Nahuel nos decía: “[...] no me preguntan nada, no me ayudan nada [...]”. Muchos reclamaron mayor contención y seguimiento por parte de los profesionales y el

personal. En todos los relatos se evidencia la necesidad de un otro, de un otro comprensivo que se interese, que los acompañe, que los mire y que los escuche. Se podría pensar que cuando reclaman por contención y seguimiento están reclamando por una motivación, por un estímulo que les permita seguir adelante.

Más allá de las críticas realizadas a la organización de los establecimientos y al personal que allí trabaja, varios de los participantes rescataron los aspectos positivos de los hogares y paradores, y establecieron que existen diferencias en cuanto al trato y la atención entre los distintos lugares. Así nos decía Rubén: “Yo donde estoy son amables, las sábanas limpias, lo limpian todos los días, te dan shampoo, te dan jabón [...] podés pedir papel higiénico, la comida es buena, uno da las gracias que tiene donde pasar la noche y todo eso... uno agradece”. También Marta nos dio su opinión: “[...] yo gracias al parador [...] estoy viva... yo no sé qué hubiera hecho [...]”.

Como se puede observar no todas las experiencias son iguales y también podríamos decir que no todos los establecimientos que trabajan con personas en situación de calle se manejan del mismo modo. Sin embargo, consideramos esencial “escuchar” las demandas y necesidades que las personas exponen, como también tener en cuenta que su realidad presente, su vida cotidiana, está atravesada por obstáculos, incertidumbre, estigmatización, maltrato, precariedad y rechazo.

Percepciones futuras: la “salida”

Varios de los participantes al reflexionar sobre cómo se ven en el futuro, hicieron mención del verbo salir. Así nos decía Enrique: “Afortunadamente creo que estoy muy cerca de la salida voy a dejar esta situación”. Del relato de los entrevistados se deja entrever la existencia de una frontera que divide entre el “salir” y el “entrar”, el “estar afuera” y el “estar adentro”. Es decir, que de esta situación en la cual se encuentran se puede “salir” o, por lo menos, se puede intentar “buscar una salida”. Este es el caso de Máximo quien nos decía: “Hay que salir a buscarlos, hay que salir a la batalla, hay que salir y buscar... si se trata de dinero y bueno... buscar un trabajo [...]”. En este testimonio podemos observar

una alusión al movimiento: “hay que salir a buscarlos”. Otros relatos hacen referencia a la idea de “estar caminando, haciendo referencia a un camino que hay que recorrer. En este sentido Luis nos decía: “Me veo caminando en un sendero hacia un lugar, espero encontrar algún tipo de solución”.

La frontera divide en dos ámbitos: uno es representado como un “adentro”, es el Sistema de Atención Inmediata, y el otro es el “afuera”, al cual se “sale” haciendo un esfuerzo, es decir, hay que “salir a la batalla”. Otro de los participantes también hacía alusión al esfuerzo, para él es necesaria una “lucha” para poder “salir”, así nos decía Eduardo: “La lucha digamos... que deberíamos tener [...] es lograr una base, una organización, organizarse para salir”. A partir de los testimonios podemos conocer que perciben que es necesario atravesar esta frontera para poder “salir”, así nos relataba Ariel: “La idea es poder salir de este sistema, eh... estoy muy bien, pero quiero salir, poder trabajar, salir de acá y poder ver las cosas de un poquito más arriba”. Varios consideran que uno de los “pasaportes de salida” es la capacitación laboral para conseguir un empleo o, bien, la obtención de un trabajo con un ingreso que les permita subsistir. Como vemos, las expectativas futuras de los participantes se vinculan con la “salida”, quieren conseguir un empleo, una vivienda, una familia, una pareja, etc. Esteban aporta con su esperanza: “[...] yo creo, creer que podemos tener un futuro mejor”. Si bien este apartado resulta escueto en extensión, se lo considera significativo en términos de la temática analizada. Generalmente, se hace hincapié en las cuestiones problemáticas que deben enfrentar día a día, las causas de su ingreso en la calle, el desempleo, las adicciones, etc, pero no se reflexiona sobre sus expectativas futuras o como ellos y ellas lo llaman: la “salida”. Es central recalcar, y así lo cristaliza este apartado, que muchos perciben que es posible trascender su situación actual.

Reflexiones finales

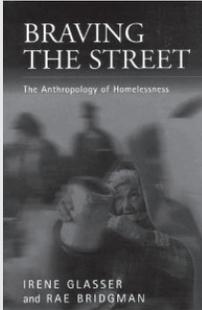
El trabajo en los grupos focales fue una experiencia enriquecedora que permitió acercarse a las vivencias y significados de las personas en situación de calle en relación a los motivos que los llevaron a vivir en esta situación: un antes y un después; a conocer cómo

es su vida cotidiana en paradores nocturnos y hogares de tránsito y, por último, a reflexionar sobre sus expectativas futuras y la tan esperada “salida”. Adentrarnos en profundidad en sus interpretaciones permitió conocer cuáles son sus necesidades, cómo interpretan su situación de vulnerabilidad, cuáles son las causas y las consecuencias de la vida en calle, etc. Estas interpretaciones fueron construidas a partir del diálogo en conjunto entre todos los participantes; esto deja entrever que, en muchos casos, las vivencias son compartidas y que es posible plantear soluciones conjuntas. Conocer sus percepciones conduce a plantear soluciones afectivas acordes con sus necesidades pero a la vez permite acceder a un tipo de información que es esencial para observar los efectos de las políticas sociales y detectar los puntos que deben ser reforzados y/o ampliados.

Estas experiencias llevan a un conocimiento profundo de determinados fenómenos sociales de notoria vigencia en la coyuntura argentina y enriquecen el propio trabajo de investigación, a partir de “escuchar” a los protagonistas.

Referencias

- ALONSO, L. E. (1998), *La mirada cualitativa en sociología. Una aproximación interpretativa*, Madrid, Fundamentos.
- DENZIN, N. y LINCOLN, Y. (1994), *Handbook of Qualitative Research*, Londres, Sage Publications.
- DIRECCIÓN GENERAL DE ESTADÍSTICA Y CENSOS/ Ministerio de Hacienda. SEC informa: Sistema Estadístico de la Ciudad, boletín mensual, junio 2007.
- ROSA, P. y GARCÍA, A. (2009), Exclusión: dilemas de una noción aplicada a situaciones de desigualdad social. En: *Revista Margen de Trabajo Social y Ciencias Sociales*, número 54, julio 2009.
- ROSA, P. (2009), Las prácticas de encierro hoy. Reflexiones de la mano de Michel Foucault sobre los programas destinados a personas en situación de calle. *Revista Afuera - Estudios de Crítica Cultural*. Año IV, número 7, noviembre.
- SAUTU, R. (2003), *Todo es teoría. Objetivos y métodos de investigación*, Buenos Aires, Ediciones Lumière.
- _____ (COMP.) (2007), *Práctica de la Investigación cuantitativa y cualitativa. Articulación entre la teoría, los métodos y las técnicas*, Buenos Aires, Ediciones Lumière.
- SEGURA, R. (2006), *Segregación residencial, fronteras urbanas y movilidad territorial. Un acercamiento etnográfico*, Buenos Aires, Cuadernos del IDES N° 9, Instituto de Desarrollo Económico y Social.
- WACQUANT, L. (2007), *Parias urbano. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*, Buenos Aires, Manantial.



Braving the street. The anthropology of homelessness

Glasser, Irene y Bridgman, Rae
New York, Bergahn Books, 1999.

Por Santiago Bachiller

El objetivo del libro consiste en realizar un estado del arte de la bibliografía antropológica existente sobre quienes se ven forzados a residir en la vía pública. Si bien la obra hace referencia a estudios provenientes de diversas latitudes, se centra en las investigaciones producidas en Estados Unidos de América y Canadá.

Un dilema recurrente en la literatura sobre la materia es cómo nombrar a un problema social tan complejo. Continuamos sin llegar a un acuerdo, por lo cual las definiciones varían enormemente. El modo en que la antropología afronta dicho dilema consiste en privilegiar el punto de vista nativo. Pero dicha opción tampoco resulta satisfactoria en una población que rechaza considerarse a sí misma como “sin hogar”. A su vez, la antropología se caracteriza por reflexionar sobre la dimensión cultural de los fenómenos sociales. Los estudios antropológicos han dejado constancia de cómo las distintas formas de interpretar al fenómeno guardan relación con los múltiples modos en que cada cultura o grupo social concibe el hogar. Por consiguiente, si bien la antropología no resuelve la discusión sobre cómo identificar al fenómeno, resalta la diversidad y aporta elementos para un análisis transnacional.

La obra proporciona abundante información sobre la bibliografía dedicada a los procedimientos empleados para el recuento de personas sin hogar. Se trata de una cues-

tion fundamental pues, al igual que ocurre con las definiciones que se adopten, el tipo de metodología incide en la composición y cantidad de personas que se contabilizan. De más está decir que en dichas discusiones subyace una dimensión política que trasciende el plano metodológico.

La literatura dedicada a explicar el sinhogarismo refleja dos lógicas argumentales: a) las estructurales destacan determinados procesos globales como factor desencadenante (la desinstitutionalización psiquiátrica, la gentrificación, la falta de políticas sociales, etc.); b) otros estudios se centran en las limitaciones personales que convierten a determinados sujetos en particularmente vulnerables frente a los riesgos de verse atrapados en la calle (aquí se priorizan las visiones desafilatorias y psicopatológicas). Con la pretensión de sintetizar ambas posturas, Glasser y Bridgman reivindican la aspiración holística propia de la antropología. El holismo se equipara con un modelo de explicación ecológico, con una constelación de causas que conducen al sinhogarismo. A pesar de lo expresado por las autoras, entendemos que la particularidad antropológica en los estudios sobre el sinhogarismo no ha consistido en su capacidad de combinar lo estructural con lo individual, sino en añadir la dimensión cultural a tales análisis. Su fuerte tampoco ha sido la determinación de las causas del fenómeno, sino el abordaje de los procesos de adaptación en el contexto de

calle. El aporte más sustancial consistió en re-
futar el aislamiento en tanto supuesto central
en las caracterizaciones de los sin hogar; para
ello, las autoras reflexionan en torno a la vida
diaria en la calle así como en las estrategias
de supervivencia y adaptación de los sujetos.
Asimismo, la obra deja constancia de cómo la
antropología ha sido la disciplina que mayor
peso le ha otorgado al espacio de residencia
como dimensión prioritaria en los procesos de
conformación de subjetividades y sociabilida-
des. De tal modo, una particularidad de los
enfoques antropológicos ha residido en privi-
legiar como eje de análisis a la calle antes que
a los servicios sociales para *homeless*.

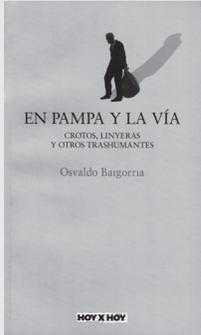
La movilidad ha sido una constante en
los estudios sobre el *sinhogarismo*. En la rela-
ción entre el espacio de residencia y los patro-
nes de movilidad, las redes sociales de los sin
techo han sido otro elemento resaltado por la
disciplina. La mayoría de las opciones de sub-
sistencia y adaptación se articulan en torno a
redes que se insertan en los territorios de resi-
dencia. Es abundante la bibliografía que trata
sobre las diversas estrategias de obtención de
recursos, las cuales suponen cierto contacto
social con quienes disfrutaban de un hogar.

Una peculiaridad propia de estos estu-
dios ha consistido en preguntarse por el sentido
de comunidad, por los procesos de conforma-
ción de un “nosotros” que permite la constitu-
ción de grupos de personas sin hogar (la obra
suministra abundante información sobre gru-
pos específicos en función de variables como
la edad, el género, problemas de adicciones,
etc.). Estas investigaciones dan cuenta de los
conflictos, expulsiones del territorio, pero
también de las alianzas, las diversas formas
de cooperación y solidaridad, del esfuerzo por
apropiarse y transformar conjunta y tempora-
lmente de un espacio público buscando hacer-
lo “vivable”. En tal sentido, los enfoques que
priorizan el aislamiento como factor explica-
tivo pasan de la imagen de personas solitarias
a la conformación de grupos que responden
a lógicas diametralmente opuestas a las que
rigen el conjunto social. En una tradición so-
ciológica marcada por la noción de subclase,
se exagera una racionalidad radicalmente
diferente que los ubica en un submundo in-
franqueable. La antropología discute con tales
visiones a partir de las nociones de subcultu-

ra, de relativismo, contexto y racionalidad.
En tal sentido, se destaca que vivir en la vía
pública genera un agotamiento mental por el
cual muchos de los comportamientos que pa-
recen patológicos no son causa sino simples
estrategias adaptativas para protegerse de los
peligros propios del *sinhogarismo*. Es decir, la
racionalidad de los comportamientos solo pue-
de ser comprendida tomando a la calle como
contexto espacial que condiciona las repre-
sentaciones y prácticas de los sujetos.

Braving the street también cita estu-
dios centrados en los programas de lucha con-
tra el *sinhogarismo*. Se menciona la literatura
que apunta a programas específicos, como la
promoción de la movilidad de las personas sin
hogar o la prevención del fenómeno. La biblio-
grafía subraya que los procesos de reinserción
que no contemplen cómo la sociabilidad de
esta gente se materializa en redes barriales
tienen pocas posibilidades de éxito. La obra
también aporta referencias sobre programas
que desembocaron en la conformación de
cooperativas y movimientos de personas sin
hogar. A su vez, la variable espacial emerge
en las investigaciones que se preguntan por la
estigmatización de los servicios sociales. Esta
noción remite al sentido de habitar, el cual es
trastocado tras años de socialización en un
territorio degradante. Las permanentes rein-
cidencias dan cuenta de cómo, para quienes
llevan años de calle, acabar con el *sinhogaris-
mo* se equipara con la disrupción de las estrat-
egias de subsistencia y del contacto cotidiano
con los conocidos. Así, las políticas de vivien-
das protegidas deberían contemplar el con-
cepto de hogar que sustentan los sujetos para
entender con mayor profundidad los alcances
del *sinhogarismo*. Finalmente, la literatura re-
salta el potencial de la antropología en lo que
respecta a la investigación participativa con
personas sin hogar, dando espacio a su voz en
el diseño, implementación y evaluación de los
programas destinados para estos grupos.

En definitiva, el trabajo de Glasser y
Bridgman representa una síntesis indispensa-
ble para quienes se encuentren interesados en
la búsqueda de bibliografía sobre el *sinhoga-
rismo*, más aún para aquellos que pretendan
priorizar los aportes realizados por la antropo-
logía a la literatura sobre la materia.



En pampa y la vía. Crotos, linyeras y otros trashumantes

Baigorria, Osvaldo

Buenos Aires, Perfil Libros, 1998.

Leonardo Piña Cabrera

Reconociendo la marcada presencia andariega en la historia de su país, y en la de su propia familia, el periodista y escritor argentino Osvaldo Baigorria explora, en esta entrega, la íntima y dialógica relación entre las fuerzas estructurantes e individuales de la sociedad a partir, entre otras cosas, de la caracterización de la población *crota* y *linyera* del pasado, y de su diferenciación con la *sin techo* del presente. Ligando, una, con la estacionalidad del trabajo rural y cierto impulso aventurero y libertario y, la otra, con las dinámicas excluyentes de la sociedad de mercado, este autor informa que entre las décadas del 30 y 40 unos 200 mil a 380 mil representantes de la primera circularon a través del trazado ferroviario (p. 7), mientras que la segunda fluctuaría entre los ocho mil a poco más de un millar, hoy por hoy en Buenos Aires, según se trate de estimaciones hechas por privados o el gobierno (pp. 106-107).

Tras “*la ruta de las cosechas, o simplemente para viajar de un pueblo a otro sin pagar boleto cuando el trabajo escaseaba*” (p. 13), el mundo de los *crotos* más ampliamente sería el “*de quienes vieron en la trashumancia una vía para encontrar, precisamente, su propia huella*” (p. 14), camino compartido con *linyeras* y otros trashumantes, la mayoría ‘trabajadores golondrina’ venidos desde Europa cada primavera en una cantidad que habría bordeado los cien mil por año durante la

primera década del pasado siglo (p. 28). Aún así una realidad no únicamente económica, en su opinión el *crotaje* podría describirse como “*una subcultura de trashumantes [que] se ha dedicado a recorrer las vías y caminos de la Argentina, en fuga del hogar sedentario, el trabajo permanente, la propiedad, el patrón o la ley*” (p. 7); o bien, como “*un comportamiento social generalizado entre los jóvenes extranjeros y nativos de las clases sociales más bajas de aquellos años*” (p. 8), de suerte que la condición de *croto*, en tanto impulso vital que lleva al movimiento, correspondería a la de “*aquel que intenta vivir la vida como la voluntad de andar detrás de un llamado*”, de acuerdo a una ‘in-definición posible’ que él mismo aporta (p. 125).

Derivando el término *croto* del apellido del Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, José Camilo Crotto, quien hacia 1920 los habría liberado del pago en los trenes de carga (p. 13), Baigorria apunta que el de *linyera* provendría del atado de ropa que estos solían llevar al hombro, muy probablemente en alusión a la denominación italiana de ropa interior, ‘linger’ o ‘lingera’ (p. 27). Mundo desconocido para el sedentario, en sus palabras “*a veces el detonante fue la miseria; a veces, la incapacidad de soportar las presiones sociales, la rutina, las obligaciones; en otros casos, alguna pérdida afectiva u otros problemas familiares; en muchos, simplemente haber es-*

cuchado el llamado de la aventura” (p. 11); o, como en el caso de su padre, la insuficiencia salarial para hacer frente a las cuentas, circunstancia que lo lleva a *“no volver a casa y largarse a andar de croto”* a los 16 años (p. 35). *Crotos*, en principio, los trabajadores criollos y *linyeras* los provenientes del extranjero cada año, con el tiempo tal distinción se iría diluyendo incorporándose en la primera a todos los que andaban en las vías.

Afirmando, en otra parte, que *“la huella del croto no es idéntica a la del homeless”* (p. 17) marcada, más bien, por la falta que por la tenencia de algo, Baigorria las distingue a partir del acto voluntario que fundaría la primera, toda vez que mientras *“los habitantes sin techo de toda urbe son una muestra de exclusión extrema, forzada, impuesta por la sociedad de mercado, el croto siguió voluntariamente el rastro que lo llevaría a un lugar de no-pertenencia* —de manera que este, continúa— *no se definió por la carencia que implica la preposición ‘sin’*. Su estilo fue más la renuncia que el despido. Y más el abandono del hogar que la pérdida de la vivienda” (ibíd.). Así expuesto, la huella del *croto* que en los hechos no tenía ningún destino físico en particular, en su comprensión sí lo habría tenido hacia sí misma dado que *“el andariego no quiere otra cosa que andar. La huella es un fin en sí. El camino es un destino”* (ibíd.).

Ahí una diferencia, otras se localizarían en el ámbito del lenguaje (más formal en el caso de *crotos* y *linyeras*), de sus ideales y costumbres (herederos de la tradición anarquista y gaucha de la solidaridad y el espíritu contemplativo), y de su actitud hacia la libertad, que contra el pavimento y en condiciones de mendicidad, de acuerdo al testimonio de uno de los especialistas que entrevista, se transformaría en algo muy *“psicótico, porque no hay ninguna libertad en pasarse todo el día trabajando para conseguir un lugar donde dormir”* (Moffatt, p. 106). Arrinconados en la ciudad, su rumbo se confundiría con el de los demás miembros de su población ‘sin techo’, entre los cuales *“jubilados, desocupados, alcohólicos y enfermos de diversas dolencias se mezclan con chicos de la calle y con familias enteras de emigrados del interior que se que-*

daron sin casa o que vinieron a visitar a algún pariente en un hospital” (p. 106). La mayoría hombres (85%), su existencia podría explicarse, conforme al citado especialista, por la articulación de tres círculos concéntricos, esto es el de la normalidad, al centro, y otros dos alrededor suyo dados por la transgresión y la marginación. Definidos centralmente como una marca de poder, la pertenencia a uno u otro, no definitiva del todo, guardaría relación con la existencia de una mayor o menor cercanía con aquel, de forma que si una persona pierde empleo, familia y casa, y el sentido de la esperanza después, iría pasando de uno a otro dificultándose su retorno, más aún con el agravante del alcohol y la depresión.

Asunto asociado más al orden económico que a cualquier otro, mientras en el segundo grupo estarían quienes mantienen líneas de contacto y aún pueden moverse hacia el primero (artistas, prostitutas o desocupados, por ejemplo), en el tercero se ubicarían aquellos que ya habrían pasado ese otro límite, como los chicos de la calle, los mendigos y *sin techo*, los psicóticos y presos. Margen difuso en una dirección y no tanto en la otra, al igual que con los *crotos* históricos, muchos lazos vincularían la vastedad de sus universos en relación, y muchas circunstancias, del mismo modo, podrían gatillar tales movimientos centrífugos: *“un trapié, un desliz, un roce con el borde, un tropezón en la frontera entre trabajo y ocio, familia y nomadismo, normalidad y anormalidad... y de pronto todos somos —o podemos ser— crotos”* (p. 114). De manera distinta a la vivenciada sobre el trazado ferroviario, esta nueva modalidad, en los pocos casos que aún saldría a los caminos, todavía compartiría el discurso de la libertad no obstante el *croto*, como personaje, haya sido *“desplazado por los sin techo en el imaginario urbano de fin de siglo”* (p. 118). Porque lo que habría retrocedido, en su juicio, *“es el clima y el razonamiento que ponía en el horizonte una sociedad libertaria, una comuna de maíz, una utopía gaucha”* (ibíd.), no esa voluntad o anhelo, y mucho menos su propia y reconocida nostalgia de hijo de *croto*, esa que lo lleva a ocupar las palabras del dramaturgo anarquista González Pacheco para dibujarlo como *“el bohemio de la ciudad trasladado al campo”* (p. 33).

NORMATIVA PARA LOS ORIGINALES

Instrucciones para los autores:

La revista CUSHO es una publicación periódica que publica artículos sobre distintos campos de las Ciencias Sociales y Humanas, tanto básica aplicada.

Los artículos a publicar deben ser artículos científicos que presenten resultados de investigaciones originales tanto teóricas como prácticas, ensayos, revisiones temáticas, conferencias, comentarios, cartas al editor, u otros aportes según las secciones de la Revista.

El idioma de publicación será español, mapudungun o inglés. La Revista está abierta a todos los que cumplan con los requisitos establecidos. Su aparición será anual incluyendo números especiales cuando corresponda.

La recepción de trabajos será continua, publicándose en orden de aceptación. Se dejará constancia de las respectivas fechas de recepción y aceptación definitiva del manuscrito.

Los trabajos que se presenten para la publicación en CUSHO deben tener una extensión máxima de 30 páginas, incluidas Tablas y Figuras, estar escritos a máquina (computador), doble espacio, (incluyendo tablas), en hoja tamaño carta con un margen de 2,5 cm por lado, usando un solo lado del papel. Cada hoja, incluyendo tablas y leyendas de figuras, deberá numerarse en forma correlativa y deberán llevar el apellido de los autores en la cabecera. En caso de múltiples autorías se utilizará la forma *et al* a continuación del primer autor. Las figuras originales deberán ser hechas en papel diamante, con tinta china y deberán ser numeradas correlativamente con lápiz grafito al mismo tiempo que se deberán indicar su posición en el texto. Puede enviarse en impresión láser de óptima calidad. Su tamaño no deberá ser mayor a una hoja carta.

Los manuscritos deberán atenerse a las normas usuales y aceptadas de la gramática que corresponda.

Los manuscritos deberán enviarse en triplicado a:

Editor
Revista CUSHO
Facultad de Ciencias Sociales y Jurídicas
Universidad Católica de Temuco
Casilla 15-D
Temuco, IX región
Chile

Los manuscritos escritos en Times New Roman, deberán acompañarse con un diskette en versión Word Perfect para PC.

Los manuscritos no serán devueltos a los autores.

El texto del manuscrito de los artículos científicos deberá contener: Título, Nombre del o los autores, Dirección de los autores. Abstract, Resumen, Introducción, Metodología, Resultados, Discusión y Conclusiones, Agradecimiento (opcional), y Bibliografía.

El Título debe ir en minúsculas, letra tamaño 16 en negrita y centrado, autores letra corriente tamaño 12 y centrado con un número exponente indicando a pie de página, el lugar de trabajo y la dirección postal o electrónica. Todo el texto debe escribirse a 1, 5 interlineado y letra tamaño 12. Las notas a pie de página en tamaño 10. Todos los títulos de cada sección (Resumen, Introducción, etc.) con letra 12 en negrita y ubicado al margen izquierdo; los subtítulos de cada sección en cursiva y no negrita. El texto del Abstract y Resumen en letra cursiva. Todos los párrafos deben comenzar sin sangría.

El Comité Editor podrá comenzar la publicación de trabajos con una estructura dife-

rente cuando corresponda a ensayos y a otros aportes según la sección de la Revista.

La publicación en español requerirá que se agregue un resumen en inglés (Abstract) a continuación del Resumen. Los trabajos en otros idiomas además del Resumen en el idioma correspondiente, deberán acompañar otro en español.

En el caso de incluir fotografías, éstas deben ser de óptima calidad y sobre papel brillante.

Si en el texto se cita un trabajo de tres o más autores, se colocará el apellido del primer autor seguido de *et al.* Este mismo trabajo deberá ser citado completo en la Bibliografía.

La bibliografía citada registrará solo los trabajos citados en el texto ordenados alfabéticamente de acuerdo al apellido del primer autor y las iniciales del o los nombres de los autores siguientes (de la misma cita), iniciales y apellidos, todos en mayúscula, año de publicación entre paréntesis, título de referencia, nombre de la editorial y país.

Ejemplo para Revistas

MUÑOZ, M E. BARRERA y I. MEZA (1981), “El uso medicinal y alimenticio de plantas nativas y naturalizadas en Chile”, en Publicación ocasional Museo Nacional de Historia Natural, Chile 33:3-91.

GLUNKEL, H (1959), “Nombres indígenas relacionados con la flora chilena”, en Boletín Filología, Universidad de Chile 11:191-327.

Ejemplos para Libros

ALONQUEO, M. (1979), Instituciones religiosas del pueblo mapuche, Nueva Universidad, Universidad Católica de Chile, Santiago.

Para capítulo de Libro

VAN MEURS, M. (1992), “Monkul 1. Un conchal prehistórico de la IX región”, en Carahue, la Antigua Imperial. Visión de un patrimonio cultural 11-19, Municipalidad de Carahue, Chile.

Ejemplo de cita de artículos de prensa

DURAN, T. (en prensa), Lectoescritura en mapudungun, en revista de Lenguas.

Ejemplo de cita de Tesis

CARVAJAL, A (2000), Representación, ideología y modelos de acción de la red interinstitucional de apoyo al indigente de Temuco, Tesis de Licenciatura en Antropología, Universidad Católica de Temuco, Temuco, 110 pp.

No incluya en Bibliografía los resúmenes de trabajos presentados en congresos, seminarios, simposios o reuniones. Cítelos en el texto a pie de página (según el número correlativo que corresponda). Tampoco incluya los trabajos enviados a publicación. Si es necesario cítelos en el texto con el nombre del autor seguido entre paréntesis por “manuscrito” o “resultados publicados”. Las comunicaciones personales se citan solo en el texto, señalando el o los autores seguido entre paréntesis por “comunicación personal”



Facultad de Ciencias Sociales



Facultad de Ciencias Sociales y Jurídicas

CAMPUS SAN FRANCISCO / MANUEL MONTT 56 / FONO (56-45)205627
TEMUCO-CHILE